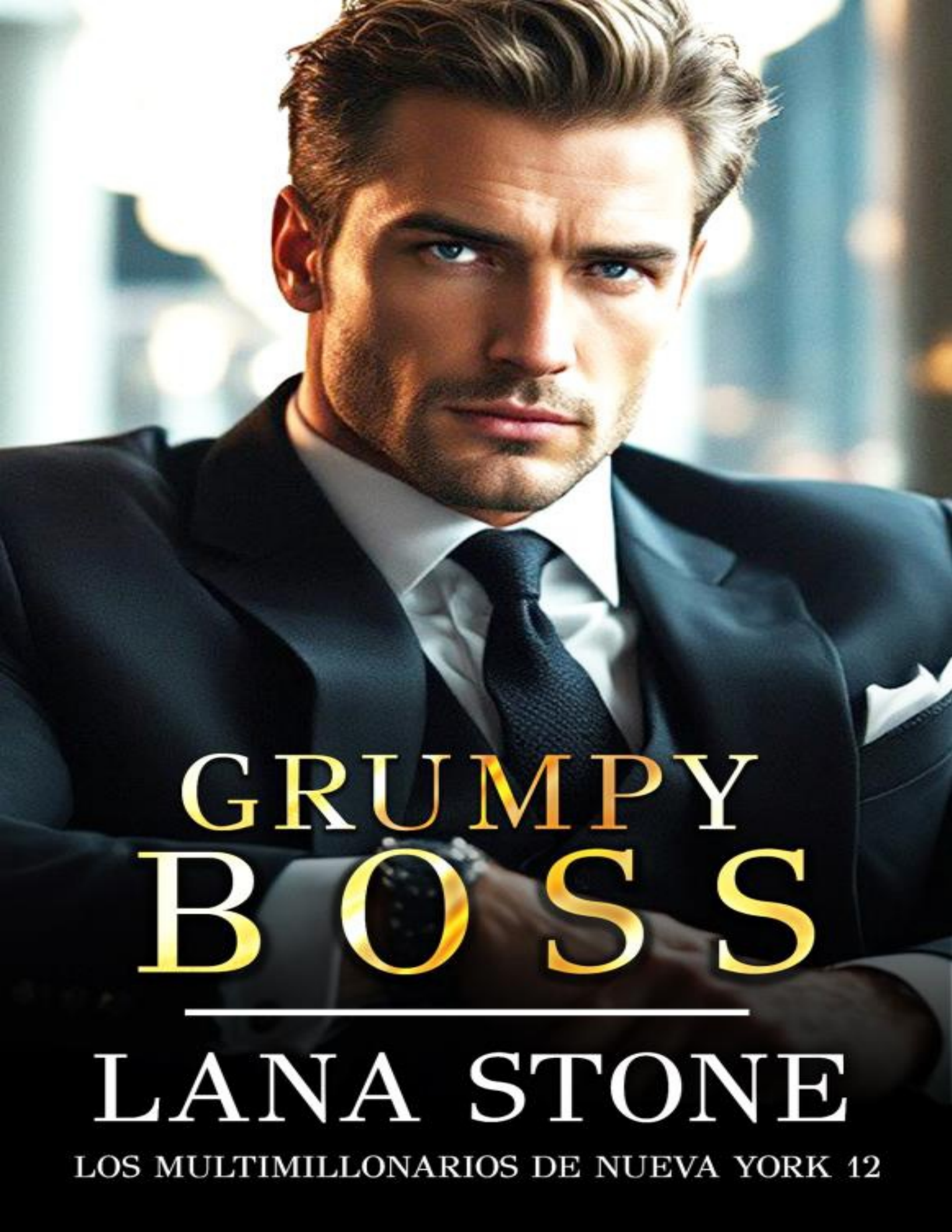




GRUMPY BOSS

LANA STONE

LOS MULTIMILLONARIOS DE NUEVA YORK 12

Grumpy Boss – Castellano

LANA STONE

Índice

Dedicatoria

1. Respirar es mi tercer pasatiempo favorito.
2. Nada de perros en la planta ejecutiva, entendido.
3. La caballerosidad está muerta y el pragmatismo la ha matado.
4. El apellido Johnson se ha vuelto tristemente célebre.
5. No necesito a nadie.
6. Eso es parte del paquete de paz mental.
7. Ya no estamos en Kansas, Toto. ¿O sí?
8. No nos rompemos. Nos doblamos.
9. Guarda tu dinero y mantén tus principios.
10. La vida no es un cuento de hadas.
11. Su niña buena.
12. No deberías provocarme.
13. Buena chica.
14. El caos es el enemigo del éxito.
15. No es egoísta querer cosas. Es humano.
16. No seas gallina, Harp.
17. ¿No confías en mí o no confías en ti misma?
18. Ahora eres mi chica.
19. Cada familia tiene sus tormentas.
20. Esto no es chantaje, es motivación.
21. ¿No es esto lo que querías, verdad?
22. Olvidarás todo, menos mi nombre.
23. Te ves acabada, de la mejor manera posible.

24. Tienes ese brillo.
25. Normalmente solo te haces notar por tu ausencia.
26. No pienses demasiado ahora, Blake Norton.
27. Eres todo lo que nunca supe que necesitaba.
28. Ambos sabemos que estás detrás de algo completamente diferente.
29. Multimillonario, codiciado ex soltero y encantador de perros.
30. Se atrapan más moscas con miel que con vinagre.
31. Trabajo. Control. Soledad.
32. ¿Crees que te dejaría por un telesquí?
33. ¿Cuándo te convertiste en alguien que simplemente se rinde?
34. Ahora tienes que decidir.
35. Ese era tu vuelo.
36. Esto es historia familiar.
37. Yo estaba súper tranquila con todo - al menos tan tranquila como un villano de James Bond.
38. Lo sabemos. Pero ella no lo sabe.
39. Harper, contesta el teléfono.
40. Con tantas galletas, ni siquiera los Ice Intruders pasarían hambre durante semanas.
41. Sí, Harper estaba hambrienta cuando repartió los nombres.
42. Paciencia, Harper.
43. Agradecimientos



Dedicatoria



Como siempre, dedico este libro al amor de mi vida.



Respirar es mi tercer pasatiempo favorito.



Capítulo 1 - Harper

CENTRAL PARK, NUEVA YORK

—¡Más despacio! —grité, pero seguía siendo arrastrada por el Central Park veraniego. Árboles y arbustos pasaban volando a mi lado mientras intentaba concentrarme en las correas que tenía en las manos. Cuando logré detenerme, la jauría impetuosa de doce de los perros más adorables de Nueva York formó un caos enredado alrededor de mis piernas.

—Está bien, Bandit, tranquilo —calmé al juguetero beagle que se desviaba hacia la izquierda y lo liberé del caos. Su cola se agitaba frenéticamente.

En mi mundo, la paciencia no era solo una virtud, era una necesidad. Cada perro tenía su propio carácter, desde la actitud estoica de Apollo hasta la energía inagotable de Pixie. Los trataba con el mismo amor que a los animales en el rancho Silver Lake y les hablaba como si entendieran cada palabra. Tal vez lo hacían, porque parecían escuchar siempre... aunque no siempre obedecían.

Justo cuando iba a liberar la siguiente correa, el teléfono vibró en el bolsillo de mis desgastados shorts de mezclilla. Malabareando con las correas, lo saqué y miré la pantalla: Holly.

—Hola, hermanita, ¿qué pasa? —pregunté, sonriendo a pesar del alboroto.

—¿Cómo sabe la Gran Manzana, Harper? —La voz alegre y brillante de Holly despertó en mí la nostalgia por el cielo abierto de Kentucky. Solo llevaba unos días aquí, pero ya me carcomía la añoranza.

—Sabe a oportunidades y galletas para perros —respondí—. Aunque tiene más mordida de la

que esperaba. —Los perros tiraban de mí hacia adelante mientras hablaba, y me dejé llevar.

—¿Te están dando problemas los perros? —preguntó, y escuché su risa a través del teléfono.

—¿Problemas? No, solo son temperamentales y tercos. Como vacas que se arrean por el pasto, solo que estas vacas neoyorquinas ladran y tienen un talento increíble para localizar puestos de perritos calientes. —Me detuve para desenredar las correas una vez más. Al hacerlo, tuve que esquivar un beso de Duke, un gran danés con un corazón tan grande como su cabeza.

—Parece que tienes las manos llenas —comentó—. ¿Al menos has tenido tiempo de ver el Allstar Arena?

—Siempre —respondí, y la verdad se asentó en mi pecho. Los perros eran una cosa, pero las deudas de la familia y el esfuerzo interminable por mantenernos a flote pesaban como cargas invisibles. Pero Holly no necesitaba saberlo. Ella tenía suficientes preocupaciones propias.

—No lo querría de otra manera, ya sabes que necesito acción —añadí con una alegría practicada—. Nueva York no es Maplewood, pero ¿qué ciudad puede competir con la nuestra, eh?

—Estás evadiendo mi pregunta, Harp. ¿Así que no has visto el único lugar del que realmente hablabas maravillas? —La voz de Holly sonaba acusadora.

—Eh, ¡sí! —mentí a medias. Había visto el Allstar Arena —el templo sagrado de mi equipo favorito de hockey sobre hielo— desde la interestatal cuando pasé en autobús. Eso contaba, ¿no? Pero probablemente no me acercaría más, ya que los precios de las entradas estaban fuera de mi alcance.

—No te preocupes, Holly, me las estoy arreglando —dije para tranquilizarla, mientras mi hermana refunfuñaba por teléfono.

—Ten cuidado, Harper. No te excedas —me advirtió mi hermana.

—Nunca lo hago —mentí suavemente, empujando con cuidado a Pixie hacia adelante después de que se hubiera sentado en mi pie.

—Harp, estamos hablando de ti. Ya sabes, la señorita Harper-estoy-todo-el-día-para-los-demás-Johnson. ¿Ya lo olvidaste?

Tuve que sonreír. De hecho, me resultaba difícil no hacer nada. Especialmente si era por los demás. Y justo ahora, mi familia me necesitaba más que nunca.

—No, Holly, no he olvidado cómo me llamo —respondí con ligereza.

—Prométemelo, Harper. Prométeme que también te cuidarás —insistió mi hermana.

—Palabra de honor —dije, y sentí cómo la cicatriz en mi espalda se tensaba cuando Apollo tiró de la correa. Una promesa era una promesa, aunque no sabía cómo mantenerla, no cuando había

tantos otros de quienes tenía que ocuparme primero.

—Entonces, ¿cuántos trabajos tienes ahora? —continuó Holly—. Y no me digas que solo paseas perros. Sé que eso es mentira.

—Eh —comencé, pero Holly siguió presionando.

—¿Y sabes por qué sé que todo lo que digas ahora es mentira? Porque ayer no contestaste nuestra llamada.

—Está bien, me atrapaste —respondí suspirando—. Estaba trabajando de camarera, ¿de acuerdo?

—Harper —la voz de Holly crepitó—, no llevas ni una semana en Nueva York y ya te estás convirtiendo en una adicta al trabajo.

—¿Adicta al trabajo? ¿Yo? —Me reí, sosteniendo el teléfono contra mi oreja mientras intentaba desenredar una correa de mi tobillo—. Solo soy multitarea, como un pulpo en un concurso de malabarismo.

Como todos los perros querían ir en direcciones diferentes, me detuve. Incluso la multitarea tiene sus límites.

—Ajá. ¿Y cuántos trabajos estás haciendo malabarismo ahora? —La voz de Holly sonaba juguetona, pero podía escuchar la preocupación que había detrás.

—Los suficientes para mantenernos a flote por ahora —dije, evitando una respuesta directa mientras miraba a Hércules, un robusto gran danés que acababa de decidir que este era el momento perfecto para plantar su colosal trasero en medio del camino.

—Harper Johnson, evadir preguntas debería ser tu segundo nombre. —Me regañó, y pude imaginarla sacudiendo la cabeza, haciendo ondear su cabello castaño.

—Un momento —y no lo digo para evadir tus palabras de nuevo— pero Mable está intentando cavar un túnel a China. —Intenté agarrar la correa de Mable en el enredo y alejarla del agujero que había cavado.

—Suenas a que tienes las manos llenas.

—Literalmente, sí. —Me incliné para rascarle las orejas a Mable—. Pero ¿no es eso lo que hace la vida emocionante?

—Emocionante es una palabra para describirlo —asintió Holly, sonriendo—. Solo no te olvides de respirar, ¿vale? Siempre pones a todos los demás en primer lugar.

—Respirar es mi tercer pasatiempo favorito, justo después de cuidar perros y enviar cheques al rancho —No mencioné los otros trabajos que había aceptado, los turnos nocturnos como camarera o las clases de yoga que impartía los fines de semana. No quería que dibujara más

arrugas de preocupación en su joven rostro. Holly ya había pasado por suficientes cosas.

—Harper, prométeme... —comenzó, pero la interrumpí.

—Prométeme que ganarás la próxima carrera de barriles por mí —la interrumpí, desviando la conversación de las aguas turbias—. El rancho Silver Lake necesita otro trofeo, ¿no?

—Trato hecho. Pero solo si me prometes que te tomarás un día libre en este siglo.

—Trato hecho. Y ahora dime, ¿cómo está Silvie? ¿Sigue roncando más fuerte que un tren de carga?

—Como si serrara troncos para ganarse la vida —respondió Holly, y ambas empezamos a reír. Silvie, nuestra cerda panza de olla que siempre se escapaba del establo para dormir en el pajar junto a nuestra casa, de alguna manera también se había colado en nuestros corazones.

Reorganicé las correas en una mano y sujeté el teléfono entre la oreja y el hombro mientras salía de Central Park. El sol de la mañana transformaba la ciudad en una postal que me hizo detenerme brevemente antes de continuar mi camino. Un yorkie llamado Mr. Snuffles tiraba persistentemente de su correa, queriendo explorar cada rincón de la acera.

—¿Sabes, Harp? Tu corazón es demasiado grande. Siempre intentas salvar el mundo, aunque deberías pensar en ti misma de vez en cuando —Holly siempre había sido la sensata de las dos. Sin embargo, su comentario me sorprendió.

—¿Pensar en mí? ¿Para qué? ¿La próxima gran rebaja en Barnyard Bargains? —bromeé, pero honestamente, no podía recordar la última vez que había hecho algo solo por placer. Simplemente no era el momento adecuado para pensar solo en mí. Podría hacerlo cuando no estuviéramos todos metidos hasta el cuello en problemas; ahora lo importante era que nadie se desanimara.

—En serio: ¿cuándo fue la última vez que hiciste algo por Harper Johnson y no por alguien más? —insistió Holly.

—Eh... —tropecé, buscando desesperadamente una respuesta que no llegaba. En su lugar, cambié de tema con una facilidad practicada—. La semana pasada compré un café. Eso fue solo para mí.

—Harper, eso no cuenta y lo sabes —La voz de Holly era de reproche, pero yo sabía que solo lo decía por mi bien.

—Escucha, tengo que irme. Puesto de perritos calientes a las dos en punto y ya sabes lo que me pasó el primer día, ¿verdad?

—¿Cómo podría olvidarlo? —respondió riendo, pero por su tono pude notar que seguía preocupada.

Me apresuré a colgar cuando nos acercamos al canto de sirena de la carne a la parrilla. Porque el puesto de perritos calientes no era una mentira de emergencia. Desafortunadamente.

El puesto de perritos calientes se alzaba ante nosotros como un oasis en el desierto, al menos así reaccionaron mis peludos acompañantes. La nariz de Mr. Snuffles se crispó antes de soltar un ladrido y animar a la tropa. Como una manada de lobos que ha captado el olor de su presa, se lanzaron hacia adelante.

—¡Eh, tranquilos! —Intenté mantener el control, pero la fuerza combinada de doce perros que querían ir en la misma dirección me abrumó. En su excitación, me arrastraron por la acera, cada vez más cerca del puesto.

—¡Chicos, al pie! ¡Alto! —Eso podría haber funcionado con las vacas en el rancho Silver Lake, pero aquí, en medio del tentador aroma de las salchichas cocinándose, apelar a la razón de los perros era tan útil como vender palos en el bosque.

Planté los pies en el asfalto e intenté volver a controlar a los perros. En vano.

Hércules trotó hacia adelante y, junto con Apollo, un dálmata musculoso, lideró el asalto a los perritos calientes.

—Chicos, ¡despacio! —dije de nuevo, luchando por mantener una apariencia de orden.

Sentí el ardor en mis brazos, la tensión de los músculos que aún no se habían adaptado al programa de entrenamiento urbano. Ningún trabajo en el rancho me había preparado para Nueva York.

Afortunadamente, el vendedor de perritos calientes vio lo que se avecinaba y movió su puesto al otro lado de la calle. Tal vez ya se había corrido la voz de que una chica con una horda de perros estaba invadiendo Central Park y sus alrededores, porque la última vez, tres docenas de perritos calientes cayeron víctimas de los perros. Tres docenas de perritos calientes y mi salario por cuidar perros ese día.

—A partir de mañana, menos dogos, más chihuahuas —refunfuñé mientras doblaba la esquina, dejando atrás no solo el caos, sino también un rastro de baba de perro, y respiré hondo.

Pero me había alegrado demasiado pronto. Porque el séptimo sentido de Apollo para la comida que no debería comer se activó de nuevo. Aceleró y los otros perros lo siguieron. Mis zapatillas rasparon el concreto mientras intentaba contener a la horda.

Luego, algunos perros se lanzaron hacia adelante de un tirón. Tan fuerte que incluso mi smartphone, que solo había metido a medias en el bolsillo del pantalón, cayó al suelo.

—¡Maldita sea! —Me agaché para recoger mi teléfono y lancé una mirada frenética a la manada. En ese momento, Apollo fijó su mirada en su nueva presa: un hombre con un traje a medida que no se había dado cuenta de la catástrofe inminente.

—¡No, no, no, Apollo! —Mi voz temblaba de urgencia. El gran perro ignoró mis súplicas y nos arrastró hacia adelante con sus poderosas patas. Tropecé, apenas podía mantenerme en pie y mi corazón latía con un ritmo que sería apropiado para un hoedown de Kentucky, mi tipo favorito de baile cuadrado.

A pocos centímetros del hombre, nuestro frenético desfile se detuvo. Jadeé y estaba a punto de disculparme por los ladridos cuando Apollo se preparó para saltar. Con la gracia de una bailarina y la precisión de un ladrón experimentado, le arrebató el sándwich de pastrami al hombre. Al increíblemente atractivo hombre, por cierto. Unos ojos plateados penetrantes me miraron con reproche, de una manera que hizo que mi corazón latiera más rápido. ¿Alguna vez Dios le había dado a otra persona unos ojos tan intensos? ¿O unos hombros tan anchos? Pero mi pulso acelerado no tenía nada que ver con el robo de Apollo, ni con el café derramado sobre el traje que parecía caro. No, era la forma en que me miraba. Penetrante e intensa.

Y, oh Dios, ¡Apollo acababa de robarle el sándwich a este Adonis en forma humana y le había derramado café sobre su traje!



Nada de perros en la planta ejecutiva, entendido.



Capítulo 2 - Blake

CENTRAL PARK, NUEVA YORK, en el siguiente momento.

Inhalé el tenue vapor de mi café mientras salía de la cafetería donde lo había pedido. Esta rutina era como un reloj: un sándwich de pastrami en la mano, cafeína en el torrente sanguíneo, listo para otro día al frente de Norton Enterprises.

La mañana era como siempre. Entonces se escuchó un ladrido de perro, seguido del caos.

—¡Maldita sea! —maldije en voz baja y observé horrorizado cómo una bestia de perro devoraba mi desayuno, que hasta hace un momento estaba en mi mano. Mi café, que ahora se extendía como una mancha oscura en mi traje Bertani hecho a medida, también estaba arruinado. Por suerte para mí, la tela era lo suficientemente gruesa como para no quemarme.

—No te preocupes, Apollo es un amor, solo que a veces tiene un poco de hambre —se escuchó un murmullo tímido, seguido de una risita nerviosa. La chica que estaba al otro extremo de la correa del perro me sonrió. Demasiado optimista para mi gusto, especialmente después de este desastre.

—Ah, ¿en serio? —Me contuve de responder más y contemplé la escena frente a mí: una joven que controlaba una docena de perros más con correa, cada uno de los cuales era un potencial ladrón de sándwiches a mis ojos. Su cabello era un caos de ondas rubias que había recogido descuidadamente en un moño, y su ropa era indiscutiblemente sureña, un fuerte contraste con las líneas pulidas de la moda neoyorquina y el acero pulido de mi oficina al otro lado de la calle. Esta chica definitivamente no pertenecía aquí.

—Por cierto, soy Harper —dijo, extendiendo su mano.

Cuando no la tomé, retiró la mano, se frotó nerviosamente las manos en los vaqueros y se aclaró la garganta.

Me quedé allí, con el café goteando de mi traje Bertani hecho a medida como un temporizador que marcaba el fin de mi paciencia, porque ya no llegaría puntual a la oficina. Y maldita sea, nunca había llegado tarde. Ni una sola vez. Pero por alguna razón, me quedé allí esperando a ver qué más tenía que decir Harper.

—Tienes una manada bastante grande —comenté secamente. Sus ojos marrones brillaron con picardía. La pequeña definitivamente no pertenecía aquí. Nadie en Nueva York tenía un optimismo tan inquebrantable tan temprano en la mañana.

—Sí, estas bolas de pelo son mi entrenamiento cardiovascular matutino —respondió Harper, tirando de las correas—. ¿No son simplemente adorables?

Adorable no era la palabra que yo usaría. Molestos, tal vez. Irritantes, muy probablemente. Que consumen tiempo, definitivamente. Pero de ninguna manera adorables.

—Lamento lo del traje —dijo, mordiéndose el labio inferior antes de volver a esbozar una sonrisa que encajaba con el caos que reinaba en los extremos de las correas.

Su disculpa fue tan inesperada como el incidente con el perro y solo pude asentir mientras mi cerebro aún procesaba la mancha de café que se había extendido por mi traje. Ella continuó, sin hacer caso de mi silenciosa petición de calma.

—¿Sabes? Tengo estos tres trabajos y es un poco como hacer malabares con gatos mientras se monta en monociclo, ¿entiendes? —continuó Harper, gesticulando con las manos como si realmente estuviera haciendo malabares—. No estaba completamente concentrada, y entonces Apollo aquí olió un poco de tu sándwich, organizó una revolución y el resto es historia.

—Suenas agotador —respondí. La parte pragmática de mí no podía imaginar cómo una persona podía someterse voluntariamente a tal caos. Sus ojos se abrieron ligeramente cuando la miré expectante, esperando una respuesta. Me preparé para más explicaciones con encanto sureño.

—Es agotador, pero así se pagan las cuentas. —Harper se mordió el labio inferior nuevamente, un gesto tan inocente y a la vez tan seductor que me provocó un escalofrío inusual por la espalda. Aparté la mirada de ella brevemente, no solo por la sensación, sino también por su apariencia. No tenía idea de por qué me volvía tan loco cuando se mordía el labio inferior, pero por Dios, lo hacía.

Mientras tanto, Harper estaba ocupada tratando de recuperar el control de su séquito canino cuando alguien pasó junto a nosotros con un perrito caliente.

—Tal vez menos perros, y menos trabajos, significarían menos caos —sugerí, esforzándome por mantener mi habitual desinterés. La idea de que alguien pudiera vivir en tal desorden sin volverse loco era incomprensible para mí.

—Hay que llegar a fin de mes —respondió encogiéndose de hombros, y pude ver un destello de algo sombrío en sus ojos. Por primera vez, su buen humor pareció empañarse un poco y me pregunté cuánto de eso era real y cuánto era fachada.

—Toma —dijo Harper, metiendo su mano izquierda en el bolsillo. Rebuscó en el bolsillo de sus pantalones cortos de mezclilla y sacó un fajo de billetes arrugados que me entregó con un encogimiento de hombros a modo de disculpa—. Para la tintorería. Y tu sándwich.

Examiné la triste colección de billetes de uno y cinco dólares antes de volvérselos a poner en la mano. —Esto no alcanza ni para el botón del puño, mucho menos para el traje. —Mi tono era tan plano y frío como el suelo de mármol de mi oficina en Norton Enterprises—. Es un Bertani y está arruinado. Ni siquiera la tintorería puede ayudar.

Sus ojos se abrieron de par en par, el marrón salpicado de oro, un detalle que no había notado hasta ahora.

—¿Cuánto costó el traje? —preguntó, mordiéndose el labio inferior nuevamente, lo que envió una ola de calor no deseada a través de mis venas.

—Más de lo que puedes permitirte —respondí bruscamente.

—¿Estamos hablando de más o menos de mil dólares? —Harper jadeó cuando notó mi reacción.

—Estamos hablando de mucho más de mil dólares. —Hice una breve pausa—. Cincuenta mil, para ser exactos.

El color desapareció de su rostro, dejando su piel, inusualmente pálida para el sur, aún más apagada. Se rio, un sonido nervioso que rayaba en la desesperación.

Me puso un billete de cinco dólares en la mano y sus dedos temblaban. —Pagaré el sándwich ahora, el traje... ¿de alguna manera, a plazos? ¿Durante los próximos diez, veinte años? —Su voz sonaba esperanzada, pero la idea era ridícula.

—Quédatelo —dije, doblando sus dedos sobre el billete. No necesitaba su dinero. Y al mirar el reloj, me di cuenta de que había perdido mucho más tiempo aquí del que pensaba. Necesitaba llegar a mi oficina sin más interrupciones. Esta chica era una distracción que no podía permitirme, a diferencia de mi traje.

—Veinte años son optimistas —respondí, calculando la locura de su oferta. Pero cuando me di la vuelta para irme, su postura determinada me reveló que no estaba satisfecha con eso.

—Bueno, entonces los próximos trescientos o cuatrocientos años. —La mirada de Harper se mantuvo fija en la mía, sombría e inflexible—. Pagaré el traje —dijo, mientras sus manos jugueteaban nerviosamente con la correa del perro más grande.

—Escucha, no lo tengo ahora mismo, pero juro que lo pagaré todo. —Su voz era una mezcla de encanto sureño y obstinada determinación. Comenzó a explicar sobre sus trabajos dispersos y las

deudas que tenía que pagar, hasta que la interrumpí con un gesto de la mano.

—Harper —intervine sin dejar lugar a discusión—: Tu planificación financiera me importa un bledo. Los cincuenta mil dólares también. Lo que me importa es mi tiempo, y lo estás desperdiciando ahora mismo. —Mis palabras sonaron más duras de lo que pretendía. Hacía mucho tiempo que no me pasaba. Pero también hacía una eternidad que alguien no me volvía loco mordiendo los labios. Si lo pensaba de manera lógica y racional, en realidad nunca me había pasado.

Probablemente se debía a que nunca antes me había topado con alguien como Harper.

—Por favor, quiero arreglarlo. —Su mirada suplicante me atravesó. Debería dejarme frío. Debería simplemente irme, entrar en mi oficina, tirar el traje y no volver a pensar en este encuentro. Pero la parte racional de mi cerebro se apagó.

Metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta manchada, cuya tela aún estaba húmeda por el desastre del café, y saqué una sencilla tarjeta de visita. Se la tendí a Harper y observé cómo dudaba una fracción de segundo antes de tomarla.

—Ven a mi oficina mañana a las 8 en punto —le indiqué. Su mirada pasó de la tarjeta a mí, buscando una pista del juego que estaba jugando.

—¿Tu oficina? —repitió, frunciendo el ceño confundida.

—¿He tartamudeado? —pregunté. A continuación, saqué una tarjeta llave, cuyo plástico frío contrastaba fuertemente con el cálido aire matutino que nos rodeaba. Mi tarjeta llave, que podía hacer que seguridad bloqueara para todo excepto los ascensores que llevaban al piso ejecutivo.

—Con esto pasarás el control de seguridad —expliqué, presionando la tarjeta sobre la de visita en su mano. Le dio la vuelta y examinó ambos lados, como si contuvieran las respuestas del universo.

—¿Blake Norton? —Harper parpadeó. Cuando vio la dirección, contuvo la respiración por un momento. Miró el edificio detrás de nosotros —Norton Enterprises— y luego de vuelta a mí. Asentí.

—No puedo conseguir tu dinero para mañana —dijo Harper en voz baja y seria.

—Evidentemente —respondí, y una sonrisa tiró de la comisura de mi boca, algo que tampoco me había pasado en mucho tiempo. Pero su tenacidad me divertía.

—¿Entonces por qué debo ir?

—Porque vas a trabajar para pagar tu deuda —dije, inclinándome más cerca, bajando mi voz a un susurro—. Como mi asistente. —Vi cómo la comprensión aparecía en su rostro y sus labios se separaban ligeramente por la sorpresa.

—¿Asistente? —Su voz chilló un poco, revelando así su asombro.

—Sí —confirmé, enderezándome y alisando mi corbata con un movimiento practicado.

—Pero nunca he... —comenzó, pero la interrumpí antes de que pudiera decir más.

—Quiero exactamente dos cosas de ti —empecé a explicar—. Primero, café. ¿Puedes hacer café?

—Sí. —Asintió—. ¿Y qué más? —Harper me miró con una mezcla de curiosidad y miedo. Esperaba que el trato tuviera una trampa. Y tal vez la tenía. Los últimos contratos que había presentado a chicas como Harper incluían cláusulas que no eran para los débiles de corazón. Un momento, no. Nunca había tenido una chica como Harper, y por una buena razón. Por eso mismo debería mantenerla tan lejos como fuera posible de mi sala de juegos.

—¿Puedes decir "no"? —pregunté.

—¿No? —Me miró sorprendida.

—Muy bien. Estás contratada. —Asentí satisfecho.

—¿De acuerdo? —Harper me miró confundida.

—Y pago bien. Muy bien. —La insinuación no dicha quedó entre nosotros: estaría bajo mi control. Maldita sea, Norton. La chica era muchas cosas, pero no una que debiera llevar a mi sala de juegos. Demasiado caos, demasiado optimismo y, maldita sea, demasiadas palabras. Me gustaban mis chicas pragmáticas y ordenadas, como el resto de mi vida. Y aun así, Harper provocó otro peligroso escalofrío que me recorrió la espalda. Solo el pensamiento, la absurdidad de darle a esta caótica chica un papel en mi meticulosamente estructurada vida, aunque fuera solo hasta que sus deudas estuvieran pagadas, hizo sonar las alarmas.

Pero maldición, Harper tenía ojos aún más grandes que el perro que había robado mi sándwich de pastrami. Y luego ese morderse el labio inferior, que estaba haciendo de nuevo. Maldita sea.

—Ven mañana puntualmente para que podamos firmar el contrato —dije. Mi voz sonaba ronca y áspera.

—Podría ir contigo ahora mismo —dijo Harper, asintiendo con entusiasmo.

—En ningún universo posible entrarán perros en mi oficina —respondí secamente—. Antes se congelará el infierno.

Harper miró al suelo pensativa por un segundo, casi como si hubiera olvidado que estaba controlando a una docena de perros. —Oh, claro. Nada de perros en el piso ejecutivo, entendido, jefe.

—No llegues tarde —dije mientras giraba sobre mis talones y la dejaba allí con un puñado de correas y mi tarjeta de visita y de acceso.

Llegué tarde a la oficina, con una cantidad insatisfactoriamente baja de cafeína en la sangre y sin desayunar. Pero, en cambio, tenía una nueva asistente que me provocaba pensamientos que normalmente solo tenía en la sala de juegos, simplemente porque no dejaba de mordisquearse el labio inferior. Mierda, vaya mañana.



La caballerosidad está muerta y el pragmatismo la ha matado.



Capítulo 3 - Blake

NORTON ENTERPRISES, NUEVA YORK, esa misma mañana.

Mi reflejo apenas podía seguirme el ritmo mientras caminaba por el suelo de mármol hacia mi oficina. El piso ejecutivo estaba vacío, como siempre, pero el vestíbulo había estado lleno y tuve que hacer un desvío a seguridad para conseguir una nueva tarjeta de acceso.

Eran las ocho en punto. Estaba puntual en la oficina, lo que en mi opinión significaba que llegaba tarde. El aire frío del aire acondicionado me golpeó cuando entré en mi despacho. Aire frío y el aroma a humo frío que anunciaba a mi hermano incluso antes de verlo.

—Llegas tarde, hermanito. ¿Qué pasó? —La voz divertida de Bruce me saludó mientras se apoyaba en el marco de la puerta de mi oficina. Sus ojos me recorrieron, con un brillo travieso inconfundible al ver mi traje arruinado—. Vaya, hoy sí que la estás liando. No sabía que pudieras desmadrarte tanto.

—Vete a la mierda, querido hermano —respondí, sin impresionarme por su burla—. Un poco más de disciplina no te vendría mal.

Sonrió y se apartó de la puerta para entrar en mi oficina. Luego se detuvo y señaló la mancha en mi traje, por lo demás impecable.

—¿Qué pasó ahí? Por favor, dime que fue una admiradora que no pudo resistirse a tirarte su café para llamar tu atención —Bruce me miró expectante.

—Nadie tira café para llamar la atención —respondí sin emoción.

—Claro que sí. A ti. ¿De qué otra manera puede uno, o en tu caso una, llegar a tu corazón congelado? —respondió Bruce con calma.

—Tu sentido del humor nunca deja de sorprenderme —dije secamente y me dirigí al armario discretamente ubicado en la esquina de la habitación. El sonido frío del mango metálico me hizo estremecer cuando lo abrí y examiné mis opciones: una fila de trajes esperando ser usados.

—Pero en serio, ¿estaba buena? —insistió Bruce, medio en serio.

—Si te refieres al café, sí, el café estaba caliente —respondí.

—Vaya, sí que tienes sentido del humor, hermanito —me provocó Bruce antes de adoptar una expresión diplomática—. Entonces, ¿cómo es que te derramó el café encima?

—¿Qué te hace pensar que fue una mujer? —pregunté—. Solo porque ahora estés en algo parecido a una relación no significa que tengas que proyectar todo ese rollo amoroso en los demás.

Bruce se encogió de hombros. —No me corregiste la primera vez que dije "ella". Ambos sabemos que no puedes soportar no corregirme.

—No fue una "ella" —Me quité la chaqueta con precisión y la tiré a la basura, porque la tela no tenía salvación—. Fue un perro. Me saltó encima.

Bruce sonrió y se dejó caer en uno de los sillones de cuero frente a mi escritorio. —Un perro, ¿eh? ¿Y al otro extremo de la correa?

—Por Dios, ¿puedes dejar de hacer preguntas de una vez? —pregunté, arqueando una ceja.

—Podrías simplemente responderlas —replicó Bruce secamente.

—Podrías simplemente salir de mi oficina si no tienes nada más que decir —respondí, mirándolo seriamente.

—Al menos dame la versión corta de la historia —exigió Bruce. Conocía la mirada que me lanzaba. Yo ponía la misma expresión cuando no me daba por vencido con algo.

Suspirando, me quité la camisa y la tiré a la misma basura donde ya estaba la chaqueta. Saqué una camisa limpia del armario.

—La versión corta: un perro me saltó encima, se comió mi sándwich y la chica que estaba al otro extremo de la correa...

—¡Lo sabía! —interrumpió Bruce antes de dejarme continuar.

—Viene mañana a la oficina para saldar su deuda —Terminé la breve explicación, omitiendo los detalles que yo mismo no quería reconocer. Probablemente a mi hermano tampoco le interesarán

los grandes ojos marrones o la sonrisa pícara en sus labios. Bruce solo tenía ojos para su amada.

—Espera, ¿realmente la vas a hacer pagar? —Bruce frunció el ceño con incredulidad—. Incluso para ti eso es frío.

—Ella insistió, no yo —lo corregí mientras me abotonaba la camisa nueva.

—¿Y porque insistió en pagar un traje de precio incalculable, fuiste un caballero y se lo permitiste? —murmuró interrogante, pero noté un toque de sarcasmo que no llegaba del todo a sus ojos. Me conocía demasiado bien: Blake Norton, el hombre que había construido muros más altos que este rascacielos y cuyos sentimientos yacían más profundos que los cimientos.

—¿Qué quieres que te diga, querido hermano? La caballerosidad está muerta y el pragmatismo la ha matado —expliqué objetivamente mientras me ajustaba la corbata.

—Encantador como siempre —bromeó Bruce, pero en su sonrisa había algo más, un toque de preocupación que no me gustó. Iba a ser una de esas conversaciones que odiaba.

—Eso lo hemos heredado ambos de papá —respondí cínicamente y miré al espejo. Mi reflejo confirmó la restauración del orden y asentí brevemente satisfecho antes de volverme hacia Bruce, listo para enfrentar la razón que lo había atraído tan temprano a mi oficina.

—¿Qué haces aquí, en realidad? —pregunté—. Nunca estás en la oficina tan temprano.

—Y tú nunca tan tarde —respondió Bruce—. Como sea. Tenemos que hablar.

—Entonces ve al grano de una vez —dije mirando el reloj—. Tengo citas. El tiempo es dinero, tú lo sabes mejor que nadie en el mundo.

—Vamos, Blake —dijo con una sonrisa juguetona en los labios—, ¿cuándo te volviste tan tacaño?

—El dinero mantiene al mundo girando sobre su eje —respondí objetivamente mientras me ponía una chaqueta nueva que se ajustaba perfectamente a pesar de mis anchos hombros.

—El dinero tiene límites, querido hermano —respondió Bruce con frialdad. Me miró y no tenía idea de lo que pasaba por su mente. Parecía que quería decir algo, pero guardó silencio.

—Tenemos tanto dinero que podemos verterlo sobre cualquier maldita frontera y trepar por encima. Y después de eso, aún nos quedaría tanto dinero que podríamos rellenar cualquier agujero problemático y caminar sobre él —repliqué encogiéndome de hombros—. No hay límites para nosotros. —No era una exageración. Mi hermano y yo teníamos más dinero del que jamás podríamos gastar. Habíamos puesto patas arriba la lista Forbes tan rápido que algunos incluso consideraban imposible lo que habíamos logrado.

—Nadie tiene suficiente dinero para sacar la Tierra de su órbita —contraatacó con un encogimiento de hombros preocupado y encendió un cigarrillo, aunque sabía perfectamente

cuánto detestaba yo ese hábito. Pero no dije nada. En realidad, debería sacar el whisky del armario para provocar a Bruce tanto como él me provocaba a mí, pero lo dejé estar. Bruce odiaba el alcohol tanto como yo odiaba los cigarrillos. Pero hoy no tenía ganas de pelear, solo quería mi maldita tranquilidad.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunté, mirándolo con firmeza mientras él exhalaba perezosamente un aro de humo.

—A ninguna parte. —Sus ojos brillaron con picardía.

—Déjate de rodeos, Bruce —dije, sin creerle ni por un segundo—. ¿Por qué estás realmente aquí? Nunca vienes a mi oficina tan temprano sin una razón.

Suspiró y su actitud juguetona se desvaneció mientras apagaba el cigarrillo bajo su zapato. Bruce sabía cuánto odiaba que apagara los cigarrillos en el mármol pulido. Pero ni siquiera me inmute, por lo que retomó la conversación. —Mamá está preocupada por papá. Ya sabes, por su presión arterial.

—Entonces dile que se jubile —dije, sin ningún calor en la voz—. ¿Por qué estamos hablando de él siquiera?

—Blake, no se trata solo de papá. También se trata de mamá —enfaticó Bruce, y su tono se volvió más serio—. Ella está estresada porque papá está estresado. Es un círculo vicioso que simplemente nunca termina.

En el momento en que Bruce mencionó a nuestro padre, la temperatura en mi oficina pareció bajar unos cuantos grados más. —Podría vender sus acciones, jubilarse anticipadamente y pasar sus días jugando al golf —dije, y las palabras se congelaron al salir de mi boca—. Eso resolvería todos los problemas.

—Vamos, Blake. Sabes que papá es terco como una mula vieja —replicó Bruce, apoyándose contra la mesa de metal pulido con una despreocupación que me irritaba—. No va a colgar su carrera antes de haber hecho las cosas a su manera.

—¿De qué cosas estamos hablando aquí? —insistí. Un mal presentimiento se apoderó de mí. Bruce no estaba aquí para charlar conmigo sobre papá. Bruce estaba aquí porque papá le había metido algunas exigencias en la cabeza que Bruce debía transmitirme como un recadero.

—Sabes de qué estoy hablando —respondió Bruce.

Gruñí y sentí el familiar tirón en mi pecho al pensar en nuestro padre, que no era más que un fantasma en mi vida. —Ambos hemos construido imperios, Bruce. Tenemos miles de millones en el banco, el negocio está en auge. No somos precisamente las ovejas negras de la familia.

Bruce respiró hondo y supe lo que vendría. —Papá quiere que te comprometas, Blake. Cree que es hora de que encuentres una buena chica, alguien que caliente tu frío corazón.

—¿Y cómo se le ha ocurrido esa idea descabellada? —pregunté con amargura.

—Eso no es justo —respondió Bruce.

—Sí, no lo es —repliqué. Ambos nos veíamos en el lado perdedor de esta discusión. Y ninguno de los dos estábamos acostumbrados a perder.

Papá y yo apenas habíamos cruzado tres palabras en los últimos años. La última vez fue en la boda de Bruce con Cat. Y ese era precisamente el problema. Desde esa boda, papá tenía la estoica idea de que volvería a hablar con él si yo también encontrara una mujer. Como si una relación pudiera cambiar en algo el hecho de que lo odiaba.

—¿No crees que también tendría ventajas estar con alguien? —preguntó Bruce. Era difícil creer que Bruce hubiera hablado más cínicamente sobre las relaciones que yo hace poco.

—No necesito una relación —gruñí. Involuntariamente, se me tensó un músculo en la mandíbula. Las relaciones eran caóticas, impredecibles, todo lo que yo aborrecía—. El caos no es bienvenido en mi mundo —respondí secamente.

—No tienes que casarte con la primera chica que se te cruce por el camino —dijo Bruce. Sus ojos brillaban con una mezcla de picardía y seriedad.

Mi silencio fue respuesta suficiente.

—A veces, hermanito —murmuró Bruce—, me pregunto si algo podría tocar ese corazón de hielo que tienes en el pecho.

—Tal vez —admití, permitiéndome un breve momento de vulnerabilidad—. Pero es mejor fortalecerlo que dejarlo desprotegido.

Eché un vistazo al horizonte que se extendía ante mí y que se prolongaba más allá del horizonte.

—Papá quiere anunciar su retiro en la gala de Navidad. Pero solo lo hará si te presentas con una cita que parezca seria —continuó Bruce.

—¿Y qué más? —pregunté, porque aún no sabía exactamente qué quería decir Bruce—. Si esa condición está ligada al retiro de papá, probablemente nunca se jubilará. No me importan las acciones que posee.

—Pero yo necesito sus acciones. —El tono de Bruce cambió y en sus ojos brilló un raro destello de sinceridad—. Tengo planes, ideas para remodelar las empresas. Y para eso necesito las acciones de papá.

—Tu espíritu emprendedor nunca deja de asombrarme —comenté—. Así que quieres que papá se retire para que puedas obtener sus acciones.

—Principalmente quiero que papá se retire para que mamá deje de preocuparse —respondió

Bruce diplomáticamente.

—Lo creas o no —continuó Bruce, apartándose del escritorio—, a veces la familia está en primer lugar. Por encima del dinero y de todo lo demás.

A pesar de mi indiferencia, de ninguna manera quería que mamá se involucrara más en el asunto. Ella era el daño colateral en una guerra para la que nunca se había alistado.

—Está bien —concedí—. Apareceré con alguien en la gala.

—Pero no con una de esas escorts de lujo cliché, ¿eh?

—¿Por qué no? —pregunté. En realidad, la pregunta era más bien por qué Bruce sabía que yo quería recurrir a una chica de alquiler.

—No te pongas en ridículo, Blake. Eso se notaría en un abrir y cerrar de ojos. A más tardar cuando la chica empiece a promocionarse en la gala.

—Entonces compraré su silencio —respondí con mi pragmatismo habitual—. Solo tiene que ser por una noche.

—No puedes resolver todos tus problemas con dinero. —Bruce se masajeó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Dime un problema que no se pueda resolver con dinero —repliqué, ajustando mis gemelos con calculada precisión.

—El amor. —Su mirada era desafiante.

—Tonterías sentimentales —rechacé, irguiéndome en toda mi estatura—. Se puede comprar una solución para cualquier problema. Pero hay miles de problemas que no se pueden resolver sin dinero. —Lo decía en serio. El mejor ejemplo de mi teoría era Harper, que por razones incomprensibles volvía a cruzar por mi mente. El dinero resolvía todos sus problemas con un chasquido de dedos.

Bruce suspiró, cruzó los brazos y se apoyó contra el frío metal de mi escritorio. —A veces me pregunto si te escuchas a ti mismo. El dinero no lo es todo.

—Lo dice Bruce Norton, multimillonario —respondí, sintiendo cómo la tensión en mis hombros se enroscaba como un resorte apretado.

—¿Sabes qué cosa no pude comprar, pero sin la cual ya no puedo vivir? —preguntó con una ceja levantada.

—Cat —contesté cínicamente.

—Exactamente. Cathleen. —Bruce se apartó del escritorio y se dirigió hacia la puerta,

deteniéndose para lanzar su disparo de despedida—. Y no está nada mal dejar que alguien más entre en tu vida. Cat me hace ser una mejor persona.

—Me alegro por ti —dije secamente, siguiendo su retirada con los ojos—. Pero no creo que yo necesite convertirme en una mejor persona.

Con eso terminé la discusión. No tenía idea de por qué estábamos discutiendo sobre esto en primer lugar. No me sentía vacío y ciertamente no necesitaba a nadie que llenara ese vacío inexistente.

—Blake. —No dijo nada más, solo mi nombre.

Negando con la cabeza, Bruce salió de mi oficina. Me di la vuelta y volví a mirar el horizonte de Nueva York. No, no necesitaba a nadie. No cuando tenía control, orden y un mundo que se doblegaba a mi voluntad. Al menos eso me decía a mí mismo.



El apellido Johnson se ha vuelto tristemente célebre.



Capítulo 4 - Harper

MOTEL METROPOLIS, NUEVA YORK.

El colchón duro e inflexible hizo crujir la estructura de la cama mientras me acomodaba con mi taza de té. El vapor caliente se elevaba a través del aire viciado del destartado alojamiento y yo inhalé el aroma que me recordaba a casa. Por fin sabía adónde iban a morir la mayoría de los sueños: al Motel Metropolis, cerca de la interestatal que conducía al corazón de Nueva York.

Este motel no era el Hotel Royal Renaissance, pero era lo mejor que podía permitirme. Y lamentablemente se notaba: el papel tapiz descascarado apenas se aferraba a las paredes, y una sola bombilla arrojaba una luz intensa sobre la pequeña habitación, que apenas dejaba espacio para la personalidad, con dos excepciones: mis vaqueros arrojados sobre una silla y una trenza de heno que había colocado en el marco del espejo como amuleto de la suerte.

—¡Oye, Harper! —La voz de Holly sonó a través de los altavoces del portátil, su rostro iluminó la pantalla y disipó de inmediato la pesadez de la habitación.

—Buenas noches, rayito de sol —saludé de vuelta, tratando de ocultar mi mueca al tomar un sorbo de té demasiado caliente—. ¿Qué tal el tiempo por allá? ¿Ha hecho calor?

—Más caliente que un chivo en un campo de chiles —se rio, y no pude evitar sonreír con ella. Holly siempre había inventado las mejores metáforas. A menudo no tenían sentido, pero aun así eran... típicas de Holly.

—Y, ¿qué ha pasado contigo? —Holly se inclinó hacia adelante, mirando con curiosidad a la cámara.

—Imagínate —comencé, emocionada a pesar de la tristeza que me rodeaba—. Mañana estoy invitada a las oficinas ejecutivas de Norton Enterprises.

—¿Norton qué? —Ladeó la cabeza y sus dedos volaron sobre el teclado, seguidos de rápidos clics. Sus ojos se agrandaron cuando los resultados de la búsqueda aparecieron en su pantalla—. ¡Santo cielo, Harp, esa empresa es enorme!

—Sí, y yo voy a entrar allí sin tener la más remota idea de asuntos corporativos. —Sonreí, pero el peso de la oportunidad me presionaba como el calor del verano en el rancho—. Pero el jefe dijo que solo necesitaba saber hacer dos cosas. Decir "no" y hacer café, y en ambas soy...

—¿Bastante mala? —me interrumpió Holly con una sonrisa.

—Vaya, gracias por tu confianza, hermanita —respondí secamente, antes de que ambas empezáramos a reírnos.

—¿Cuándo fue la última vez que le dijiste "no" a alguien, eh? —preguntó, provocándome.

—¡Hoy! —respondí sin pensar.

—No hablo de perros, sino de personas que querían algo de ti. —Holly me miró con reproche.

—Vale, vale, entiendo tu punto —respondí suspirando—. Pero ya me las arreglaré con este trabajo.

—No puedo imaginarte en ropa elegante y blusas —dijo—. Eres más del tipo saco de heno y botas vaqueras, que carga cosas pesadas y salva el día.

—¿A quién se lo dices? —suspiré y mi mirada se dirigió a la única bota vaquera que sobresalía de un montón de ropa. Luego a la pequeña bolsa de compras donde había una blusa y una falda de lápiz que había comprado en una tienda de segunda mano con mi último dinero en efectivo—. Lo echo de menos, Holly. El rancho, el trabajo... a ustedes.

—Entonces vuelve —dijo rápidamente, y sus ojos verdes estaban serios—. Ya encontraremos otra manera de conseguir el dinero.

—No puedo, hermanita. —Mi determinación se hizo más fuerte, aunque me dolía el corazón—. Tengo que darle una oportunidad a la ciudad. Tal vez encuentre aquí una solución a todos nuestros problemas. Y si no, al menos tendré algo que contar cuando regrese.

—Está bien, si tú lo dices —cedió Holly, aunque pude escuchar la preocupación en su voz—. Solo no olvides de dónde vienes, Harper Johnson. No dejes que la gente de la ciudad te cambie.

—Ni en sueños se me ocurriría —prometí sonriendo—. Y Nueva York también tiene sus ventajas, ¿sabes? Puedes pedir pizza en cualquier momento. —Seguí enumerando las ventajas de las grandes ciudades que no existían en Maplewood, ni en un radio de trescientas millas. Pero mientras miraba la pantalla, una parte de mí anhelaba el olor del heno fresco y el relincho de los

caballos.

Mientras seguíamos hablando de todo tipo de cosas, Holly de repente se detuvo.

—Harper, tienes que ver esto —dijo Holly con una mezcla de asombro y diversión. La pantalla se dividió entre su rostro curioso y la imagen de Blake Norton que había aparecido en su lado—. El jefe en persona. No es mi tipo, demasiado pulcro, demasiado sombrío, pero no se puede negar que es un premio genético.

—Blake no es sombrío, al menos no mucho —repliqué, sintiendo la extraña necesidad de defenderlo, aunque probablemente no necesitara que nadie lo defendiera. Volví a pensar en su mirada severa y en cómo sus ojos parecían atravesarme. Un escalofrío me recorrió la espalda y mi corazón dio un pequeño salto en mi pecho.

—No me digas que te parece atractivo —me pinchó Holly.

—Tonterías. —Agité la mano en el aire como si quisiera espantar una mosca—. Solo quería aclarar que esa foto es una instantánea, nada más.

—Primero, hay como mil fotos y en ninguna de ellas está sonriendo. Ni siquiera se le tuerce una comisura de la boca hacia arriba. Y segundo, no es una vergüenza encontrar atractivo a este tipo.

—¿Holly? —La miré seriamente—. Simplemente cállate.

—¿No te parece atractivo? —continuó, sin tener en cuenta mis mejillas enrojecidas. Dios, Blake Norton era el hombre más atractivo que había visto en mi vida. Pero no estaba en mi liga, ni de lejos. Así que ni siquiera tenía que empezar a mirar más de cerca sus ojos plateados, o lo ajustado que estaba el traje alrededor de sus anchos hombros. Además, me había dejado claro que no le interesaba en lo más mínimo. Le era indiferente, tan indiferente que ni siquiera había querido que le pagara el traje.

Holly me miró expectante y suspiré, porque aún le debía una respuesta.

—Está bien, lo admito, Blake Norton es atractivo. ¿Contenta?

—Contenta. —Con eso el tema quedó zanjado, pero la imagen de Blake se quedó conmigo, y la forma en que me había mirado con reproche. El pensamiento hizo que mis mejillas se calentaran aún más.

—Oye, Harp. ¿Cómo conseguiste un trabajo en Norton Enterprises? —Holly se inclinó hacia adelante, dejando de lado las bromas.

—Más bien tropecé con él —me encogí de hombros, tratando de sonar casual—. Estaba en el lugar correcto en el momento correcto... ¿o era el lugar equivocado en el momento correcto? Como sea, aquí estoy.

—Vale. Cuando empiezas a explicar tu trabajo así, hay dos posibilidades de lo que pasó. O te

lanzaste a una zona catastrófica porque tu corazón demasiado grande te arrastró allí, o tus pies torpes convirtieron tu entorno en una zona catastrófica —Holly me miró con conocimiento de causa y sonrió.

—Bueno, sobre eso de las catástrofes... —dudé, sin saber cuánto revelar—. Quizás tropecé literalmente con Blake Norton. Con doce perros. Doce perros hambrientos, sin control de impulsos.

—¡Harper! —casi se atragantó con su té—. ¿Qué hiciste?

—Yo no hice nada —me defendí—. ¡Fue Apollo! —Empecé y observé cómo Holly sacudía la cabeza, preparándose para lo peor—. Estábamos paseando y su estómago, que en realidad es un agujero negro, simplemente se tragó el sándwich.

—¿Has considerado que quizás cuidar perros simplemente no es lo tuyo? —preguntó Holly con seriedad, poniendo una expresión seria que solo mamá podía igualar.

—Créeme, los perros en Nueva York son diferentes a los nuestros —respondí, evadiendo elegantemente la pregunta de si debería buscar otro trabajo. Contrario al cliché de que todo era posible en Nueva York, no había encontrado mejores empleos.

—Al menos no te aburres, ¿eh? —Los ojos de Holly brillaron con picardía.

—Se podría decir así —me mordí el labio, esperando que mi cara no revelara el resto de la historia, la parte donde un traje caro llegó a su fin prematuro en el caos por un café derramado.

—Harper Johnson, ¿por qué tengo la sensación de que no me estás contando todo? —La expresión de Holly cambió en un instante de divertida a inquisitiva.

—Porque me conoces demasiado bien —confesé, mientras el peso del traje arruinado pesaba mucho en mi conciencia. Pero no podía reunir el valor para decirlo en voz alta.

—Suéltalo, hermanita —insistió, sabiendo bien que me estaba conteniendo.

—Digamos simplemente... que espero que el señor Norton tenga una buena tintorería —murmuré, mirando a Holly directamente a los ojos.

—¡Oh no, Harper! —Su mezcla de shock y risa llenó la habitación y rebotó en el papel tapiz descascarado de mi destartado apartamento—. Eres un desastre andante.

—Hey, al menos esta vez no destruí un puesto entero de perritos calientes —bromeé para aligerar el ambiente.

—Ay, hermanita —suspiró Holly y sacudió la cabeza—. Solo prométeme que de ahora en adelante te esforzarás por mantener la destrucción al mínimo.

—Lo juro —respondí, haciendo una X sobre mi pecho. Pero en el fondo, sabía que no debía

hacer promesas que no siempre podría cumplir. Después de todo, no era como si causara este caos a propósito.

Me moví en el borde del duro colchón que presionaba implacablemente contra mis muslos, luego dejé mi taza.

—¿Hay algún otro desastre del que deba saber? ¿La ciudad sigue en pie? —Holly sonrió. En realidad, esperaba que siguiera un rápido "no". No era una pregunta capciosa.

—Está bien —murmuré y respiré hondo—. En el robo del pastrami, también hubo un incidente con café —Las palabras brotaron de mí y cada una sabía más amarga que la anterior.

—¿Arruinaste su traje? —Holly jadeó y se llevó la mano a la boca.

—Sip —Asentí y torcí la boca.

—Oh, Harper —Holly suspiró.

—No te preocupes, lo tengo todo bajo control. Empiezo a trabajar para él mañana, el costo del traje estará pagado antes de que puedas ensillar un caballo —dije rápidamente, interrumpiendo su inminente sermón—. Y si impresiono al jefe con mi café, tal vez pueda mantener el trabajo después.

—¿Mantener el trabajo? —Holly frunció el ceño—. ¿Te refieres a después de pagar el traje?

—Exacto —Con voz firme, intenté convencer tanto a ella como a mí misma.

—Probablemente ya lo tienes comiendo de tu mano —dijo Holly encogiéndose de hombros.

—¿Qué quieres decir? —pregunté confundida.

Holly se rió entre dientes. —¿Con qué frecuencia te ofrecen un trabajo después de derramar café sobre alguien?

—Hmm —Asentí pensativa—. Pero olvidas una cosa. No estamos en una película romántica, sino en la vida real.

—Sí. Y tú eres mucho mejor que las protagonistas de esas películas —Holly sorbió su té—. Harper Johnson, que encanta corazones, complica la vida a los dueños de puestos de perritos calientes y arruina trajes dondequiera que va —El sarcasmo en su voz era inconfundible.

—No es como si lo hiciera a propósito —respondí, poniendo los ojos en blanco juguetonamente.

—Simplemente sacúdete los desastres que aún se te pegan a la suela del zapato. No podemos permitirnos otro incidente internacional. El apellido Johnson ya es bastante infame en Maplewood —añadió con un guiño.

—¿Internacional? Me halaga que creas que tengo tanta influencia —Sonreí y me recliné, sentándome con las piernas cruzadas en el borde de la cama, lo que provocó un chirrido de protesta del armazón—. Pero no te preocupes, aprendo rápido.

—Esperemos que tan rápido como Apollo roba sándwiches —replicó.

—Auch. Golpe bajo, Holly, golpe bajo —Estallamos en carcajadas que casi me hicieron olvidar que nunca había estado tan lejos de casa.

—Como sea —comenzó Holly, poniéndose más seria—. Solo ten más cuidado, y lo lograrás.

—Ninguna buena historia ha comenzado jamás con "Tuve cuidado" —respondí con media sonrisa, tratando de restarle importancia a la seriedad de la situación—. Y ahora basta de historias de la Gran Manzana. ¿Cómo van las cosas en Silver Lake Ranch?

—Todo sigue igual —dijo Holly, y su tono era ahora más ligero—. Mamá y papá están bien. Pero te extrañan como locos.

—Salúdalos de mi parte. —Mi corazón se llenaba de alegría al pensar en mis padres. Probablemente aún tenían las manos llenas.

—Lo haré. —Holly me sonrió cálidamente—. Y tengo un nuevo caballo con el que estoy trabajando.

—¿En serio? —pregunté, agradecida por el cambio de tema.

—Es muy prometedor —dijo, y sus ojos brillaron—. Fuerte, rápido y con una verdadera cabeza dura. Me recuerda a alguien.

—No puedo imaginar quién podría ser —bromeé, sintiendo el calor de nuestra risa compartida a través de la pantalla.

En el fondo, escuché a la abuela llamando a Holly para cenar.

—Tengo que irme. Cuídate mucho, Harp, ¿de acuerdo? —me recordó Holly suavemente que no me excediera. Como si fuera una señal, un ligero dolor punzante recorrió mi espalda.

—Tú también, Holly —respondí.

—¿Hasta mañana? —preguntó esperanzada—. ¡Tienes que contarme todo sobre tu primer día de trabajo!

—Hasta mañana —prometí, cerrando el portátil y dejándome caer de nuevo en la cama para estar a solas con mis pensamientos. Mañana me enfrentaría de nuevo a Blake Norton, el hombre con los ojos más penetrantes de todo Nueva York.



No necesito a nadie.



Capítulo 5 - Blake

NORTON ENTERPRISES, PISO EJECUTIVO, Nueva York.

El aroma del café negro se mezclaba con el aire frío del aire acondicionado cuando abrí la puerta de mi oficina. No tenía muchas reglas para el piso ejecutivo. En realidad, solo había una regla que todos seguían: nada de malditas visitas antes del tercer café.

Irónicamente, era mi padre quien estaba de pie en mi oficina esperándome. Precisamente el hombre que lanzaba miles de reglas, rompía la única que regía este lugar. Qué más se podía esperar.

Su presencia era tan indeseada como la picazón después de una aventura de una noche.

—Debería haber contratado una asistente mucho antes —murmuré para mí mismo. ¿Dónde diablos estaba Harper? Era su primer día como asistente y no se la veía por ningún lado. En realidad, habría sido su trabajo echar a mi padre.

—Blake —la voz de mi padre cortó el aire, tan gélida como el aire acondicionado que rugía desde la rejilla de ventilación.

Dejé mi café y la bolsa con el sándwich sobre el escritorio.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sin preámbulos y sin calidez, mientras mi mirada se desviaba brevemente hacia el reloj. Harper ya debería haber estado aquí.

—Tenemos que hablar —dijo, como si fuera la cosa más natural del mundo. Quizás lo fuera para otras familias. Pero yo intentaba mantenerme tan lejos de la mía como fuera posible.

—¿Hablar? —Mi sonrisa era fina y amarga—. No sé qué podría tener que decirte.

—Entonces simplemente escucha, hijo —replicó, juntando las manos en un gesto de paciencia forzada.

Me apoyé contra el escritorio y crucé los brazos a la defensiva. La tensión entre nosotros era tan grande que se podría cortar con un cuchillo. Bajo la superficie de mi calma, hervía una ira cuyas raíces eran profundas y retorcidas, y que se extendía hacia un pasado del que simplemente no podía deshacerme.

—Se trata de mi jubilación —dijo finalmente—. Quiero jubilarme, pero...

—Ahórratelo —lo interrumpí con voz firme—. Bruce me deleitó ayer con los detalles.

Mi padre suspiró, un movimiento calculado que pretendía mostrar decepción, sin que yo me impresionara en absoluto. —Tenemos que dejar el pasado atrás, Blake.

—No puedo y lo sabes —respondí, breve y conciso. No tenía idea de cuántas veces habíamos masticado este tema, pero estaba harto.

—¿No puedes o no quieres? —Permaneció inquietantemente tranquilo, intentando provocarme para que perdiera el control. Pero si había alguien en el mundo más controlado que Alistair Norton, ese era yo.

—Ambas —respondí honestamente, con el mismo tono que él—. Eres el mismo hombre que...

—No recalentemos viejos errores —interrumpió—. Lo que pasó, pasó y nadie puede cambiarlo. No importa cuánto lo lamentemos.

—¿Viejos errores? —repliqué incrédulo—. No son solo viejos errores. Son de los que no permanecen enterrados. —No solo eso. Esta conversación trataba sobre el tipo de errores que llevaban a la gente a la tumba en primer lugar. Joder. La mañana ni siquiera había comenzado y ya estaba arruinada. Miré el reloj de nuevo. Seguía sin haber rastro de Harper. Por un segundo, imaginé cómo la castigaría por llegar tarde, pero inmediatamente deseché la idea. Harper no era el tipo de chica que normalmente dejaba entrar en mi cuarto de juegos y así debía seguir siendo.

—Blake —dijo mi padre con voz baja pero firme, devolviéndome a la realidad—, tienes que mirar hacia adelante y seguir adelante.

—¿Seguir adelante? —Lo repetí y por un momento perdí el control, antes de dominar mi ira de nuevo—. Tal vez tú pudiste seguir adelante fácilmente después de...

—¡Blake! —Gritó mi nombre. Normalmente mi padre no gritaba, una clara señal de que había cruzado un límite, pero no me disculpé. Después de todo, había sido él quien cruzó los límites primero al sacar el maldito tema a colación.

—Mírate —observó con un toque de preocupación—. Tan cínico, tan frío. A veces me pregunto

en qué se ha convertido mi hijo.

—¿Tu hijo? —Mi risa estaba desprovista de humor—. Está justo aquí, por si no te habías dado cuenta.

—Difícil de notar cuando está escondido detrás de una capa de hielo —replicó fríamente.

—Tal vez sea porque la calidez es un lujo que no puedo permitirme —dije, cada palabra medida y precisa.

—Blake —comenzó de nuevo, pero lo interrumpí con un gesto brusco.

—Suficiente. —Había terminado con esta conversación. Pero a juzgar por la expresión de mi padre, él aún no había terminado.

—Sí, realmente es suficiente, Blake. Esto no se trata solo de mis acciones de la empresa, sino también del legado familiar. La familia es importante, hijo. Necesitas una familia, de lo contrario tu vida seguirá tan vacía como lo está ahora —dijo mi padre, y su mirada de acero me atravesó como una hoja.

—No necesito a nadie. —Me recliné en mi silla, el sándwich permaneció intacto y el café se enfriaba—. ¿O realmente crees que mi vida mejorará si me encadenas a una noción de cuento de hadas de felicidad doméstica?

—Para Navidad, quiero que estés en una relación estable y con perspectivas de tener hijos —declaró sin emoción, ignorando mi sarcasmo—. De lo contrario, puedes despedirte de tus acciones de mi empresa.

Me burlé y crucé los brazos para protegerme del ridículo de su ultimátum. —Quédate las acciones. He construido suficiente sin ellas.

—Bien —dijo, y su tono cambió como si hubiera previsto mi indiferencia—. Entonces Bruce tampoco recibirá ninguna.

Eso tocó un nervio. —Eso no es justo. Bruce siempre ha jugado según tus reglas.

—Blake, tú siempre has sido el más razonable —contraatacó, sus palabras volviéndose más afiladas—. ¿Por qué no ahora?

Su pregunta quedó suspendida en el aire, una burla disfrazada de preocupación. —Sabes perfectamente por qué no me entusiasman los sentimentalismos —respondí, y mi fachada tranquila se agrietó, permitiéndole ver el hielo debajo.

—Si Brooke pudiera verte ahora, te diría exactamente lo mismo que yo. —Mi padre me miró seriamente, pero bajo su expresión severa vi un atisbo de vulnerabilidad durante una fracción de segundo.

—Pero Brooke no está aquí —gruñí. Hacía una eternidad que no pronunciaba su nombre.

Papá asintió, luego evitó mi mirada. —Es cierto, no está aquí.

—Dale a Bruce sus acciones —dije, esforzándome por usar un tono conciliador.

—Si cumples mis condiciones. —Adoptó ese tono autoritario que siempre hacía que todos en la habitación se pusieran más erguidos—. Tienes hasta Navidad para demostrar que te has vuelto razonable.

¿Razonable? La palabra sabía a ceniza en mi lengua. Seis meses para presentar a una mujer a mi lado que no se derrumbara bajo el peso de mis pensamientos cínicos, o peor aún, que intentara salvarme de ellos. Me burlé de la idea, recordando las innumerables veces que los ojos de las mujeres se habían llenado con el peligroso brillo de los sentimientos después de pasar demasiado tiempo en mi cuarto de juegos, y cómo al momento siguiente les había mostrado la puerta de salida. Lejos del cuarto de juegos, lejos de mí, lejos de mi vida.

—¿Eso es todo? —pregunté, mirando hacia la puerta.

Papá se levantó, rodeó la mesa y me dio una palmada en el hombro. —Solo quiero lo mejor para ti, hijo. Lo creas o no.

—Por supuesto que quieres eso —respondí cínicamente.

—Quizás no lo entiendas ahora, pero algún día lo harás —dijo, girándose ligeramente, su silueta imponente recortada contra la luz que entraba por las ventanas—. Pero recuerda, sé exactamente qué tipo de mujeres sueles traer a tu vida. No las confundas con lo que realmente necesitas.

—No es asunto tuyo qué mujeres dejen entrar en mi vida —respondí secamente. Sabía que se refería a las escorts que normalmente pedía para el cuarto de juegos y que luego desaparecían, sin drama, sin sentimientos.

—Lo averiguaré por mí mismo —dijo, luego salió de mi oficina, dejándome con un ultimátum que no podía simplemente ignorar.

Su ultimátum me dejó tan atónito que me pregunté si mi padre había perdido la cabeza. Mi mundo consistía en rutinas férreas y hechos fríos y duros. El amor, con su caótica imprevisibilidad, no tenía cabida dentro de estos muros.

Un golpe interrumpió mis cavilaciones, y con la precisión de la costumbre, miré el reloj. Harper Johnson entró, empujando la puerta con un hombro mientras mostraba una sonrisa que no llegaba del todo a sus ojos cansados. No vi mucho de ella, pero lo suficiente para notar que esa ropa respondía más a la necesidad que a la elección.

—Buenos días... —comenzó Harper, luego se detuvo, sin saber si debía dirigirse a mí por mi nombre o apellido.

—Señor Norton —la ayudé. Esto era estrictamente profesional; incluso a mis antiguas sumisas no les había permitido usar mi nombre de pila.

—Buenos días, señor Norton —me saludó, y su voz revelaba el cansancio que se aferraba a ella como una segunda piel.

—Llegas tarde —dije.

—¿Tarde? —Confundida, miró el reloj que colgaba al otro lado de la habitación—. Pero, señor, mi turno comienza en cinco minutos.

¿Tenía que pronunciar "señor" de una manera que me llevara a pensamientos inapropiados?

—En Norton Enterprises, todos comienzan al menos diez minutos antes. —Mis palabras fueron breves, y mi mirada recorrió involuntariamente las líneas de su figura. Al notar la perfección de su forma, una imagen apareció involuntariamente en mi mente: Harper, inclinada sobre mi rodilla, con la falda subida, una reacción primaria no deseada e innegable contra la que no podía hacer nada.

—De acuerdo —respondió, sin mirarme a los ojos.

—Asegúrate de que no vuelva a suceder —dije con voz tranquila, a pesar del inesperado estallido de un deseo que no había aprobado y que era nuevo para mí. Esos pensamientos pertenecían al cuarto de juegos y a ningún otro lugar.

—No volverá a ocurrir. —Harper asintió y su cola de caballo suelta se balanceó con el movimiento.

Cuando se volvió para irse, se le escapó un suave suspiro, luego se giró de nuevo hacia mí.

—¿Señor Norton? —Su voz me sacó del abismo de pensamientos que no debería haber explorado.

—¿Sí? —La miré frunciendo el ceño.

—¿Hay algo que pueda hacer? —En la inclinación de su barbilla y en la postura de sus hombros había casi un desafío.

—Asegúrate de que nadie más irrumpa en mi oficina —le indiqué, recuperando el control de la situación y de mí mismo—. Ese es el motivo por el que te contrato.

—¿Nada más? —Frunció el ceño—. ¿Por eso tengo que ser capaz de decir "no"?

¿Vi decepción en su rostro?

—Nada más —respondí. Ese era exactamente el trabajo de Harper: mantener a todas las personas alejadas de mi oficina. Al menos hasta que mi padre volviera a sus cabales y me dejara en paz,

como siempre.

Harper asintió y las comisuras de su boca se crisparon. —De acuerdo. —Luego se cubrió la boca con la mano y bostezó suavemente. A pesar de las oscuras ojeras bajo sus ojos y el cabello despeinado, irradiaba una resistencia que despertó mi interés, una curiosidad que no debería albergar.

Cuando notó mi mirada, se aclaró la garganta. —Fue una noche corta, vengo del Bronx.

—¿Demasiada fiesta? —pregunté bruscamente. No había considerado a Harper así, pero esta chica simplemente se desviaba de cada norma que conocía.

Negó con la cabeza. —Vengo de uno de los restaurantes de allí. Las cucarachas no se ahúman solas por la noche.

—Encantador —respondí secamente y casi sin emoción, mientras notaba que incluso ahora parecía estar dispuesta a enfrentarse al mundo sin pensarlo dos veces.

—No realmente. —Harper se encogió de hombros—. Pero uno hace lo que puede para mantenerse a flote. Solo no hay que desanimarse.

—Todos tenemos nuestros problemas —respondí, y mi tono era tan frío como el mármol bajo mis pies—. Pero eso no cambia las expectativas. Simplemente asegúrate de llegar puntual mañana.

—Entendido. —Sostuvo mi mirada, y algo destelló allí: una chispa que, contra mi voluntad, hizo hervir mi sangre.

—Bien —dije secamente, reprimiendo aquel calor inoportuno—. Ahora, hazme un café. Y luego busca a James, de seguridad. Le ayudarás a colocar una mesa y una silla afuera. Tu tarea es asegurarte de que nadie interrumpa en mi oficina.

Abrí mi portátil. Me esperaba un montón de trabajo y no sabía cómo iba a poder concentrarme. No después del ultimátum de mi padre, y mucho menos después del retraso de Harper, que me había sacado de quicio sin motivo. No, no sin motivo: sabía exactamente lo que estaba pasando. Buscaba razones para arrastrarla a mi cuarto de juegos. Y eso era precisamente lo que lo hacía tan problemático.

—Por supuesto —respondió Harper, y el cansancio en su voz fue reemplazado por una formalidad que encajaba con el ambiente de la sala.

—¿Eso es todo? —preguntó, deteniéndose en la puerta, una imagen casi perfecta de obediencia, de no ser por el brillo en sus ojos que prometía un caos imprevisto.

—Sí —dije, despidiéndola con un gesto hacia la salida.

—Harper —la llamé, incapaz de evitar que su nombre escapara de mis labios. Ella se detuvo, se

giró ligeramente y arqueó una ceja inquisitiva.

—Asegúrate de que el café sea negro. Sin azúcar.

—Negro, sin azúcar —repitió ella seriamente mis preferencias de café. Cuando se volvió para irse, no pude evitar que mi mirada se demorara, admirando no la ropa, sino la figura perfecta que se ocultaba debajo. Una figura que despertaba en mí pensamientos oscuros y no solicitados: el deseo de control que apenas podía contener. Sacudí ligeramente la cabeza para disipar las imágenes; en mi vida no había lugar para ese tipo de caos.

Con eso, Harper abandonó la oficina, llevándose consigo el breve destello de caos que había amenazado mi mundo cuidadosamente ordenado. Me quedé mirando la puerta vacía, con un campo de batalla de reglas y caos en mi cabeza. Harper Johnson estaba prohibida, otra complicación que no necesitaba.

No necesitaba nada ni a nadie. Solo necesitaba orden. Y ambos parecían estar en grave peligro en ese momento.



Eso es parte del paquete de paz mental.



Capítulo 6 - Harper

NORTON ENTERPRISES, PLANTA EJECUTIVA, Nueva York.

El aburrimiento se hacía más fuerte con cada tic-tac del reloj colgado en la pared detrás de mí. Estaba sentada frente a la oficina de Blake, esperando que algo sucediera. Pero no pasaba nada. Y eso era un infierno.

En el rancho Silver Lake, las manos ociosas eran algo desconocido; siempre había una cerca que reparar, un rebaño que arrear o sacos de alimento que apilar. Pero aquí, la mayor emoción que podía conseguir era doblar otra grulla de papel para unirse a la creciente bandada sobre la mesa pulida, un testimonio de tiempo desperdiciado y energía inquieta.

—Harper, café. Por favor —la voz de Blake rompió el aire silencioso que no emanaba calidez alguna.

Por fin. Nunca había estado tan feliz por un café.

—Por supuesto, señor Norton —gorjeé, empujándome de la mesa y dirigiéndome a la pequeña sala adyacente donde se encontraba una auténtica Titanica, una de las máquinas de café más caras que existían, para la que uno realmente necesitaba haber estudiado ciencias espaciales para poder operarla. Por suerte para mí, me había ganado la vida como barista. La máquina ronroneó como un gatito y el aroma del espresso recién hecho llenó la habitación. Luego el aroma de dos espressos... tres.

La taza estaba llena hasta el borde cuando logré detener la máquina. Pero demasiado café era un problema de lujo, si es que se podía llamar problema. En la historia de la humanidad, nadie había dicho jamás "eso es demasiado café". Nunca.

Equilibré la taza humeante y volví a la oficina con pasos cuidadosos. Al entrar, el líquido se acercó peligrosamente al borde, pero recuperé el equilibrio antes de poder ensuciar el suelo o, peor aún, documentos importantes.

—Hay demasiado café en la taza —dijo Blake secamente, y tuve que aceptar que había en el mundo una persona que podía hablar de "demasiado café".

—Quería establecer el récord mundial de la taza de café más llena del mundo —dije sonriendo. Pero al notar que mi jefe no movía un músculo, me aclaré la garganta—. Lo siento. En cualquier caso, el suministro de cafeína está asegurado para las próximas horas. —Le entregué la taza, nuestros dedos se rozaron brevemente y el contacto me provocó una inesperada descarga.

Su mirada se detuvo en mí más de lo necesario, esos ojos plateados analizando cada uno de mis movimientos. Era desconcertante cómo alguien podía verse tan... perfecto. Su cabello, que tenía exactamente el tono de las hojas de otoño, estaba impecablemente peinado. Ni una sola fibra de su traje se atrevía a salirse de la fila. Y Dios mío, era atractivo cuando estaba molesto, incluso más de lo que ya era todo el tiempo.

—Harper, ¿por qué estás tan inquieta? —Blake dejó la taza y frunció el ceño mientras me miraba.

—Supongo que simplemente no estoy hecha para estar sentada sin hacer nada. —Me encogí de hombros y me coloqué un mechón suelto detrás de la oreja—. Estoy acostumbrada a estar en movimiento.

Se reclinó en su silla y entrelazó sus dedos. —Tu trabajo puede parecerte banal, pero es todo menos insignificante. Me proporcionas paz mental, eso es invaluable para mí.

—¿Paz mental? —Repetí el pensamiento, que se sentía extraño y desproporcionado, como la camiseta de un jugador de hockey sobre hielo.

—Correcto. Tu tarea es asegurarte de que tenga mi paz mental —me recordó, como si la paz fuera algo tangible que pudiera entregarle sobre su pulido escritorio de metal.

—Sigo sintiendo que debería hacer más —murmuré insatisfecha.

—Confía en mí, Harper. En este caos, tu trabajo es más que necesario. —Me miró seriamente y mi corazón daba un pequeño salto cada vez que pronunciaba mi nombre.

—¿Caos? ¿En este lugar? —Miré alrededor de la impecable oficina—. Me parece que todo está bastante controlado.

—Las apariencias pueden engañar —respondió Blake, mientras una sombra cruzaba su rostro, tan fugaz que podría habérmela imaginado.

—Es cierto —murmuré, insegura de qué responder.

—¿No te sientes solo con tanto orden? —La pregunta se me escapó de los labios antes de que pudiera detenerla. A veces mi boca era más rápida que mi cerebro.

—La soledad no tiene influencia en la productividad.

—Pero ¿no quieres desordenarlo todo alguna vez? ¿Solo un poco de caos, solo por diversión? —pregunté, inclinando mi cabeza para provocar una sonrisa o un signo de imperfección humana. Algo que probara que mi jefe no era tan frío como aparentaba. Por qué quería probarme eso a mí misma, no lo sabía.

—El caos es un lujo que no puedo permitirme —dijo, encontrando mi mirada, sus ojos fríos y distantes.

—Cierto. —Enrollé un mechón de cabello alrededor de mi dedo y de repente me sentí fuera de lugar.

—Gracias, Harper. Si me disculpas ahora —gesticuló con voz firme hacia la puerta.

—Por supuesto. —Retrocedí, sabiendo cuándo era literalmente echada.

—Te llamaré cuando necesite más café. —Luego me despidió y volvió a dedicarse al interminable papeleo que yacía sobre su escritorio.

De vuelta en mi lugar, me consolé con la precisión con la que doblaba más grullas, cada pliegue una silenciosa protesta contra la monotonía. Blake Norton podría apreciar mi silencio, pero yo prefería ahumar restaurantes día y noche. Lo único malo es que no había bromeado sobre el pago. Normalmente, al final del sueldo me quedaba bastante mes, pero no en Norton Enterprises. Con este salario realmente podía ayudar a mi familia. Y en unos años, tal vez tendría suficiente para empezar algo pequeño por mi cuenta.

Doblé otra grulla. Una mirada al reloj me confirmó que el tiempo realmente se arrastraba, burlándose de mí con su letargo. Me levanté porque necesitaba estirar las piernas y me dirigí a la puerta de la oficina. Estaba entreabierta, lo suficiente como para que pudiera echar un vistazo sin que él me notara. Blake Norton miraba estoicamente la laptop, su expresión seria y concentrada. ¿Alguna vez este hombre había reído en su vida? Probablemente no.

Mi estómago rugió fuertemente en el silencioso pasillo. Era hora de almorzar. Tal vez la comida me distraería del vacío de mi día. Me encaminé hacia abajo para escapar de la fría formalidad de Norton Enterprises, aunque fuera solo por unos minutos.

Me dirigí a la cafetería frente a la cual había perdido el control de los perros ayer y compré dos sándwiches.

De vuelta en la oficina, equilibré los dos sándwiches junto con dos cafés para llevar y golpeé cuidadosamente con el codo la puerta de Blake. Desde el otro lado llegó un escueto —Adelante —, y empujé la puerta con mi cadera.

—Te he traído un sándwich de pastrami, jefe —anuncié, dejándolo sobre su escritorio con una radiante sonrisa.

Sus cejas se fruncieron mientras me miraba irritado, y sus atractivas facciones parecían grabadas en piedra. —No pedí almuerzo, Harper.

—Todo el mundo necesita comer —dije, desenvolviendo mi propio sándwich y dejándome caer en la silla frente a él, con la esperanza de que este gesto aligerara su humor.

—Harper, ¿qué estás haciendo exactamente?

—Me aseguro de que no te mueras de hambre —dije. Luego le di un mordisco a mi sándwich y lo observé con ojos cautelosos.

—Morir de hambre no está en la agenda de hoy —respondió secamente, aunque noté el más leve indicio de diversión en su voz antes de que lo ocultara con otro ceño fruncido.

—Considéralo parte del paquete de paz mental —dije entre bocados, tratando de aliviar la tensión con humor.

—¿Ah, sí? —Se reclinó en su silla y me miró atentamente, y por un momento hubo algo parecido a la curiosidad en su mirada antes de que apartara la vista.

—Sí —dije asintiendo—. Sin comida en el estómago no se puede hacer mucho.

No respondió, pero lo pillé mirándome de nuevo con una mirada inquietante. Me moví incómoda y de repente me sentí insegura bajo su observación. Tenía la sensación de que quería decir algo, pero no podía, o no quería. Fuera lo que fuese, su mirada ilegible me estaba volviendo loca.

El silencio entre nosotros se extendió, cargado de algo que no podía nombrar. Harper Johnson, una simple chica del campo, sentada frente a Blake Norton, la personificación de la sofisticación urbana en su elegante oficina que olía a dinero y fría ambición.

—¿Y por qué comes aquí? —preguntó finalmente, rompiendo el silencio que casi me había asfixiado.

—Nadie debería comer solo —murmuré, bajando más el envoltorio de mi sándwich. Mi pulso latía en mis oídos y sentía calor bajo su mirada.

—¿Es eso una tradición sureña o un hábito tuyo? —Su voz era fría y distante, pero algo más destelló en sus ojos plateados.

—Un poco de ambas, creo —respondí y le di un mordisco a mi sándwich de queso, sin dejar que se notara que me sentía como una mariposa atrapada bajo un cristal bajo su mirada.

—Ya veo. —La palabra fue breve y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio, dejando su sándwich intacto.

—Ajá. —Asentí de nuevo y de repente me sentí bastante tonta por mi idea de romper el hielo de esta manera. Todavía no había tocado su sándwich de pastrami, pero sus ojos no abandonaban los míos. Era inquietante cómo podía mirarte y hacerte sentir como si estuviera hurgando en tus pensamientos.

Su mirada permaneció en mí tanto tiempo que ya no pude soportarlo.

—¿Está todo bien, señor Norton? —pregunté, fingiendo que no me molestaba que me mirara así. Por dentro, estaba completamente enloquecida.

—Todo está bien, Harper. Todo está bien —dijo, pero su mirada era escrutadora e intensa, lo suficiente como para generar un calor profundo en mi vientre. Me mordí el labio inferior y algo en su mirada me dejó sin aliento.

Me aclaré la garganta, aparté la mirada y me puse de pie.

—Volveré al trabajo entonces —dije, exhalando profundamente.

—Bien —dijo Blake, volviendo a concentrarse en su laptop.

Con la cabeza gacha, salí de la oficina y volví a sentarme en la mesa del aburrimiento, que ya no parecía tan abrumadora después de la no-comida con mi jefe.

Medio sándwich de queso y una nueva bandada de grullas después, se escuchó el sonido de las puertas del ascensor abriéndose.

Pasos pesados anunciaron a un hombre grande y musculoso que, para mi sorpresa, era un reflejo de Blake Norton. Al menos casi, el pelo estaba peinado un poco diferente y no llevaba corbata.

—Oh, una cara nueva por aquí. Qué inesperado. —Había un toque de diversión en su voz mientras me examinaba. También parecía distante, pero de una manera diferente a Blake.

—Harper Johnson —ofrecí, sintiendo el calor subir a mis mejillas—. Soy la nueva... asistente. —En realidad, básicamente era una echadora, porque no hacía nada más, pero se sentía incorrecto formularlo así.

—Bruce Norton, encantado. —Extendió su mano, que estreché.

—¿El hermano del señor Norton? —pregunté, aunque la pregunta era realmente innecesaria.

—Culpable. Soy el gemelo mayor. —Una sonrisa jugó en sus labios—. Déjame adivinar, ¿eres la que casi ahoga a Blake en café ayer?

—También culpable —confesé, deseando que la tierra me tragara. Mi accidente parecía estar causando más revuelo de lo esperado. Quizás Holly tenía razón y yo estaba provocando incidentes internacionales.

—¿Está Blake? —La voz de Bruce Norton tenía ese tono familiar y profesional que también podía reconocer en Blake.

—Sí, pero no quiere que lo molesten —dije, intentando sonar tan seria como la gélida decoración de la oficina de Blake.

—Para mí hará una excepción. Privilegios de gemelo —respondió Bruce Norton diplomáticamente.

Me puse de pie, sintiendo el peso de la responsabilidad que Blake había puesto sobre mis hombros. —Fue bastante claro: nada de interrupciones.

—Insisto en mi privilegio de gemelo —replicó. A través de su expresión seria, se vislumbraba algo parecido a la diversión.

—Lo siento, señor Norton. Pero tengo una tarea, solo una, y no quiero estropearla. —Lo miré con angustia, esperando que cediera. Y de hecho, su expresión se suavizó.

—¿Y si Blake hubiera insistido en que yo entrara a su oficina, pero tú me lo has negado? ¿Qué pasaría entonces? —Bruce Norton me estaba planteando un dilema irresoluble.

—Eh... —Empecé a sudar. Era otra de esas situaciones en las que había que decidir si el cable azul o el rojo desactivaban la bomba. Solo que yo sabía que ambos cables harían explotar la bomba.

—Lo siento, señor Norton. Pero mi jefe seguramente me habría avisado si hubiera querido que alguien entrara en su oficina.

Bruce hizo un gesto desdeñoso con la mano, su Rolex brillando bajo la luz estéril. —Relájate, hará una excepción para mí. —Pasó junto a mí y entreabrió la puerta antes de que pudiera evitarlo.

—¿Ahora juegas al director ejecutivo inaccesible, eh? —preguntó Bruce, y escuché cómo Blake dejaba escapar un gruñido. Era difícil distinguir sus voces, pero el tono de Blake era un poco más frío, más pulido.

No pude evitar quedarme de pie en la entrada para escuchar.

—¿Vuelves a entrar en mi oficina sin invitación? —replicó Blake.

—Es de familia —contraatacó Bruce.

—Yo nunca he entrado en tu oficina sin anunciarme —respondió Blake con tanta frialdad que me estremecí.

—Quizás no en mi oficina, pero te has entrometido en otros asuntos sin que te lo pidieran. Y gracias a eso ahora soy una mejor persona. —El tono de Bruce se volvió más conciliador.

—Una buena introducción, pero no, no vamos a hablar de familia ahora. —Me puse alerta, porque a mí me encantaba hablar de mi familia y me resultaba inconcebible que alguien cerrara las compuertas ante ese tema.

—Algunas cosas nunca cambian, hermanito. —Escuché un tono de decepción en la voz de Bruce.

—A diferencia de otras personas, yo no me doblo por el bien de la paz, hermano.

Siguió una breve pausa y aposté a que los dos hermanos estaban teniendo un duelo de miradas.

—Debe ser solitario allá arriba en tu pedestal —comentó finalmente Bruce.

—Mejor que tropezar en la niebla sentimental en la que ahora te sientes tan cómodo.

El intercambio me hizo sonreír, porque si se escuchaba con atención, se podía oír un tono de fraternidad.

—Al menos ten la decencia de cerrar la puerta para que medio mundo no se entere de la obstinación de nuestro padre —gruñó Blake, y yo me encogí con culpabilidad por haber estado escuchando.

De puntillas, volví a mi lugar y al momento siguiente se cerró la puerta. Inevitablemente, me pregunté qué estaría pasando detrás de la puerta cerrada o por qué la familia Norton parecía tan disfuncional que incluso los Soprano palidecerían.

No pasó mucho tiempo antes de que la puerta se abriera de nuevo y Bruce saliera. Me guiñó un ojo y se alejó paseando.

Apenas se apagaron sus pasos, sentí una presencia detrás de mí. Cuando me di la vuelta, me encontré con la mirada plateada de Blake, que carecía de toda calidez.

—Harper, ¿podrías resumirme tu descripción de tareas, por favor? —Su voz era seca como el viento del desierto.

—Me aseguro de que nadie entre en esta oficina —respondí en voz baja, y el calor de la vergüenza me subió por el cuello.

—Interesante. ¿Y cómo ha ido eso hoy? —Cruzó los brazos. ¿Podía ver algo parecido a la decepción en su mirada?

—La próxima vez construiré una barricada —balbuceé, sabiendo que había fallado en la única tarea que se me había encomendado—. ¡Lo prometo!

—La próxima vez —repitió, aunque sonaba menos como una promesa y más como una sentencia.

Enderecé los hombros y enfrenté su mirada helada con un atisbo de desafío. —Sé que debería haber sido más persistente...

—Harper —me interrumpió, y el filo en su voz cortó como una guadaña a través de mi disculpa a medio cocer—. Se te dijo expresamente que mantuvieras a todos alejados. Eso incluye a mi hermano gemelo. De hecho, se aplica especialmente a mi familia.

El frío del aire acondicionado parecía colarse en mis huesos, pero no era nada comparado con la gélida reprimenda en sus ojos. Las palmas de mis manos se humedecieron y luché contra el impulso de frotarlas contra mi falda, un hábito nervioso que no tenía cabida aquí.

—La próxima vez seré más terca —dije, y mi voz vaciló aunque me esforcé por sonar confiada. Interiormente, me estremecí al darme cuenta de lo débil que sonaba.

—¿La próxima vez? —Se le escapó una risa sin alegría—. No habrá una próxima vez, Harper. Sin duda eres la peor asistente que he tenido jamás.

Las palabras dolieron, una bofetada en la cara no habría sido nada en comparación. Aun así, traté de no dejar que se notara cuánto me habían afectado esas palabras.

—¿En serio? —Logré responder algo, aunque necesité toda mi fuerza de voluntad para mantener la voz calmada.

—Por supuesto —confirmó, sonando tan despectivo como si yo fuera un problema del que simplemente pudiera deshacerse—. No puedo permitirme tener a alguien que no puede seguir una simple instrucción. Estás despedida, Harper.

Su veredicto quedó suspendido en el aire, pesado y definitivo. Mi visión se nubló con una mezcla de ira e incredulidad. ¿Despedida? ¿Así sin más?

Abrí la boca, pero él ya se estaba dando la vuelta y regresando a su oficina. Era evidente que no estaba dispuesto a permanecer en la misma habitación conmigo un segundo más.

Auch. Este silencio dolía aún más que las palabras que me había lanzado antes.

Agarré mi bolso del suelo y me moví bruscamente, indignada.

—Bien, como quieras —respondí suspirando y saboreando la amargura del rechazo—. Espero que encuentres a alguien que esté a la altura de tus imposibles exigencias.

Sin esperar una respuesta, di media vuelta y salí apresuradamente de la oficina, dejando atrás el mundo rígido de Norton Enterprises.

Blake Norton podría ser el hombre más atractivo que jamás había conocido, pero en ese momento, solo podía pensar en poner la mayor distancia posible entre nosotros.



Ya no estamos en Kansas, Toto. ¿O sí?



Capítulo 7 - Harper

NORTON ENTERPRISES, PLANTA EJECUTIVA, una hora y dos cafés después.

El peso de mi propio orgullo obstinado se sentía más pesado que las dos bolsas de bagels de reconciliación en mis manos mientras marchaba de vuelta a la guarida del león, también conocida como Norton Enterprises. La fría esterilidad de la planta ejecutiva no ayudaba a sofocar la tormenta de fuego que rugía en mi estómago. Odiaba dejar las cosas sin resolver e inconclusas. Tal vez yo fuera el caos personificado, pero cuando emprendía algo, quería terminarlo. Las disputas eran como heridas abiertas, y yo estaba aquí para coserlas.

—Extraño las tartas de manzana —murmuré para mí misma, examinando las bolsas de bagels. En realidad, la comida tradicional de reconciliación con tarta de manzana incluía una de las mundialmente famosas tartas de Charlotte, pero en Nueva York era casi imposible encontrar un dulce que no fuera un cheesecake neoyorquino. Así que, como alternativa, había unos bagels de reconciliación, porque era todo lo que había podido conseguir en la última hora. Eso y dos cafés, que me ponían aún más nerviosa porque en realidad no toleraba tanta cafeína.

Cuando el ascensor se abrió y las puertas se separaron con un siseo, entré en el familiar territorio desierto de Blake Norton. No hacía ni una hora que había destrozado mi trabajo, y la ira se había apoderado de mí. Admitámoslo, mi jefe, o mejor dicho, mi ex jefe, no se equivocaba. Había arruinado totalmente mi trabajo. Aun así, su despido me había herido profundamente y solo por eso había salido corriendo tan rápido. Pero ahora que la ira había disminuido, había espacio para otros sentimientos más traicioneros. Sentimientos que hacían arder mis mejillas cuando pensaba en lo atractivo que lo hacía la intensidad de Blake. Me molestaba que este hombre pudiera volverme loca de esa manera.

—Harper Johnson, estás aquí para limpiar la pizarra, no para soñar con el hombre que

básicamente te despidió —me regañé en voz baja. Porque si no solo pensaba las palabras, sino que las decía en voz alta, realmente llegaban a mi cerebro.

Con pasos vacilantes, me acerqué a la oficina. La puerta estaba entreabierta y pude captar voces suaves. Puse mi mano en el pomo de la puerta y miré por la rendija. Allí lo vi: Blake Norton, su perfil afilado tan dominante como siempre. Y a su lado, un hombre que reflejaba una versión mayor de él. Su padre, sin duda, pues tenía el mismo perfil, la misma postura. ¿Esta familia solo consistía en personas dolorosamente hermosas? Dios definitivamente había favorecido a los Norton.

Vacilé, queriendo retirarme, pero nuestras miradas se encontraron. Sus ojos, siempre tan plateados e insondables, se estrecharon ligeramente, no por sorpresa, sino con una mirada ardiente que hizo que mi corazón se acelerara.

Esperaba otra reprimenda, o peor aún, silencio, pero ocurrió lo contrario.

Blake se movió antes de que pudiera emprender la retirada y redujo la distancia entre nosotros con una gracia silenciosa y depredadora. Antes de que pudiera protestar o siquiera comprender lo que estaba sucediendo, su mano se cerró alrededor de mi brazo. Un toque que era firme y me enviaba un escalofrío involuntario por la espalda. Me arrastró a la oficina, y la puerta se cerró con un suave clic detrás de nosotros.

—Yo... —Mi voz se quebró cuando me fijó con su mirada oscura e intensa.

—Shhh —dijo, el fantasma de una orden con la misma atracción que me mantenía inmóvil, aunque todas las señales en mi cerebro me decían que debía huir. Su agarre en mi brazo se aflojó, pero mi corazón seguía acelerado. ¿Qué estaba pasando aquí?

El momento se sentía tan surrealista como un sueño febril, donde lo familiar se inclinaba hacia lo bizarro. La mano de Blake ya no estaba en mi brazo, pero su presencia actuaba como una fuerza física que me anclaba y me confundía al mismo tiempo. Me quitó las bolsas de bagels y las puso sobre la mesa.

—Harper, este es mi padre, Alistair Norton —dijo Blake, y sus palabras eran suaves como el whisky, pero el doble de fuertes.

Una ráfaga de sorpresa me atravesó ante la presentación, pero lo que siguió hizo que mis pensamientos giraran como un tornado a través de mi ciudad natal en Kentucky. —Y esta es mi prometida, Harper.

¿Prometida? En realidad, quería gritar, pero no más que una respiración audible salió de mi garganta. Miré hacia arriba, a los ojos de Blake, que me desafiaban a no contradecirlo, y en cuyas profundidades yacía una orden silenciosa. Asentí a su mentira, extendí la mano y estreché la de Alistair Norton, la mía temblando ligeramente por el shock.

—Estoy encantado —dijo Alistair, su agarre era férreo. Cuando acercó mi mano, sus cejas se

fruncieron en un repentino reconocimiento—. ¿Dónde está el anillo de compromiso?

—Se está ajustando —intervino Blake con una ligereza que no hacía justicia a la situación, su mirada sin dejar la mía—. Harper tiene dedos tan delicados.

Alistair me examinó como si fuera un caballo en una subasta, y me sentí como una impostora en mi propia piel. Finalmente, asintió y emitió un gruñido de aprobación. —No parece una prostituta.

—¿Gracias? —Las palabras salieron tropezando, la confusión era evidente en ellas. Aunque no era un cumplido, en esta realidad distorsionada sonaba casi cortés. Al menos ahora sabía de quién había heredado Blake su falta de encanto.

—Por supuesto que no es una prostituta —dijo Blake, su voz firme y fría como el suelo bajo nuestros pies, cada sílaba cuidadosamente elegida para convencer a su padre de que estas obvias mentiras no lo eran.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —me preguntó Alistair Norton y negué con la cabeza.

—Kentucky, señor —logré decir.

—¿Dónde estudiaste? He oído que la Universidad de Kentucky acaba de lanzar un nuevo programa de inversión y finanzas —dijo Alistair Norton pensativo, la pregunta surgió de repente.

—No he estudiado —contesté en voz baja. Había querido hacerlo, pero no teníamos ni el dinero ni el tiempo. Sin embargo, no me arrepentía de nada, porque Holly estaba bien de nuevo y eso era todo lo que importaba.

—Ya veo. —Alistair Norton se apartó de mí nuevamente, dejándome completamente en el aire. Su expresión era tan neutral que no sabía si le parecía bien, mal o le daba igual mi nivel de educación.

La luz que entraba por los grandes ventanales de la oficina de Blake no ayudaba a aliviar la opresión en mi pecho. Alistair Norton miró a Blake con reproche.

—¿Por qué no me hablaste antes de Harper? —preguntó, y su mirada iba y venía entre Blake y yo. La pregunta de Alistair Norton quedó suspendida en el aire, afilada y exigente.

—No revelo mi vida privada, lo sabes bien. Los Norton nunca lo hacemos.

La respuesta de Blake fue breve, más una bofetada verbal para su padre que una explicación.

—Podríamos habernos ahorrado la última discusión si me hubieras hablado de Harper —replicó Alistair Norton secamente.

Blake paseó pensativamente la mirada por su oficina. —No quería restregártelo en la cara durante una pelea. —¿Acaso este hombre tenía una excusa para todo? Mi subconsciente cínico

respondió con un claro "sí". No sabía mucho sobre Blake Norton, pero estaba segura de que su forma de ser tranquila no era solo una fachada. Realmente era así de calmado y calculador y... condenadamente atractivo al mismo tiempo.

—Hmm. —Alistair Norton miró pensativamente hacia el suelo.

Yo estaba allí de pie sintiéndome como Dorothy, arrastrada por un tornado desde Kansas directamente al loco mundo de Oz. Ya no estamos en Kansas, Toto. ¿O sí?

Mi cabeza daba vueltas como si hubiera bebido una botella de bourbon, pero sin el calor ni el confort.

—Me alegra que por fin entres en razón —dijo Alistair finalmente, y miró a Blake de forma conciliadora, casi con orgullo.

—No lo hago por ti. —La voz de Blake era tan seca como el calor del verano en casa.

—No importa por quién lo hagas, lo importante es que lo hagas. —Alistair se encogió de hombros, pero su tono estaba cargado de años de órdenes y expectativas. El calor en sus ojos, que había estado presente hace un momento, desapareció.

Mientras los observaba en su seco intercambio, no pude evitar pensar en mi propia familia: cómo mamá se reía y echaba la cabeza hacia atrás, cómo las miradas severas de papá siempre se convertían en cálidos abrazos. Los Norton, con su gélida aversión, bien podrían haber venido de polos opuestos.

Fuera lo que fuese lo que pasaba entre ellos dos, de repente me había convertido en parte de una disputa familiar. Que Dios me ampare.

Alistair Norton se aclaró la garganta. —Tengo más citas.

—No te entretengas, papá. —La voz de Blake permaneció fría. La forma en que había pronunciado "papá" me hizo estremecer, había sonado tan frío.

—Nos vemos, hijo.

La puerta se cerró tras Alistair Norton, dejando un silencio que parecía filtrarse de las propias paredes. Me sacudí el aturdimiento y mis dedos se crisparon a los lados. El descaro de la situación hormigueaba en mi piel y mis pensamientos comenzaban a ordenarse lentamente.

Blake estaba de pie junto a la ventana, dejando vagar su mirada por la vista que me mareaba. En todo Kentucky no había un edificio tan alto.

—Blake, esto es una completa locura —dije sacudiendo la cabeza. Algo cambió en su expresión y no tenía ni idea de qué había hecho mal. Solo sabía que fueron mis palabras las que lo sacaron de quicio. Y con sacarlo de quicio, me refiero a que levantó una ceja y me miró con ojos furiosos, mientras su cuerpo seguía de cara a la ventana.

—Nadie me llama por mi nombre de pila. Para ti soy el señor Norton —respondió secamente.

—Pensé que habíamos dejado de lado esas formalidades después de nuestro compromiso —repliqué, poniendo las manos en las caderas.

Blake me miró pensativo. —Tienes razón.

—Como sea, no puedo hacer esto. No puedo fingir ser tu prometida —continué. Mis palabras casi se atropellaban.

Se volvió hacia mí, sus ojos plateados calculadores. —¿Por qué no, Harper? —Su voz era fría y distante, como si estuviera hablando del clima o de una tendencia bursátil. No era precisamente un romántico.

—Porque... porque las relaciones se tratan de sentimientos. Emociones, conexiones. Eso no se puede fingir —argumenté, y mis manos gesticulaban salvajemente para enfatizar mi punto.

—Los sentimientos son volubles. El dinero no lo es. —Blake se apoyó contra su escritorio, su postura relajada, pero su mirada aguda—. Te ofrezco un millón de dólares si interpretas el papel de mi prometida hasta Navidad.

Me quedé boquiabierta, y por un momento no salió ningún sonido. —¿Un millón de dólares?

—Sí. —Blake asintió.

—¿Crees que puedes simplemente tirar el dinero así? —insistí. No podía creer lo que estaba oyendo.

—El dinero resuelve una multitud de problemas, Harper. Este definitivamente. Tú necesitas dinero, yo lo tengo. Es matemática simple. —Lo dijo de manera tan objetiva, como si estuviera negociando un trato, en lugar de regatear con mi integridad.

—Tu dinero no significa nada para mí, Blake Norton. No soy una... —Me detuve y cerré los puños para no decir algo que habría hecho que la abuela me lavara la boca con jabón—. No estoy en venta.

—¿Por qué has vuelto entonces? —preguntó mirándome con curiosidad. ¿Cómo podía estar tan tranquilo en una situación así? Yo estaba a punto de estallar porque todo esto era una locura.

—Porque... ¡quería aclarar las cosas entre nosotros! Quería abordar las cosas correctamente, ¿sabes? —balbuceé, incrédula ante mi propia ingenuidad—. Pensé que podría negociar una segunda oportunidad para demostrar que puedo hacer bien mi trabajo. Por eso los bagels de reconciliación. —Señalé las bolsas con los bagels dentro.

—No doy segundas oportunidades —respondió Blake secamente. A juzgar por su rostro, decía la verdad. Implacable y brutal.

Se me desencajó la mandíbula. —Acabas de ofrecerme un millón de dólares para ser tu falsa prometida.

—Sí. —Blake asintió—. Como asistente fracasaste. Pero interpretaste el papel de mi prometida de manera tan convincente que mi padre se lo creyó.

—Esto es increíble —dije atónita. A estas alturas, había sacudido la cabeza tantas veces que me preocupaba sufrir un latigazo cervical—. Tú eres increíble.

—Gracias. —Metió las manos en los bolsillos del pantalón. Un gesto casi demasiado relajado para su habitual postura autoritaria.

—Eso no era un cumplido —respondí indignada.

—Considera esto como "*abordar las cosas correctamente*". Para usar tus palabras. —Blake me miró con calma, de manera profesional, y mi corazón se aceleró aún más—. Tienes hasta mañana a las 8 en punto de la mañana para decidir. —Su tono se mantuvo tranquilo, imperturbable ante mi agitación.

—¿Quieres que me venda por tu mentira? Eso no es lo que quise decir con mis palabras —murmuré, aunque una parte de mí —una parte muy traidora— no podía dejar de reconocer lo increíblemente atractivo que se veía allí de pie, tan poderoso y seguro de sí mismo. Y esa misma parte estaba absolutamente dispuesta a acceder a esta loca exigencia.

Pero no. No podía permitir que estos sentimientos nublaran mi juicio, porque eso solo gritaba corazón roto. No podía dejar que su marcada mandíbula y sus anchos hombros me llevaran a algo que no era bueno para mí. Ni siquiera por todo el dinero del mundo.

Me di la vuelta y salí corriendo de su oficina, otra vez, y con suerte por última vez. Aunque el aroma de los bagels de reconciliación y una oferta flotaba en el aire, tan tentadora que me hacía cosquillas hasta la punta de los dedos.



No nos rompemos. Nos doblamos.



Capítulo 8 - Harper

MOTEL METROPOLIS, NUEVA YORK, esa misma noche.

La bombilla parpadeante en mi habitación del motel arrojaba una luz cegadora sobre el espacio reducido mientras abría el portátil e intentaba llamar a Holly de nuevo. Llegaba tarde. Normalmente era muy puntual. ¡Y especialmente hoy realmente necesitaba hablar! Quería que supiera cómo la ridícula propuesta de Blake me había estado volviendo loca todo el día. Pero antes de que pudiera revelárselo, su rostro apareció en la pantalla, más radiante que el sol de verano, y comenzó a parlotear.

—¿Adivina quién tuvo una cita con Tyler Jenkins? —soltó Holly, apenas conteniendo su emoción. Sus mejillas brillaban y sus ojos resplandecían.

—Déjame pensar... ¿fue el presidente? No, espera, ¡Beyoncé! —bromeé, dejándome caer en la cama, que crujió con el sonido de los resortes. Mi ira hacia Blake se disipó como un globo desatado que sale volando con un sonido gracioso; no pude evitar contagiarme de la alegría de Holly.

—Ja, ja, muy graciosa, Harper —puso los ojos en blanco, que eran tan verdes como los campos de verano en casa.

—¿Así que me dejaste plantada por Tyler Jenkins? —pregunté frunciendo el ceño, pero sin poder contener una sonrisa.

—¡Espera a que te cuente lo que hicimos! —las palabras brotaban de Holly.

—Pues no te detengas por mí —respondí, esperando ansiosamente escuchar lo que mi hermanita

había experimentado.

—Bueno, ahí estaba yo, y él también. En la colina, justo detrás del Bosque Mapleleaf. Estábamos sentados en el capó de su camioneta, viendo las estrellas brillar en el cielo nocturno mientras compartíamos el batido más divino: dos pajitas, un vaso, todo el rollo. No quieres saber cómo logramos llevar el batido intacto desde el Diner de Charlotte hasta el Bosque Mapleleaf, pero lo conseguimos.

—¿Estrellas y batidos compartidos? Ese es el romance clásico de Kentucky —sonreí, cruzando las piernas y sintiendo cómo la tensión se desvanecía mientras escuchaba y sacaba una barrita de cereal de mi bolso, mi cena de la máquina expendedora.

—¡Espera, se pone mejor! —dijo, apartándose un mechón de su cabello castaño detrás de la oreja—. Entonces él dijo: "Holly, ¿crees que a las vacas de allí les importaría si les pedimos prestado su prado para bailar?" Y luego bailamos.

—Oh, Dios mío, eso es realmente romántico —respondí, sintiéndome casi celosa. Pero solo casi, porque mi hermana se merecía más que nadie recuperar todo lo que se había perdido durante la secundaria.

—Sí, fue uno de esos momentos que ocurren una vez cada mil años —la sonrisa de Holly se hizo aún más amplia—. Y luego pisé una boñiga de vaca.

—No —contuve la respiración y casi se me cae la barrita de cereal.

—Sí —Holly asintió. Luego volvió a sonreír radiante.

—¿Por qué sonríes tanto? Yo en tu lugar me habría hundido de vergüenza —respondí honestamente.

—Lo de la boñiga de vaca arruinó el momento, sí. Pero ¿sabes lo que dijo Tyler entonces? Que la próxima vez bailará conmigo en la feria de verano, libre de boñigas. ¡Habrá una próxima vez, Harper! ¡Y en público, además!

—Vaya, realmente debiste causarle una buena impresión —dije sonriendo. Mi corazón se llenaba de alegría al ver a mi hermana tan feliz.

—Cuéntame más sobre mi grandeza —se rió Holly, y su risa era contagiosa como siempre—. No, en serio, Harp. Fue como en una película, solo que no había un director gritando "¡Corten!" cuando Tyler me dejó en casa.

—Sueno mágico —dije, sintiéndome verdaderamente feliz por ella. Después de todo lo que había pasado (hospitales, operaciones, demasiadas paredes blancas y estériles), calentaba mi corazón como una hoguera de mitad de verano saber que había encontrado un pedacito de normalidad.

—¡Te toca! ¿Qué hay de nuevo contigo y la Gran Manzana? —preguntó Holly, inclinándose hacia adelante con la curiosidad de un gato que ha visto un juguete nuevo.

—Ah, bueno... —dudé y las palabras se me quedaron atascadas en la garganta como un pez en la red—. En realidad nada. Al menos nada ni remotamente tan emocionante como tu cita estelar con boñiga —le aseguré con una sonrisa, decidiendo guardarme mi propia tempestad en un vaso de agua para otro día. Sacudí algunas migas de la barrita de cereal de la cama mientras Holly adoptaba una expresión más seria.

—Sabes —la voz de Holly crepitó a través de los altavoces del portátil—, tú también deberías salir más, Harp. Búscate un chico de ciudad con quien bailar por Central Park después de observar las estrellas.

—Holly, no se pueden ver las estrellas en Nueva York. La contaminación lumínica es demasiado fuerte —respondí, destruyendo así su ilusión de romance urbano.

—Entonces una cita romántica en la Quinta Avenida contaminada de luz y luego un baile por Central Park. ¡No importa dónde tengas la cita, lo importante es que tengas una!

—¿Una cita? —me burlé, tirando el envoltorio ya aplastado de la barrita de cereal—. ¿Para añadir un corazón roto a mi cada vez más larga lista de "cosas que tengo que hacer antes del amanecer"? Paso —mi mirada se dirigió a las luces de neón que zumbaban frente a la ventana de mi motel, una patética excusa de estrellas.

—Si yo pude conseguir una cita en medio del caos del Rancho Silver Lake, debería ser pan comido para ti —replicó Holly, evitando mirarme a los ojos.

—Espera, ¿caos? ¿Qué está pasando en casa? —me incliné hacia adelante, presionando por una respuesta que no estaba segura de querer oír.

—Ah, es solo... ya sabes, cosas del rancho —la evasiva de Holly era tan clara como las líneas de preocupación en su frente, demasiado profundas para alguien tan joven.

Cosas del rancho era una definición pobre, especialmente viniendo de Holly, que siempre encontraba el término adecuado para todo.

—Holly, ¿qué está pasando realmente? —apreté la mandíbula y mi corazón se cerró como un puño alrededor del temor de que algo no estaba bien.

—Todo está bien, Harper. De verdad —pero la forma en que se mordió el labio, y la manera en que sus ojos verdes (tan parecidos a los de nuestro padre) miraron hacia otro lado, me dijeron que todo estaba lejos de estar bien.

—Bueno, si todo está bien, no tienes por qué evadir mi pregunta —dije, esta vez con más firmeza—. Pero estás evadiendo mi pregunta. ¿Por qué?

Vaciló, y en esa breve pausa, todas las posibles catástrofes pasaron por mi mente. Luego soltó un suspiro que parecía cargar el peso de todo el rancho.

—Mamá y papá... puede que tengan que vender parte de los pastizales —su voz temblaba como

las hojas en casa antes de una tormenta.

—¿Qué parte? —pregunté, aunque temía la respuesta.

—El pastizal trasero. El viejo Earl está interesado y... —su voz se quebró sin necesidad de terminar la frase.

El recuerdo de las risas veraniegas y el crujido del viejo columpio que colgaba del robusto roble, en medio del pastizal, se despertó. Un pedazo de nuestra infancia que pronto se vendería al mejor postor.

Suspiré tan fuerte que se podía escuchar hasta Kentucky sin necesidad del micrófono de la computadora portátil.

—Exacto —Holly asintió casi imperceptiblemente—. Pero no te preocupes por nosotros, Harper. Nos las arreglaremos. Siempre lo hacemos.

Me destrozaba el corazón solo de pensar lo mal que debía ser para papá. Había pasado toda su vida en el rancho, incluso nació allí.

—¿Me estás escuchando, Harper? —La voz de Holly me trajo de vuelta a la realidad—. He dicho que más o menos lo arreglaremos —La determinación en los ojos de Holly me impidió romper a llorar. Quería protegerme, así como yo siempre había intentado protegerla. Ambas sabíamos que la situación era grave si nuestros padres empezaban a vender tierras.

—Vale —dije, tragando el nudo en mi garganta. Me recosté contra el inestable cabecero de la cama, un pobre sustituto del acogedor calor de nuestro viejo porche de madera en casa.

—Hemos sobrevivido a sequías, crisis bursátiles y Dios sabe qué más —dije, tratando de dar a mi voz una esperanza que se sentía tan deshilachada como los bordes del edredón que la abuela había cosido.

—Exacto —intervino Holly, su voz resonando a través de los altavoces de la computadora portátil—. ¿Recuerdas cuando Silvie se quedó atrapada con la cabeza en la cerca y los bomberos tuvieron que venir con equipo pesado para liberarla? ¿O cuando el tractor se averió en medio de la cosecha? Somos Johnson. No nos rompemos, nos doblamos.

La desesperación se anudaba dentro de mí y se apretaba con cada una de sus palabras. —Doblarse está bien, Hol, pero uno solo puede doblarse hasta cierto punto antes de romperse — Mis manos inquietas trazaron la cicatriz que me recordaba constantemente los sacrificios ya hechos.

En los ojos verdes de Holly brillaban lágrimas, y en ellos surgió un desafío. —Entonces encontraremos acero para fortalecernos —Holly hizo una breve pausa. Debería decir algo, pero en mi cabeza no había palabras, excepto que el acero se oxidaba. No quería desanimarme, pero nunca me había resultado tan difícil aferrarme a mi optimismo como en ese momento. Entonces Holly continuó.

—Mamá está hablando con Charlotte para ver si puede hacer algunos turnos en el restaurante y yo he tomado algunos caballos de los Kinsella para entrenarlos. No nos rendiremos sin luchar, Harper.

Meforcé a sonreír, por ella. —Solo asegúrate de cuidarte también. ¿Me lo prometes?

—Lo juro —respondió, levantando sus manos en el saludo scout.

—Como sea —se aclaró la garganta Holly y cambió de tema, como si fuera tan fácil como pasar la página—. Querías decir algo al principio. Antes de que te abrumara con mi historia de la cita.

—Ah, no es nada —empecé. La ira hacia Blake se había disipado hace tiempo.

—Bueno, si tú lo dices —dijo, aunque inclinó la cabeza, no creyéndome del todo.

—Pero dime una cosa —me atreví, mientras mi corazón cabalgaba sobre una estrella fugaz y deseaba lo imposible—. Si pudiera arreglar esto, ¿podrías seguir mirándome a los ojos?

—Puedo tener un duelo de miradas contigo cuando quieras, hermanita —respondió Holly.

—No, en serio. Supongamos que tuviera el dinero...

—Si me estás diciendo que planeas robar un banco, soy tu cómplice. Eso ni se pregunta —replicó sonriendo.

—No, ningún banco —Negué con la cabeza—. Pero quizás tenga una oferta de trabajo... —empecé, pero Holly me interrumpió.

—En serio, Harper, ya haces suficiente —Su sonrisa era tierna y perdonaba todas mis supuestas deficiencias—. Tomemos las cosas un día a la vez.

—Está bien, un día a la vez —repetí, encerrando mis propias preocupaciones y miedos en una caja que había enterrado profundamente.

—Buenas noches, Harp —dijo Holly con voz suave, como una nana a través de las millas.

—Buenas noches, Hol.

Antes de que se cortara la conexión, exclamé: —¡Espera!

Holly me miró con curiosidad. —¿Sí?

Respiré hondo. —Diles a mamá y papá que no vendan el pastizal bajo ninguna circunstancia. Me encargaré de ello. Mañana. Lo prometo.

—Harp, en serio no estás planeando robar un banco, ¿verdad? —Holly me miró con desconfianza.

—No.

Solo voy a vender mi alma, hermanita.



Guarda tu dinero y mantén tus principios.



Capítulo 9 - Blake

CENTRAL PARK, NUEVA YORK, a la mañana siguiente.

Después de recoger mi desayuno para llevar en el café, como cada mañana, mi smartphone vibró contra el ruido matutino de la ciudad.

—Bruce —dije después de contestar la llamada. Sabía que solo un puñado de personas se atrevía a llamarme tan temprano.

—Hermanito, ¿desde cuándo eres el tipo que se casa? —La voz de Bruce sonaba incrédula y divertida—. ¿Y por qué demonios me entero de esto por mamá?

Interesante. Yo no le había dicho nada a nuestra madre, así que debió haberlo hecho papá.

—Desde que es apropiado por razones de negocios —respondí con un tono plano, sin molestarme en fingir. Con mi hermano gemelo no era necesario.

—Ah, así que te has vuelto todo un romántico —replicó, y su tono goteaba sarcasmo. Casi podía verlo poniendo los ojos en blanco con nuestros ojos azul hielo.

Respondí con la misma frialdad con la que Bruce me había confrontado. —Lo hago para que mamá no tenga un ataque al corazón por culpa de papá.

—¿Así que también eres desinteresado? —Bruce siguió pinchando. Definitivamente estaba de demasiado buen humor para mi gusto.

—Y tú obtienes tus malditas acciones de papá. Para lo que sea. —Me encogí de hombros.

—Romántico, desinteresado, estratega de negocios. Blake Norton ha sido bendecido con muchos talentos. —Bruce simplemente no podía dejarlo estar.

—Que te jodan, hermanito —respondí gruñendo—. Sabes perfectamente que este compromiso no es real. —Esa era la verdad. Ni siquiera había intentado encontrar una excusa para presentársela a mi hermano. Porque Bruce tenía un olfato para las mentiras.

—¿Papá también lo sabe? —insistió Bruce.

—No. A él le gusta. —Eso tampoco era mentira. Si papá hubiera tenido algo que objetar sobre Harper, lo habría hecho. Pero maldita sea, el aspecto de Harper rayaba en la perfección. Esos labios carnosos y ojos brillantes eran memorables. Y sus curvas volvían loco a cualquier hombre en su sano juicio.

Bruce se aclaró la garganta con incredulidad. —¿Se traga esa historia?

Estaba a punto de responder cuando se oyó un estruendo desde la calle lateral. Al darme la vuelta, vi a un perro callejero hurgando en un cubo de basura volcado, su pelaje estaba enmarañado y sus grandes ojos me miraban irritados. Luego su mirada se desvió hacia mi sándwich de pastrami y se quedó fija allí.

—Maldita sea —murmuré en voz baja, saqué el sándwich del envoltorio y lo lancé en dirección al perro, que lo atrapó meneando la cola y desapareció en las profundidades de los callejones. Era multimillonario, pero no tenía paciencia para que más perros hambrientos me arruinaran los trajes.

—¿Qué pasa, hermanito? —preguntó Bruce, que había oído mi gruñido.

—Nada importante. —Hice un gesto de despreocupación, porque nadie tenía que enterarse de este gesto. Era un asunto entre el perro y yo, al que probablemente nunca volvería a ver.

—Como sea —dijo Bruce, sin estar convencido—. Volviendo al tema principal: Tu prometida...

—Dejémoslo —lo interrumpí antes de que pudiera enredarme en esta conversación—. Ella es un medio para un fin, nada más.

—Como quieras, Blake. Pero recuerda, hasta los reyes de hielo pueden derretirse.

—Permafrost, querido hermano —dije, y una sonrisa amenazaba con asomar mientras me dirigía a Norton Enterprises—. El permafrost no se puede descongelar.

Mentalmente, me hice una nota al margen de que debía dejarle claro a Harper que ni siquiera intentara descongelarme. Quizás la quería en mi sala de juegos —más de lo que quería admitir—, pero eso no significaba que la quisiera en ningún otro lugar. La chica era demasiado caótica para mi mundo perfectamente planchado.

—Puedes seguir diciéndote eso —respondió Bruce, pero sus palabras se disolvieron en el fresco

aire acondicionado del vestíbulo que me golpeó como una pared en cuanto entré.

Sacudí el pensamiento. —Le dejaré claro que no tiene que molestarse en intentar descongelar algo que está bajo permafrost.

—¿Y crees que ella se dejará disuadir tan fácilmente? —insistió Bruce.

—Sí. —Esa fue mi respuesta pragmática, a la que me aferré.

—Si tú lo dices. —Bruce sonaba poco convencido—. Por cierto, ¿quién es esa pobre chica a la que has arrastrado a esta farsa? —Podía oír su sonrisa, pero no verla.

—Harper —dije simplemente, y mis pasos resonaron en el suelo—. La conociste ayer.

—¿Harper? ¿La que despediste aproximadamente una hora después de haberla contratado ayer? —Hubo un breve silencio antes de que Bruce continuara—: ¿Cómo demonios pasó eso?

—Lo creas o no, volvió justo cuando papá estaba en la oficina y aproveché la oportunidad. —Ajusté mi agarre en el teléfono, porque la conversación me estaba irritando con cada paso que daba por el fresco edificio de oficinas.

—Quieres decir que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado —resumió Bruce la situación. El escepticismo goteaba de su voz como agua helada.

—Exactamente. —Asentí, aunque no pudiera verlo por teléfono.

—¿La chica sabe en lo que se ha metido? —Bruce guardó silencio mientras yo pensaba en una respuesta.

—Lo sabrá —respondí—. Le he dado un ultimátum...

—¿Ni siquiera sabes si realmente participará en tu teatro? —Su tono seguía siendo seco, pero detecté un rastro de irritación. Pero yo estaba seguro de mi asunto.

—Vendrá —enfaticé claramente.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —preguntó Bruce. Desde que se había casado con Cathleen, realmente era otra persona. Y, maldita sea, veía sentimientos por todas partes donde no los había. Estaba mejor desde que ella había entrado en su vida y, obviamente, Cathleen lo había ayudado a superar el dolor más profundo que tenía. Pero por Dios, a veces añoraba al hermano frío y distante que no metía constantemente la nariz en asuntos ajenos.

—Ninguna mujer ha podido resistirse jamás a mi encanto —dije con confianza. Una sonrisa segura se dibujó en mis labios.

—A tu dinero, querrás decir —replicó él, con una sonrisa en su voz.

—Dinero, encanto... todo viene a ser lo mismo. —Respondí con desdén, pero en mi interior se formaba un rastro de inseguridad. Harper no era como las demás. Su desafío hablaba más alto que sus palabras, y llevaba su indiferencia hacia mi riqueza como una armadura. Para ser honesto, me desconcertaba, especialmente porque el dinero podría hacer desaparecer su problema de deudas en un abrir y cerrar de ojos.

—Admítelo, Blake. Tienes curiosidad porque a ella le importa un bledo ambas cosas. —Las palabras de Bruce dieron en el clavo de mis inquietos pensamientos—. Entonces, ¿qué harás si no aparece en tu oficina antes de tu fecha límite?

—Simplemente sé que vendrá. —Normalmente eso era cierto. Ninguna mujer había rechazado jamás una de mis ofertas. Al contrario, todas caían a mis pies incluso antes de que yo diera la orden. Pero Harper era diferente. Ella era... definitivamente diferente.

—Blake, te apuesto cien dólares a que no dura ni un mes. Tienes un buen corazón bajo todas esas capas de hielo, pero está condenadamente enterrado. Demasiado profundo para la mayoría de la gente.

—¿Cien dólares? —pregunté escéptico, ignorando el resto de sus palabras—. Somos jodidos multimillonarios. Si vas en serio con tu apuesta, apuesta tu villa en Aspen.

—Es por principios —replicó Bruce.

—Quédate con tu dinero y quédate con tus principios, Bruce. Ni siquiera intentará buscarlo. Harper aprenderá bastante pronto que donde tú imaginas un corazón, reina la congelación permanente. —Entré en el ascensor y pasé mi tarjeta por el escáner, que me llevaba directamente al piso ejecutivo sin paradas intermedias.

—Como quieras —dijo sin emoción, pero sentí la preocupación detrás de sus palabras—. Solo no la enfríes demasiado. Tal vez la necesites todavía.

—Poco probable —respondí, aunque una pequeña parte de mí —que no quería admitir— se preguntaba sobre el calor que Harper parecía llevar consigo. ¿Se filtraría a través de las grietas de mi capa de hielo? No, no lo permitiría.

—Entonces ten en cuenta que quizás alguien más necesite su calor. —No sé por qué, pero las palabras de Bruce se sintieron casi como un golpe en el estómago. Solo pensar en otro tipo poniendo sus dedos sobre su piel, que desde lejos parecía suave como la seda, me enfermaba.

—Solo son seis meses, Bruce —respondí—. ¿Qué puede pasar en seis meses?

—Todo, hermanito. Todo. —Sus palabras quedaron suspendidas con peso en el ascensor, que hoy parecía tardar más de lo habitual—. Y si serán seis meses o no, está por verse. —Me restregó una vez más que Harper aún no había firmado ningún contrato. Más aún, dejaba claro que Harper podría no aparecer en mi oficina en absoluto.

—Deberías ser menos cínico con el asunto, hermano, después de todo, de mi falso compromiso

dependen las acciones de papá para ti. —Me llenó de satisfacción tener algo que restregarle a mi hermano, después de haberle dado tanto material para atacarme.

—Touché. —El tono de Bruce tenía algo de definitivo—. Tengo una reunión. Mantenme informado, ¿sí?

—Estoy seguro de que tú mismo te encargarás de eso cuando irrumpas de nuevo en mi oficina sin ser invitado —respondí secamente, pero con una sonrisa en los labios.

El suave 'ding' del ascensor anunció el piso ejecutivo.

Guardé mi teléfono y salí del ascensor. Cada paso medido, cada respiración controlada. Tendría un verdadero problema si Harper no aparecía hoy. No podía repetir el número del compromiso una segunda vez y hasta ahora no se me había ocurrido nada más para mantener tranquilo a mi padre.

Por otro lado, también tendría un problema si Harper volvía a tropezar en mi oficina y causaba caos. Solo pensar en Harper cruzando límites en mi vida de los que debería mantenerse alejada, me provocaba un escalofrío desagradable por la espalda. Amor, relaciones, sentimientos... eso no era para mí.

Mis inclinaciones, mis necesidades... eran demasiado intensas, demasiado específicas. Probablemente asustarían a alguien como Harper. Y cuando mi nombre se le escapó de los labios —Blake— algo se agitó dentro de mí que debería permanecer estrictamente cerrado.

Para mi sorpresa, el juego de "qué pasaría si" en mi cabeza se interrumpió cuando vi a Harper de pie frente a mi oficina, mirándome con ojos grandes.



La vida no es un cuento de hadas.



Capítulo 10 - Blake

NORTON ENTERPRISES, PLANTA EJECUTIVA, Nueva York, en ese mismo momento.

Pasé junto a Harper sin decir palabra, con el eco de mis zapatos italianos de cuero resonando en el mármol. No dejé que se notara cuánto me desconcertaba su presencia. Se había convertido en una sombra persistente que me seguía, sus pasos más bien un suave repiqueteo de lluvia en comparación con mi andar decidido. En el momento en que me dejé caer en mi sillón ejecutivo, le indiqué con un gesto despreocupado que se sentara frente a mí.

Harper se acomodó en la silla, su figura menuda parecía engullida por la amplitud de mi oficina, y los grandes muebles la hacían parecer aún más pequeña de lo que ya era. De pie, apenas me llegaba al cuello. Sus ojos, esos cálidos ámbares con manchas rebeldes, recorrieron la habitación absorbiendo el gris acerado y el azul frío de mi mundo.

Por dentro, era un manojo de nervios. Harper había regresado y ahora me miraba con ojos grandes. Era un enigma andante que me gustaría descifrar, pero también quería reprimir porque temía que pudiera desordenar mi vida cuidadosamente organizada. Pero maldita sea, la necesitaba; la necesitaba para continuar con esta farsa y mantener alejadas las miradas inquisitivas de mi padre.

—Tómate tu tiempo —dije con voz firme, mientras sacaba un contrato del cajón de mi escritorio y lo colocaba frente a ella—. Léelo con calma.

Harper se movió inquieta y pasó los dedos sobre el documento, como si quisiera calmar el papel. Frunció el ceño y la arruga entre sus cejas se profundizó mientras hojeaba las páginas.

—¿Todo esto es realmente necesario? —preguntó, y su acento sureño era inconfundible—. Me

parece tan... formal.

—Las precauciones nunca están de más —respondí, observando cómo la incertidumbre oscilaba en su mirada—. Siempre me aseguro con contratos de este tipo. —Y en general, siempre me aseguraba. Si el pasado me había enseñado algo, era eso.

—¿Cuántos compromisos falsos has tenido? —Su pregunta quedó suspendida en el aire, inocente y a la vez penetrante.

Reprimí una sonrisa porque Harper me miraba con una mezcla de asombro y curiosidad. Intenté evaluar en su mirada lo que estaba pensando.

—Ninguno. —Mi respuesta fue breve y absoluta—. Eres la primera.

—¿Y entonces a qué otros contratos te refieres? —Se estaba moviendo en un terreno que no entendía, pero su curiosidad se había despertado.

—Mejor no hagas preguntas cuyas respuestas no quieres saber, Harper. —Mi voz era una advertencia, pero una parte de mí anhelaba que se resistiera y preguntara una vez más por mis otros contratos, por aquellos que tenían lugar en la privacidad de mi cuarto de juegos.

Guardó silencio y reprimí otra sonrisa al pensar cómo habría reaccionado si hubiera sabido lo que había detrás de las paredes de esa habitación. Me enfurecía que la mera idea de atar a Harper a mi voluntad y tenerla bajo mi control despertara algo en mí. Era un sentimiento que despreciaba fuera de los límites donde tales actos estaban permitidos. Mi cuarto de juegos era sagrado para mí. ¿Y Harper? Ella no pertenecía cerca de él, pero la imagen de ella allí no quería desaparecer.

Harper Johnson me había cautivado sin saberlo con su encanto impulsivo y su naturaleza impredecible, y no se daba cuenta de la tormenta que desataba en su interior.

Los delgados dedos de Harper acariciaron el borde del contrato de varias páginas antes de devolverlo al escritorio, una barrera de papel entre nosotros. Cruzó los brazos sobre el pecho, como si quisiera defenderse de algo. —No puedo firmar esto —declaró con la mirada fija.

—De acuerdo, dos millones de dólares —respondí sin pensarlo.

—No, yo... —comenzó Harper, pero la interrumpí.

—¿Dos millones de dólares no son suficientes para ti? —pregunté, arqueando una ceja desafiante. La suma era absurdamente alta por seis meses de relación falsa, e incluso me atrevería a decir que algunas mujeres me habrían vendido su alma por ello, pero Harper Johnson no era cualquier mujer. La negociación de Harper era una anomalía en esta oficina. Una que me desesperaba tanto como me fascinaba.

Ella negó con la cabeza, y me recliné en mi silla, el cuero crujendo suavemente bajo mi peso.

—Tres millones entonces. Esta es mi última oferta —dije, las cifras rodando de mi lengua con practicada facilidad.

Harper mantuvo su postura defensiva y sacudió la cabeza.

—No quiero tres millones de dólares. Solo quiero 287.516 dólares. Pero de inmediato. Hoy mismo. —La precisión de su demanda me hizo prestar atención: no quería la fortuna, sino exactamente esa cantidad.

—Una cifra extrañamente precisa —pensé en voz alta, pero su determinación no flaqueó, y la mía tampoco—. Tú tienes tus condiciones, yo tengo las mías. Si cumplo tu condición, vivirás en mi apartamento.

—Blake, eso no está en el contrato —replicó con voz firme, pero sus ojos revelaron un destello de incertidumbre. Maldita sea, lo estaba haciendo de nuevo. Pronunciaba mi nombre de esa manera que me provocaba una opresión en el pecho.

—En el contrato tampoco dice nada de 287.000 dólares —respondí.

—287.516 dólares —me corrigió Harper. Era la primera vez en años que alguien me corregía en mi propia oficina. Harper Johnson, estás caminando sobre hielo muy delgado.

—El hecho es que podría parecer extraño a los demás si una pareja comprometida viviera separada, ¿no crees? —Era un argumento lógico, pero la verdad era que quería tener a Harper cerca, por razones sobre las que no estaba dispuesto a reflexionar.

—Y nada de otros hombres. No mientras dure esta farsa —añadí, sintiendo un tirón posesivo ante la idea de que estuviera con alguien más o que alguien más siquiera pusiera una mano sobre su cuerpo.

—De acuerdo —respondió sin el menor atisbo de protesta. Asintió, algunos mechones escapándose de su cola de caballo suelta.

—Harper, hay otra condición —comencé con voz mesurada y fría. Me recliné en mi silla y observé cómo extendía los brazos, una clara señal de que se preparaba para discutir conmigo una vez más.

Levantó una ceja y las comisuras de sus labios se crisparon con escepticismo. —¿Qué más, Blake? Ya he accedido a tu pequeño arreglo doméstico.

—Nada de cuidar perros ni de fumigar restaurantes, ni cualquier otra cosa que hagas para mantenerte a flote. —Le deslicé una tarjeta de crédito negra sobre el escritorio—. Todo lo que necesites corre por mi cuenta.

La mano de Harper se cernió sobre la tarjeta antes de retirarla.

—No quiero depender de ti —dijo con voz firme, su acento sureño más marcado de lo habitual.

—Harper, no dependes de mí —corregí, entrelazando mis dedos frente a mí—. Eres libre de tomar tus propias decisiones. Esto es solo... logística. Levantaría sospechas si un multimillonario no le diera nada a su prometida.

—¿Logística? —Su risa fue breve y llena de incredulidad—. Esto es control, Blake. Puro y simple.

Tal vez Harper tenía razón. Tal vez se trataba de control. Toda mi vida se basaba en el control, y en controlar el control.

—Entonces este tipo de control es parte del trato —la desafié, dejando que un toque de acero se filtrara en mi tono.

—Bien —concedió, pero su mandíbula me reveló que no estaba contenta con ello. Agarró la tarjeta de la mesa y la metió en su bolsillo con un movimiento rápido que evidenciaba su frustración.

Nos miramos en silencio, la tensión era tan grande que se podía cortar. Pero entonces, muy lentamente, las facciones de Harper se suavizaron y asintió. —¿Tienes alguna otra cláusula oculta con la que quieras sorprenderme, o puedo firmar de una vez?

—Por favor. —Le acerqué un bolígrafo, que tomó con vacilación. Al hacerlo, se mordió el labio inferior, volviéndome loco una vez más.

Respira, Norton. No está en tu cuarto de juegos. No es tu sumisa.

Al verla garabatear su nombre en el contrato, sentí una extraña sensación de triunfo, mezclada con un sentimiento aún más extraño de alivio. Ninguna mujer me había hecho trabajar tan duro por su firma, y ninguna firma me había llenado de tanta satisfacción.

Cuando terminó, no pude evitar pensar en el cuarto de juegos, sin importar cuántas veces había rechazado ese pensamiento desde que Harper entró en mi oficina. Mi cuarto de juegos era el único lugar donde tenía el control absoluto. La idea de Harper allí, bajo mi mando, desencadenó una descarga de lujuria en mí. Pero ella era impredecible, definitivamente demasiado impredecible para ese reino. No había duda de que no se dejaría controlar como las mujeres antes que ella. Sin embargo, era precisamente ese caos que llevaba consigo lo que me atraía, como las polillas a la luz.

—¿Eso es todo? —preguntó Harper, trayéndome de vuelta al presente.

—Eso es todo —confirmé, aunque ambos sabíamos que estaba lejos de ser la verdad.

—Entonces supongo que ahora empieza la diversión, cariño —bromeó con un tono irónico mientras se levantaba, dejándome con la visión de su partida y la anticipación de todo lo que nos esperaba.

—Deberías ir a empacar tus cosas ahora, Harper —dije, y las palabras se sintieron como plomo

en mi lengua.

La mano de Harper se cernió sobre el respaldo de la silla que acababa de dejar, su rostro no revelaba nada. —¿Y luego qué? —Su voz era tranquila, pero tenía un filo, una hoja oculta en terciopelo.

—Espérame afuera al mediodía. —Me recliné en mi silla, tratando de enmascarar la agitación interior con una fachada de indiferencia. El reloj avanzaba hacia nuestra nueva realidad, donde ella interpretaría el papel de mi prometida, un engaño para el mundo y una complicación que yo mismo había elegido.

Se giró para irse, sus movimientos gráciles y decididos, pero había una cosa más que aclarar.

—Harper, espera. —A mi orden, se giró sobre sus talones, sus ojos marrones mirándome expectantes.

Alcancé el cajón superior de mi escritorio y saqué una pequeña caja. La deslicé por la superficie del escritorio, observando su reacción cuando la abrió: un anillo de compromiso, sencillo pero elegante, justo como Harper.

Por un momento lo vi: el destello de decepción en su mirada.

—Pruébate el anillo y ve si te queda —dije, mientras ella miraba la pequeña caja con perplejidad.

Se puso el anillo sin ceremonia alguna.

—Encaja —dijo Harper con esfuerzo.

—¿Así te imaginabas la propuesta de matrimonio? —pregunté, y la pregunta se me escapó antes de que pudiera detenerla. Pero su mirada había hablado por sí sola, tan alto y claro que no pude ignorarlo.

El suspiro de Harper fue suave y se perdió en la amplitud de la habitación.

—Digamos que no es exactamente un cuento de hadas —bromeó, envolviendo la amarga verdad de sus palabras con su encanto sureño.

—La vida no es un cuento de hadas, Harper —respondí en un tono más duro de lo que pretendía—. Es una serie de movimientos calculados y negociaciones.

—Hablas como un verdadero Norton —replicó, con una sonrisa torcida en las comisuras de sus labios. Era desarmante e irritante a la vez.

—Nos vemos al mediodía —dije, despidiéndola con un asentimiento.

—Hasta entonces, Blake. —No miró atrás cuando se fue.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, el silencio en mi oficina se sintió opresivo. Había cerrado el trato, pero ¿a qué precio? Harper Johnson era diferente a cualquier otra mujer que hubiera conocido: impredecible, inquebrantable e innegablemente se me estaba metiendo bajo la piel.



Su niña buena.



Capítulo 11 - Harper

NORTON INDUSTRIES, PLANTA EJECUTIVA, ese mismo mediodía.

Arrastrando mi maleta desvencijada tras de mí, salí del ascensor hacia la planta ejecutiva de Norton Industries. La rueda rota producía un sonido rasposo contra el suelo de mármol que cortaba el silencio estéril. ¿Se había vuelto más fría la planta ejecutiva desde que la dejé esta mañana? Al menos así lo sentía.

—Ya estoy de vuelta —anuncié con un golpe antes de abrir la puerta.

Blake levantó la vista de su escritorio de metal pulido y examinó mi equipaje.

—¿Dónde está el resto de tus cosas? —preguntó con una voz carente de toda calidez. Sus ojos parecían atravesar mi maleta.

—Esto es todo —respondí, levantando la maleta sobre su única rueda buena—. Todo lo importante cabe justo aquí. —Había un toque de desafío en mi tono, mi orgullo sureño a floraba a pesar de la atmósfera intimidante. Era como un instinto primario que no podía reprimir.

Blake arqueó una ceja, con escepticismo escrito en su rostro. —Deberías considerar comprar más. Una vida entera no cabe en una sola maleta.

—Más no siempre es mejor, Blake. —Me resistí ligeramente, pensando en la vida sencilla en el rancho Silver Lake—. Además, tengo todo lo que importa. —Fotos familiares, el té favorito de mamá y una trenza de heno, un toque de hogar.

—Está bien —dijo con desdén, parado alto y ancho de hombros en su traje perfectamente

cortado—. Te llevaré al apartamento.

Mientras nos dirigíamos al ascensor, un denso silencio se instaló entre nosotros, opresivo e implacable. Las puertas del ascensor se cerraron y de repente la vastedad de la ciudad de Nueva York se condensó en este ascensor donde solo estábamos nosotros dos.

El aroma de la loción de Blake llegó hasta mí, una sutil mezcla de almizcle y cedro que de alguna manera se sentía extraña y familiar al mismo tiempo. Era una fragancia que no era intrusiva, pero sí cautivadora. Y debajo había algo más: un rastro de masculinidad cruda que casi hizo que mis nervios estallaran.

El viaje hacia abajo resultó ser una verdadera prueba de paciencia. Blake miraba fijamente al frente, mientras yo no sabía dónde mirar o qué hacer conmigo misma. Alisé mi blusa, pero no me distrajo en absoluto del hecho de que Blake Norton estaba parado justo a mi lado.

Mi prometido. La mitad del mundo femenino habría cambiado lugares conmigo sin pestañear. Yo, por otro lado, ya no estaba tan segura. En realidad, pensaba que era la idea más estúpida de todas. Pero no había tenido otra opción. ¿Y qué eran seis meses con un millonario increíblemente atractivo, en una ciudad como Nueva York, si con eso me libraba de todas las deudas que arrugaban la frente de toda mi familia?

El ascensor se sacudió, un pequeño hipo en el descenso, y nuestras manos se tocaron cuando tropecé ligeramente hacia un lado. Un roce fugaz que me hizo retirar la mano rápidamente. Su piel estaba cálida contra la mía, incluso por una fracción de segundo, y maldije el estremecimiento reflejo de mis músculos.

—Lo siento —murmuré, colocando un mechón suelto de mi cabello rubio detrás de la oreja.

Blake solo me miró, su mirada tan ilegible como siempre. Pero luego, desde lo profundo de su pecho, surgió un suave gruñido. Era bajo, casi inaudible, pero resonó dentro de mí y encendió una chispa que amenazaba con inflamarse.

¿Por qué todo lo que hacía este hombre era un ataque contra mi debilidad de voluntad? Blake Norton era la personificación de la belleza. Y cada gruñido, cada mirada severa dirigida a mí, despertaba anhelos en mí que era mejor que siguieran dormidos.

A medida que los números en el panel del ascensor seguían bajando, la tensión entre nosotros también aumentaba: palabras no dichas cargadas con un tipo de electricidad que ni siquiera Blake podía ignorar. Al menos me imaginé que los hombros de Blake se habían tensado un poco desde que entramos al ascensor.

Cuando el ascensor se detuvo, seguí a Blake en silencio hacia afuera. Mi maleta volvió a hacer ese ruido, lo que provocó otro gruñido de Blake. Luego tomó mi maleta y la levantó como si no pesara mil toneladas.

—Gracias —respondí—. No era necesario.

—Sí lo era —replicó Blake. ¿Acaso dormitaba en él un caballero de la vieja escuela? ¿O le molestaba el ruido de la rueda rota?

—Está bien. —Me encogí de hombros y lo seguí hasta su todoterreno.

Blake desbloqueó el vehículo, una máquina negra y elegante que parecía más una fortaleza sobre ruedas que un medio de transporte.

—Edición especial —dijo casualmente, al notar mi mirada—. Carrocería blindada, cristales a prueba de impactos, todo lo necesario.

—Parece que esperaras más un asedio que un viaje por Nueva York —comenté, esforzándome por mantener la ligereza, aunque la tensión entre nosotros seguía existiendo.

Blake no respondió, solo me abrió la puerta. Cuando me senté en el asiento del pasajero y él también entró, su mirada se detuvo en mí hasta que me abroché el cinturón de seguridad. Solo entonces arrancó el motor.

Conducía con facilidad, sus manos firmemente agarradas al volante, los ojos fijos en la carretera frente a él. El aire en el todoterreno era fresco y olía ligeramente a cuero y algo más, algo que olía definitivamente a Blake.

Sin pensarlo, alcancé el interruptor de la radio y la encendí. Sonó una canción —Sweet Home Alabama— que me recordó los veranos en Kentucky. Mi corazón dolió porque el recuerdo era tan dulce.

Pero la canción parecía afectar a Blake de una manera completamente diferente. Su mandíbula se tensó visiblemente y, antes de que pudiera tararear, apagó la radio. El silencio abrupto cayó como una barrera física en el espacio entre nosotros.

—Lo siento —susurré y vi cómo sus nudillos se volvían blancos al apretar aún más el volante—. Solo quería...

—No me gusta la radio —intervino Blake, y su voz sonó más áspera de lo que esperaba. Pero luego respiró hondo y cuando volvió a hablar, su tono era tan neutral como su ilegible expresión facial—. Distrae.

—Es cierto —murmuré y entrelacé las manos en mi regazo—. El silencio es oro, ¿no?

—Algo así —respondió secamente y volvimos a caer en ese silencio opresivo. De todas las personas, tuve que encontrarme precisamente con el Señor Inaccesible.

Me apoyé contra la ventana, el frío cristal fue un pequeño alivio para mi piel acalorada, mientras el paisaje urbano pasaba junto a mí. La fachada de Blake permaneció tranquila y siguió mirando estoicamente hacia adelante. Mientras que la presencia de Blake me ponía en un estado de excepción, yo parecía ser invisible para él, en el mejor de los casos, un factor no perturbador.

El viaje no duró mucho y después de que Blake estacionara en un garaje subterráneo en el que cabía toda la Arena Allstar, volvió a coger mi maleta. Luego me condujo al vestíbulo cavernoso que llevaba a su suite ático en el monolito de 70 pisos. Su mano se detuvo en mi espalda para guiarme hacia el ascensor correcto y él no sabía lo que eso provocaba en mí. Hacía mucho tiempo que nadie me tocaba. Y aunque desde fuera no parecía gran cosa, se sentía así.

—Bastante elegante —dije, tratando de disipar el caos en mi cabeza mientras esperábamos el ascensor. Blake respondió a mis palabras con un asentimiento.

El viaje hacia arriba fue aún peor que el viaje desde Norton Industries hacia abajo. Sentía cada centímetro entre nuestros cuerpos y el peso de su mirada, aunque miraba al frente. Estaba encerrada de nuevo con él, su loción para después del afeitado y mis nervios revoloteando. ¡No era una buena combinación!

Mis dedos se crisparon a mi lado, queriendo cerrar la distancia o retirarse por completo; no estaba segura de cuál.

—Ya estamos —dijo mientras abría la puerta de su ático y me dejaba entrar.

Su apartamento era la definición del minimalismo: líneas limpias, superficies pulidas, ni un solo objeto ni toque personal a la vista. Sin cuadros, sin fotos, nada. Se sentía menos como un hogar y más como una exposición de museo titulada: Soledad moderna.

—Siéntete como en casa —ofreció sin calidez y señaló con un gesto vago el espacio frente a nosotros.

—Nada más fácil que eso —murmuré entre dientes y seguí a Blake.

—Llevaré tu maleta al dormitorio. —Blake se adelantó y no se molestó en mostrarme la cocina abierta o la sala de estar, ni las otras habitaciones por las que pasamos. Era pragmático como siempre.

Solo nos detuvimos en una puerta y en esa Blake me miró con gravedad. La puerta era de madera oscura y pesada.

—Esta habitación está prohibida —explicó y sus ojos se fijaron en los míos con una severidad que me hizo estremecer.

—¿Acaso mi prometido tiene secretos conmigo? —pregunté, forzando una sonrisa para aligerar el ambiente.

Él no sonrió. —Nuestro compromiso es falso, no lo olvides. —Blake me miró con severidad—. Simplemente mantente alejada de esta puerta si sabes lo que te conviene.

Lo miré con los ojos entrecerrados. ¿Qué tenía que esconder detrás de esa puerta? Cuanto más claro me dejaba que no tenía nada que hacer en esa habitación, más curiosa me volvía.

—A menos que estés acaparando una colección secreta de trenes en miniatura, difícilmente habrá algo ahí dentro que pueda alterarme —le pinché, tratando de disimular mi nerviosismo con humor mientras miraba la puerta prohibida.

Los labios de Blake se tensaron en una fina línea. —No hay trenes en miniatura ahí dentro, Harper —dijo bruscamente, sus ojos plateados sin revelar nada. Pero antes de que pudiera asustarme más, abrí la puerta de golpe y mi naturaleza impulsiva tomó las riendas.

El aire cambió cuando entré en la habitación: una mezcla de cuero y algo indefinible, pero absolutamente embriagador. Era como tropezar en otra dimensión. Las paredes estaban decoradas con un elegante papel tapiz, todo en rojo y negro, luces tenues y suaves muebles de cuero.

Me tomó un segundo darme cuenta de qué tipo de habitación era. Oh Dios. Oh Dios mío.

Mi mirada se deslizó sobre el sillón de cuero negro, hasta las ataduras ordenadamente alineadas en la pared. En el centro había una robusta cama con postes, también con ataduras de cuero, rodeada de una serie de juguetes que prometían tanto dolor como placer, y eso sin ninguna vergüenza. En la pared lateral había una cruz de San Andrés y en los armarios de color ébano seguramente había más cosas que podían hacerme sonrojar.

No debería estar aquí... pero en lugar de huir, me adentré más en la habitación. Mis pasos fueron amortiguados por la alfombra bajo mis pies. Blake me siguió.

Cuando me volví hacia Blake, vi que su rostro era ilegible, con una expresión frustrante neutral.

Me volvía loca cómo se quedaba ahí tan tranquilo, haciéndome preguntarme si sus pensamientos detrás de esa fachada neutral tal vez sí estaban agitados.

—¿Curiosidad satisfecha? —preguntó, su voz tranquila, casi áspera, vibrando en mi piel.

No podía apartar la mirada de él.

—¿Vienes aquí a menudo? —pregunté murmurando, más para mí misma que para Blake. La idea de que Blake estuviera aquí... con otras mujeres, hizo que mi pecho se contrajera un poco.

Él solo levantó una ceja, y las comisuras de su boca se crisparon, lo que podría haber sido diversión o irritación; era difícil decirlo.

—Se podría decir que sí —dijo brevemente y sus ojos se fijaron en los míos con una intensidad que hizo que mi pulso retumbara en mis oídos.

Sacudí la cabeza e intenté disipar las telarañas de shock y curiosidad.

—¿Qué te parece? —Su pregunta me tomó por sorpresa. Blake ocultaba su interés tan bien como su sonrisa.

—Es... inesperado —logré decir, pero las palabras no eran suficientes para describir el torbellino de pensamientos que giraba en mi cabeza. No era solo la habitación, sino también la constatación de que Blake insistía en mantener el control en todos los aspectos. Y una pequeña parte de mí encontraba eso bastante emocionante. Bueno, no solo una pequeña parte, sino una parte irrazonablemente grande.

Sin previo aviso, Blake redujo la distancia entre nosotros. Instintivamente retrocedí un paso hasta que mi espalda tocó la pared. Su proximidad era abrumadora, su cuerpo estaba a solo un suspiro del mío y el calor que emanaba me hizo estremecer. Sus manos se colocaron a los lados de mis hombros. Era tan alto que tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para seguir mirando sus ojos.

—Harper —la voz de Blake era un gruñido suave que me hizo contener la respiración—. No eres muy buena siguiendo instrucciones. ¿Verdad? —Su aliento rozó mis labios y me estremecí. En realidad, no era una pregunta. Y después de haber irrumpido en esta habitación sin permiso, no tenía nada con qué defenderme.

—¿No es ese el punto? ¿Aquí? —pregunté, sorprendida de lo firme que sonaba mi voz a pesar de la excitación. Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho.

—Quiero que mi chica sea obediente —murmuró.

Dios, la forma en que pronunció mi chica me hizo desear instintivamente ser su chica.

Mis principios chocaban con su dominancia y amenazaban con romperse por completo.

Anhelaba que me presionara más contra la pared, que pusiera sus labios sobre los míos y me besara como nunca antes me habían besado.

Sus manos se posaron en mis hombros, firmes e implacables. El repentino contacto físico me volvía loca. Otro gruñido surgió de lo profundo de su garganta. Mi razón estaba al borde del abismo, lista para lanzarse.

—Blake —susurré, su nombre era a la vez una súplica, un desafío y una rendición. Mi piel ardía donde me tocaba, y todo mi ser se concentraba en el hombre frente a mí, de quien esperaba que me convirtiera en su chica obediente.

Su chica obediente.

Las palabras se me atascaron en la garganta y tragué con dificultad. La forma en que Blake me miraba a los ojos me dejaba sin aliento.

—Harper —murmuró, y me estremecí, no por miedo, sino por una ola eléctrica de deseo que me recorrió—. No perteneces a esta habitación.

Su voz era inusualmente suave y, sin embargo, me atravesó, dejando un dolor agudo en mi pecho. Una parte de mí anhelaba ser todo lo que él quería. Aunque sus palabras eran claras, no quería darme cuenta de que tal vez tenía razón.

Sus labios estaban a solo unos centímetros de los míos, y cada exhalación que emitía se mezclaba con las mías.

Parecía que Blake estaba luchando con sus propios demonios mientras continuaba mirándome fijamente. Todo mi cuerpo anhelaba a Blake. Me puse de puntillas, de modo que quedamos a solo unos centímetros de distancia. Un suspiro escapó de mis labios y por un segundo creí que realmente iba a besarme.

Pero entonces Blake se apartó de la pared, y la repentina distancia entre nosotros me sacudió más que su contacto anterior.

Su rechazo fue como un golpe frío, sobrio y cruel.

—¡Sal de esta habitación! —ordenó con voz tranquila y sus ojos se oscurecieron como una nube de tormenta—. Ahora mismo, Harper.



No deberías provocarme.



Capítulo 12 - Blake

ÁTICO DE BLAKE, NUEVA York, un momento después.

En el momento en que irrumpí en el gimnasio, mi sangre ya hervía de frustración y deseo. Con mi ropa de entrenamiento pegada a mi cuerpo como una segunda piel, me dirigí al banco de pesas. El sudor me corría por la espalda, y eso que ni siquiera había empezado a entrenar. No, no era por el ejercicio, para nada. Era solo por Harper.

Normalmente no entrenaba durante el día, pero no sabía cómo deshacerme de la mirada desafiante de Harper en el cuarto de juegos. De hecho, solo entraba en esta habitación cuando intentaba exorcizar mis demonios.

Me tumbé en el banco de pesas y respiré hondo. Mientras agarraba la fría barra, listo para empujar el peso hacia arriba y enterrarme bajo la carga abrumadora, un destello de cabello rubio y ojos marrones decididos llamó mi atención. Harper se asomó por la puerta abierta y su mirada se cruzó con la mía durante un segundo electrizante antes de desaparecer de mi vista.

—Maldita sea —murmuré en voz baja y empujé la barra con una nueva intensidad. Mis músculos gritaban, las fibras se sentían como si se desgarraran con cada repetición. Pero no era solo el peso lo que me torturaba, era ella. Harper. La mujer que había ocupado cada rincón de mi mente.

No podía controlarla, y eso me volvía loco. Esos ojos color ámbar me desconcertaban por completo. Y Harper ni siquiera lo intentaba, lo que empeoraba las cosas.

—Contrólate, Blake —murmuré para mí mismo y dejé la barra en el soporte con un fuerte tintineo. El sudor me goteaba de la frente y me ardía en los ojos mientras admitía en silencio la

verdad: ningún hierro, por grande que fuera, podía protegerme del infierno que Harper encendía en mí.

Cuando comencé la siguiente serie, esta vez sentado con dos mancuernas, Harper volvió a deslizarse por la puerta. Por el rabillo del ojo, la vi detenerse en el centro de la habitación.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté jadeando.

—He decidido que tal vez sea justo lo que necesito, sudar un poco —dijo, desenrollando su esterilla de yoga con un chasquido que resonó en las paredes. Su silueta se recortaba contra la luz de la tarde que entraba por los altos ventanales, y la ajustada tela de sus pantalones de yoga se adhería a cada tendón de su atlético cuerpo.

—¿Yoga? —logré decir con voz ronca, tratando de centrar mi mirada en las pesas que sostenía en mis manos. En mi interior reinaba el caos mientras ella comenzaba sus estiramientos, doblando y contorsionando su cuerpo de una manera que aceleraba mi pulso.

—Sí, siempre me ayuda a encontrar mi centro. —Su voz sonaba etérea, como si no notara la tormenta que estaba desatando en mí. Incluso después de una mirada crítica de mi parte, Harper parecía no tener idea de cómo me estaba provocando en ese momento.

Mis nudillos se pusieron blancos alrededor de las pesas. La vista de sus piernas tonificadas, la curva de su espalda, era más que una distracción. Era una invitación abierta a cada pensamiento oscuro que había intentado encerrar. Sin éxito.

—Parece efectivo —gruñí, esforzándome con cada palabra por mantener una fachada de indiferencia. Mi cuerpo reaccionaba a su cercanía con una excitación que ningún acero, por bueno que fuera, podía reprimir.

—Funciona mejor que levantar pesas, supongo. —Su voz tenía un tono juguetón y me pregunté si no sabría lo que estaba pasando en mi interior. Si tendría idea de que mi polla se estremecía cada vez que se estiraba más o se inclinaba más profundamente, como un testimonio silencioso de su atracción.

—En cualquier caso, no pareces muy relajado —añadió Harper, ladeando la cabeza.

—Estoy relajado —gruñí, escupiendo las palabras como si fueran ácidas como el vinagre.

—Por supuesto. —Asintió y una sonrisa divertida se dibujó en sus labios.

—Sí —respondí secamente y dejé las pesas para coger otro juego.

Cada postura que Harper adoptaba parecía desafiar el control del que estaba tan orgulloso y llevarme a un precipicio por el que estaba más que dispuesto a caer.

Con cada levantamiento y flexión de las pesas, luchaba por mantener la compostura y seguir siendo el hombre que nunca flaqueaba.

Pero maldita sea, cuánto quería flaquear en ese momento.

La curva de su cintura dibujaba un arco que hacía que mis manos quisieran trazarlo. Luego Harper se giró de lado, presentando su cuerpo en una postura tan sexual que era imposible negarlo.

—Harper, no —murmuré en voz baja. Pero ella no se inmutó por mi advertencia. Al contrario, se inclinó aún más profundamente.

—No puedes prohibirme que me estire, ¿verdad? —respondió sin abandonar su postura, con su trasero provocativamente elevado, como si supiera exactamente cómo despertar a la bestia en mí.

—No te lo estoy prohibiendo, te estoy advirtiendo de las posibles consecuencias —corregí a Harper.

—Gracias por la advertencia, pero no soy "tu chica buena". Eso lo dejaste más que claro antes. —El desafío en su tono era más afilado que una cuchilla y amenazaba con cortar los últimos hilos de mi autocontrol a los que me aferraba.

Dentro de mí, la ira se mezclaba con un deseo crudo que apenas podía reprimir. Cada fibra de mi ser gritaba por conquistar a Harper, por reclamarla y mostrarle que este juego —este maldito juego cuyas reglas ella desconocía— era un terreno peligroso.

—Mejor no me provoques, Harper —gruñí, agarrando las pesas con más fuerza.

—¿Provocarte? —Fingió inocencia, sus ojos marrones se abrieron mientras rodaba lentamente sus caderas en un estiramiento que era todo menos inocente—. Solo estoy haciendo yoga, Blake.

—Y un cuerno —escupí, mientras los límites entre la ira y la excitación se difuminaban con cada uno de sus movimientos—. Sabes exactamente lo que estás haciendo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa seductora. Sí, maldita sea, Harper sabía exactamente lo que estaba haciendo. Lo que no sabía era lo que pasaría si no paraba.

—¿Y qué estoy haciendo, Blake? —Su voz destilaba desafío, cada palabra se clavaba en mi piel.

En otras circunstancias, la habría hecho arrodillarse frente a mí hasta que sus rodillas quedaran adoloridas y su sonrisa desapareciera.

—Será mejor que no te pases —dije, arrojando las pesas a un lado con un tintineo metálico que resonó en las paredes.

—Vale, Blake —suspiró. Su tono era dulce como el azúcar, pero con un matiz que prometía problemas. Problemas a los que cada vez me costaba más resistirme. Quería poner orden en todo su caos, maldita sea. Quizás también quería dejar que un poco de su caos se infiltrara en mi orden.

—¿Por qué tienes que provocarme así? —gruñí, mirándola a los ojos mientras se preparaba desafiante para otra postura.

Se encogió de hombros, un movimiento irritantemente grácil. —No quiero provocarte, Blake. Solo es yoga. —Su mirada se dirigió hacia la salida de la sala de entrenamiento, desde donde se podía ver la puerta del cuarto de juegos. Luego volvió a mirarme, con una pregunta no formulada flotando entre nosotros.

—¿Entonces por qué lo haces? —pregunté—. ¿Qué quieres demostrar?

Intenté mantener la cabeza fría y puse una expresión neutral. Pero Harper ya sabía que me había hecho hervir la sangre.

—Quizás no quiero demostrar nada —murmuró Harper, más para sí misma que para mí.

—¿O quizás quieres demostrarte algo a ti misma? —insistí. Mi mirada también se dirigió a la puerta de mi cuarto de juegos—. Esa habitación no es para ti.

—¿Cómo puedes saberlo? —soltó Harper. Evidentemente había tocado un punto sensible.

—Porque lo sé —mentí sin emoción. Quería tener a Harper en mi cuarto de juegos más que nada en el mundo. Precisamente por eso tenía que mantenerse alejada. Ya traía suficiente caos a mi mundo, necesitaba al menos un lugar donde nada cambiara.

Me aparté de ella y levanté una pesa del suelo con más fuerza de la necesaria. No podía admitir, ni ante ella ni ante mí mismo, que era su fuego, su maldita independencia, lo que me hacía querer tenerla allí dentro. Ver ese espíritu bajo mi control sería una droga que ninguna sustancia podría igualar.

—Blake, me debes una respuesta. Una respuesta de verdad. —Harper se mantuvo firme y se acercó con una osadía que me hizo sudar.

—Harper... —Mi advertencia se convirtió en un gruñido, pero ella lo ignoró y se acercó aún más, con una confianza que hizo que mis manos se cerraran involuntariamente.

—¿De verdad no soy apta para tu cuarto de juegos o tienes miedo? —Ladeó la cabeza, su cabello cayó en una cascada dorada, sus ojos marrones fijos en los míos.

—Harper —repetí, cada sílaba conteniendo una mezcla de irritación y deseo—. No sabes lo que estás pidiendo.

—Entonces muéstramelo. —Su voz era apenas un susurro, pero explotó dentro de mí como dinamita.

En un instante, cerré la distancia entre nosotros. Mi control se rompió como una cuerda deshilachada que ella había estado tirando durante demasiado tiempo, cuando la agarré por la cintura y la atraje hacia mí. Ella jadeó y su cuerpo se volvió ligero cuando la maniobré hacia el

banco de pesas y la senté en mi regazo.

—¡Blake! —El grito de Harper atravesó la habitación, agudo y lleno de sorpresa. Pero la sujeté con fuerza, sus suaves curvas presionando contra las duras líneas de mi cuerpo y un gruñido escapó de mi garganta.

—Basta de juegos, Harper —murmuré, sintiendo cómo mi contención se desvanecía en el aire—. De una forma u otra, tendrás que aprender que es mejor que no me provoques.

Se resistió sin éxito, su fuerza no era rival para la mía. Incluso ahora, cuando era inútil resistirse, no se detenía. Harper se dio cuenta de que su resistencia no tenía éxito. Aun así, seguía desafiante. Quería suprimir ese desafío, dominarlo, dominarla a ella. Y cuando mi mano se posó sobre sus curvas, el sonido que Harper hizo fue pura satisfacción extendiéndose por mi interior.

—Sé una buena chica y deja de provocarme. Ya ves a dónde lleva —dije, dándole una última oportunidad de echarse atrás.

—Nunca —escupió, su voz ardiente—. ¡Quítatelo de la cabeza, Blake!

—Las chicas malas deben atenerse a las consecuencias —dije con los dientes apretados—. Sumisa o no. Si me provocas, habrá consecuencias.

—¿Ah, sí? —preguntó con fingida indiferencia. Pero la respiración de Harper se aceleró, revelando su excitación.

—Última oportunidad —gruñí, lo que Harper comentó con un resoplido—. Bien. Tú lo has querido.

Presioné a Harper con más fuerza contra mí y levanté la mano libre. Cuando mi mano aterrizó por primera vez en su trasero, Harper dejó escapar un grito de sorpresa. Y cuando se dio cuenta de que iba en serio, sus músculos se tensaron. La comprensión de lo que había despertado en mí llegó claramente demasiado tarde.

Demasiado tarde, Harper. Demasiado tarde.

Cada golpe que siguió arrancó más gritos a Harper.

—¡Blake! —jadeó mi nombre. Su voz era una mezcla de desafío y algo que sonaba sospechosamente a placer.

—¡Cállate, Harper! —ordené, y mi mano subía y bajaba en un ritmo que parecía quitarle el aliento de los pulmones. Sus intentos de resistirse eran, en el mejor de los casos, simbólicos; su cuerpo la traicionaba, cediendo bajo mi mano y sus gritos se convertían en gemidos que vibraban contra mis muslos.

Estaba duro, tan duro que la tela de mis pantalones amenazaba con romperse. Cada vez que mi mano tocaba su cuerpo, sentía una oleada de satisfacción primitiva. Esto no se trataba solo de

castigo: se trataba de una maldita declaración que tenía que hacer.

—¡No puedes hacer esto! —exclamó Harper. Lástima que no pudiera ver el enrojecimiento de su piel a través de los pantalones de yoga. Pero la reacción cuando pasaba las yemas de los dedos sobre su piel sensible era inequívoca.

—Ya ves que puedo —respondí pragmáticamente. La satisfacción en mi voz era innegable.

—No soy tu sumisa, Blake. —Sus palabras salieron con esfuerzo, pero con la misma terquedad que me había llevado a esta situación en primer lugar.

—Quizás no —admití, haciendo una pausa para enfriar el calor que emanaba de su piel enrojecida—. Pero si me provocas, Harper, habrá consecuencias.

Su respiración se entrecortó y inclinó la cabeza para mirarme con ojos marrones desafiantes. —¿Eso es una promesa?

—Considéralo una advertencia —repliqué—. ¿Has aprendido algo ahora?

—Sí —contestó, poniendo los ojos en blanco. Continué con las nalgadas. Hasta que la rebeldía de Harper finalmente desapareció.

—¡He aprendido algo! ¡De verdad! —exclamó, y le di otra oportunidad.

—¿Qué has aprendido? —pregunté.

—Que hay consecuencias si te provooco —respondió. Reflexioné brevemente sobre sus palabras. Harper no había dicho que no me volvería a volver loco, solo había dicho que entendía lo que pasaría entonces. ¿Por qué me sorprendía siquiera? Era Harper. Ella era... diferente.

—Bien —dije, soltándola con una relucencia que me sorprendió. Mis dedos hormigueaban por el contacto y mi cuerpo dolía de deseo insatisfecho. Pero no podía ceder ante el deseo.

Control, Norton. Mantén el maldito control.

Harper se deslizó de mi regazo. Me puse de pie, el peso de la mirada de Harper era pesado como un yunque sobre mi pecho. Mi pulso retumbaba como una tormenta eléctrica. El cuerpo de Harper todavía estaba tan cerca que podía sentir el calor en su piel.

—Vete —murmuré, y mi voz sonó más áspera de lo que pretendía. Era una orden marcada por la desesperación. Harper me miró, y en sus ojos marrones ardía el desafío, pero se mordió el labio inferior y guardó silencio. Sus mejillas estaban sonrojadas y su cabello aún más despeinado que de costumbre. Era tan hermosa que casi dolía mirarla.

—¿Blake? —Su voz, ahora más suave, acarició mi nombre como una ternura que no merecía.

—Vete, Harper. —Tenía que dejarle claro que nos estábamos moviendo en aguas demasiado

peligrosas para nosotros. Si perdía el control ahora, aquí, no podía garantizar nada en la sala de juegos.

Como Harper no hizo ademán de desaparecer, me puse en movimiento. Me pasé la mano por el pelo, los mechones se deslizaron entre mis dedos como el control que había recuperado.

Atravesé la habitación, mis movimientos eran más mecánicos que humanos. Una ducha fría. Eso era lo que necesitaba. Pero dudaba que el agua helada pudiera lavar el calor que se había anidado bajo mi piel. Harper Johnson se me había metido bajo la piel.



Buena chica.



Capítulo 13 - Harper

ÁTICO DE BLAKE, NUEVA York, la misma noche .

La risa de mi hermana aún resonaba en mis oídos cuando cerré el portátil. El silencio que se extendió después por el apartamento de Blake era casi fantasmal y difícil de soportar. Suspiré mientras miraba por los ventanales del suelo al techo hacia el horizonte de Nueva York, que no dejaba espacio para la oscuridad.

Me aclaré la garganta cuando Blake pasó junto a mí, en dirección a su dormitorio.

—¿Dónde se supone que voy a dormir? —pregunté, acomodando un mechón rebelde detrás de mi oreja. Después del entrenamiento en el gimnasio, había explorado el apartamento de Blake y sabía que no había un segundo dormitorio. Solo una segunda cama, pero estaba en la habitación que Blake me había prohibido entrar.

—En la cama —respondió Blake—. ¿Dónde más?

—¿Y dónde dormirás tú? —insistí frunciendo el ceño.

—También en la cama. —Blake me miró seriamente. No era el tipo de persona que hacía bromas, pero por primera vez esperaba que tuviera al menos un poco de sentido del humor. Pero no, sus comisuras no se movieron.

—¿Nosotros dos? ¿En la misma cama? —dije con voz aguda.

—Harper —dijo con su voz irritablemente tranquila—. Como mi prometida, por supuesto que dormirás en mi cama.

Se me cortó la respiración. Normalmente era él quien me recordaba que todo esto era solo una farsa. Por eso me pareció aún más extraña su insistencia en este aspecto.

Me resistí a esta orden. Dormir en el sofá era una opción tentadora, pero tampoco era alguien que eligiera incomodidades por pura terquedad. Fuera lo que fuera lo que Blake pretendía con esto, yo estaba dispuesta a demostrarle lo contrario. Y si eso significaba que tenía que dormir a su lado, que así fuera.

Asintiendo, me dirigí al dormitorio donde estaba mi maleta, que aún no había deshecho. ¿Para qué? En este orden estéril no había lugar para las divertidas fotos familiares o mi trenza de heno. Saqué de la maleta mi camiseta para dormir: una suave camiseta de algodón de casa cuyo dobladillo apenas rozaba mis rodillas y cuyo escote ya estaba desgastado.

No sé por qué, pero me quedé sentada frente a la maleta abierta, mirando fijamente su interior. Luego dejé que mi mirada vagara por las fotos de mi familia e inhalé el aroma de casa. Todavía se sentía surrealista que Blake hubiera pagado prácticamente todas las deudas de mi familia sin siquiera pestañear, o sin saberlo. Blake no sabía por qué necesitaba el dinero y yo aún no estaba lista para contárselo.

Entonces Blake entró en el dormitorio, casi sin hacer ruido, como un depredador al acecho. Su mirada se sentía como un peso sobre mi piel y parecía examinar cada centímetro de mi espalda.

—Harper —su voz rompió la tensión—. ¿Por qué tus cosas siguen ahí dentro? —Señaló el desorden de telas que era mi vida, amontonado en una maleta de tamaño mediano.

Me encogí de hombros y sentí su juicio más claramente de lo que quería admitir.

—No sabía dónde ponerlas —murmuré, de repente insegura.

—¿Esas cosas viejas? —En su tono neutral se percibía un desprecio contenido—. Estarían mejor en la basura.

Sus palabras fueron como una bofetada, aunque tuviera razón. Mis mejillas se sonrojaron de dolor, no solo mi orgullo sureño estaba herido. Sí, mi ropa era de tienda, barata y ya desgastada, pero aun así dolía que Blake pensara así. Esta ropa estaba entretejida con recuerdos de casa y solo pensar en tirarla sería como incendiar el rancho Silver Lake.

—Harper. —Su voz era firme y no dejaba espacio para discusiones cuando arrojó una sencilla tarjeta de crédito negra a mis pies. La misma tarjeta de crédito que había querido darme esta mañana—. Mañana conseguirás ropa nueva. Prada, Chanel, me da igual, lo importante es que sea en algún lugar donde vendan ropa digna de la prometida del imperio Norton. No quiero que mi prometida ande por ahí con esa ropa.

—Primero, solo soy tu falsa prometida —comencé, respirando profundamente para que mi voz sonara lo más firme posible—. Y segundo, ¿no deberías querer que tu prometida sea feliz? Porque esta ropa, por horrible que te parezca, es parte de lo que me hace feliz.

—¿Feliz? —Se acercó más y su cuerpo irradiaba un calor que me hacía imposible pensar con claridad—. ¿Crees que te hace feliz parecer andrajosa?

—Prefiero parecer andrajosa y auténtica que arreglada y fingida —respondí, mientras mi cuerpo me traicionaba reaccionando a la cercanía de su bien formado torso y el embriagador aroma de su perfume, y mi determinación crecía.

—Niña testaruda —murmuró, pero un brillo en sus ojos me reveló que no estaba del todo descontento con que hubiera mantenido mi postura—. Como quieras, quédate con tu ropa. Pero mañana irás de compras de todos modos. Mi prometida debe tener la opción de ponerse Chanel, independientemente de si lo hace o no al final.

—Bien —resoplé. Con eso la discusión terminó, al menos por ahora. Porque ninguno de los dos estaba satisfecho con el resultado final.

Desapareció en el vestidor, solo para reaparecer poco después, con las líneas perfectas de su traje reemplazadas por los pliegues casuales de sus bóxers que se ajustaban a sus caderas.

Dios mío.

Se me secó la boca. El hombre era un verdadero desafío para mi autocontrol. Sus músculos no solo estaban a la vista, sino que también eran fuertes, y cada centímetro era testimonio de fuerza y disciplina. Tragué saliva con dificultad e intenté no mirar fijamente las sombras que acentuaban sus abdominales, ni lo dominante que era la V que se dirigía hacia abajo. Por suerte no se había desnudado antes de nuestra discusión, porque así me habría convencido fácilmente de vender mi alma.

Para, Harper.

El recuerdo de su mano tocándome en la sala de entrenamiento surgió sin invitación. Por más que gritara "basta" en mi mente. El calor se expandió en mi vientre y se extendió hasta la punta de mis dedos. Sí, tal vez en la sala de entrenamiento había intentado descolocar a Blake. Y sí, no quería admitir que me había gustado. Mucho, de hecho. Más aún debía preguntarme por qué Blake no quería que estuviera en su cuarto de juegos. ¿Era yo demasiado fea para él? ¿Demasiado inexperta?

—¿Disfrutas la vista? —Su voz interrumpió mi ensoñación, con un toque de diversión en sus palabras, pero también con un dejo de reproche.

Levanté la mirada de golpe y mis mejillas ardieron. —Solo me pregunto cuántas flexiones haces para parecer un héroe de acción.

—Las suficientes —respondió, y las comisuras de sus labios se curvaron con la sombra de una sonrisa.

Mi corazón latió traicioneramente. Le di la espalda y fingí no notarlo, aunque en mi cabeza se reproducían imágenes que no podía suprimir del todo: las manos de Blake sobre mí, sus ojos que

me mantenían cautiva.

—Ve a dormir, Harper —dijo en voz baja, y su cálido aliento rozó mi nuca mientras se dirigía a su lado de la cama.

—Buenas noches, Blake —susurré en respuesta, aunque dudaba que el sueño llegara fácilmente con el diablo a solo centímetros de distancia.

El colchón de la cama king size se sentía como una nube en comparación con el colchón de espuma hundido del Metropolis Motel. Aun así, la cama me presentaba un desafío imposible. Las sábanas olían a él: masculinidad y madera de cedro. Y el calor que emanaba de su cuerpo parecía penetrar hasta mis huesos, haciendo que mi corazón se acelerara y mi piel hormigueara.

Blake se dio la vuelta, su respiración profunda y constante. ¿Y yo? Daba vueltas y más vueltas, tratando de encontrar un lugar fresco en la almohada e ignorando que mi estómago revoloteaba como un pájaro enjaulado con cada suave exhalación de sus labios.

Los minutos —¿o ya eran horas?— se arrastraban lentamente. ¿Cómo lograba Blake encender mi ira y mi deseo al mismo tiempo con una sola mirada?

Cada vuelta se volvía más agotadora, y al mismo tiempo me sentía como después de una orgía de espressos. Completamente despierta y alterada.

—Harper... —Su voz, un suave susurro, rompió el silencio—. ¿Por qué te retuerces como un pez fuera del agua?

Contuve la respiración porque no sabía cómo poner en palabras la tormenta de emociones que rugía dentro de mí. Me volví hacia él y vi que sus ojos azules me miraban con una intensidad que parecía penetrar hasta lo más profundo de mi ser, mientras él también se giraba hacia mí.

—¿Has estado despierto todo este tiempo? —Las palabras salieron torpemente.

—Es difícil no mantenerse despierto durante tu rodeo personal de medianoche —dijo, y a pesar de la irritación que parpadeaba en sus rasgos, había un toque de algo más en su tono.

Vacilé mientras mi corazón golpeaba contra mis costillas como si quisiera escapar.

—No puedo dormir —confesé.

—¿No, en serio? —preguntó Blake con cinismo. Tuve que sonreír brevemente porque este tipo de cinismo no parecía propio de Blake y me pregunté si era bueno o malo que pudiera sacar tales facetas de él.

—Es que hace demasiado calor —continué.

—¿Demasiado calor? ¿Quieres que baje más el aire acondicionado? —Blake hizo un gesto hacia el aire acondicionado.

—No es... no es la habitación —balbuceé y el calor subió a mis mejillas. Decir la verdad se sentía como entregar un arma. Ahí estaba: mi vulnerabilidad revelada ante él. La vergüenza por ello hormigueaba en mi estómago, la sensación era dulce y amarga a la vez.

Un gruñido surgió de su garganta, haciendo que mi pulso se acelerara aún más.

Harper Johnson, ¿en qué demonios te has metido?

—Lo siento —murmuré, arrancando mi mirada de la suya—. Intentaré dormir ahora. Sin rodeo.

Siguió un breve silencio que subrayó lo fuerte que sonaba el latido de mi corazón en mis oídos.

—Tócate, Harper —ordenó Blake en voz baja, enviando un escalofrío por mi espalda. Parpadeé mirándolo y el calor en mis mejillas reveló mi inquietud interior. ¿Había oído mal? Lo miré de nuevo y su expresión era inequívoca. No había oído mal.

—Yo... yo no hago eso —respondí, completamente avergonzada y apenas audible.

—Tócate —repitió, su mirada se volvió aún más intensa y supe que era inútil resistirse. Mi cuerpo parecía moverse por sí solo y mis manos temblaban cuando tocaron la tela de mi camisa. La sensación de mi propio toque despertó algo salvaje en mí. No importaba cuánto intentara mi mente resistirse, mi cuerpo seguía siendo un traidor.

—Súbela —ordenó Blake, esta vez en un tono más suave pero no menos imperativo. El aire nocturno besó mi piel cuando levanté el dobladillo de mi camisa, exponiendo mi piel que ya se había vuelto sensible por el deseo. Blake no apartaba sus ojos de mí y sentí que mi respiración se entrecortaba al darme cuenta de lo expuesta que estaba. No llevaba ropa interior.

—Sigue tocándote. —No podía hacer otra cosa que obedecer las palabras de Blake. Y no pasó mucho tiempo antes de que dejara de sentirse extraño y simplemente se sintiera electrizante. Me imaginé que eran las manos de Blake las que acariciaban mi piel, masajeando mis pechos y tomando mis pezones endurecidos entre el pulgar y el índice. Cada instrucción que Blake me daba hacía que mi deseo aumentara aún más. Y con cada palabra susurrada, anhelaba más que fuera realmente Blake quien me tocara.

—Más abajo, Harper —susurró, y mi mano obedeció, deslizándose más abajo, pasando por el vientre tembloroso, hasta el punto donde el calor se acumulaba entre mis muslos. Un gemido escapó de mis labios cuando me atreví a tocarme de una manera tan intensa que rayaba en el dolor. Mi corazón latía salvajemente, casi tan fuerte como los latidos entre mis piernas.

Blake me observaba mientras yo me consumía cada vez más en llamas y su expresión, como casi siempre, permanecía neutral. Solo el brillo depredador en sus ojos y el ocasional gruñido profundo en su pecho revelaban que esta visión no lo dejaba tan indiferente como aparentaba.

Era insoportablemente excitante y a la vez profundamente humillante ser la única arquitecta de mi placer bajo su silenciosa observación.

—Más, Harper —la voz de Blake atravesó el calor. Fue un susurro que bien podría haber sido un grito, tanto me había sacudido. Masajeé mi clítoris con creciente urgencia, mi respiración se volvió irregular y superficial. ¿Cómo podía Blake permanecer tan tranquilo mientras yo sentía que casi me consumía? La mirada de Blake se clavaba en mí, ardiente e intensa, casi volviéndome loca sin un solo toque.

—Más. No pares ahora —me ordenó. No había forma de no cumplir esa orden. Simplemente no podía contradecirlo. Un escalofrío placentero recorrió mi espalda cuando introduje dos dedos en mi interior, una sensación que me era ajena y que a la vez anhelaba. El empuje y el tirón de mi propio ritmo enviaron ondas de choque a través de mi interior, cada movimiento avivando el fuego que Blake había encendido en mí.

Mis gemidos rompieron el silencio, una súplica por liberación que resonó en la vastedad del ático. Blake gruñó suavemente. Sus respiraciones eran medidas, controladas, pero sus ojos revelaban un hambre que reflejaba la mía propia.

—Cede, Harper. Córrete para mí —me instó Blake. Mi cuerpo respondió, mis dedos se hundieron más profundo y se curvaron mientras me preparaba para dejarme caer y explotar. La presión se fue acumulando, una fuerza imparable que se apretaba cada vez más, hasta que...

Grité su nombre, luego me rompí en un millón de fragmentos de luz. Las olas del orgasmo más intenso que jamás había experimentado me arrollaron, dejándome jadeante y temblorosa. Cuando las sacudidas disminuyeron, quedé exhausta y vulnerable, bajo la atenta mirada del hombre que había orquestado mi perdición sin tocarme ni con un dedo.

Mientras yacía allí después de mi éxtasis autoinfligido, sentí que la cama se movía cuando Blake se acercó más a mí. Las sábanas frescas contrastaban con el calor persistente de mi piel enrojecida. Se inclinó cerca de mí, tan cerca que su aliento rozó mi oreja, enviando una nueva ola de escalofríos por mi espalda.

—Buena chica —murmuró, su voz era suave y aun así teñida con un tono innegable que expresaba algo posesivo.

Me quedé paralizada, atrapada entre el deseo de acurrucarme más cerca de Blake y la necesidad de mantener la apariencia de mi propio control. Su presencia era abrumadora, especialmente después de haberme mostrado tan desnuda y vulnerable.

Blake se giró y se dejó caer de espaldas con la despreocupada facilidad de un hombre que acababa de ver cómo se soltaban las ataduras de otra persona en lugar de participar en ello.

—Deberías dormir ahora —dijo de manera práctica y cerró los ojos como si nada inusual hubiera ocurrido entre nosotros.

¿Dormir? ¿Cómo podría dormir después de lo que acababa de suceder entre nosotros? Mis pensamientos corrían, repasando cada momento, cada orden susurrada que me había descolocado. Pero a pesar del tumulto dentro de mí, mis párpados se volvían pesados.

Quería discutir, desafiarlo, hacer algo para volver a captar su atención, que era como una droga para mí. Porque la verdad innegable era que Blake tenía este poder indescriptible sobre mí que no podía explicar. Eso me asustaba tanto como me excitaba.

—¿Harper? —Su voz rompió el silencio de nuevo, esta vez más suave, y me di cuenta de que él tampoco se había dormido.

—¿Blake? —respondí, mi voz apenas más alta que un susurro.

—¿Estás bien? —En su tono había algo desconocido, un toque de preocupación que no encajaba en absoluto con su comportamiento habitualmente distante.

—Sí —balbuceé, insegura de si estaba tratando de convencerlo a él o a mí misma. Y luego, porque sentía la necesidad imperiosa de dar una confirmación de lo que acababa de suceder, añadí—: Gracias.

No respondió, pero el silencio que siguió ya no era incómodo.

Yacía a su lado y la tensión iba abandonando lentamente mi cuerpo hasta que finalmente el sueño se volvió demasiado fuerte para resistirlo.

Mientras me quedaba dormida, me preguntaba qué significaba esto para nosotros, para mí. ¿Había cruzado un límite del que no había vuelta atrás? ¿O esto había sido solo un martes normal para Blake y yo era simplemente una más de sus buenas chicas sin nombre?



El caos es el enemigo del éxito.



Capítulo 14 - Blake

NORTON ENTERPRISES, PLANTA EJECUTIVA, Nueva York.

Debería estar concentrándome en la pantalla frente a mí y haciendo mi trabajo. Pero maldita sea, mis pensamientos giraban en torno a algo completamente diferente. Hervía en mi propia inquietud; mi mente estaba cautivada por la imagen de Harper de anoche, su mano moviéndose sobre su cuerpo, su respiración entrecortándose con cada caricia. Maldición, lo que esa mujer podía hacerme sin siquiera tocarme.

—Felicidades por el compromiso, Norton. Parece que pronto estarás encadenado de por vida — la voz de Alexander cortó mis pensamientos.

Poco a poco iba siendo hora de que instalara más medidas de seguridad en mi oficina, si todo el mundo podía aparecer a su antojo.

—Por Dios, Alex, ¿hay algo que suceda en esta ciudad y no llegue a tus oídos? —gruñí, reclinándome en mi sillón de cuero.

—Ventajas de ser multimillonario, amigo mío: te enteras de todo, lo quieras o no. —Entró con paso tranquilo, sus manos casualmente metidas en los bolsillos de su traje. Alexander parecía recién salido de una sesión de fotos para una revista y no del calor sofocante de Nueva York.

—O tal vez es simplemente una maldición —dije, sacando el whisky para servir dos vasos—. ¿Desde cuándo felicitas a alguien por casarse? —Alexander lamentaba que la gente se entregara a sus sentimientos tanto como yo, quizás incluso más.

—Nunca —respondió con franqueza, aceptando el vaso y hundiéndose en el sillón frente a mí—.

Pero, por otro lado, tampoco descubro a menudo que uno de mis mejores amigos finge un compromiso para... ¿cómo lo llamaremos mejor? ¿Maniobras empresariales?

—Algo así. —Tomé un sorbo y dejé que el fuego líquido bajara por mi garganta, en un intento de apagar las llamas que Harper había encendido.

—Nunca pensé que vería el día en que Blake Norton se atara a alguien. Aunque solo esté fingiendo. —La mirada de Alexander contenía un toque de diversión y algo más, una sombra que no podía identificar del todo.

—La vida tiene un sentido del humor retorcido —murmuré, pensando en lo cerca que estaba de romper todas mis reglas autoimpuestas con Harper. Ninguna mujer debería acercarse tanto a mi cama, mucho menos a mi corazón. Y aquí estaba yo, con un compromiso falso y luchando contra el impulso de arrastrar a Harper a mi cuarto de juegos.

—Hablando de eso —continuó—. Bruce dice que la chica ya te tiene comiendo de su mano. ¿Es cierto?

Un músculo en mi mandíbula se crispó. —Yo no como de la mano de nadie, Alex.

—Por supuesto —sonrió, haciendo girar el whisky en su vaso—. Sigue diciéndote eso.

—Cuidado, o te encontrarás afuera reflexionando solo sobre los buenos viejos tiempos. —Mis palabras eran duras, pero la amenaza estaba vacía y ambos lo sabíamos. Habíamos pasado por demasiado juntos como para pelear por tales trivialidades.

—Encantador como siempre. —Alexander vació su vaso de un trago limpio—. Cuéntame más.

—¿Más de qué? —pregunté.

—Más sobre ella —me instó Alexander y tomé otro sorbo para forzar una pausa en la conversación.

—No hay mucho que contar —dije, fingiendo indiferencia—. Es caótica. —Y mientras lo decía, escuchaba los jadeos nocturnos de Harper en un bucle interminable en mi cabeza.

—¿Tú y el caos? Mi querido amigo, eso no suena nada a ti. —Alexander arqueó una ceja burlonamente.

—¿A quién se lo dices? El orden no es solo una preferencia, es una necesidad —expliqué, haciendo girar el líquido ámbar en mi vaso. Alexander asintió, la luz del horizonte se reflejaba en sus gemelos pulidos mientras levantaba su propio vaso, que yo había rellenado.

—El caos es el enemigo del éxito —convino, brindando con el vaso en mi dirección.

—El control lo es todo —continuó—, sin él...

Un golpe en la puerta me interrumpió, suave pero insistente. Fruncí el ceño, no acostumbrado a las interrupciones no anunciadas que últimamente se volvían dolorosamente frecuentes.

—Adelante —llamé, dejando mi vaso, que parecía fuera de lugar en el orden preciso de mi escritorio.

Harper asomó la cabeza por la rendija de la puerta, un ligero rubor en sus mejillas y una planta verde en sus brazos.

—He venido a recogerte del trabajo —dijo, su acento sureño envolviendo cada palabra.

—¿Teníamos planes que olvidé? —pregunté, aunque conocía la respuesta. Harper simplemente tenía una forma de aparecer, inesperada y a menudo no deseada. Y sin embargo, no estaba del todo en contra de que estuviera aquí.

Alexander se levantó con gracia y metió sus manos en los bolsillos. —Los dejaré solos entonces. Felicidades de nuevo, Blake. —Su tono contenía un toque de ironía que no pasé por alto.

—Gracias, Alex —respondí secamente.

—Deberíamos continuar esta conversación pronto, con una buena cena en el Velvet, ¿qué te parece?

—Con gusto —respondí asintiendo.

Luego se dirigió a Harper. —Un placer.

Al momento siguiente había desaparecido y Harper se deslizó completamente por la puerta. Abrazaba una planta de interior mientras me miraba con ojos grandes.

—¿Quieres explicar por qué estás paseando una planta? —pregunté, señalando la planta mientras Harper cerraba la puerta tras ella.

Colocó el verdor en la maceta en la esquina de mi escritorio, por lo demás vacío.

—Tu oficina se ve tan... estéril y fría. Esto le dará algo de vida. —Harper sonrió mientras contemplaba la planta.

—Prefiero estéril —respondí secamente, aunque la vista de ella manipulando suavemente las hojas, su frente arrugada en concentración, removiéndome algo dentro de mí que no podía identificar completamente.

—Todo el mundo necesita un poco de verde en su vida, incluso tú, Blake —replicó, su mirada encontrándose desafiante con la mía.

—El verde es para parques y campos de golf, no para oficinas —dije, pero las palabras carecían de dureza. Harper parecía satisfecha consigo misma, un pequeño triunfo brillaba en sus ojos. Y

aunque nunca lo admitiría en voz alta, una parte de mí encontraba adorable su determinación.

—¿Hay algo más que hayas traído para invadir mi espacio? —pregunté, reclinándome en mi silla y luchando contra la sonrisa que amenazaba con romper mi fachada de compostura.

—No, solo la planta —dijo, apartándose un mechón suelto detrás de la oreja, que inmediatamente volvió a caer. La planta era una cosa delicada que apenas ocupaba espacio, muy parecida a la propia Harper. Y aun así, ambas se habían instalado aquí.

—Bien —respondí secamente.

—No te preocupes, no empezaré a decorar toda tu oficina —bromeó por encima del hombro, con una ligereza en su voz que contrastaba con la tensión de sus hombros.

—Dios nos libre —murmuré, observando a Harper. El leve temblor de sus manos, la forma en que sus dientes mordisqueaban su labio inferior... me molestaba lo mucho que me enloquecía ese gesto. Tanto el labio inferior como el cuidado que dedicaba a una nimiedad como una planta.

—Encaja perfectamente —anunció, retrocediendo para admirar su obra después de haber ajustado un poco la maceta.

—Difícilmente —repliqué con frialdad.

—Dale tiempo. Ya te encariñarás con ella —declaró Harper con una confianza que me irritaba y fascinaba a partes iguales.

—Como la mala hierba —respondí bruscamente, pero todo en lo que podía pensar era en cómo su presencia parecía hacer exactamente eso: arraigarse en lugares donde nunca lo habría esperado o deseado.

—Por cierto, ¿dónde están tus otras compras? —pregunté, mientras mi mirada se detenía en la verdura que había impuesto a mi oficina, por lo demás impecable—. ¿Ya en casa?

Harper negó con la cabeza, haciendo que un rizo suelto se moviera contra su mejilla. —No, lo tengo todo aquí mismo. —Señaló el pequeño bolso que colgaba de su antebrazo. Con dedos delicados, sacó un montón de pulseras de la amistad trenzadas y las sostuvo en alto para inspeccionarlas—. Holly está loca por estas cosas —dijo, sus palabras tan dulces como la miel caliente.

—Harper. —Me recliné en mi sillón de cuero y la miré fijamente—. Compraste una planta para la oficina y un montón de baratijas para tu hermana. ¿Nada más?

Sus ojos marrones, salpicados de motas doradas, se desviaron, una señal inequívoca de que estaba ocultando algo. —Bueno, había una cosa más —confesó, su voz apenas un susurro.

—¿Y esa sería? —mi curiosidad se había despertado, a pesar de mis esfuerzos por parecer indiferente.

—Comida para perros —soltó de repente, sus mejillas se sonrojaron y un suspiro se escapó de sus labios.

—¿Comida para perros? —las palabras salieron más bruscas de lo que pretendía—. ¿Por qué comprarías comida para perros?

Ella enderezó los hombros y me devolvió la mirada con una determinación recién encontrada. — Hay un refugio, cerca de Central Park. Estaban recaudando donaciones cuando pasé por allí. Y aún no habían alcanzado su objetivo de donaciones, así que aporté doscientos dólares.

—¿Doscientos dólares? —mi voz era gélida, aunque dentro de mí rugía una tormenta de fuego. La tendencia de Harper hacia el altruismo... era enloquecedor.

Su rostro palideció, más pálido de lo que debería estar una chica de Kentucky. —Sé que es mucho, pero yo... simplemente se sintió correcto. Puedo hacer que lo descuenten de mi pago contractual si crees que es demasiado. —Las palabras de Harper salieron disparadas y cuanto más la miraba, más inquieta se ponía.

—Harper —comencé, luchando por mantener la compostura mientras sentía que la tensión en mi pecho se apretaba aún más—. Realmente deberíamos hablar sobre tu comportamiento.

Por dentro, estaba hirviendo. ¿No podía ver que este tipo de generosidad imprudente podría ser su ruina? ¿Por qué siempre tenía que ser sobre los demás? ¿Por qué no podía ser egoísta por una vez?

Su frente se arrugó con preocupación ante mi tono, y me di cuenta de que había dejado filtrar un toque de emoción a través de mi fachada cuidadosamente construida. Necesitaba dirigir esta conversación en otra dirección antes de revelar algo realmente peligroso: que estaba empezando a preocuparme por ella.

—¿Sobre mi comportamiento? —Harper inhaló bruscamente.

Había una tensión en el aire, espesa y palpable, como el momento cargado antes de un relámpago.

—Más específicamente, debería darte otra lección —dije con voz firme.

Harper abrió la boca para decir algo, luego la cerró de nuevo. Sin duda, recordando mi última lección. Había perdido el control brevemente en la sala de entrenamiento y, maldita sea, mi polla nunca se había puesto tan dura por una simple nalgada.

Me puse de pie y los ojos de Harper se agrandaron, un destello de... ¿era miedo? ¿Anticipación? Era difícil decirlo.

—Ven conmigo —gruñí y pasé junto a ella hacia el exterior.



No es egoísta querer cosas. Es humano.



Capítulo 15 - Harper

NORTON ENTERPRISES, PISO EJECUTIVO, Nueva York

El taconeo de mis botas resonaba en el mármol mientras me apresuraba por el pasillo de la oficina, intentando mantener el ritmo acelerado de Blake. Pero no había manera, Blake seguía manteniéndome a distancia. No entendía su estado de ánimo: la dureza en sus ojos, su mandíbula tensa. Era como si estuviera atravesando una tormenta que solo él podía sentir.

—¡Blake! —Mi voz cortó el silencio, pero él no aminoró el paso. Solo cuando llegamos al ascensor logré alcanzarlo. Y únicamente porque Blake se vio obligado a esperar frente a las puertas cerradas.

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo? —pregunté, pero mi pregunta fue interrumpida por el timbre que anunciaba la llegada del ascensor.

Vaciló justo antes de entrar en el ascensor. Cuando me quedé inmóvil, miró hacia atrás, y por un momento creí ver un destello en esos ojos plateados: ¿frustración? ¿preocupación? Fuera lo que fuese, desapareció tan rápido como había surgido.

—Entra —dijo en un tono que no admitía réplica. Pero me quedé quieta y crucé los brazos sobre el pecho en un gesto desafiante.

—No hasta que me digas qué demonios está pasando aquí. —Me mantuve firme.

Por un momento, hubo un punto muerto. Entonces, sin previo aviso, Blake extendió la mano y agarró mi brazo con una determinación que envió un escalofrío inesperado por mi espalda. Me arrastró dentro del ascensor, obligándome a tropezar ligeramente contra su cuerpo firme. Las

puertas se cerraron detrás de nosotros, encerrándonos en el pequeño espacio donde el aire frío del aire acondicionado no podía competir con el calor que irradiaba entre nosotros. Este ascensor debía estar maldito, no podía explicarme de otra manera por qué estaba constantemente atrapada aquí con Blake, mis pensamientos y una gran dosis de silencio incómodo. Constantemente. Y cada vez el viaje me parecía más largo.

La mano de Blake permaneció en mi brazo, lo suficientemente firme como para no ser incómoda. Tan cerca, podía ver la ligera sombra de barba en su mandíbula, la forma en que su garganta se movía cuando tragaba. Sus músculos estaban tensos bajo la tela impecable de su traje. Siempre estaba controlado, pero ahora sentía una ferocidad en él, como un fuego listo para devorar todo a su paso, incluyéndome a mí. ¿O me lo estaba imaginando? Existía la posibilidad de que solo estuviera viendo lo que quería ver. Cuanto más lo pensaba, más confundida me sentía.

Mi corazón golpeaba contra mis costillas, tan salvaje y fuerte que estaba segura de que Blake podía oírlo. Se hacía difícil respirar, cada inhalación temblorosa e irregular mientras intentaba — y fallaba— concentrarme en cualquier otra cosa que no fuera la sensación de su cuerpo tan cerca del mío.

—Mírame, Harper —exigió Blake, y levanté la mirada para encontrarme con la suya. Nuestros rostros estaban a solo centímetros de distancia. Demasiado cerca. El aire cambió, cargado de electricidad mientras nos mirábamos fijamente. Sus labios estaban ligeramente entreabiertos, y me descubrí fijándome en su forma, en cómo se movían cuando exhalaba apenas audiblemente.

—¿Harper? —Su voz era un gruñido profundo, y me trajo de vuelta a la realidad.

—¿Hm? —Fue todo lo que pude articular, mi lengua se sentía repentinamente como algodón.

—¿Estás escuchando siquiera? —preguntó, y me encogí con culpabilidad al darme cuenta de que me había estado hablando. Pero no había oído ni una palabra.

—Lo intento —murmuré, mi propia voz un susurro que se perdió en la tensión que nos rodeaba. Seguíamos bajando, los números sobre las puertas del ascensor contando los pisos dolorosamente despacio. Me sentía como si me estuviera ahogando, en mi caos emocional y en las miradas que Blake me lanzaba.

Blake abrió la boca para seguir hablando, pero entonces mi cuerpo hizo algo traicionero y no pude hacer nada para evitarlo.

—Blake —suspiré. Mi corazón martilleaba en su jaula mientras me ponía de puntillas y cerraba la pequeña distancia entre nosotros. Mis labios rozaron los suyos en un beso vacilante, interrogante, que contenía toda la frustración y confusión acumuladas en mí.

Cuando nuestras bocas se encontraron, una sacudida me recorrió, seguida de un escalofrío placentero. Se sentía correcto. Como un chocolate caliente en un día lluvioso o caminar descalza sobre la hierba. Solo que mejor. Pero tan rápido como el valor había surgido en mí, la duda lo apagó, y me aparté.

Una disculpa tropezó en mis labios. —Lo siento, no debería haber...

Blake gruñó, un sonido profundo que vibró contra mis labios y envió escalofríos por mi espalda. Su agarre en mi brazo se intensificó mientras me hacía girar y presionaba mi espalda contra la fría pared metálica del ascensor. Su boca encontró la mía de nuevo, insistente, exigente, y cualquier pensamiento de disculpa desapareció. Este beso era salvaje e indómito y consumía cualquier resistencia que pudiera haber ofrecido.

El sabor de Blake era embriagador, una mezcla de poder y control, entretejido con algo vulnerablemente humano que me hacía anhelar más. Su cuerpo se presionaba contra el mío, inflexible y caliente, y podía sentir la dura línea de su excitación a través de las capas de nuestra ropa. Dios, lo deseaba tanto...

—Harper —murmuró Blake en el beso, y mi nombre en sus labios se sentía tanto como una caricia como una reivindicación. Todo mi cuerpo temblaba, el deseo acumulándose profundamente en mi vientre mientras me aferraba a Blake, desesperada por mantener esta conexión que se sentía tan vital como el aire.

Sus manos vagaban por mi cuerpo, fuertes y seguras. Cada toque encendía líneas de fuego dondequiera que Blake me tocara. Me arqueé hacia él, buscando más de esa deliciosa fricción, y un suave gemido se me escapó cuando su muslo se deslizó entre mis piernas.

—Más —susurré, sin reconocer mi propia voz, ronca de deseo. Blake cumplió con la petición, profundizando el beso hasta que el mundo se estrechó al espacio que ocupábamos. Todo mi cuerpo vibraba de lujuria.

Entonces, sin previo aviso, Blake se separó de la pared y se apartó de mí. La repentina ausencia de sus labios fue un shock frío, como sumergirse en agua helada después de haber tomado el sol. El ascensor anunció con un timbre su inminente llegada a la planta baja, y sentí cómo el momento perfecto se desvanecía, reemplazado por la frustración.

—Blake —jadeé, mi voz un susurro ronco—, ¿por qué te has detenido? —Mi corazón dolía anhelando su sabor, la presión de su cuerpo contra el mío, el gruñido de su voz mezclándose con mis respiraciones.

Me miró con una intensidad que envió un escalofrío por mi espalda.

—Hemos llegado —dijo, su voz baja, apenas audible sobre el zumbido del ascensor descendente—. El mundo nos cree comprometidos, aun así, no deberíamos lanzarnos el uno sobre el otro como salvajes en público, ¿no crees?

Asentí, insegura de qué responder. Todo lo que quería era volver a sus brazos, sentir sus labios sobre mi piel y olvidar que existía el resto del mundo.

—¿Me dirás por fin por qué saliste tan apresuradamente de tu oficina? —pregunté, cuando mi cerebro empezó a funcionar de nuevo.

—Por ti. —Blake me miró seriamente—. Por lo que no compraste.

Parpadeé e intenté estabilizarme contra la pared del ascensor mientras procesaba sus palabras.

—No estás enojado por lo que compré —comencé lentamente—, ¿sino por lo que no compré? —La confusión impregnaba mi tono mientras intentaba entender su enfado. Fracasé.

—Exacto. —Su mano rozó la mía y envió una sacudida por mi brazo—. No compraste nada para ti misma, Harper.

Fruncí el ceño e intenté enderezar los hombros. Aunque no me sentía particularmente segura, quería parecerlo externamente.

—No necesito nada —murmuré y sentí la familiar punzada de culpa por siquiera considerar gastar dinero en mí misma cuando mi familia en casa necesitaba tanto.

—No se trata de eso. —La mano de Blake encontró mi barbilla y la levantó, obligándome a mirarlo a los ojos—. Quiero que elijas algo para ti misma por una vez. Sé egoísta, Harper.

La palabra "egoísta" sonaba casi prohibida saliendo de su boca.

—¿Por qué? —pregunté, y mi voz se elevó tanto por curiosidad como por desafío—. ¿Por qué te importa siquiera si soy egoísta o no?

—Porque —hizo una pausa y buscó en mi rostro, como si pudiera encontrar la respuesta allí—, pasas tu vida poniendo a todos los demás en primer lugar. Es hora de que aprendas a tomar decisiones también para ti misma. No dejes que otros decidan por ti.

Sus palabras quedaron suspendidas pesadamente entre nosotros, al mismo tiempo un desafío y una invitación. Y cuando las puertas del ascensor se abrieron silenciosamente, me di cuenta de que este hombre que estaba frente a mí —tan controlado, tan dominante— me estaba empujando hacia áreas de mi propio corazón que nunca me había atrevido a explorar.

El silencio se instaló entre nosotros mientras caminábamos por el frío estacionamiento subterráneo. El calor del verano que las paredes de concreto a nuestro alrededor habían absorbido irradiaba hacia nosotros, haciendo que el aire se volviera denso y pesado.

Blake aceleró su paso de nuevo, su mandíbula tensa, los ojos fijos al frente. Mi mente trabajaba a toda velocidad tratando de descifrar sus crípticas palabras, de entender por qué era tan importante para él que yo comprara algo para mí misma. ¿Realmente se trataba de mí, o de sacarme de mi zona de confort? No se me había escapado que sus ojos brillaban cada vez que me desconcertaba. Y con esta exigencia, el desconcierto estaba garantizado.

—Blake —comencé, y mi voz llevaba un toque del acento sureño que normalmente intentaba ocultar—. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué es tan importante para ti que yo...?

—Harper —me interrumpió, su tono no dejaba lugar a discusión—. Deja de una maldita vez de

vivir tu vida en función de los demás. Eso solo trae problemas y... dolor.

¿Y qué se suponía que significaba eso? Quería preguntar más, pero había una finalidad en su voz que dejaba claro que no profundizaría más en el tema.

Llegamos a su SUV, cuya pintura negra brillante reflejaba los tubos fluorescentes del techo. Me dejé caer en el asiento del copiloto. Allí, subí mis rodillas al pecho y las rodeé con mis brazos. Era un hábito infantil que nunca había abandonado. Pero no estaba mal encontrar consuelo en hacerme pequeña si me hacía sentir mejor, ¿verdad? De repente, la mano de Blake estaba sobre mi rodilla, su toque firme.

—Baja las piernas, Harper —gruñó Blake—. Es peligroso.

Puse los ojos en blanco, mi espíritu rebelde despertando. —Ni siquiera estamos conduciendo todavía.

—No importa —respondió y bajó mis piernas él mismo—. Sin compromisos.

En ese momento lo vi, solo por un instante: el destello de dolor en esos ojos plateados que normalmente no parecían pasar nada por alto. Desapareció tan rápido como había aparecido, pero dejó un dolor en mi pecho, un anhelo de extender la mano y aliviar lo que fuera que dolía detrás de esa fachada estoica.

—Blake —susurré, mi voz volviéndose más suave—. ¿Estás bien?

Se apartó y se ocupó con la palanca de cambios. —Estoy bien, Harper. Vámonos.

No podía sacudirme la sensación de que "bien" era lo último que cualquiera de nosotros realmente estaba.

—Podemos ir a casa si quieres. Yo también estoy cansada —dije, ofreciéndole a Blake una oportunidad para que pudiera retirarse. Porque por cómo se veía —y sobre todo, cómo se sentía — parecía que Blake no se sentía cómodo en mi presencia. Por supuesto que no, yo había tropezado accidentalmente con su punto débil y había organizado allí una fiesta de polca. Tal vez lo ocultara bien, pero ya no lo suficientemente bien como para esconderlo de mí.

—Mi prometida merece ropa bonita —declaró, sus ojos desafiándome a contradecirlo. E inmediatamente volvió a palpar con fuerza entre mis piernas. Así es exactamente como me había mirado cuando irrumpí en su cuarto de juegos. Casi como si hubiera querido más contradicción.

—Buena chica —Sus palabras susurradas de anoche resonaban en mi cabeza.

Abrí la boca, lista para protestar —gastar dinero en mí misma me parecía absurdo—, pero él me interrumpió antes de que pudiera pronunciar las palabras.

—Por cada dólar que gastes en ti —continuó Blake con una intensidad que me mantuvo clavada

en el sitio—, donaré la misma cantidad al refugio al que ayudaste hoy.

Mi respiración se detuvo, mi corazón latía irregularmente bajo mis costillas. No era solo la inesperada generosidad lo que me desconcertaba; era el desafío subyacente en su voz, la forma en que parecía empujarme hacia aguas desconocidas.

—¿Por qué? —se me escapó, mezclado con confusión y un toque de asombro—. ¿Por qué querrías hacer eso?

—Porque ya es hora de que aprendas a cuidar de ti misma también —Su tono se suavizó lo suficiente como para mitigar la dureza de su orden—. No es egoísta querer cosas, Harper. Es humano.

Mordí mi labio inferior mientras reflexionaba sobre sus palabras. Mi cabeza daba vueltas ante la idea de concederme algo exclusivamente para mí, un lujo que rara vez me permitía en Silver Lake Ranch, donde cada centavo se contaba tres veces. Y entonces, el lujo consistía en un trozo de tarta de manzana del restaurante de Charlotte. Con extra de nata.

—Blake, yo... —mi voz tembló, revelando mi agitación interna.

—Harper —Su manera de pronunciar mi nombre se sentía como una caricia y atrajo mi mirada hacia la suya—. Permítete disfrutar de algo. Y aun si no lo haces, recuerda que donaré exactamente la misma cantidad.

La idea de darme un capricho era tan aterradora como tentadora, pero pensar en ayudar al refugio de nuevo... esa fue la tentación que inclinó la balanza.

—De acuerdo —susurré finalmente, una mezcla de reticencia y emoción burbujeaba dentro de mí—. De acuerdo, lo haré.

Un atisbo de sonrisa jugó en las comisuras de sus labios, y supe en ese momento que se trataba de algo más que ropa o donaciones. También se trataba de derribar muros. Mis muros, para ser exacta. Y no sabía si debía encontrar emocionante o aterrador que me gustara cuánto poder Blake podía tener sobre mí cuando realmente quería.



No seas gallina, Harp.



Capítulo 16 - Harper

5ª AVENIDA, BOUTIQUE CHIARO, Nueva York, esa misma noche.

Las etiquetas de precios en esta tienda podrían hacer llorar a un hombre adulto, y yo, solo una chica de Kentucky, casi me desmayé al verlas. ¡Algunos vestidos costaban más que todo el Rancho Silver Lake! Incluso los vestidos baratos rozaban un salario mensual... no, anual.

—¿Ha encontrado algo que le guste, señorita...? —me miró inquisitivamente, luego a Blake y finalmente a mi dedo anular. Debía tener más o menos la edad de mi madre, pero aun así se veía elegante y con una belleza atemporal, con su cabello canoso pero elegantemente recogido.

—Solo Harper —dije encogiéndome de hombros y sonriendo tímidamente.

—De acuerdo, Harper. —El tono de la vendedora era suave como la seda, pero sus ojos me examinaron con dureza, como si fuera una vagabunda que se hubiera colado en una fiesta de gala. Y así era exactamente como me sentía. Simplemente no pertenecía a este lugar. Las señoras de las otras tiendas ya me lo habían dicho con sus miradas poco sutiles.

Acaricié el dobladillo de un vestido verde esmeralda. —Es precioso, pero... —Mi voz se apagó cuando mi mirada se posó en los diminutos números dorados de la etiqueta. Meforcé a sonreír, cortés pero tensa—. Creo que seguiré mirando, gracias.

Blake, que había estado atendiendo una llamada cerca de la entrada, se acercó a nosotras y guardó su smartphone en el bolsillo del pantalón. Su presencia dominó instantáneamente la habitación.

—Esta es la tercera tienda, Harper. Y aún no te has probado ni una sola prenda. —Arqueó una

ceja, el gesto autoritario y de alguna manera irritante.

—Pero Blake, ¡estos precios! —protesté, gesticulando impotente hacia las filas de vestidos que costaban más que toda mi vida hasta ahora.

—El dinero no es problema —dijo secamente, descartando mis preocupaciones con un gesto de la mano. La vendedora sonrió con suficiencia, y sentí una punzada de algo desagradable en mi estómago.

—No nos iremos hasta que te hayas probado al menos un vestido. Al probador, ahora. —El tono de Blake no admitía réplica, y me arrastré hacia la zona reservada donde se encontraba el probador. Mi corazón latía contra mis costillas.

No se podía hablar de un cubículo, era más bien una tienda de probadores, enorme, con una elegante cortina de tela que se abrazaba como una carpa de circo alrededor del centro de la habitación y se podía abrir y cerrar sin esfuerzo. Luces cálidas, colores brillantes y rosas fragantes hacían que el espacio pareciera aún más lujoso.

—Espera aquí —dijo Blake, y su mirada no dejaba lugar a protestas. Asentí en silencio y esperé a Blake, que poco después trajo a la vendedora hacia mí. Sus brazos estaban cargados de vestidos y zapatos. No cualquier vestido. Blake había elegido cada uno de los vestidos que yo había mirado por más tiempo. Lo mismo ocurría con los zapatos. Me pregunté cuánto tiempo me habría estado observando y sentí un hormigueo en el estómago.

La vendedora colgó los vestidos en un perchero que estaba en mi lado del probador y luego cerró la cortina de un tirón que me hizo sobresaltar. Tomé el primer vestido, luego sacudí la cabeza y asomé la cabeza por la cortina.

—Blake, no puedo ponerme estos vestidos —dije. Me mareaba solo de ver las etiquetas de precio. Y la idea de estropear una de esas telas finas me ponía aún más incómoda. Tenía un don para eso. La abuela tenía que remendar constantemente mis camisas en el rancho.

—Harper —dijo, y había una suavidad en su voz que no esperaba—, el dinero para mí es solo papel. Lo que importa es cómo te sientes con los vestidos.

Mi mandíbula cayó, porque una cosa es saber que Blake Norton tenía dinero, y otra muy distinta verlo gastar miles de dólares casualmente como si no fuera nada. Y no se trataba solo de los vestidos; se trataba del poder que ejercía con ello. Que ejercía sobre mí. Es embriagador y aterrador a la vez.

—Pruébatelos —insistió, y no me quedó más remedio que volver a deslizarme detrás de la cortina.

—Está bien —murmuré y resoplé lo suficientemente fuerte como para que Blake lo oyera detrás de la gruesa tela de la cortina—. Pero solo porque eres más terco que una vaca jersey.

—¿Me estás comparando con una vaca? —La voz de Blake adquirió un tono áspero.

—Con las vacas más tercas del mundo —le corregí—. Créeme. Cuando no quieren, no las mueves ni un centímetro. Pero aun así son geniales.

Oí la sonrisa de Blake. —Harper Johnson, eres la única chica en el mundo a la que se le iluminan los ojos por las vacas jersey en un Chiaro.

—¿Por qué se les iluminan los ojos a las otras mujeres que traes aquí? —pregunté, asomándome con curiosidad por la cortina.

—No traigo mujeres aquí —respondió. El tono de su voz era neutral. Me molestaba que Blake siempre tuviera una expresión tan impenetrable. ¿Cómo iba a poder juzgar a este hombre alguna vez?

—¿No? —Parpadeé sorprendida.

—No. —Me devolvió la mirada y me pregunté si sabía lo rápido que latía mi corazón en ese momento.

—Entonces no puedes saber si las otras mujeres que vienen aquí no se entusiasman también con las vacas jersey —repliqué, para ocultar mis verdaderos sentimientos. Con eso, le saqué a Blake una risa inesperada. Profunda y sonora.

—Realmente eres... —empezó, pero lo interrumpí.

—¿Loca? ¿Una auténtica paleta? —le sugerí. Para mí, estos términos no eran insultos, al contrario.

—Algo especial —respondió Blake y me sonrió un segundo más antes de que su expresión volviera a ser indescifrable.

Me di cuenta de que el juego había cambiado. Ahora jugaba según sus reglas, y una parte de mí —una parte temeraria y audaz— apenas podía esperar para ver qué ocurriría a continuación. Porque por más que Blake me desconcertara, afirmar que con él la vida sería aburrida habría sido una mentira descarada.

Me deslicé de vuelta detrás de la cortina y me puse el primer vestido.

La seda se adhirió a mi cuerpo como una segunda piel, fresca y lujosa. Apenas me reconocí en el reflejo —la chica del rancho Silver Lake, más acostumbrada a los vaqueros y el polvo que a la alta costura. El vestido era de un verde esmeralda profundo y resaltaba mi cabello rubio y mis ojos marrones de una manera que se sentía casi escandalosa.

—Guau —murmuré en voz baja, girándome de un lado a otro para capturar la luz, notando cómo la tela acentuaba cada curva sin parecer vulgar.

—En efecto —coincidió Blake, abriendo la cortina y colocándose detrás de mí. Su mirada me

recorrió con aprobación. En sus ojos había una calidez que no estaba allí antes, una aprobación que envió un escalofrío por mi espalda.

Su asentimiento fue sutil, pero estaba ahí, y me sorprendí anhelando más de esa mirada.

—Se siente como si estuviera usando una fortuna. Pero se siente bien, de una manera extraña — admití, deslizando mis manos por los costados del vestido.

—Harper, no solo estás usando un vestido, lo estás trayendo a la vida. Parece que hubiera sido hecho solo para ti. —La voz de Blake era suave, persuasiva, y no pude evitar creerle un poco. Blake se acercó más a mí y soltó mi media cola de caballo que había atado flojamente. Mientras liberaba mis rizos y los colocaba sobre mi hombro, contuve la respiración.

—Perfecto —susurró, retrocediendo un paso—. ¿No crees?

No estaba segura de qué encontraba perfecto, pero mi pulso latía tan fuerte en mis oídos que no podía pensar claramente.

—Deberíamos juzgar eso después de que me pruebe los otros vestidos —dije con voz ronca. Blake se retiró, dándome una privacidad que no quería pero que necesitaba desesperadamente para poder respirar de nuevo.

Para mi vergüenza, tuve que admitir que todos los vestidos eran perfectos. Cada uno más perfecto que el anterior. Un vestido de cóctel con lentejuelas que brillaban como pequeñas estrellas bajo la luz, una elegante pieza negra que me hizo sentir como una femme fatale, zapatos con tacones lo suficientemente altos como para pasar por armas —todo era como un cuento de hadas. Solo que esto no era fantasía, era realidad.

Tomé algunas fotos de algunos de los atuendos para Holly y se las envié. A esta hora seguramente estaría ocupada con el trabajo del establo, así que no esperé una respuesta. Después de probarme todos los vestidos, me volví a poner mi propia ropa, que de repente parecía simple y barata. Ahora se sentía extraña, áspera y torpe en comparación con la suavidad que acababa de quitarme. Seguí a Blake fuera del probador y me pregunté cómo había llegado aquí. Esta noche, este verano, siendo vestida por un hombre cuyo mundo era increíblemente diferente al mío.

La vendedora ya nos estaba esperando. Su sonrisa profesional no llegaba a sus ojos.

—¿Nos hemos decidido por algo? —preguntó, mirando significativamente a Blake. Me ignoró por completo. Y cuanto más miraba a Blake, más grande se hacía su sonrisa.

—Todo —declaró él sin vacilar, y mi corazón se detuvo en mi pecho.

—¿Todo? —repetí, pero mi protesta murió en mis labios cuando noté la expresión de la vendedora. Sorprendida, con un toque de envidia. No quería hacer una escena aquí, no frente a extraños que seguramente habrían cambiado de lugar conmigo en un instante.

—Cada pieza —confirmó Blake, y sentí una mezcla de euforia e incomodidad surgir dentro de

mí. Era demasiado, todo esto —era abrumador, al igual que la boutique misma. Pero me tragué mis objeciones porque no quería parecer desagradecida o difícil.

Caminamos de vuelta hacia la caja. Dudé frente a la pequeña sección de lencería cuando mis ojos se posaron en un conjunto. El set de encaje negro era hermoso. Para ser honesta, no lo había notado antes porque nunca había usado ese tipo de ropa interior. Hasta ahora, siempre había sido del tipo de bragas deportivas. Pero después del vestido de seda verde, del sueño de lentejuelas, me preguntaba si algo así también me quedaría bien. ¿Podría Harper Johnson verse elegante y sexy en ropa interior? Tal vez.

Con una determinación que incluso me sorprendió a mí misma, agarré el conjunto.

—¿Quieres probártelo? —La voz de Blake estaba más cerca de lo que esperaba, su presencia detrás de mí envió un escalofrío por mi espalda mientras alcanzaba un par de elegantes tacones negros con suelas rojas. Justo ahora me había parecido una buena idea, pero en ese momento Blake estaba ocupado con su teléfono. Ahora tenía toda su atención.

—Posiblemente —respondí, mi voz temblando de nervios. Internamente, maldije la forma en que mi cuerpo reaccionaba a él —como limaduras de hierro a un imán.

—Buena elección —respondió. Me pregunté si sabía el efecto que tenía sobre mí, cómo mi estómago hormigueaba con una mezcla de aprensión y emoción.

Con las mejillas ardiendo, me apresuré de vuelta al probador y cerré la cortina. Me tomó un segundo reunir el coraje para ponerme realmente la ropa interior. Por un momento, consideré simplemente esperar unos minutos, salir y decir que el conjunto no me quedaba bien.

Pero tenía la voz de Holly en el fondo de mi mente. No seas gallina, Harp.

Y de hecho, la ropa interior se sentía tan bien como los otros vestidos, tal vez incluso un poco mejor. El encaje negro me hacía sentir increíblemente sexy. Por un momento, admiré mi reflejo y sentí un destello de confianza que no sabía que era capaz de tener.

En realidad, había esperado que Blake espicara a través de la cortina. Después de todo, ya había visto todo lo que había que ver de mí. Sin embargo, se mantuvo como un caballero y se lo agradecí enormemente.

—¿Quieres... verlo? —pregunté, abriendo la cortina un poco.

Blake aceptó la invitación y entró. Sus ojos se encontraron con los míos, y el aire entre nosotros crepitaba de electricidad. Su mirada, oscura e intensa, recorrió mi cuerpo dejando un rastro de calor. Se quedó allí, completamente inmóvil, como si estuviera esculpido en piedra, pero en sus ojos había un hambre que desmentía su exterior controlado.

—Harper... —su voz era un gruñido profundo que vibraba a través de mí y aceleraba mi pulso. Observé fascinada cómo su nuez de Adán saltaba con un trago duro y su compostura habitual se tambaleaba.

—¿Es demasiado? ¿O... muy poco? —pregunté mientras me ponía los tacones, que daban un toque especial a mi postura y mi presencia.

—No. —La palabra fue breve, decidida—. Está lejos de ser suficiente.

Dios mío. Esperaba muchas cosas, pero no una respuesta tan honesta. Inmediatamente, una tensión que cosquilleaba en mi piel se instaló a nuestro alrededor.

Me giré lentamente para que Blake pudiera ver la parte trasera del conjunto de encaje negro. Sus ojos, normalmente impenetrables, se suavizaron por una fracción de segundo al trazar la línea dentada de mi cicatriz que cruzaba mi espalda. Una cicatriz que llevaba con orgullo, aunque estuviera asociada con muchos recuerdos dolorosos.

—Harper —comenzó, su voz abriéndose paso a través del aire denso entre nosotros.

Pero antes de que pudiera terminar de hablar, apareció la vendedora y destruyó el momento asomándose por la cortina. Parecía no importarle que yo estuviera prácticamente desnuda.

—¿Puedo ayudarles en algo más? —gorjeó, su mirada saltando entre Blake y yo.

—Nada —respondió Blake, su voz repentinamente helada, un agudo contraste con el calor en su mirada de momentos antes. Hizo un gesto con la cabeza y ella se retiró, visiblemente sorprendida por su brusquedad.

—Deberías volver a vestirme —murmuró Blake, dispuesto a irse.

—Espera. —Mi voz sonó más firme de lo que esperaba. Mi corazón martilleaba contra mis costillas, cada latido un eco de una pregunta para la que aún no había encontrado palabras, pero que había estado dando vueltas en mi cabeza todo el tiempo.

Blake se detuvo, sus cejas se alzaron en una pregunta silenciosa.

—Blake, yo... —mis pensamientos eran un desastre, como una manada de ganado asustada por una tormenta. ¿Qué quería exactamente? Explorar su mundo, entender al hombre detrás de los trajes perfectamente confeccionados y el semblante controlado. Ser vista como algo más que... lo que era.

—Suéltalo, Harper —dijo, no sin amabilidad. No estaba acostumbrada a que usara un tono tan relajado. Tal vez mis genes sureños estaban teniendo una mala influencia en él.

—Déjame ver tu cuarto de juegos —dije con tanta confianza que me sorprendí a mí misma.

La comisura de su boca se crispó, y por un momento me pregunté si había ido demasiado lejos.

El silencio entre nosotros se extendió, denso y cargado, mientras los ojos plateados de Blake se fijaban en los míos. Se quedó inmóvil, su mirada implacable, y por un breve momento lamenté

mi audacia.

—Blake —comencé de nuevo, mi voz tranquila a pesar de la tormenta en mi interior—, compraré esta ropa, cada pieza, pero solo si donas la misma cantidad. Y si me dejas entrar en tu cuarto de juegos.

—¿Por qué? —preguntó. Su ceja se alzó ligeramente, interesado. El aire a nuestro alrededor se sentía eléctrico, vibrando con la energía de nuestra confrontación.

—Quiero verlo —dije, mi determinación clara—. Quiero verte allí. —Estaba bastante segura de que el Blake detrás de esa puerta era completamente diferente al Blake de afuera en Nueva York.

La sombra de una sonrisa cruzó su rostro y desapareció tan rápido como había llegado. Lo que quedó fue una mirada que podría cortar vidrio. Mi corazón se hinchó de orgullo; había exigido algo para mí misma, y era embriagador.

—Harper —habló finalmente, su voz profunda y controlada—, negocias duro.

—Tuve un buen maestro, Blake. Tú, para ser exactos —respondí, cruzando los brazos e intentando reflejar su calma. Su mirada no vaciló, y sentí el calor subir a mis mejillas bajo la intensidad de su escrutinio.

—Bien —dijo después de un momento que pareció una eternidad—, pero hay una condición que añadido a tu demanda. —Pude escuchar el control en su tono, el desafío implícito.

—Dila. —Sabía con quién estaba negociando. Blake siempre mantenía el control, incluso en una situación como esta.

Se acercó, su presencia abrumadora, y luché contra el impulso de retroceder. —Usarás este conjunto y estos zapatos cuando veas mi cuarto de juegos.

—Trato hecho —respondí sin dudar, aunque mi mente corría. Esto era típico de Blake Norton, un hombre que jugaba según sus propias reglas y doblaba las realidades a su voluntad.

—Y Harper —continuó, su voz bajando una octava, casi un gruñido—, no pienses ni por un segundo que esto cambia alguna de las reglas en mi cuarto de juegos. No me acuesto con mujeres sin contrato allí. No me acostaré contigo. —Sus palabras fueron deliberadamente frías, pero no me molestó. Por supuesto, mi cuerpo se sentía traicionado, pero no quería entrar en el cuarto de juegos por la atracción física entre nosotros. Quería ver al Blake real y verdadero, aunque fuera solo por un momento. Y estaba segura de que lo encontraría allí.

—Entendido —dije, la palabra cortando la tensión.

—Bien —respondió, su mano apartando la cortina—. Vamos, antes de que cambie de opinión.

Asentí, luego casi me atraganté cuando comprendí el significado de sus palabras.

Blake quería llevarme al cuarto de juegos ahora. Ahora mismo.



¿No confías en mí o no confías en ti misma?



Capítulo 17 - Blake

APARTAMENTO DE BLAKE, NUEVA York, la misma noche.

—¿Es esto lo que esperabas? —pregunté, sin que mi voz revelara nada mientras guiaba a Harper al cuarto de juegos. Mi mirada recorrió su figura, una visión en encaje negro y tacones que acentuaban cada una de sus curvas.

—Digamos que es mucho para procesar —admitió Harper, con las mejillas encendidas y los ojos recorriendo la habitación. La inseguridad se adhería a ella como un aroma delicado, embriagador y dulce. Y maldita sea, la hacía aún más deseable. Desde el principio, supe que no debería haber accedido. Harper, aquí, era simplemente demasiado peligrosa.

Harper avanzó con pasos vacilantes sobre esos tacones prohibitivamente altos, mientras yo observaba con ojos de águila cada sutil movimiento de su cuerpo. Sus muslos temblaban ligeramente y, aunque Harper intentaba ocultarlo con otros movimientos, lo noté. Maldición, esta chica simplemente despertaba mis deseos más oscuros.

Mis pensamientos volvieron a la noche anterior, al recuerdo de sus manos sobre su piel desnuda. Había sido una tortura no tocarla. Había estado a punto de tomar lo que quería. Lo que deseaba. Pero yo era un hombre que vivía según las reglas, y sin contrato no había contacto. No había toma. Ese era el límite, aunque mis límites autoimpuestos se difuminaban con Harper.

Odiaba perder el control, detestaba la forma en que mi agarre sobre la disciplina se debilitaba cada vez que Harper estaba cerca. Pero una parte de mí quería ver hasta dónde podíamos llegar antes de que toda contención se hiciera añicos.

—¿Blake? —Su voz me sacó de mis pensamientos.

—Harper —dije, como si todos esos pensamientos no me hubieran estado ocupando justo ahora —. ¿Qué pasa?

—Ah, nada —murmuró, apartando la mirada de mí.

Al verla allí de pie, su piel sonrojada me atraía más cerca, sentí la familiar punzada de la tentación. Roía mi determinación y susurraba que tal vez, solo tal vez, con Harper el riesgo valdría la pena. Harper se mordió el labio inferior pensativamente y supe que algo le quemaba en la punta de la lengua. La miré fijamente hasta que tomó aire.

—¿Cómo... qué haces con las chicas aquí dentro, las que se extravían hasta aquí? —Sus mejillas se colorearon aún más, y incluso en mi estado de agitación contenida, no pude evitar admirar lo bien que le sentaba ese rubor.

—Exijo preguntas específicas de mis chicas —respondí. Cuando Harper me miró interrogante, entré en detalles—. Hazme una pregunta precisa, o no obtendrás respuesta. —La tensión entre nosotros era palpable. Necesitaba una maldita cantidad de autocontrol para no cruzar esa línea invisible entre nosotros que yo había trazado.

—Preguntas precisas —susurró, casi para sí misma, antes de que sus ojos marrones se clavaran de nuevo en los míos. Se acercó a la cama con dosel que ocupaba el centro de la habitación. De los gruesos postes de madera colgaban esposas de cuero.

Los dedos de Harper rozaron el cuero suave. —¿Qué les has hecho a las mujeres aquí?

Podía sentir mi pulso en la garganta. —Las ato —dije, con la mirada fija en ella—. Las toco. Las llevo al borde una y otra vez, pero nunca las dejo caer al abismo.

—Eso es cruel. —Sus labios se separaron, ya fuera por shock o curiosidad, no podía distinguirlo.

—Cruel, sí. Pero al final me adoran por ello, cuando finalmente les concedo su clímax después de que han suplicado lo suficiente. —Mientras hablaba, imágenes de Harper, atada y retorciéndose bajo mi toque, cruzaron por mi mente. Me imaginé cómo se vería, cómo suplicaría, cómo gritaría mi nombre y olvidaría todo lo demás. Joder. Tenía que deshacerme de ese pensamiento rápidamente.

—¿Yo...? —Su voz se apagó, dejando la pregunta colgando entre nosotros como un desafío.

—¿Tú qué, Harper? —insistí, acercándome más, el calor de su piel llamando al mío. Aunque llevaba tacones, seguía siendo más baja que yo. Tuvo que levantar la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Yo también te adoraría? —Sus ojos encontraron los míos, un desafío ardiente en sus profundidades. Noté lo rápido que respiraba, debió haberle costado un infierno de voluntad hacer esa pregunta.

—Tal vez —respondí. Pero la verdad quedó sin decir: no había contrato que la atara a mí, ningún

acuerdo que me permitiera explorar la profundidad de su sumisión, o mi deseo de dominar.

Y ahí residía la tortura. Harper Johnson, de pie frente a mí, la encarnación de la tentación, y todo lo que podía hacer era imaginar las posibilidades.

Harper se apartó de mí y continuó recorriendo la habitación.

—¿Y este sillón? —La voz de Harper cortó el denso aire de la sala de juegos.

La miré de reojo, notando cómo la luz acentuaba los contornos de su cuerpo a través del delicado encaje.

—Me siento aquí —respondí, mi voz tranquila a pesar del tumultuoso deseo que ella despertaba en mí—. Me siento aquí y observo a mis chicas arrodillarse frente a mí.

—¿Nada más? —Harper frunció el ceño.

—Nada más. —Asentí.

—¿Por qué se arrodillan tus chicas? —repitió mis palabras, con una curiosidad inocente en su tono—. ¿Por qué te gusta?

—Porque no hay nada más sumiso —respondí, exhalando lentamente—. Cuando se arrodillan, cuando me dan esa mirada... es entrega, Harper. Pura entrega sin diluir. —La idea de Harper de rodillas, mirándome con esos grandes ojos marrones, velados por el deseo, era embriagadora y casi me volvía loco.

Ella parpadeó, asimilando mis palabras, y luego continuó, su mirada vagando hacia los látigos que colgaban ordenadamente en la pared.

—¿Y estas cosas de aquí? ¿También tienen un propósito? —su pregunta quedó suspendida entre nosotros cuando no respondí.

—¿Eres realmente tan inocente, Harper? —pregunté, entornando ligeramente los ojos mientras estudiaba su reacción.

Sus mejillas se sonrojaron más profundamente, y tropezó con sus palabras: —Yo-yo no sé...

—Realmente eres tan inocente —constaté con sequedad, los bordes de mis labios temblando en un amago de sonrisa. Era tanto adorable como preocupante cómo podía ser tan ingenua y aun así tan descaradamente valiente para entrar en mi mundo.

—Quizás —admitió ella, mordiéndose el labio inferior, un gesto que no pasé por alto. La dejé retorcerse bajo mi mirada un momento más, disfrutando del poder que tenía para desconcertarla. En realidad, debería advertir a Harper lo mucho que me gustaba sacarla de quicio. Para que pudiera protegerse contra ello. Pero yo era egoísta.

—Volviendo a tu pregunta: Todo aquí tiene un propósito. Y todo aquí provoca sensaciones únicas —expliqué, observándola atentamente—. Pero sin importar qué, siempre se trata de control, Harper. Control y confianza.

—Confianza —repitió ella suavemente, casi para sí misma, como si intentara comprender la profundidad de lo que había detrás de esa única palabra.

—Exacto —confirmé, sintiendo el peso de nuestro contrato inexistente sobre mí. Maldita sea, estaba a punto de romper mis propias reglas.

—¿Por qué control? —preguntó Harper.

—El control es un arte, Harper —comencé, mi voz firme mientras agarraba uno de los látigos. Parecía inofensivo, pero yo conocía el dolor que podía infligir—. Cada uno de estos látigos tiene una forma única de cantar sobre la piel.

Harper inclinó la cabeza, sus ojos marrones abiertos de par en par con una mezcla de curiosidad y aprensión. —¿Cómo pueden ser todos diferentes? Parecen tan inofensivos.

—Las apariencias engañan —dije, con una sonrisa tirando de la comisura de mi boca. Elegí un látigo con una punta suave de cuero—. Extiende tu mano.

Con un suspiro vacilante, Harper extendió su delgado brazo hacia mí. La punta en su muñeca temblaba ligeramente, revelando su pulso nervioso. Golpeé suavemente con el látigo contra la palma de su mano, y ella parpadeó sorprendida. —Esto no duele en absoluto. ¿Y por qué es tan importante el control aquí?

—Paciencia —murmuré, cambiando la fusta por otra con una punta lisa y redondeada. Esta vez, cuando besó su piel, usé solo el más leve de los toques: un susurro de lo que realmente podía hacer.

—Ay —Harper se estremeció.

—¿Entiendes ahora? —pregunté—. No les permitiría a mis chicas retirar la mano.

Podía ver las preguntas bailando en su mirada, el asombro de cómo una acción tan pequeña podía provocar sensaciones tan diferentes. Me costó cada onza de autocontrol no demostrar toda la extensión de las capacidades de este látigo en su piel inmaculada. Mi agarre sobre la fusta se hizo más fuerte, el cuero fresco y familiar en mi mano.

—Aquí dentro se trata de control —repetí, la declaración tanto para mí como para ella. Necesitaba el recordatorio ahora más que nunca, antes de olvidarme de mí mismo.

Harper retrocedió, creando distancia entre nosotros. No porque me tuviera miedo. Al contrario. La forma en que había estado mirando mis labios hablaba por sí sola.

Se giró ligeramente, y mi mirada cayó sobre la cicatriz que cruzaba su espalda por lo demás

perfecta. Era una franja claramente visible en su piel clara. Me pregunté por su historia, pero la pregunta se quedó atascada en mi garganta. No pregunté porque no podía ofrecer mis propias verdades a cambio. Mis cicatrices estaban ocultas, enterradas en las profundidades de un corazón que hacía mucho tiempo había olvidado latir por alguien más que por sí mismo. La observé, el deseo de entender su pasado luchando contra la necesidad de mantener mis muros cuidadosamente contruidos.

—¿Alguna vez se vuelve más fácil? —preguntó de repente, su voz baja mientras trazaba con el dedo el borde de una cómoda negra.

—¿Qué se vuelve más fácil? —pregunté. Mis ojos nunca dejaron la línea de su columna vertebral.

—Confiar lo suficiente en alguien como para dejarle hacer lo que tú haces con tus chicas — señaló vagamente alrededor de la habitación, abarcando la variedad de aparatos y ataduras.

—La confianza hay que ganársela —respondí escuetamente, sintiendo el peso de su pregunta como un nudo alrededor de mi cuello—. Siempre es un riesgo.

El asunto de la confianza era la razón principal por la que había redactado contratos en primer lugar.

—¿Es esa la razón por la que estamos aquí, pero no hacemos lo que esta habitación está destinada a hacer? —La mirada de Harper me desafió mientras se volvía hacia mí, sus ojos buscando los míos—. La pregunta es: ¿Porque no confías en mí o porque no confías en ti mismo?

Ninguna sumisa me había hecho una pregunta así. Me atrevía a dudar que alguna sumisa hubiera siquiera pensado esa pregunta. Todas las chicas que habían estado en esta habitación estaban cortadas de una madera diferente a Harper. Por un poco de dinero, estaban dispuestas a dejar de hablar y de pensar. Cedían el control sin protestar, lo que me relajaba. Pero Harper era de una clase diferente. En su presencia, mi compostura era una fortaleza asediada, y no estaba seguro de cuánto tiempo más podría resistir mi defensa.

—No voy a obtener una respuesta a esa pregunta, ¿verdad? —insistió cuando seguí en silencio. Me apoyé contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados, observando cómo los dedos de Harper flotaban sobre el cajón superior de la cómoda.

—No —respondí. Era el mayor grado de honestidad que podía ofrecer.

—¿Puedo abrir el cajón? —Harper me miró inquisitivamente.

—Adelante —le indiqué.

Harper abrió el cajón con los vibradores y dildos de varios tamaños y lo cerró de inmediato. Luego abrió el segundo cajón y me miró asombrada por encima del hombro.

—¿Velas? —preguntó Harper—. No te había tomado por el tipo de hombre romántico. —Con curiosidad, Harper sacó un pañuelo de seda negro del cajón y lo examinó.

—No lo soy —respondí—. Pero no hay gritos más hermosos que los que se producen cuando la cera caliente de las velas cae sobre... lugares sensibles. Lo que no se ve venir con los ojos vendados.

—Oh. —Harper dejó caer el pañuelo de seda de vuelta en el cajón como si quemara. Cerró el cajón de nuevo, pero dudó ante el cajón inferior.

—¿Tienes miedo de abrirlo? —pregunté.

—¿Miedo? —repitió ella, su voz una mezcla de desafío y curiosidad—. ¿De qué? ¿De tu colección de juguetes?

—Tal vez. O quizás de lo que podrían hacerle a tu cabeza —respondí, con una sonrisa formándose en mis labios.

Con un suspiro, como si quisiera calmarse, Harper extendió la mano y abrió el cajón con una especie de desafío que me hizo sonreír.

Harper había descubierto mi bien organizada colección de pinzas para pezones y plugs anales.

Vacilante, extendió un dedo y acarició el frío metal de una pinza. —¿Qué es esto?

—Déjame mostrarte —murmuré, acercándome hasta sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Mi mano rozó la suya mientras le quitaba la pinza y la sujetaba en la piel de su muñeca.

—Imagínatela en tus capullos —susurré, con mis labios a solo un centímetro de su oído—, cómo se tensa alrededor de tu piel sensible, intensificando cada toque, cada beso, cada respiración.

Harper contuvo la respiración, un suave gemido escapó de su garganta y desafió cada chispa de decencia que me quedaba. Se apartó ligeramente, parpadeando rápidamente como si quisiera aclarar su mente, y entonces su mirada cayó sobre la selección de plugs anales.

—¿Y esos? —había un temblor en su voz que traicionaba la fachada de calma que intentaba mantener.

—Cada uno ofrece una sensación diferente. —Tomé el plug más pequeño, su superficie de silicona suave bajo mis dedos—. Se trata de sentir más. Puede ser incómodo si no sabes lo que haces. Pero cuando se hace correctamente, lleva a las sensaciones más dulces.

Su pecho subía y bajaba con respiraciones superficiales, y casi podía sentir su pulso acelerado bajo mi pulgar porque aún sujetaba su muñeca.

—Blake. —La forma en que dijo mi nombre me volvía loco.

—Harper. —Mi respuesta fue un gruñido, mi control se deshilachaba en los bordes. Cada fibra de mi cuerpo quería someter a Harper, arrancarle gritos, empujarla al abismo, romperla y reconstruirla. Necesitaba poseerla. Pero no podía, aún no. No sin la certeza de que entendiera exactamente lo que significaba arrodillarse ante mí. Sería su perdición.

—¿Tienes más preguntas, Harper? —pregunté con voz ronca. La tensión entre nosotros era palpable, un ser vivo que parecía alimentarse y crecer con nuestras respiraciones compartidas.

Negó con la cabeza, un rápido movimiento a la izquierda, luego a la derecha, como si intentara desalojar las palabras atrapadas en su garganta. Pero entonces, con un ligero levantamiento de su barbilla, asintió una vez, un temblor en el movimiento revelaba su tumulto interior.

—¿Qué más tienes en la punta de la lengua? —insistí, observando la lucha que se desarrollaba en su rostro. Mordisqueaba su labio inferior y sus dedos se entrelazaban, como si pudiera estrangular la pregunta antes de que escapara de sus labios.

La visión de su confusión tan vulnerable fue suficiente para hacer que mis manos se crisparan de deseo, queriendo agarrarla, presionarla contra mí hasta que toda su vacilación se evaporara bajo el calor de mi toque.

—¿Por qué no me quieres aquí? —La pregunta brotó de ella, valiente a pesar de su pronunciación temblorosa.

Me quedé inmóvil, cada músculo tenso. No teníamos un contrato. Ese era el límite que no podía cruzar, no sin límites claramente definidos.

—No tenemos un contrato, Harper —respondí fríamente.

Tragó saliva con dificultad. —¿Por qué no me has ofrecido uno? —Su pregunta fue un golpe directo al estómago, que dejó sin aliento a mi mundo estrictamente regulado.

Dudé, sin saber si Harper estaba lista para la verdad. Pero una mirada a sus ojos fue respuesta suficiente. —No sé si podría dejarte ir de nuevo una vez que te arrodillaras ante mí. —La confesión raspó mi control.

Su respuesta llegó inmediatamente, casi desafiante. —Tal vez eso no sería tan malo —dijo, un susurro frágil, impregnado del tipo de honestidad ingenua que carcomía mi determinación—. Porque si soy honesta conmigo misma, tengo miedo de no querer salir de esta habitación una vez que esté de rodillas ante ti.

—Maldita sea. —Fue todo lo que pude articular. Salvé la última distancia entre nosotros, mis manos encontraron sus hombros con infalible precisión. La presioné contra la pared, su suavidad cediendo a la línea dura de mi cuerpo, y la besé. Fue un beso abrasador, posesivo, que robaba el aliento, exigiendo todo lo que Harper pudiera darme. Y ella me lo dio todo.

Buena chica.



Ahora eres mi chica.



Capítulo 18 - Harper

APARTAMENTO DE BLAKE, SALA de juegos, Nueva York, en ese mismo momento.

La intensidad con la que me sorprendió el beso no fue nada comparada con la fuerza del cuerpo de Blake presionándose contra el mío. Sentí las líneas duras de su cuerpo musculoso, una prueba de su dominio que no dejaba lugar a dudas. Los besos con los que me colmaba eran todo menos suaves: una reclamación exigente y posesiva que encendía cada terminación nerviosa.

—Blake —jadeé entre sus besos. Casi me quemaba en el calor de su abrazo. Al mismo tiempo, quería más.

Sus labios descendieron por mi cuello, marcando su camino con una serie de mordiscos que hicieron que mis rodillas se debilitaran. Me aferré a su hombro, mis manos luchando con la tela de su camisa a medida y aspiré su aroma masculino.

—Harper —susurró contra mi piel, su voz áspera como grava. Dios, me encantaba cómo pronunciaba mi nombre. Blake se apartó lo justo para mirarme a los ojos—. ¿Sabes siquiera en qué te estás metiendo?

Tragué saliva con dificultad, la realidad de su pregunta se sentía como agua fría salpicándome la cara. Para ser honesta, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo aquí. No sabía qué se ocultaba detrás de los muros que Blake había construido cuidadosamente a su alrededor o por qué solo dejaba caer esos muros en su sala de juegos. Pero estaba decidida a averiguarlo. Simplemente tenía que mirar detrás de la fachada del hombre que podía desconcertarme tanto.

Finalmente, encontré mi voz de nuevo.

—Sí —dije con un firme asentimiento—. Sé en lo que me estoy metiendo.

Blake me examinó, comprobando la sinceridad de mis palabras, y en esa larga mirada encontré un desafío que acepté. El aire crepitaba de tensión, y me preparé para lo que fuera que viniera después. Al menos su expresión anunciaba que no se quedaría solo en besos.

—¿Qué voy a hacer contigo ahora, Harper? —preguntó, y sus palabras enviaron un temblor a través de mi cuerpo.

Mi corazón latía con fuerza porque sabía exactamente lo que quería.

—Hazme lo que les has hecho a las otras chicas antes que yo aquí —dije en voz baja.

Los ojos de Blake se estrecharon y un escalofrío recorrió mis brazos. Con un lento asentimiento, se dirigió al sillón de cuero y tomó asiento como un rey que contempla su reino.

—De rodillas, Harper —murmuró. Su voz profunda e inflexible.

Obedecí sin vacilar y me arrodillé. El suelo estaba cubierto con una alfombra rojo oscuro. Las fibras eran suaves contra mi piel, pero eso no ayudó a aliviar la tensión que se acumulaba en mí.

—Manos detrás de la espalda —indicó además, observándome atentamente mientras juntaba mis muñecas. Mi pulso retumbaba en mis oídos.

—Mantén la espalda recta —añadió Blake, con un tono en su voz que no admitía discusión.

La posición era humillante, diseñada para exhibir mi sumisión, y sentí cómo se extendía un rubor por mis mejillas. Aparté la mirada y fijé la vista en el suelo, en un intento de recuperar cierta dignidad.

Pero Blake no permitió que evadiera su mirada. Se inclinó hacia adelante, sus dedos levantaron mi barbilla para obligarme a encontrarme con sus ojos.

—Mírame, Harper. —Sus palabras enviaron algo oscuro y tentador a través de mi cuerpo.

—Buena chica —murmuró, su pulgar rozando ligeramente mi mandíbula, un fuerte contraste con el agarre autoritario de su mano. Sus simples palabras encendieron un calor profundo en mí que no tenía nada que ver con la vergüenza.

La presión de los dedos de Blake disminuyó, dejando un hormigueo cálido en mi barbilla. La dominación latente en su mirada me despojó de cualquier ilusión de control que creía tener, haciéndome vulnerable, expuesta y sorprendentemente eufórica. Sabía sin duda alguna que estaba exactamente donde quería estar, porque se sentía correcto.

—¿Es esto lo que quieres, Harper? —Su voz era profunda, su tono dominante. Blake no ocultaba que le gustaba lo que veía.

—Sí —susurré. Esta admisión desencadenó algo en mí: un deseo de ceder, de dejarme llevar. Quería entregarme completamente a lo que me esperaba en la sala de juegos.

Al mismo tiempo, la inquietud se deslizó en mis extremidades mientras permanecía arrodillada ante él. No tenía idea de cuánto tiempo llevaba de rodillas frente a Blake. ¿Minutos, horas?

—¿Te resulta difícil estar así de rodillas? —la voz de Blake interrumpió mis pensamientos. Parecía haber notado mi inquietud. Incluso creí escuchar un toque de preocupación en su voz. Y era esa preocupación lo que me molestaba. Blake parecía creer que yo estaba fuera de lugar aquí, precisamente por eso tenía que demostrarle lo contrario.

Levanté la barbilla desafiante, una chispa de mi terquedad innata se encendió.

—Es lo más fácil del mundo —repliqué, mi tono más valiente de lo que me sentía—. Podría quedarme así durante horas. —Mis palabras sonaban seguras. Más seguras de lo que me sentía. Y en secreto esperaba que Blake ignorara mis palabras, porque definitivamente no podría aguantar horas en esta posición. No porque no pudiera soportar estar de rodillas. No, era la falta de los toques de Blake, el calor entre nuestros cuerpos. Necesitaba sexo. Esta admisión se sentía extraña en mi cabeza, pero no incorrecta. Y en ese momento me di cuenta de cuánto poder tenía sobre mí, no solo físicamente, sino también emocionalmente. Me asustaba y me excitaba por igual.

La comisura de los labios de Blake se torció, la diversión cruzó brevemente sus rasgos serios. Veía a través de mi mentira hasta la verdad: que anhelaba su toque, su orden.

Se inclinó de nuevo hacia adelante, pero no para una mirada de reproche, sino para un beso que me hizo olvidar incluso mi propio nombre.

En el momento en que los labios de Blake se separaron de los míos, me sentí mareada. La espalda de Blake se enderezó, una sonrisa conocedora jugaba en sus labios cuando ordenó:

—No te des la vuelta, Harper.

Fijé mi mirada al frente mientras Blake desaparecía de mi vista. El silencio era ensordecedor; sus pasos eran absorbidos por la alfombra. Mi cuerpo dolía de deseo, cada latido parecía duplicar el hormigueo en mis extremidades. Sensaciones cuya existencia desconocía me recorrían, y Blake aún no me había tocado. Ni una sola vez. Si sus miradas podían provocar esto y sus besos casi me volvían loca, ¿qué podrían hacerme sus manos? Y su...

Entonces Blake se acercó de nuevo a mí.

—Quédate quieta —susurró tan cerca de mi oído que su aliento me causó escalofríos.

Luego algo suave y firme me tocó. Instintivamente giré la cabeza para ver qué me estaba tocando, cuando recibí una palmada de reproche con la fusta que había aparecido en el rabillo de mi ojo.

—¿Qué he dicho? —preguntó en tono de reproche.

—Que me quede quieta —respondí apresuradamente. Otra palmada golpeó mi brazo—. ¿Señor? —No estaba completamente segura de si era correcto, pero creía saber que Blake quería demostrar su diferencia de poder en cada oportunidad. No solo física o emocionalmente, sino también con cada frase que yo pronunciara.

—¿Eso fue una pregunta? —quiso saber Blake, y yo negué con la cabeza.

—No, señor. —Esta vez me esforcé por usar un tono más firme.

—Buena chica.

La fusta me rozó de nuevo, cuidadosa y casi tímidamente. Cada toque suave era increíblemente excitante y me llevaba al borde de la cordura.

—Extiende los brazos a los lados. —Mis músculos obedecieron antes de que mi cerebro registrara la orden, y sentí el suave pellizco cuando trabajó mis brazos con la fusta. Primero suavemente, luego cada vez más fuerte. Cada golpe individual elevaba aún más mi pulso. Hasta hace un momento había creído que eso no era posible. Una vez más, Blake me había demostrado lo contrario.

—¿Es agotador? —preguntó con una voz que no sonaba como la suya, porque había tanta diversión en ella.

—Apenas —solté antes de poder contenerme. Un gruñido escapó de la garganta de Blake y lo reconocí demasiado tarde: él había querido esta respuesta, esta admisión de mi resistencia, de mi desafío.

Blake se alejó de mí una vez más. Esta vez lo seguí con la mirada. En el momento en que Blake se apartó del cajón abierto, algo en su sonrisa se volvió más afilado. Mi respiración se detuvo cuando se acercó a mí con un par de pinzas para pezones, cada una decorada con pequeñas bolas negras que colgaban de las pinzas de metal.

—Baja los brazos un momento —ordenó, y obedecí sin aliento. El ardor en mis músculos se intensificó cuanto más tiempo se les permitió relajarse, lo cual era paradójico, porque el esfuerzo no me había parecido tan doloroso.

Con una facilidad practicada, Blake abrió mi sujetador, la prenda de encaje negro cayó y expuso mi piel desnuda. Luego vinieron las pinzas, frías e implacables. El pellizco era agudo, tan agudo que me arrancó un jadeo.

—Vuelve a levantar los brazos —susurró Blake. Aunque había una inusual suavidad en su voz, aún resonaba con autoridad.

Obedecí, aunque el movimiento tiraba de las pinzas y enviaba una ola de sensaciones a través de mi cuerpo que eran tanto humillantes como embriagadoras. No pude evitar contraer mis

músculos internos, una súplica silenciosa por más. Dios, el calor entre mis piernas se estaba volviendo insoportable.

Blake me rodeó y me sentí cazada, presa bajo la mirada escrutadora de un depredador. Un gruñido profundo resonó desde su garganta y vibró a través del aire tenso.

—Quédate quieta ahora —me recordó, sus palabras una caricia aterciopelada que ocultaba la dureza de su intención—. De lo contrario, te castigaré.

—Eso suena casi como si fuera exactamente lo que quieres —respondí en voz baja.

—Maldita sea, sí. Y cómo lo quiero —gruñó. Sus palabras me quitaron todo el aire de los pulmones y contuve la respiración.

Levantó la fusta otra vez y me tensé, anticipando el cuero sobre la piel. Los primeros golpes no fueron particularmente fuertes, más bien un pellizco, pero inmediatamente entendí lo que había cambiado. Mi cuerpo se tensaba con cada golpe, provocando al mismo tiempo un tirón en las pinzas, lo que hacía que mis pezones fueran cada vez más sensibles. Incluso respirar se convirtió en un desafío.

Luché por quedarme quieta, por no ceder a la tentación de retorcerme bajo sus caricias.

—¿Te duele? —preguntó con voz suave, casi cariñosa, pero sus ojos brillaban con una satisfacción diabólica.

—Solo de la mejor manera posible —logré decir, mi voz revelaba el tumulto dentro de mí. La tensión sexual que se estaba acumulando entre nosotros, ¿Blake también la notaría, verdad? ¿Cómo podía caminar tan tranquilamente a mi alrededor?

—Bien. —Su aprobación fue breve, la fusta trazó un camino por mi brazo y desencadenó un escalofrío que corrió incontrolablemente por mis nervios.

Cada vez que la fusta aterrizaba, me resultaba más difícil quedarme quieta. Pero me mantuve firme, aunque fuera difícil. Y quería demostrarle a Blake que estaba hecha para esta habitación. Que yo... era su buena chica.

—Blake... —suspiré suplicante. Me sentía mareada por todos los deseos no expresados que se acumulaban en lo profundo de mi vientre.

—Paciencia, Harper —me regañó, aunque su propia respiración ahora era más rápida—. Apenas estamos empezando.

¿Eso solo era el comienzo? ¡Dios mío, yo ya estaba casi al límite!

El pellizco de la fusta me distrajo de mis propios pensamientos y me concentré en quedarme quieta. Pero podía sentir el implacable latido en mi interior, que se hacía más fuerte cada segundo y anhelaba a Blake.

—Dime en qué estás pensando, Harper —exigió, su voz ronca de deseo.

Lo miré a los ojos, mi respiración entrecortada. —Te deseo, Blake. No puedo esperar más. Por favor...

Su mirada me atravesó, casi como si buscara una verdad aún más profunda.

—¿Crees que estás lista para lo que viene después? —Había un desafío en sus palabras.

—Sí —dije, más un gemido que una palabra, mi naturaleza impulsiva tomando las riendas como tantas veces—. ¡Sí, por favor!

—Buena chica —murmuró, una sonrisa depredadora tirando de las comisuras de su boca. De repente, sus dedos estaban sobre mi piel, y con un movimiento rápido y preciso, soltó la pinza del pezón izquierdo. Un grito agudo escapó de mis labios, el reflujo de sangre al sensible capullo era abrumador. Si no hubiera estado de rodillas, mis piernas habrían cedido.

Sus dedos rozaron también mi sensible pezón derecho, pero no soltó la pinza. ¿Por qué no? ¿Disfrutaba tanto escucharme suplicar?

—Quítatela tú misma —murmuró y me quedé paralizada. Seguramente no podía hablar en serio.

—¿Quieres que lo haga yo misma? —pregunté parpadeando.

—No te follaré hasta que lo hagas —respondió Blake secamente. Su tono no dejaba lugar a negociaciones, al igual que su mirada.

Vacilante, pasé los dedos por mi pecho derecho hasta rozar el metal y contuve la respiración bruscamente. Deseaba tanto que Blake me tomara que incluso estaba dispuesta a quitarme la pinza yo misma.

Respira profundo, Harp. Puedes hacerlo.

Cerré los ojos con fuerza y solté la pinza. Y a través de la niebla de dolor y lujuria, escuché la voz de Blake de nuevo.

—¿Cómo lo quieres, Harper? Dímelo. —Su orden fue firme, sin dejar duda de que usaría mis palabras en mi contra.

—Duro y rápido —jadeé, el primer pensamiento que me vino a la mente. La cruda honestidad de mis palabras me sorprendió incluso a mí misma.

—Duro y rápido entonces —repitió aprobando. Sus ojos plateados atraparon los míos y no me soltaron.

El entumecimiento en mis piernas pasó a segundo plano ante la intensidad de la mirada de Blake cuando me ofreció su mano. Puse la mía en la suya y permití que me levantara de un tirón. Mis

extremidades hormigueantes protestaron brevemente, sobre todo porque no estaba acostumbrada a caminar con zapatos tan altos. Pero Blake me distrajo del dolor en mis piernas al acercarme a él y besarme de nuevo.

—Te ves malditamente perfecta cuando te sometes a mí —gruñó contra mi boca. No eran solo sus palabras; era el reconocimiento en su tono lo que hizo que un escalofrío de orgullo recorriera mi columna.

Sin romper nuestra conexión, me guió al borde de la cama, me dio la vuelta y presionó suavemente mi espalda contra el colchón. Sus manos hábiles y seguras mientras ataba mis muñecas a las correas de cuero que colgaban de cada poste. Una oleada de frustración me invadió: mis manos ansiaban tocar a Blake, acercarlo a mí y no soltarlo nunca más.

—Blake —susurré, mi voz impregnada de impaciencia.

—Paciencia, Harper —me regañó suavemente y retrocedió para quitarse la chaqueta. Sus movimientos eran deliberados mientras desabotonaba lentamente su camisa, revelando el pecho firme y esculpido debajo. Mi corazón latía contra mis costillas, mi respiración se entrecortó.

Observé fascinado cómo se acercaba de nuevo a la cama. Sus dedos trazaron un camino descendente por mi cuerpo, electrizando cada nervio que tocaban, hasta que se engancharon en la delicada tela de mis bragas. Con un tirón tan suave que enloquecía, las deslizó por mis piernas, dejándome desnuda y vulnerable bajo su intenso escrutinio.

—Abre las piernas para mí, Harper —ordenó, su voz una oscura melodía que evocaba mis deseos más profundos. Obedientemente, separé mis muslos, exponiéndome completamente ante él. El sonido que escapó de su garganta fue de pura satisfacción masculina.

—Dios, estás tan húmeda para mí —murmuró Blake, su aliento caliente rozando mi piel mientras se posicionaba entre mis piernas. Sus besos comenzaron en mis tobillos, lentos y tortuosos, y cuando alcanzó la cúspide de mis muslos, me consumía el anhelo de alivio.

En el momento en que la lengua de Blake rozó la sensible perla, no pude contener un gemido. La sensación era eléctrica y enviaba ondas de choque por todo mi cuerpo. Cada músculo se tensó, cada nervio cobró vida bajo sus expertas caricias. Me resistí contra las ataduras que rodeaban mis muñecas, pero no tenía oportunidad de liberarme.

—Oh Dios, Blake —susurré. Su lengua bailaba sobre mi piel, acariciándome de una manera que casi era demasiado para soportar.

Respondió sin palabras, la intensidad de su lengua era respuesta suficiente. La parte plana de su lengua presionaba firmemente, luego se retiraba y presionaba aún más fuerte. Me retorció bajo él, pero Blake agarró mis caderas y me inmovilizó como si fuera ligera como una pluma.

—Por favor —supliqué, la palabra se me escapó en medio de gemidos sin aliento—. ¡Blake, necesito más!

—Shh —me silenció, su voz áspera de deseo—. Relájate, Harper. Querías rápido y duro.

Quería protestar, porque este no era el tipo de rápido y duro que había querido decir. Quería sentir a Blake dentro de mí. De verdad. Aunque finalmente me había dejado entrar en su cuarto de juegos, todavía se resistía a entregarse completamente a mí. ¿Por qué?

Su lengua me obligó a abandonar ese pensamiento. Blake encendió un infierno en mí que ya no podía contener. La tensión en mi interior se apretaba cada vez más cuando además introdujo un dedo en mí y encontró el punto que siempre me volvía loca.

—Blake, no puedo más. —Mi voz se quebró, la desesperación tiñó mi tono. La habitación parecía girar, mis sentidos se estrecharon al punto donde su boca me reclamaba implacablemente, llevándome hacia el olvido.

—Déjate ir, Harper. Córrete para mí —ordenó, su lengua circulaba con determinación, presionando justo en el punto correcto, y de repente me quebré.

Fue como si cada átomo de mi cuerpo explotara. Mi espalda se arqueó, un grito silencioso en mis labios, mientras olas de placer me envolvían, implacables e intensas.

Mis miembros temblaban, una secuela de lo que la boca de Blake había desatado en mí. Yacía allí, exhausta y felizmente destruida, lo que no parecía tener sentido pero aun así se sentía correcto. Además, me invadía la sensación de que nunca volvería a ser la misma. No después de Blake, no después de todo lo que me había mostrado. Y ciertamente no después de lo que aún me mostraría.

—Di lo que tienes en la punta de la lengua —dijo Blake, al notar mi rostro pensativo, y se acostó de lado junto a mí para recuperar el aliento.

—Quiero esto... contigo. Más a menudo. Quiero que tú...

—¿Quieres que te folle? —completó Blake mi frase.

—Sí —balbuceé, mi confianza vacilando bajo su intensa mirada. Se reclinó un poco.

—Harper —dijo, su voz profunda y autoritaria—, primero, mis chicas nunca me hacen demandas. —Sus palabras fueron como un golpe, más duras que los azotes con la fusta y tan frías como el viento de Alaska en invierno.

—Segundo —continuó y se acercó de nuevo, su aliento caliente en mi oído—, solo follo a las chicas buenas.

Al principio quise protestar, pero estaba casi segura de que Blake me estaba tendiendo otra trampa retórica que se cerraría de golpe tan pronto como abriera la boca. Así que respiré profundamente y pensé antes de permitirme hablar.

—¿Cómo puedo ser tu chica buena? —pregunté. Reprimí una sonrisa orgullosa porque pensé que

había engañado a Blake. Pero entonces vino su respuesta y la sonrisa se borró de mi rostro.

—Empecemos con que mi chica no usa ropa interior. Ni dentro ni fuera. Nunca. Quiero poder follar a mi chica en cualquier momento.

Un rubor subió por mi cuello, alimentado tanto por la vergüenza como por la excitación. La idea de caminar por Nueva York sin ropa interior era aterradora. Aterradoramente emocionante. Tragué saliva con dificultad e intenté recuperar mi voz.

—Entendido, señor —respondí avergonzada—. ¿Hay más reglas?

—No. —Blake me miró seriamente—. Pero deberías saber que lo que sucede entre nosotros solo ocurre dentro del cuarto de juegos. Y que no hay sentimientos entre nosotros, eso se sobreentiende.

—Correcto —asentí. Esta regla ya había estado presente en nuestro contrato matrimonial. Nada de sentimientos. Después de pensarlo un momento, asentí de nuevo y me armé de confianza para que Blake se creyera la siguiente mentira—. Nada más fácil que eso.

—Bien —Blake parecía satisfecho—. Entonces a partir de ahora eres mi chica.



Cada familia tiene sus tormentas.



Capítulo 19 - Blake

LA DIVINE SAVEUR, UPPER West Side, Nueva York, unos días después.

—Vaya, mira este lugar —la voz asombrada de Harper se coló entre el murmullo apagado mientras entrábamos en el *La Divine Saveur*. El maître no consultó la lista de invitados, simplemente me hizo un breve gesto con la cabeza antes de guiarnos desde la recepción hasta el interior del restaurante.

—Bastante elegante —murmuró Harper, tratando de no llamar la atención con su entusiasmo.

—¿*Bastante* elegante? —pregunté, arqueando una ceja. Admito que las lámparas de cristal, los manteles blancos de lino y una selección de vinos que valía más que un coche deportivo no eran nada nuevo para mí. Pero esa noche, con Harper a mi lado, se sentía extraño, diferente.

—Vale, es realmente elegante. No, elegante ni siquiera se acerca, Blake. Este restaurante es muy, *muy* elegante —Harper seguía esforzándose por mantener la voz baja.

—Me gustan tus comparativos —respondí sin emoción.

Harper me sonrió nerviosamente, mientras su mano revoloteaba hacia su cuello. Las lentejuelas de su vestido captaban la luz de las arañas, pero eran sus ojos los que realmente brillaban, atrayendo la atención de los demás comensales.

Nunca había traído a una mujer aquí, ni a ningún otro restaurante. Mucho menos a una mujer que me importara. Siempre eran Alexander o mi hermano gemelo Bruce quienes me acompañaban, cuando no tenía la suerte de comer solo.

¿Por qué había invitado a Harper? Lo atribuí a que la rutina de la oficina había confundido mi cerebro ese día. Se avecinaba una fusión y eso implicaba mucho trabajo y aún más horas extras.

Mientras nos guiaban a nuestra mesa junto a la ventana, la incomodidad de Harper se hizo palpable. Este no era su mundo, y pude sentir cómo intentaba esconderse detrás del menú encuadernado en cuero, intimidada por la cocina francesa y los ceros que se alineaban en cada precio. Levantó la mirada hacia mí. —Disculpa, estoy más acostumbrada al *Charlotte's Diner*, no a restaurantes franceses cuyos nombres no puedo pronunciar —Harper me sonrió a modo de disculpa.

—No hay nada de malo en el *Charlotte's Diner* —respondí con calma, con la mirada fija en Harper—. Pero esta noche estás en Nueva York, Harper. Dale a la ciudad la oportunidad de impresionarte.

—Ese es el problema —murmuró Harper, inclinándose ligeramente hacia adelante para poder bajar aún más la voz—. Es *demasiado* impresionante.

—Solo relájate —Eché un vistazo rápido al menú.

—Fácil decirlo, Blake. Probablemente desayunas en lugares así cada mañana —Harper me sonrió con picardía, pero su intento de ocultar su incomodidad con humor fracasó.

—Solo cuando me pierdo mi sándwich de pastrami matutino —respondí, esbozando una breve sonrisa. Luego me recosté relajado en mi silla. Me sabía el menú de memoria: el foie gras, la esencia de trufa, pero sobre todo la carta de vinos, que se leía como un homenaje al mismo Baco.

—Harper, ¿qué te apetece? —pregunté, tratando de aliviar su evidente incomodidad. El menú era conciso pero exquisito. Sin embargo, Harper parecía estar en medio de un campo de minas, buscando una bandera blanca que agitar.

—Blake, yo... ni siquiera entiendo la mitad de estas palabras —Su confesión apenas fue audible, mientras sus dedos acariciaban los bordes dorados del menú. Harper abrió la boca para decir algo, luego la cerró. Estaba casi seguro de que se trataba de los precios. A estas alturas, me conocía lo suficiente como para saber que los precios me importaban un comino.

—No te preocupes por eso —dije con un gesto desdeñoso, muy consciente del peso de mi tarjeta de platino.

—Está bien, entonces, ¿qué me recomendarías? —Su sonrisa era tímida, pero en sus ojos marrones brillaba una curiosidad que encontré irresistible.

—Te recomiendo que te dejes llevar por la noche —respondí. Luego hice una seña a un camarero, que inmediatamente tomó nota del pedido mientras yo seguía con la mirada fija en Harper.

—Empecemos con los *Oeufs de Poisson d'Esturgeon*, un entrante de caviar negro. Luego, como plato principal, tomaremos el *Filet de Boeuf Rossini* y para terminar una *Crème Brûlée à la*

Truffe Noire —Casi pude oír cómo tragaba saliva ante tal extravagancia, pero antes de que pudiera protestar, añadí—: Y una botella de *Château Margaux*. Cosecha del 2000. Créeme, es un vino notable.

—Suenas... refinado —respondió, obviamente sin saber lo que acababa de decir, pero dispuesta a seguirme el juego en este mundo.

—Dime, Harper —me incliné hacia adelante y apoyé los codos sobre la fría superficie de la mesa—, ¿cómo sería una cena perfecta para ti?

Su rostro se transformó, la tensión se derritió mientras se sumergía en la conversación. —En el *Charlotte's Diner*, en casa en Maplewood, pediría el filete Ribeye, en su punto, con una ración de sus aros de cebolla rebozados en cerveza. ¿Y de postre? Su tarta de manzana, que es legendaria. Caliente, con una bola de helado de vainilla. No hay nada mejor en el mundo, Blake —Harper sonrió, luego tomó aire profundamente—. ¡Y tiene que haber un partido de los *Ice Intruders* en la tele!

Fruncí el ceño. —¿Hockey sobre hielo? —Harper hacía yoga regularmente en nuestro apartamento y, por lo demás, me parecía una persona más bien tranquila. Me costaba imaginármela en un deporte tan brutal y ruidoso.

—Pareces sorprendido —respondió Harper, y yo asentí, esperando la historia detrás—. Es una tonta tradición de Acción de Gracias que de alguna manera se ha descontrolado.

—Suenas interesante —respondí con sinceridad. En mi familia no había tradiciones. En el mejor de los casos, no nos tirábamos a la yugular en los eventos obligatorios.

—En realidad es bastante tonto. Hace una eternidad tuvimos una tormenta de nieve terrible en Acción de Gracias. Y el único canal que seguía funcionando era el de deportes.

Mientras escuchaba a Harper describir estos simples recuerdos, emanaba de ella un calor que parecía irradiar desde dentro. Podía vestirla con los carísimos vestidos de *Chiaros* o ponerle los diamantes más caros, pero Harper Johnson estaba más hermosa cuando hablaba de su familia.

—Suenas perfecto —dije, y lo decía en serio. Porque justo ahora, mientras la veía brillar por algo tan simple como un pastel de manzana, me di cuenta de que Harper traía algo mucho más valioso a la mesa: autenticidad. Una rareza en mi mundo pulido y escenificado. Ninguna de mis sumisas había podido ofrecerme lo que Harper parecía tener en abundancia.

El camarero colocó un plato de *foie gras* frente a nosotros, una cortesía de la cocina. Harper levantó su tenedor con una contención que contrastaba con su habitual carácter impulsivo. No pude contener la sonrisa que tiraba de mis labios.

—¿Sabes? El rancho Silver Lake —comenzó, tomando un pequeño bocado—. Es un mundo completamente diferente a esto. —Su gesto abarcó todo el restaurante, sus ojos abiertos de asombro y con un toque de añoranza—. Amplios campos, los animales, el olor del heno por la

mañana.

Observé cómo tomaba otro bocado, su rostro se suavizaba con cada masticada. —¿Y qué hay de Nueva York?

—¿Nueva York? Esta ciudad es increíble, Blake. La ciudad vive de una manera completamente diferente, todo es tan enorme —excepto los coches— y tan lleno de vida. Puedes conseguir un cheesecake de Nueva York a cualquier hora del día o de la noche. ¡Y me refiero a cualquier hora, literalmente!

Asentí. —No es lo primero con lo que identificaría Nueva York, pero sí. Esa es la Gran Manzana. Es prácticamente imposible que eches de menos algo aquí.

—Mi familia —respondió Harper rápidamente. Luego su voz se quebró brevemente y creí haber escuchado nostalgia en su tono.

—¿Estás muy unida a ellos? —me oí preguntar, sinceramente curioso acerca de la mujer que se había convertido en una inexplicable parte fija de mi vida. Mi *prometida*. Miré el anillo que llevaba en el dedo anular.

—Mucho —respondió Harper—. Hablo por teléfono con mi hermana todas las noches, a la misma hora, sin excepción.

—Vuestras conversaciones sobre Tyler Jenkins o los *Ice Intruders* son difíciles de no escuchar —contesté secamente.

Inmediatamente, el calor subió a las mejillas de Harper. Seguramente había creído que no prestaba atención cuando se sentaba en la sala de estar, dejando vagar su mirada por el horizonte y con un chocolate caliente frente al portátil. Avergonzada, Harper removió su *foie gras*.

—La familia es importante —dije, para romper el silencio entre nosotros. El recuerdo de mi propia familia, un punto doloroso que nunca revelaba. Sin embargo, amenazaba con salir a la superficie.

—¿Estás unido a la tuya? —La pregunta de Harper era inocente, pero se sentía como si estuviera intentando abrir con una palanca la tapa de una caja que había clavado hace mucho tiempo.

Dudé, mis pensamientos volvieron rápidamente al breve encuentro con mi padre. Sin él, Harper y yo no estaríamos comprometidos. ¡*Falso compromiso, Norton!*

—Antes estaba muy unido a mi familia —admití, mi voz tan controlada como el resto de mí—. Ahora ya no.

—Blake. No tienes que hablar de ello si no quieres. Pero si lo deseas, te escucharé. —La voz de Harper tenía una calidez que casi me hizo revelar los secretos de un pasado marcado por la tragedia y la pérdida. Brooke habría amado a Harper, sin duda alguna.

Negué ligeramente con la cabeza y aparté los sentimientos no deseados.

—Digamos simplemente que algunas cosas no se pueden reparar —dije, forzándome a sonreír tensamente mientras alcanzaba mi copa de vino—. Y la historia de la familia Norton está más llena de espinas que un rosal.

Harper me miró con una suavidad en sus ojos que nunca antes había visto, una mirada que amenazaba con desarmarme. Pero yo era Blake Norton, maestro del autocontrol, y no dejaría que ella —ni nadie más— viera las grietas en mi armadura. Ni ahora, ni nunca. Jamás.

—Todas las familias tienen sus tormentas, Blake —dijo Harper con firmeza, su mirada encontrándose con la mía con una convicción inquebrantable—. Pero creo que incluso la tormenta más feroz puede pasar si la gente buena se mantiene unida.

Sonreí ante su optimismo y sentí el peso de mi propio cinismo como un ancla en mi pecho. —¿Eso crees? Algunas tormentas son demasiado devastadoras, Harper. No dejan más que destrucción.

Ella negó con la cabeza, un mechón de pelo rubio cayó juguetón sobre su rostro. —No lo creo. Ni por un segundo. Sé que eres una buena persona, Blake Norton. Tienes una brújula moral fuerte y...

—A veces una brújula no apunta a ninguna parte, Harper. —Mi voz era un gruñido profundo, un mecanismo de defensa contra la esperanza que ella intentaba sembrar en terreno estéril.

—Blake. —Extendió la mano sobre la mesa, su mano flotó cerca de la mía antes de retirarla, como si reconsiderara el gesto. El momento fue interrumpido por la llegada de nuestro plato principal, una distracción por la que estuve agradecido.

—Bon appétit —anunció el camarero, colocando platos artísticamente presentados frente a nosotros. El aroma de salsas ricas llenó el aire, pero Harper no se dejó distraer por ello.

—En casa, siempre nos mantuvimos unidos, a pesar de la enfermedad de Holly nunca hubo dudas. Ni siquiera la factura del hospital que casi nos costó todo el rancho. Y míranos ahora. Incluso con millas de distancia, los Johnson están más unidos que nunca.

Me puse alerta.

—¿Es esa la razón por la que insististe en los doscientos mil? —pregunté.

Asintió, su habitual vivacidad amortiguada por el peso de su confesión. —La vida de Holly pendía de un hilo, Blake. Hubo noches en las que pensé que... —La voz de Harper se apagó, y tomó una respiración profunda, que pareció fortalecer su determinación—. Casi pierdo a mi hermana pequeña.

El aire entre nosotros se volvió más denso, con la comprensión no expresada de lo que significaba estar al borde de perder a alguien que amas. Podía verlo en sus ojos: el mismo dolor

que me perseguía, un espejo que reflejaba mis propios bordes rotos. Solo que yo no solo había visto ese abismo. De hecho, seguía cayendo.

—Harper —comencé, pero no sabía qué más decir. Como tantas veces, Harper me dejaba sin palabras. Había irrumpido en mi vida como una tormenta solar contra la que no podía hacer nada.

—¿Tu hermana está completamente recuperada ahora? —pregunté. Una sensación incómoda se apoderó de mí porque estaba entrando en un territorio que me parecía demasiado íntimo para abordarlo.

—Sí —la voz de Harper era tranquila—. Desde que tiene su nuevo riñón, está bien de nuevo.

Noté el sutil cambio en su postura, el ligero giro que me daba la espalda, como si quisiera resaltar la cicatriz que yo sabía que descansaba allí, y cuyo significado ahora conocía.

—Le diste una parte de ti —murmuré, la realización me dejó casi sin palabras.

Asintió, con una suave sonrisa en sus labios. —Así es. Y lo haría de nuevo sin dudarlo.

El altruismo en sus acciones tocó una fibra sensible en mí. El corazón de Harper era tan grande que podría tragarse incluso el sol. Era demasiado buena para este mundo, demasiado buena para alguien como yo.

—La familia lo es todo para ti, ¿verdad? —pregunté, alejándonos de un tema del que no podía hablar.

—Más que cualquier otra cosa. —Los ojos de Harper brillaron y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Háblame del rancho Silver Lake —la animé, cambiando a un tema que sabía que devolvería por completo el brillo a sus ojos, un brillo que no me había dado cuenta de que echaba de menos cuando estaba ausente.

Harper se lanzó a vivaces descripciones de su hogar, sus palabras casi tropezando unas con otras. Una anécdota seguía a la siguiente, era casi alarmante lo poco que Harper necesitaba para ser feliz. Su familia, un hogar y —lo que también se mencionaba sospechosamente a menudo— el pastel de manzana de Charlotte.

No la interrumpí, encontraba el brillo en sus ojos demasiado hermoso y no quería que terminara de nuevo.

En el momento en que llegaron nuestros postres, el aire entre nosotros cambió. Lo sentí, una corriente cargada de algo prohibido, cuando mi mano encontró la rodilla de Harper bajo la fría extensión del mantel blanco. El contacto era ligero, apenas más que un roce, pero su reacción fue inmediata: un rubor que se extendió por sus mejillas como vino derramado.

No sabía qué me había poseído, porque yo no tocaba a las mujeres en público. Pero Harper me había costado tanta fuerza de voluntad que en ese aspecto era ahora un hombre pobre.

—Blake —advirtió, su voz una mezcla de sorpresa y algo más, algo que hizo que mi pulso se acelerara.

—Lo siento —murmuré, aunque no había verdadero arrepentimiento en mi voz—. Costumbre.
—Una mentira, por supuesto. Tocarla no era una costumbre; era un impulso que aparentemente no podía controlar.

Cuando mis dedos subieron más, centímetro a centímetro deliberado, la tela de su vestido de lentejuelas apenas ofrecía una barrera contra el calor de su piel. Se movió, abriendo sus piernas lo suficiente para dar mayor libertad a mi mano errante, y su calor me atraía como la luz de la luna atrae a las polillas.

—Blake Norton. —Su voz sonaba ahogada, una mezcla de reproche y suspiro. Me miró a través de sus pestañas mientras se mordía el labio inferior.

—¿Puedes culparme? —respondí, con la voz tan baja que solo ella podía oírlo—. Después de todo, vienes a cenar vestida como una fantasía, ¿y se supone que debo comportarme como un caballero?

Su respiración se entrecortó, y por un momento el tintineo de los cubiertos y el murmullo de las conversaciones de otros comensales se desvanecieron en la nada. Solo existía Harper, su respiración acelerada y el peligroso juego que habíamos comenzado.

—Dijiste que este vestido era bonito —replicó Harper, apartando la mirada de mí con vergüenza.

—Te ves hermosa con cualquier cosa —respondí, sintiéndome mal. No había sido mi intención avergonzar a Harper. No de esta manera. Sin embargo, no podía hacer que mi mano se apartara de su muslo. ¿Por qué todo era tan difícil con Harper? Si no estuviéramos en público, simplemente la habría follado sobre la mesa. Pero eso era exactamente lo que no podía suceder. Esa única noche en el cuarto de juegos ya había causado suficientes estragos en mí. Si follaba a Harper, podría perder completamente el control. Una parte de mí se preguntaba si sería tan malo no poder controlar una situación por una vez.

Pero entonces la realidad se impuso, tan fría e indeseada como el invierno que se avecinaba. Harper merecía un hombre sin sombras acechando en su corazón. Retiré mi mano, meforcé a sonreír y encerré la parte de mí que anhelaba el jadeo que Harper hacía cuando la tocaba. La forma en que sus ojos marrones se nublaban de deseo me suplicaba en silencio que volviera a poner mi mano en su muslo, pero resistí la tentación.

Solo en el cuarto de juegos, Norton. Y no volverás a entrar allí con ella.

Era una lucha mantener mis emociones bajo control, pero una que estaba decidido a ganar.
Costara lo que costara.



Esto no es chantaje, es motivación.



Capítulo 20 - Harper

NORTON ENTERPRISES, PLANTA EJECUTIVA, Nueva York, unos días después.

Ya tenía la mano en el pomo cuando oí la voz apagada de Blake desde su oficina.

—No puedo ir al *Velvet* hoy, Alexander. En otra ocasión —dijo con firmeza. Cuando terminó la conversación, llamé a la puerta.

Blake miró su reloj cuando entré, sus ojos plateados se alzaron y se encontraron con los míos. —Harper, puntual como un reloj —murmuró mientras apagaba su smartphone—. No tienes que venir a recogerme todas las noches, lo sabes.

—Pero es mi deber como tu prometida —repliqué, incapaz de ocultar el temblor en mi voz. Llevaba mi chaqueta de entretiempo colgada del brazo, aunque siempre tenía frío en la oficina de Blake. El aire acondicionado estaba programado para temperaturas frescas incluso ahora, a pesar de que el otoño este año era frío incluso para los estándares de la costa este.

El silencio se extendió entre nosotros, tan palpable como la tensión que se había acumulado durante días. Tragué saliva con dificultad y lo observé en busca de una señal, un indicio de que me quería allí tanto como yo necesitaba estar. Pero no encontré nada. Absolutamente nada. La expresión neutral de Blake estaba tallada en piedra, como siempre.

Desde aquella última cena en el restaurante, se había estado distanciando. Una mano invisible me empujaba cada vez que intentaba acortar la distancia entre Blake y yo. No tenía sentido: cuanto más me acercaba, más se alejaba él. Y dolía. Por supuesto, sabía que nuestra relación tenía fecha de caducidad, pero aun así se sentía como un puñetazo en el estómago cuando Blake me mantenía repentinamente a distancia. De verdad me preguntaba qué significaba todo esto, y cada

segundo que pensaba en ello parecía duplicar el problema.

Todavía sentía el calor que sus dedos habían dejado en mi piel y mis labios aún sabían a su aliento. ¿Acaso no había dejado yo ninguna huella en Blake?

Con cada día que pasaba, mi deseo de cerrar la brecha entre nosotros se hacía más fuerte. Quería estar cerca de él, sentir de nuevo el fuego que sin duda ardía entre nosotros cuando lo permitíamos. Pero ¿cómo podía encender una llama en un hombre que parecía decidido a sofocarla?

—Quizás simplemente estás cansado —murmuré pensativa. Ni siquiera me había dado cuenta de que había expresado mis cavilaciones en voz alta. Tal vez era masoquista creer que no se debía a mí, sino a circunstancias externas, que Blake no buscara cercanía en este momento.

—¿Harper? —Su voz me trajo de vuelta al presente, una arruga se formó en su frente.

—Nada, solo estoy pensando en voz alta —respondí, forzándome a sonreír, aunque se sentía tan frágil como las hojas otoñales que empezaban a cubrir las calles debajo de nosotros.

—¿Te estoy distraendo de tu trabajo? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta, pero necesitaba llenar el silencio con algo más que los latidos de mi corazón.

Blake levantó la vista de su portátil, el brillo de la pantalla arrojaba una luz dura sobre sus rasgos estoicos.

—No, Harper —respondió, su voz carente de toda calidez.

Cada manifestación vital de Blake Norton me confundía. Al menos en los últimos días. Desde que Blake me había llevado al restaurante francés.

Me armé de una nueva determinación y me senté en la silla frente a Blake.

La ceja de Blake se arqueó interrogante. —¿Quieres hablar de algo? —Su tono era cuidadosamente neutral, pero pude escuchar el matiz subyacente.

—Sí —admití, aunque no estaba segura de si realmente quería abrir esa puerta. Mis dedos jugueteaban con el dobladillo de mi vestido de verano, mostrando mi nerviosismo.

—Entonces habla, Harper. —La orden fue suave, pero llevaba un peso que casi me aplastaba.

Respiré hondo y sentí la opresión en mi pecho.

—¿He hecho algo mal? —La pregunta salió atropelladamente, pesada y torpe.

—¿Por qué piensas eso? —Blake me miró fijamente, y por un momento pensé ver una grieta en su fachada perfecta. Luego, lentamente, su expresión se suavizó, y el hielo en sus ojos plateados pareció derretirse un poco—. No has hecho nada mal, Harper.

—¿Por qué entonces? —insistí, incapaz de detenerme ahora que la presa se había roto—. ¿Por qué has estado tan frío últimamente? ¿Es porque hablo demasiado de Kentucky o de mi familia? —Las palabras brotaron de mí después de haber estado royéndome por dentro durante días.

—O... —vacilé, la siguiente pregunta era más personal, más dolorosa de hacer—. ¿O es porque doné un riñón? ¿Te molesta eso? Estuviste tan callado después...

—Harper —comenzó Blake, pero no le di la oportunidad de terminar de hablar.

—Por favor, solo dímelo —supliqué. Quizás su respuesta me rompería el corazón ahora, pero ya no podía seguir en el limbo.

—Harper, yo... —Blake intentó de nuevo, pero luego cerró la boca y se levantó. Las frías patas metálicas de su silla rasparon el suelo de mármol. Rodeó el escritorio hasta quedarse justo frente a mí, y antes de que pudiera pensar en sus intenciones, sus manos acunaron mis mejillas con suavidad pero firmeza.

El beso llegó sin previo aviso y me habría derribado si no hubiera estado sentada. Me gustó la respuesta, aunque al mismo tiempo me confundió aún más.

Sus labios se movían contra los míos con una urgencia que desmentía su habitual reserva.

—No es por ti, Harper —murmuró Blake, su aliento acariciando mis labios y enviando escalofríos por mi espalda—. Es por mí.

Luché conmigo misma por un momento, porque esa era una típica *respuesta de rechazo* cuando alguien quería salir del paso fácilmente. ¿Debería realmente insistir y arriesgarme a recibir el peor rechazo de mi vida?

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, reuniendo mi último atisbo de valor. Blake no era un hombre que se lo pusiera fácil, y en eso confiaba.

—No sabes en lo que te estás metiendo —respondió Blake—. Yo sí.

—Me has mostrado en lo que me he metido —repliqué con voz firme. Su aliento seguía tan cerca que podía sentirlo en mi piel.

—Solo conoces una fracción, Harper —respondió Blake. Si eso era una advertencia, no era muy efectiva. Al contrario, era solo una confirmación más de lo que realmente quería.

—Quiero *esto*, Blake... nosotros —dije, mi voz más clara de lo que esperaba, incluso cuando mi pulso se aceleraba—. No hablo solo de nuestro falso compromiso. También me refiero a lo que pasó en el cuarto de juegos. Y sobre todo, a lo que todavía podría pasar allí.

Por primera vez, reconocí la profundidad de mi propio anhelo: no solo un deseo pasivo o una fantasía, sino un anhelo lo suficientemente fuerte como para considerar agarrarlo con ambas manos.

Quería encontrar cada sombra en su corazón y ser la luz que las atravesara, sin importar lo imprudente que pudiera parecer.

Blake me miró intensamente, pero no dijo nada. ¿Qué podía decir? Durante días había intentado sacar de mí un acto egoísta y ahora que realmente quería algo, se encontraba en un dilema. O tenía que decirme la verdad sobre por qué me había estado ignorando durante días, o darme lo que le pedía.

Mi corazón latía con un ritmo salvaje mientras agarraba el dobladillo de mi vestido de verano y lo subía lentamente, revelando la ausencia de cualquier barrera entre nosotros. Este era el último argumento que tenía.

—He sido una buena chica —dije, encontrando su mirada con un desafío mientras seguía subiendo el dobladillo del vestido.

Los ojos de Blake se oscurecieron, la máscara controlada que llevaba se deslizó un poco.

—¿Realmente sabes lo que estás haciendo, Harper? —Su voz era profunda y teñida de una intensidad que hizo temblar mi interior.

—Absolutamente. —La palabra dejó mis labios sin vacilación. Su aliento se mezcló nuevamente con el mío cuando Blake me besó.

Cuando nuestros labios se separaron, un hormigueo estalló en lo profundo de mi vientre, extendiéndose como un incendio y haciendo vibrar cada terminación nerviosa con anticipación. Todo era tan emocionante, mucho más de lo que la tranquila vida en Kentucky jamás había ofrecido.

La mano de Blake subió por mi muslo.

Jadeé cuando me di cuenta de que la puerta de su oficina aún estaba entreabierta.

—No deberíamos hacer esto *aquí* —susurré, mirando hacia la puerta.

—Harper —gruñó Blake, sujetando mi barbilla y obligándome a mirarlo de nuevo—. ¿Quieres ser una niña buena ahora? Si no tomas lo que quieres, ahora, puede que no tengas otra oportunidad en mucho tiempo. —Las comisuras de los labios de Blake se crisparon, haciéndome saber que hablaba en serio. Blake Norton siempre encontraba formas de volverme loca. Además, poseía la habilidad de hacer que los segundos parecieran años. No era una buena combinación, al menos desde mi punto de vista.

—Eso es chantaje —respondí en voz baja. Al mismo tiempo, su exigencia envió un escalofrío por todo mi cuerpo. La idea de contener lo que ambos anhelábamos era tortuosa.

—No es chantaje —replicó Blake fríamente—, es simplemente motivación. Puedes decidir libremente.

Dividida entre la urgencia de mis necesidades y el miedo a ser descubierta, mi pulso latía a un ritmo frenético. Este hombre, este hombre frustrante y controlado, había logrado desestabilizarme por completo. Y no estaba segura si debía contenerme o lanzarme sobre él.

—De acuerdo —respondí con determinación, me levanté y me dirigí a la puerta para cerrarla, para que estuviéramos sin interrupciones.

—¿Harper? —Blake me miró interrogante.

—¿Blake? —contesté, devolviendo su mirada.

Blake me miró seriamente. —No te dije que la cerraras.

—Pero tampoco me prohibiste hacerlo —respondí, dándome cuenta después de mi tono descarado.

—Abre la puerta de nuevo —dijo Blake con un tono autoritario que vibró hasta la punta de mis dedos.

Abrí la boca para protestar, pero Blake me interrumpió con un gesto de la mano.

—Si quieres ser una niña buena, abre la puerta de nuevo. —El tono de Blake se volvió más tranquilo, conciliador—. A esta hora nadie viene a la planta ejecutiva.

—¿Y si alguien viene? —insistí.

—¿Confías en mí? —preguntó Blake, sus ojos plateados mirándome intensamente—. Porque si no... —continuó, pero antes de que pudiera terminar la frase, ya había abierto la puerta de nuevo y salvado la distancia entre nosotros. ¿Me sentía cómoda con la idea de que la puerta estuviera abierta? No. ¿Confiaba lo suficiente en Blake como para dejarla abierta? Sí.

Desde que Blake había hablado sobre la confianza en su cuarto de juegos, había reflexionado mucho sobre sus palabras. No importaba en qué escenario de *qué pasaría si* me imaginara a Blake y a mí, siempre llegaba a la misma conclusión: confiaba en él.

—Buena chica —murmuró Blake contra mis labios antes de atraerme hacia él para besarme.

Me separé del beso y de su abrazo. Luego me arrodillé con una determinación que se sentía como saltar de un acantilado. Mis dedos temblaban mientras agarraban el cinturón de sus pantalones perfectamente planchados, mis manos más audaces que mi corazón acelerado.

—¿Y qué es esto? —preguntó Blake, su voz ronca de deseo.

—Me estoy desquitando —respondí—. ¿O eso también está prohibido?

—No —respondió Blake, y una sonrisa se dibujó en sus labios—. Pero hablaremos sobre ese tono más tarde.

En el momento en que bajé la cremallera, me mordí los labios para no jadear. No era solo el tamaño lo que me abrumaba; era el hecho de que estaba tomando lo que quería. Por primera vez en mi vida, estaba siendo egoísta, y se sentía bien.

Blake gimió suavemente cuando mi lengua se atrevió a trazar la vena a lo largo de su longitud. Cada movimiento de mi lengua era respondido con un espasmo, mientras el aire a nuestro alrededor chisporroteaba. Era solo cuestión de tiempo antes de que estas chispas encendieran un fuego que me consumiera. Su mano encontró el camino hacia mi cabello, no guiando ni presionando, sino simplemente ahí, una conexión que se sentía bien.

Cuando lo tomé completamente y profundamente en mi boca, el gemido que escapó de Blake fue una recompensa más dulce que la miel. El poder que tenía para provocar tal reacción en un hombre que encarnaba el control era embriagador. Cuando levanté la mirada hacia él, con las pestañas aleteando, el gruñido que vibró a través de su pecho me dijo todo lo que necesitaba saber. Blake había necesitado esto tanto como yo.

—Maldita sea, Harper —jadeó, su voz ronca y masculina—. Amo esta vista. Tú de rodillas frente a mí... te queda bien.

Sus palabras me impulsaron, mis movimientos se volvieron más rápidos, mi objetivo más claro. Quería que el frío y calculador Blake Norton perdiera el control, hasta que me follara sin inhibiciones.

El calor entre mis piernas reflejaba la intensidad febril de mis movimientos mientras recibía a Blake más profundamente, deleitándome con la dureza que pulsaba contra mi lengua.

—Harper —jadeó, sus ojos oscureciéndose como nubes de tormenta. Sus dedos se enredaron en mis rizos rubios, una señal silenciosa de que estaba retomando el control.

No me opuse, sino que me adapté a sus movimientos, dejándole determinar el ritmo y la intensidad. Con cada embestida, se ponía más duro. Me había gustado simplemente arrodillarme ante él así. Pero por todo lo sagrado, amaba entregarle el control completamente a Blake. Se sentía bien, correcto, porque ambos queríamos lo mismo.

—Dios, Harper... —gimió Blake, su agarre se hizo más fuerte, sus movimientos más urgentes. Me acercó más, tan cerca que la punta de mi nariz tocaba su vientre tonificado. El aroma de su loción para después del afeitado me envolvía. Rodeé los muslos de Blake con mis manos, adaptándome a su ritmo y concentrándome completamente en la sensación de estar llena.

—Mírame —murmuró Blake y levanté ligeramente la cabeza para obedecer su orden.

Cuando nuestras miradas se encontraron, Blake se deslizó más profundamente en mí. Su dureza se deslizó hasta lo profundo de mi garganta, hasta el tope. Allí se quedó y reforzó su agarre en mi cabello. Blake estaba tan profundo en mí que no podía respirar, lo que solo intensificó el latido entre mis piernas. Lo miré parpadeando, incapaz de decir nada.

Y cuando me permitió respirar de nuevo al retirarse, mi centro se contrajo tan fuertemente que fue como un pequeño orgasmo.

Pero Blake no me dio un respiro. Justo después de que inhalé, embistió de nuevo y se quedó profundo, muy profundo en mí. Un temblor recorrió mi cuerpo cuando me di cuenta de cuánto quería esto.

A medida que Blake se acercaba a su clímax, sus embestidas se volvieron más incontroladas. Blake me tomaba dura y profundamente, sin dejar de mirarme a los ojos. Cuando gemí contra su longitud, se puso aún más duro. Hasta que finalmente se derramó dentro de mí, esparciendo calidez en mi interior. Luego se retiró de mí.

—Blake —murmuré, todavía de rodillas, con su sabor en mi lengua. Blake había encontrado su liberación, pero yo seguía ardiendo. El hormigueo en mi piel se hacía cada vez más intenso. Seguro, una parte de mí estaba satisfecha por haberle dado un clímax a Blake, pero el latido entre mis piernas simplemente no quería detenerse.

—Blake —comencé de nuevo—. ¿Podemos ir al cuarto de juegos, por favor?

Blake estaba de pie frente a mí, mirándome desde arriba. El desequilibrio de poder era más que palpable y me enviaba un escalofrío placentero por la espalda. Una sonrisa jugaba en sus labios cuando preguntó en ese tono controlado que me volvía loca: —¿Qué quieres hacer allí, Harper?

Su pregunta no era inocente; era un desafío, una invitación a expresar mis deseos más profundos. Y lo acepté, porque el ardor en mi cuerpo me obligaba a hacerlo. —Quiero que me folles hasta perder el sentido en el cuarto de juegos —declaré y sentí inmediatamente cómo el calor subía a mis mejillas.

La sonrisa que se extendió por el rostro de Blake podría haber iluminado el horizonte de Nueva York. Subió su cremallera con un movimiento fluido y respondió con un simple y decidido —De acuerdo —que me envió escalofríos por la espalda.

—¿De acuerdo? —Fruncí el ceño. Esto era demasiado fácil.

—De acuerdo —respondió Blake y asintió de nuevo.

Observé cómo rodeaba su escritorio, seguro y elegante como siempre. Me quedé de rodillas porque mis piernas aún estaban demasiado débiles para ponerme de pie, mientras la anticipación se arremolinaba dentro de mí. Mi corazón latía con fuerza cuando abrió un cajón. El contenido permaneció en secreto hasta que colocó algo sobre la fría superficie metálica pulida: un pequeño dispositivo con forma de huevo.

—¿Qué es eso? —pregunté, fingiendo inocencia. Realmente no sabía exactamente qué era, pero estaba segura de que no era para chicas inocentes.

—Un huevo vibrador. Pronto descubrirás para qué sirve —respondió Blake, su voz un gruñido profundo que vibraba a través del aire fresco de su oficina y se clavaba directamente en mi

interior.

Blake volvió a mí y extendió su mano para ayudarme a levantarme. Con toda su dominancia, con todas sus órdenes, seguía siendo un caballero.

—Inclínate sobre la mesa, Harper. —Su orden no era negociable, y obedecí sin dudar. Me incliné sobre la mesa, la superficie fría presionando contra mis palmas. Blake subió mi vestido de verano y me observó.

—Maldita sea, estás tan mojada —gruñó, y pude oír la satisfacción en su voz cuando me tocó, enviando una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. Reprimí un gemido y me concentré en mantener la posición.

Sin decir una palabra más, empujó el huevo vibrador dentro de mí. No era particularmente grande, pero aun así me llenaba de una manera inusual.

—Tienes que aguantar hasta que lleguemos a casa. Si eres una buena chica, ni siquiera podrás contar cuántos orgasmos tendrás en el cuarto de juegos.

Ahí estaba: la promesa de una liberación redentora, tan cerca y a la vez tan lejos. Asentí, mi respiración se entrecortó mientras procesaba sus palabras y el significado de lo que implicaban. Aguantar sería un desafío, pero uno que estaba segura de poder superar.

—¿Entendido? —preguntó en un tono que no admitía réplica.

—Entendido, Señor —logré decir, sintiendo ya el orgasmo inminente que me esperaba. Podía con esto. *Pan comido*. Al menos eso pensé, hasta que Blake echó por tierra mi exceso de confianza.

En el momento en que Blake presionó el control remoto, todo mi ser se tensó con una intensidad que no esperaba. Las vibraciones me recorrieron con tanta fuerza que mis rodillas temblaron y tuve que agarrarme al borde de su escritorio para mantener el equilibrio. Mi pensamiento inicial —que esto sería fácil— se derritió como nieve en pleno verano.

—Oh, Dios... —Mi voz fue un susurro ahogado.

—Recuerda, Harper —dijo, su voz tan profunda y controlada como siempre—, tienes que ganarte tu orgasmo.

Sus palabras enviaron otra onda de choque a través de mí, pero esta vez no venía del aparato que descansaba en mi interior. Era la forma en que me miraba. Blake me estaba poniendo a prueba, viendo hasta dónde podía doblarme sin romperme.

—Por favor —dije entre dientes apretados, luchando contra el abrumador impulso de ceder a las sensaciones que amenazaban con desatarme por completo.

—Paciencia —respondió, casi divertido—. Aún no estamos en casa.

Cerré los ojos e intenté concentrarme en cualquier cosa que no fueran las implacables vibraciones que parecían saber exactamente cómo disolverme. Un rubor se extendió por mi piel, delatando mi lucha interna.

—¿Crees que puedes soportar esto por mí? —La voz de Blake estaba más cerca ahora, y cuando me atreví a abrir los ojos, su mirada plateada se encontró con la mía, intensa e implacable.

—Sí —dije, pero sonó más como una pregunta incluso para mis propios oídos.

—Bien. —Un atisbo de sonrisa jugó en sus labios—. Porque planeo hacerte gritar mi nombre una y otra vez esta noche.

Con estas palabras, apagó el control remoto, y la repentina ausencia de vibración me hizo jadear. Mis músculos se relajaron un poco, pero la certeza de que Blake podía encender otro infierno dentro de mí en cualquier momento creó una tensión subyacente que no pude sacudirme.

—Y ahora hablemos de tu tono. —Blake miró hacia la puerta—. Y de la discusión de antes.

Me mordí los labios para evitar que se me escapara una palabra equivocada, pero Blake ni siquiera esperaba una respuesta. En su lugar, tomó su smartphone de la mesa, marcó un número y esperó.

—Alex, tengo tiempo después de todo. ¿Sigue en pie tu reserva en el *Velvet*? Bien. Entonces nos vemos en un rato. —Blake asintió satisfecho mientras mi cerebro intentaba procesar lo que estaba sucediendo. Blake hizo una breve pausa y luego me miró desafiante—. Por cierto, llevaré a mi prometida.

Un momento. ¿Qué?



¿No es esto lo que querías, verdad?



Capítulo 21 - Harper

VELVET NOIR, UPPER EAST Side, Nueva York, la misma noche.

—¡Blake Norton, eres increíble! —dije sacudiendo la cabeza y exhalando audiblemente mientras observaba el tráfico pasar.

Sentado al volante, los labios de Blake se curvaron en esa sonrisa descaradamente presumida que conocía tan bien. —Harper Johnson —respondió, con una calma en su voz casi provocativa—. Esto es lo que querías. Solo estoy siendo generoso y te lo estoy dando.

Mi protesta murió en mi lengua, porque quisiera o no, tenía razón. Indirectamente al menos. Porque ciertamente no quería estar sentada en un restaurante mientras me quemaba por dentro. Para colmo, Blake había quedado con Alexander Stirling, de quien no sabía casi nada. Así que tenía que mantener dos farsas a la vez, mi palpitante centro y el falso compromiso con Blake. Todo mi cuerpo hormigueaba y apenas podía pensar con claridad.

Me moví incómodamente, dolorosamente consciente del huevo vibrador que descansaba dentro de mí. En cualquier momento podría volver a vibrar.

—¿Me cuentas algo sobre Alexander Stirling? —pregunté.

Blake arqueó una ceja interrogante. —¿Quieres que te cuente algo sobre él?

—Sí —asentí—. Sobre todo me interesa saber qué sabe él sobre mí. Y sobre *nosotros*.

No me pasó desapercibido que una breve sonrisa se dibujó en los labios de Blake. —Alexander y yo nos conocemos desde la universidad. Ahora somos algo así como socios.

Oh Dios. Eso significaba que si estropeaba esta cena, no solo me afectaría a mí, sino también a la reputación de Blake y a su empresa. Me sentí mareada.

—Genial —logré decir—. ¿Y crees que la cena es una buena idea?

—Absolutamente —respondió Blake con voz firme—. ¿Tú no?

—Es una broma, ¿verdad? —Jadeé—. Quiero decir, no sé nada sobre él, nada sobre tu empresa y no tengo ni idea de lo que le has contado sobre nuestro falso compromiso. ¿Qué pasa si...?

—Harper —el tono serio de Blake me hizo callar—. Era una broma. Sé que no crees que sea una buena idea.

—¿Entonces por qué lo hacemos? —pregunté confundida.

—Porque me gusta sacarte de tus casillas así —Cuando Blake se detuvo en un semáforo en rojo, me miró.

Jugueteé nerviosamente con mi falso anillo de compromiso.

—No sabía que tuvieras sentido del humor —respondí secamente.

—No era una broma —Un suave gruñido escapó de la garganta de Blake—. Tus ojos adquieren ese brillo entonces.

Contuve la respiración. Blake estaba organizando todo esto solo porque le gustaba cómo el calor subía a mis mejillas, justo como ahora. ¡Ese canalla!

Pero era demasiado tarde para protestar. El coche se detuvo suavemente frente al *Velvet Noir*. Observé el edificio a través de la ventana del pasajero; líneas esbeltas y ventanas tintadas, bordes lisos. Todo gritaba exclusividad. El tipo de exclusividad que te chupaba los billetes directamente de la cartera. Pero los gastos de hoy eran mi menor problema.

Blake entregó las llaves a un portero con la facilidad de alguien acostumbrado a este nivel de servicio. Luego rodeó el coche y me ofreció su mano para ayudarme a salir. Cuando la tomé, sus dedos rozaron ligeramente, pero ardientes, a lo largo de mi muslo. Un escalofrío de deseo se contrajo dentro de mí, y reprimí un gemido.

—Tranquila, cariño —murmuró Blake, tan cerca que su aliento rozó mi mejilla—. Apenas estamos empezando.

Entonces Blake me condujo al interior del restaurante.

Arañas de cristal colgaban de techos altos, proyectando una cálida luz sobre los comensales que parecían respirar dinero y lujo. Cuando una anfitriona nos llevó a nuestra mesa, quería caminar detrás de Blake con la cabeza gacha. Pero él puso una mano en mi cadera y me obligó a caminar erguida delante de él.

Alexander estaba sentado en nuestra mesa reservada y levantó la vista cuando nos vio. Cuando se levantó para saludarnos, su presencia era palpable, ese tipo de atractivo que no tiene nada que ver con la apariencia, sino con la presencia, aunque también parecía un modelo de catálogo.

—Harper —dijo, tomando mi mano en un apretón firme que de alguna manera logró ser tanto profesional como cálido—. Es un placer verte de nuevo.

—El placer es mío —logré decir, mi voz un poco más sin aliento de lo que pretendía. La mano de Blake se deslizó un poco más abajo por mi espalda, casi como si no supiera lo que estaba provocando en mi interior.

—Es bueno verte, Blake —continuó Alexander, dando una palmada breve en el hombro de Blake.

—Igualmente —respondió Blake, su voz la habitual fortaleza de calma, mientras nos sentábamos. Mientras Blake estudiaba la carta de vinos, aproveché la oportunidad para mirar más de cerca.

El interior del restaurante era un espacio amplio y abierto. Era como una pesadilla hecha realidad y sentía como si todas las miradas estuvieran puestas en mí. El único escondite que veía era el menú encuadrado en cuero.

—¿Algo ha llamado tu atención? —Blake se inclinó hacia mí, su mano rozando mi brazo.

—Los precios —susurré de vuelta, mordiéndome el labio.

—Harper —me reprendió Blake suavemente, su mano se deslizó bajo el mantel. Mi respiración se detuvo cuando sentí el control remoto presionado contra mi rodilla, una advertencia silenciosa. Luego, sin más preámbulos, activó el huevo vibrador nuevamente.

Una ola de lujuria me recorrió, mis dedos agarraron el menú mientras luchaba por mantener la compostura.

—Harper tiene razón —replicó Alexander—. Los precios son exagerados.

—Gracias —respondí, aliviada de no ser la única con esa opinión.

—¿No acabas de subir dos puestos en la lista Forbes? —preguntó Blake con tono punzante.

Alexander asintió. —Eso no cambia el hecho de que un soufflé de chocolate del tamaño de un dedal no debería costar setenta y cinco dólares.

Me mordí los labios para no decir nada tonto que pudiera hacer que Blake aumentara la intensidad del huevo vibrador. Alexander también llevaba sin duda un traje a medida, y si estaba en la lista Forbes, debía ser tan rico como Blake. Pero me gustaba que se fijara en el precio tanto como yo.

—Ni te vas a arruinar ni te vas a morir de hambre aquí —respondió Blake secamente, mientras yo no pude evitar sonreír—. Además, fuiste tú quien sugirió el *Velvet*.

—Porque de lo contrario rara vez se te ve.

—Me conmueve cómo aceptas un soufflé de chocolate del tamaño de un dedal por mí —dijo Blake sin emoción.

—Por tu prometida, si quieres saberlo —respondió Alexander con la misma sequedad.

Me estremecí e intenté actuar como si no tuviera nada que ocultar cuando Alexander me miró.

Blake me salvó con un carraspeo. —Tienes que decidir qué quieres comer.

Aunque mi pulso se aceleraba y el palpitir de mi centro me dificultaba pensar, entendí la orden indirecta de Blake.

Sé una buena chica, Harper, me dije a mí misma.

—Definitivamente tomaré el soufflé de chocolate —respondí. Me había quedado tan fijada en todos los ceros del menú que ni siquiera había prestado atención a los platos.

—¿Qué hay de los otros platos? —preguntó Blake.

—Tomaré la recomendación del chef —respondí en voz baja, porque no tenía una visión general del menú. Blake asintió satisfecho.

Un camarero nos trajo vino y tomó el pedido antes de desaparecer de nuevo en la cocina.

—Blake, nunca me dijiste que Harper era tan encantadora —dijo Alexander apoyando los codos sobre la mesa. Tenía ese aire que solo tienen las personas que han crecido con mucho dinero.

—Harper tiene muchas cualidades —respondió Blake con suavidad, su mano rozó la mía con el pretexto de pasarme la cesta del pan. Era tan poco típico de él mostrar cualquier demostración pública de afecto que hizo que mi corazón se acelerara aún más.

—¿De verdad? —Alexander alzó una ceja con interés.

—De verdad. —Los dedos de Blake se demoraron un momento en mi mano antes de retirarse.

Sentí que mis mejillas se calentaban aún más, un calor diferente al que amenazaba con abrumarme por completo.

—¿Y tú, Harper? —Alexander se volvió hacia mí, encantador y desafiante—. ¿Cómo es estar comprometida con el soltero más codiciado de Nueva York?

El pánico subió por mi garganta y creció como una marea. Lancé una mirada de reojo a Blake, tratando de adivinar cuánto le había revelado a su amigo y socio. Mi mente corría, no quería

revelar nuestro pequeño acuerdo ni decepcionar a Blake.

—La vida de prometida es... —Las palabras se me atascaron en la garganta, ahogadas por el implacable zumbido dentro de mí. Tragué con fuerza e intenté encontrar algo de verdad en la mentira—. Es una aventura cada día.

—¿Una aventura? —Alexander se rió y miró entre Blake y yo—. Una elección de palabras interesante.

—Palabras interesantes para una mujer interesante —añadió Blake, y había algo en su tono que me hizo esperar que realmente lo dijera en serio. Ya era sospechoso que Blake estuviera repartiendo cumplidos cuando normalmente no movía un músculo.

—¿Cómo fue la propuesta? —insistió Alexander. Miré suplicante a Blake, quien me indicó con un gesto que respondiera. *Gracias por nada, Blake.*

—¿La propuesta? —repetí, con la voz al borde del control—. Fue como si Blake me hubiera atado a un cometa y me hubiera lanzado al espacio. —Mi cerebro no pudo producir nada mejor, ya que intentaba ser lo más vaga posible para no decir nada que contradijera las declaraciones anteriores de Blake.

La risa de Alexander, seca como un bourbon añejo, cortó mi torpe intento de sonar convincente.

—Puedes respirar tranquila, Harper, no tienes que fingir conmigo —dijo con una sonrisa conocedora—. Conozco a Blake lo suficiente como para saber que lo vuestro es puro teatro. Además, él ya me lo contó todo hace tiempo.

Mi corazón tropezó de confusión, pero luego se calmó. —¿Lo sabías?

Luego me volví hacia Blake antes de que Alexander pudiera decir algo. —¡Y tú sabías que él lo sabía! —Me sentí traicionada por Blake. Me había puesto a propósito en una situación para... ¿para ponerme a prueba? ¿Para volverme loca? Las palabras que Blake me había dicho el otro día volvieron a mi mente: le gustaba cuando me sacaba de quicio.

Blake no respondió, sino que hizo un gesto hacia Alexander, quien quería responderme.

—Sé prácticamente todo sobre Blake —confirmó Alexander con un encogimiento de hombros despreocupado—. Pero debo decir que la actuación de Blake es bastante convincente. Si no lo supiera mejor, pensaría que está realmente enamorado.

Enamorado. La palabra se asentó en mi pecho y aleteó como un pájaro atrapado contra mis costillas. ¿Era posible que bajo el frío exterior de Blake brillaran chispas de algo auténtico? ¿Por mí? ¿O era un mejor actor de lo que dejaba entrever?

Me aclaré la garganta para deshacerme del nudo que tenía. —Suficiente de Blake y yo. ¿Cómo se conocieron ustedes? —pregunté por dos razones. Primero, todavía me avergonzaba que Alexander supiera desde hace tiempo sobre la relación falsa. Y segundo, tenía la esperanza de

descubrir algo más sobre Blake. Blake nunca contaba sus secretos.

—Ah, los gloriosos días de la universidad —rememoró Alexander, reclinándose en su silla—. Blake, Bruce (su hermano gemelo) y yo, fuimos estudiantes insoportables desde el primer día. Bromas, viajes improvisados por carretera, fiestas nocturnas de fraternidad que deberíamos haber aprovechado para estudiar. No creerías en qué problemas nos metimos.

Se me cayó la mandíbula. ¿Blake, el controlador Norton, no había sido un estudiante modelo?

—No puedo imaginármelo —respondí incrédula, lanzando una mirada a Blake, cuya expresión era inescrutable.

—En efecto —coincidió Blake, con una sonrisa poco habitual adornando sus labios—. Eran tiempos salvajes, en aquel entonces.

—Brooke solía... —comenzó Alexander, pero la mano de Blake se alzó rápidamente, interrumpiéndolo a mitad de la frase.

—Brooke no es un tema para esta noche —gruñó, una sombra cruzó por sus atractivas facciones.

Observé confundida cómo se producía un intercambio silencioso entre ellos: una tensión en la mandíbula de Blake, una inclinación de disculpa de la cabeza de Alexander. Los signos de interrogación atravesaron mi mente. ¿Quién era Brooke y por qué Blake se alteraba tanto?

—Entendido —cedió Alexander con un leve asentimiento y se volvió hacia mí—. En fin, como Blake ya dijo, eran otros tiempos. Pero una cosa no ha cambiado: Blake siempre fue quien nos salvaba el trasero con sus planes.

Eso sí que se lo creía a Alexander sin dudar. Blake parecía tener siempre al menos dos planes y se aseguraba en todo lo que hacía.

—Y... —comencé. Pero las palabras murieron en mis labios cuando una repentina ola de vibración del juguete me robó el aliento, porque Blake había subido uno, o quizás diez niveles más. Reprimí un jadeo, enmascarándolo con una tos forzada, pero no antes de que se me escapara un suave gemido. Mis mejillas se encendieron de calor mientras agarraba mi servilleta y la arrugaba en mi regazo para disimular los temblores que amenazaban con delatarme.

La mirada de Blake se deslizó hacia mí, con una sonrisa conocedora jugando en sus labios. Pero no llegaba del todo a sus ojos. El asunto de Brooke parecía seguir preocupándole. El impulso de averiguar quién era Brooke me quemaba hasta la punta de los dedos. Pero para ser honesta, no era asunto mío. Si Blake no me contaba por su cuenta qué pasaba con ella, simplemente no tenía derecho a saberlo. Por mucho que deseara lo contrario.

—¿Todo bien, Harper? —preguntó Blake, sacándome de mis pensamientos. Su voz era suave, casi solícita. Lo hacía a propósito.

—Perfectamente —logré decir entre dientes apretados, desesperada por recuperar alguna

apariencia de control. Mi atención se centró en la mano de Blake, oculta bajo la mesa, sin duda sosteniendo el control remoto que me estaba volviendo loca. Cualquier otro pensamiento se derritió y me aferré a la determinación de llegar hoy al cuarto de juegos. Había desafiado a Blake y él había aceptado el desafío. ¿Había sido estúpido retarlo en su propio juego? Sí. ¿Estaba lo suficientemente desesperada como para hacerlo de todos modos? Absolutamente.

Para no darle a Blake más incentivos para aumentar la intensidad del huevo vibrador, me mantuve bastante quieta y fingí concentrarme en los platos que nos servían. Apenas pude tragar un bocado.

—Lo estás haciendo bien —me susurró Blake tan bajo que Alexander no pudo oírlo.

Asentí y seguí intentando no mostrar cómo mi centro se contraía cada vez más. Dos platos más y me correría sin la ayuda de Blake, solo con el huevo vibrador, en combinación con esta situación prohibida.

—Ah, el postre —dijo Alexander sin emoción. Yo estaba infinitamente agradecida de que por fin hubiéramos llegado al final de esta comida.

El camarero colocó delante de mí un soufflé de chocolate que, aunque no era particularmente grande, definitivamente no cabría en un dedal.

Tenía un aspecto celestial, pero mi apetito había sido reemplazado hace tiempo por otro tipo de hambre que solo Blake podía saciar. Mientras Blake y Alexander empezaban a comer, yo solo removía el soufflé con la cuchara hasta que apareció el núcleo líquido de chocolate.

Blake se aclaró la garganta para asegurarse mi atención antes de mirarme seriamente.

—Harper, sé una buena chica y téminate el postre —me indicó Blake, su tono firme, pero con un matiz de algo más oscuro. La obediencia no solo se esperaba; era obligatoria.

Levanté la cuchara, mi mano temblaba ligeramente mientras tomaba un bocado. Era el mejor soufflé de chocolate que había probado jamás. Aun así, era secundario. Podía sentir la mirada de Blake sobre mí, pesada y expectante, mientras seguía comiendo, cada bocado un desafío contra el implacable palpitir entre mis muslos.

—Buena chica —susurró Blake después de que el último bocado pasara por mis labios. Sus ojos plateados se fijaron en los míos, su mirada ardía con una intensidad que no dejaba espacio para dudas—. Y ahora vamos a casa.

Un escalofrío de anticipación recorrió mi espalda mientras asentía y expresaba silenciosamente mi gratitud.

Casa significaba escapar de miradas curiosas, casa significaba alivio.

Casa también significaba que por fin me libraría de este maldito huevo vibrador.

Y casa significaba que Blake finalmente me daría lo que mi cuerpo gritaba.



Olvidarás todo, menos mi nombre.



Capítulo 22 - Blake

APARTAMENTO DE BLAKE, SALA de juegos, Nueva York, la misma noche.

Abrí la puerta de la sala de juegos. Un suave suspiro escapó de los labios de Harper. Estaba aliviada, sin duda. Por ahora. Porque aquí yo tenía el control total sobre ella y hoy debía aprovechar eso sin remordimientos.

—Arrodíllate —ordené en voz baja.

Sin vacilar, Harper se arrodilló con gracia, su mirada fija en el sillón de cuero donde tomé asiento. El aire entre nosotros crepitaba con tensión eléctrica. Mi mirada recorrió a Harper: el cabello rubio despeinado que había recogido en un moño suelto. Sus ojos estaban muy abiertos por la expectación, las pequeñas pecas devoradas por una oscuridad que yo había provocado en ella.

Murmuré, más para mí mismo que para ella: —Maldición, te ves tan perfecta.

—Gracias, señor —respondió, su voz temblaba lo suficiente para revelar su excitación.

—Fuiste una buena chica antes —continué, y mis palabras hicieron que Harper jadeara—. Las buenas chicas pueden decidir qué quieren que les haga. ¿Qué quieres de mí, Harper?

Sus mejillas se sonrojaron intensamente, sus labios se abrieron mientras me miraba.

—Quiero que me tomes, Blake —Su voz era un susurro, pero cada palabra golpeaba como un martillo mi control—. Duro y sin reservas... hasta que olvide mi propio nombre.

Escuchar esas palabras de Harper, sentir el crudo deseo que irradiaba de ella, hizo que la sangre bajara con tanta fuerza que rozaba el dolor. Apreté mi agarre en los reposabrazos y reprimí el impulso de tomar a Harper aquí y ahora. Su mirada suplicante me hacía tambalear al borde de romper cada regla que me había impuesto en esta habitación.

—De acuerdo —dije finalmente con voz ronca—. Haré que olvides tu propio nombre. —Mi tono le indicó a Harper que todo tenía un precio, incluso su petición. Y ese precio se ajustaría a mis condiciones; después de todo, estábamos en *mi* sala de juegos, donde regían mis reglas y todo estaba bajo mi control. Todo y todos.

Disfruté la vista de Harper de rodillas un momento más antes de levantarme. Extendí mi mano, la levanté y nuestros ojos se fundieron antes de que lo hicieran nuestros labios.

—Ven conmigo —ordené suavemente y la guíé hacia uno de los postes de techo alto al pie de la cama con dosel. Mis dedos encontraron el dobladillo de su vestido de verano, que casi hacía parecer a Harper inocente. Pero yo la conocía mejor. Conocía su deseo profundamente oculto de ser sometida. Y por Dios, solo el pensamiento de que Harper intentaba complacerme hacía que mi miembro se endureciera como nada más.

Bajé el vestido de verano por los hombros de Harper. Cayó al suelo y Harper quedó desnuda frente a mí, pues no llevaba ropa interior. La mirada de Harper se bajó y pude ver en las puntas de sus dedos que quería ocultar sus partes más íntimas. Pero no lo hizo.

Tomé su barbilla con el pulgar. —Mírame.

Harper me devolvió la mirada con párpados temblorosos.

—Eres hermosa, ¿lo sabes? —murmuré en su oído.

Harper asintió, pero yo sabía que tenía sus dudas sobre mi afirmación. Todo su cuerpo contradecía su respuesta.

—Quiero que te comportes así en mi sala de juegos —continué. Inmediatamente sus hombros se enderezaron y su barbilla se elevó un poco—. Buena chica.

Luego presioné a Harper contra el poste de la cama, sujeté sus muñecas y le robé el aliento con un beso. Llevé sus manos cada vez más arriba, mientras su cuerpo se ablandaba lentamente bajo mis besos.

Até las muñecas de Harper sobre su cabeza y observé cómo tenía que ponerse de puntillas. —Abre las piernas para mí —ordené y las separé con mi pie. Ella obedeció, su vulnerabilidad desnuda y hermosa ante mi mirada hambrienta.

—Tu cuerpo es pura perfección —susurré y aparté un mechón de cabello de su rostro, mis dedos se demoraron en su mejilla. Deslicé mi mano entre sus piernas y Harper echó la cabeza hacia atrás. Luego retiré el huevo vibrador, cuyas baterías no habían sobrevivido al viaje de vuelta. Aun así, el pequeño aparato había cumplido su propósito más que satisfactoriamente.

El rubor que subió a las mejillas de Harper cuando di un paso atrás para observarla mejor casi me hizo olvidar mi autocontrol. Pero contuve el impulso de tomarla inmediatamente. Tenía otros planes.

—Blake —suspiró suplicante.

Me incliné cerca, mis labios a solo un suspiro de su oído. —Esta noche quiero grabarme tan profundamente en tu memoria que cada vez que cierres los ojos, solo me veas a mí. —Mis palabras eran una promesa que cumpliría. Me había jurado que me grabaría en la memoria de Harper. Quería dejar marcas tan profundas que Harper nunca pudiera deshacerse de mí.

Nuestro acuerdo terminaba en unos meses y hasta entonces quería dejar huellas tan profundas que Harper no pudiera olvidarme. Debería ver mi rostro cuando besara a otro hombre y escuchar mi gruñido cuando otro tipo la tomara.

—Gritarás mi nombre, Harper, y olvidarás todo lo demás. —Hice una breve pausa significativa para que Harper pudiera procesar mejor mis palabras—. Te haré suplicar por la liberación hasta que no puedas recordar nada más que "*Blake*".

Su pecho subía y bajaba rápidamente, la anticipación agudizaba cada nueva respiración. Y por mucho que cada fibra de mi ser gritara por tomarla, me contuve. Nunca había perdido el control en la sala de juegos, y no podía permitir que sucediera ahora.

En el momento en que abrí el cajón, la mirada de Harper me lo dijo todo. Sabía lo que vendría. El vibrador liso yacía entre una fila de juguetes cuidadosamente dispuestos cuando lo saqué.

—Quiero que guardes silencio... y disfrutes —instruí a Harper, tomé el aparato y lo encendí. Un suave zumbido llenó la habitación. Observé cómo la anticipación en sus facciones se transformaba; ese brillo optimista en sus ojos marrones se oscureció de deseo.

Cuando guíé el vibrador entre sus piernas, Harper contuvo la respiración. Presioné la punta redondeada del vibrador contra su punto más sensible, arrancándole un suave suspiro.

Sus dedos de los pies se curvaron, sus músculos se tensaron, y disfruté de la vista de verla al borde del éxtasis.

—Blake... —jadeó de nuevo.

—Shhh —susurré, recordándole que le había prohibido hablar. Aunque, con la forma en que pronunciaba mi nombre, no quería castigar a Harper. En sus labios, mi nombre adquiría un sonido único en el mundo.

Presioné el vibrador con más fuerza contra su centro. Los suspiros se convirtieron en gemidos. Y después de unas cuantas respiraciones irregulares y agudas, sus gemidos se transformaron en gritos que me excitaban aún más.

Justo cuando su cuerpo comenzó a temblar, señalando su inminente liberación, retiré el vibrador, negándole el clímax. Los ojos de Harper se abrieron de golpe, una súplica silenciosa grabada en su mirada.

—Por favor —comenzó, pero se contuvo y se mordió esos labios carnosos para reprimir las palabras equivocadas que podrían haber brotado.

—Paciencia —la reprendí suavemente, observando cómo un escalofrío la recorría mientras recuperaba la compostura—. Aún no puedes correrte.

Volví a colocar el vibrador entre las piernas de Harper y lo moví en un ritmo que sabía que la llevaría de vuelta al borde. Se retorció, el delicado rubor de sus mejillas se transformó en un rosa intenso. Su pecho subía y bajaba, y sus rodillas temblaban; la contención en su expresión era un testimonio de su disciplina, pero sus ojos revelaban su cruda desesperación.

Una y otra vez, llevé a Harper más cerca del precipicio, solo para retirarla brutalmente. Una gota de sudor corrió por su sien y el fuego destelló en sus ojos cada vez que me miraba.

Me odiaba. Y al mismo tiempo me amaba por ello.

—Di lo que quieres, Harper. —Mi voz era un gruñido profundo, impregnado del control que estaba a punto de perder.

La piel de Harper brillaba en la tenue luz, todo su cuerpo temblaba. Sus rodillas se estremecían y sin las ataduras de cuero no habría podido mantenerse en pie. Había llevado a Harper al borde del abismo, una y otra vez. Pero lo que le hacía a su cuerpo no era nada comparado con lo que le hacía a su mente. Estaba obligando a Harper a enfrentarse a lo más incómodo para ella: decir lo que realmente quería.

—Por favor, Blake, a ti... Te necesito —balbuceó, la reluctancia en su voz solo avivó mi excitación. Era embriagador, su sumisión. Me encantaba cómo me suplicaba.

—Buena chica —la elogí—. Pero recuerda, solo puedes correrte conmigo cuando yo lo permita.

Solté las esposas de cuero y liberé a Harper de sus ataduras, mientras la sostenía al mismo tiempo. Sus piernas eran como de goma y cayó temblando en mis brazos. La deposité con cuidado en la cama.

Rápidamente abrí mis pantalones, la impaciencia abrumaba cualquier apariencia de control que ya no poseía.

Harper se reclinó más y cuando liberé mi dureza de mis pantalones, se mordió los labios con anticipación.

Separé sus piernas, me posicioné en su entrada y abandoné el resto de mi control.

Entonces estuve dentro de ella, embistiendo duro y profundo, sin contención. Harper se arqueó

debajo de mí, un gemido escapó de sus labios cuando la llené por completo. Me miró, sus ojos marrones nublados por el deseo.

—¡Oh, Dios! —jadeó. Con cada embestida, la hacía mía. Estaba follando a Harper de una manera que haría imposible que me olvidara jamás. Con los dientes, me hundí en su hombro, no con fuerza, pero lo suficiente para que Harper sintiera cuánto quería poseerla, y cuánto la poseía en ese momento.

En el instante en que las puntas de los dedos de Harper rozaron mi mejilla, un gruñido escapó de mí, primitivo y posesivo. Agarré sus muñecas con una mano y las inmovilicé sobre su cabeza contra las frescas sábanas.

No podía permitir que Harper derribara mi fachada para dejar allí sus huellas.

—Blake —susurró, con una súplica en su voz que puso a prueba mi determinación.

—Cállate —ordené, mi voz un oscuro susurro. Estaba decidido a dejar mis marcas en ella, a grabar un recuerdo indeleble en las profundidades de su mente que resonaría en cada uno de sus pensamientos. Pero no podía permitir que ella se grabara en mí. Ya se había impreso más profundamente que cualquier mujer antes, y no podía, no debía, entregarme a ese torbellino de emociones.

El cuerpo de Harper se arqueaba debajo de mí, sus gemidos aumentaban con cada penetración implacable.

—Maldita sea, Harper —solté, apenas reconociendo el jadeo de mi propia voz. La follaba duro y profundo, tal como ella lo quería y como yo lo necesitaba. El calor apretado de su cuerpo me envolvía, me atraía y amenazaba con desgarrar el control que había construido durante años.

—Dios, se siente increíble —murmuré. La intensidad de estar dentro de ella, realmente dentro de ella por primera vez, casi me volvía loco. Esto no era solo sexo, era más. Quería ser el único que pudiera tocarla tan profundamente como lo hacía en ese momento. Pero maldita sea, ella me estaba haciendo lo mismo, quisiera o no.

Los gemidos sin aliento de Harper llenaban la habitación y su mirada suplicante me buscaba.

—Blake, por favor... Necesito... —Su voz se desvaneció en un gemido.

Me hundí más profundo, empujándome más allá, mi determinación se deslizaba como arena entre los dedos mientras su calor se apretaba a mi alrededor. La vista de Harper debajo de mí debilitaría a cualquier hombre, por más fuerte que fuera. Su cabello rubio esparcido sobre la almohada y sus ojos marrones velados por la pasión eran más de lo que un hombre podía soportar sin ceder a sus instintos más primitivos.

—Dilo, Harper —ordené, mi voz ronca por el esfuerzo de contenerme—. Dime lo que quieres.

—Déjame correrme —suplicó.

—Córrete para mí, Harper —cedí finalmente, concediéndole la liberación que había anhelado toda la noche. Su cuerpo se arqueó y el orgasmo la atravesó como una tormenta.

—¡Blake! —gritó mi nombre.

La visión de cómo se deshacía debajo de mí fue mi perdición. Ella era mi perdición. Con un gemido que parecía arrancarse de lo más profundo de mi ser, llegué intensamente dentro de ella.

Mientras ambos jadeábamos, exhaustos y entrelazados, no pude sacudirme la certeza de que Harper Johnson se había abierto camino hacia partes de mí que nadie había tocado jamás. La miré desde arriba, con sus mejillas sonrojadas, y me pregunté cómo demonios iba a lidiar con su desaparición de mi vida después del Baile de Invierno.

Pero Harper nunca debía conocer esta verdad.

Jamás.



Te ves acabada, de la mejor manera posible.



Capítulo 23 - Blake

ALLSTAR ARENA, LOWER EAST Side, Nueva York, unas semanas después.

Atraje a Harper más cerca de mí mientras nos abríamos paso entre la multitud de fanáticos de los Ice Intruders en el Allstar Arena. Harper equilibraba una bolsa de churros en una mano y un vaso desechable de chocolate caliente en la otra. La bufanda de los Ice Intruders estaba bien envuelta alrededor de su cuello, su camiseta del equipo abrazaba su figura debajo de una gruesa chaqueta de invierno, y espirales de pintura decoraban sus mejillas como pintura de guerra.

—Blake, ¿cómo demonios conseguiste estas entradas? —preguntó, sacudiendo la cabeza—. ¡Es prácticamente imposible esta temporada!

—Uno de mis clientes me las dio —respondí brevemente, manteniendo la mirada hacia adelante para que Harper no detectara mi mentira. ¿La verdad? Había movido montañas y cobrado una docena de favores para conseguir estas entradas. Además, los Ice Intruders ahora tenían un nuevo patrocinador muy generoso. Pero no quería que Harper lo supiera. Necesitaba seguir convenciendo a Harper, al mundo, pero sobre todo a mí mismo, de que lo nuestro era puramente profesional. Sin embargo, con cada día que se acercaba la gala de Navidad, la sensación de malestar en mi estómago crecía.

—Debe ser agradable tener clientes que regalan asientos de primera fila así como así —dijo Harper. Era la fan más grande que había visto jamás; su dedicación a los Ice Intruders superaba el fervor de un fanático religioso. Había visto cada partido, completamente equipada, por supuesto.

—Sí, mi trabajo tiene sus ventajas a veces —dije secamente, ocultando mi verdadera intención. Todo era por ella, por esa sonrisa que podía derretir glaciares, por la forma en que su optimismo

atravesaba mi eterno invierno. Ver a Harper tan feliz en este momento había valido cada esfuerzo secreto.

—Guau. Todavía no puedo creerlo. —La voz de Harper era una mezcla de emoción y asombro mientras tomábamos nuestros asientos. El aire helado de la arena hacía visible su aliento.

—Estamos en primera fila —continuó, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Sus ojos recorrieron la pista de hielo frente a nosotros—. Siento que estoy soñando.

—Pellízcate, es real —dije. Mientras observaba su entusiasmo, una parte de mí quería contarle lo que había hecho para conseguir estas entradas. Esa parte quería admitir hasta dónde llegaría por su sonrisa, pero no podía. Admitir sentimientos equivalía a vulnerabilidad, y eso era algo que no podía permitirme.

—¡Estamos tan cerca que casi puedo tocar las camisetas! —dijo Harper con incredulidad cuando los primeros jugadores entraron al hielo para calentar.

—¿Debería preocuparme de que te fugues con uno de los jugadores? —pregunté arqueando una ceja.

—No —respondió Harper riendo.

—¿Segura? —insistí, provocando una risa aún más fuerte.

Harper volvió a sacudir la cabeza. —Pero necesitamos hacer algo urgentemente con tu estilo.

—¿Ah, sí? —Miré a Harper con recelo, anticipando lo que se avecinaba. Quería ponerme una de esas ridículas camisetas que todos a nuestro alrededor llevaban.

Pero Harper ni siquiera preguntó, simplemente dejó la comida, se quitó la bufanda del cuello y me la envolvió. Mi protesta murió en el momento en que su aroma me envolvió. Vainilla, con un toque de verano.

—Mucho mejor —dijo, sonriéndome con satisfacción.

Debía verme ridículo, con un traje Bertani a medida, zapatos de diseñador y una bufanda de fan desgastada. Aun así, mantuve la bufanda porque hacía feliz a Harper.

—¡Ya va a empezar! —exclamó Harper cuando sonó un zumbido y agarró mi brazo con emoción. Su cercanía envió un escalofrío inesperado a través de mí, que ignoré lo mejor que pude—. Nunca pensé que tú y yo veríamos un partido de hockey juntos.

—Yo tampoco, Harp —admití en voz baja, mi mirada se detuvo en su perfil—. Yo tampoco.

La conversación cambió cuando la acción en el hielo comenzó y la multitud estalló en vítores. Harper se inclinó hacia mí, su voz se elevó sobre el ruido para explicarme los detalles del juego.

—Bien, ese es Caden Collins. Lo llaman "Crusher" porque, bueno... el apodo se explica por sí mismo —dijo con una risita, señalando al robusto alero que era fácilmente reconocible por su impresionante presencia en el hielo.

—Crusher, entendido —repetí, aunque mi atención estaba más en Harper que en los jugadores calentando.

—Y ahí está Mason Carter, "Frost". Es frío bajo presión, un profesional total en los enfrentamientos —agregó, sus labios se curvaron en una sonrisa orgullosa, como si ella fuera personalmente responsable del apodo del jugador.

—Bueno saberlo —respondí, encontrándome cautivado por su conocimiento y entusiasmo. Era inesperado ver este lado de Harper; normalmente era reservada, casi tímida, pero aquí su entusiasmo rivalizaba con el de cualquier hombre.

El juego comenzó. El disco zumbó sobre el hielo con un chasquido agudo, pero apenas lo noté. Mis ojos estaban fijos en Harper mientras seguía animadamente los movimientos de cada jugador, su entusiasmo contagioso para todos excepto para mí. No podía evitar seguir observando a Harper. La forma en que sus ojos marrones se iluminaban y cómo su cabello rubio, normalmente atado en una cola desordenada, ahora caía en ondas bajo su gorra del equipo.

—¿Blake? —Su voz me sacó de mi ensoñación—. No has estado viendo el juego en absoluto. ¿Por qué me miras así?

Parpadeé, sorprendido. —No estaba mirando fijamente —mentí con facilidad yforcé mi mirada hacia la pista de hielo.

—Claro que no —me provocó con un brillo juguetón en sus ojos.

El tiempo pasó más rápido de lo que pensé. No era un fanático de los deportes, pero entendía por qué Harper podía apreciar este deporte.

El segundo período comenzó con los Ice Intruders tomando la delantera y terminó con los Intruders ampliando su ventaja.

Harper sacó su último churro de la bolsa de papel marrón.

—¿Qué tal unos churros más? —pregunté, mirando hacia el otro extremo del pasillo. Allí había una cafetería que en realidad consistía solo en una ventanilla donde se hacían los pedidos.

—Nunca se tienen suficientes churros y chocolate —respondió Harper con tanta seriedad que no estaba seguro si bromeaba.

—¿Te está gustando el partido? —pregunté mientras nos abríamos paso entre otros aficionados.

—Mucho. —Harper asintió, luego paseó su mirada por el estadio—. Todo es muy emocionante. —Su mirada se detuvo en algo detrás de mí. Entonces me sorprendió, su naturaleza impulsiva se

manifestó cuando tomó mi mano—. Hay algo aún más emocionante —susurró en tono conspirador, con una sonrisa traviesa en sus labios.

Harper me arrastró más allá de la fila de la cafetería y me llevó tras ella hasta que llegamos a una puerta discreta escondida bajo las gradas. Con una mirada rápida para asegurarse de que pasábamos desapercibidos, Harper la abrió y me empujó hacia la penumbra.

Antes de que pudiera cuestionar el repentino cambio de ritmo, ella rodeó mi cuello con sus brazos y presionó sus labios firmemente contra los míos. La intensidad de su beso, avivada por la adrenalina del juego, no dejaba duda sobre qué emoción tenía en mente.

La besé con fiereza, mis manos encontraron su cintura y la acercaron más.

—Harper, ¿qué te ha pasado? —pregunté, mi voz un susurro áspero. El espacio estrecho bajo las gradas estaba oscuro y lleno de los vítores amortiguados de la multitud sobre nosotros.

—Adrenalina —jadeó entre respiraciones, sus dedos se hundieron en la tela de mi abrigo como si pudiera aferrarse a él—. Te necesito... te necesito, Blake.

La urgencia en su voz me hizo ponerme duro en cuestión de segundos.

—El partido continúa —murmuré contra los labios de Harper.

—No importa —respondió Harper y me besó de nuevo. La presioné contra la fría pared y estuve a punto de perder el control.

—Harper, es *tu* partido —intenté de nuevo. A mí me importaba el hockey tanto como cualquier otro deporte de equipo, pero a ella no.

—Blake, van ganando y nada va a cambiar eso en el último tercio —murmuró Harper, su voz sin aliento casi se perdió en el creciente ruido—. Podemos continuar; no nos perderemos nada.

—Dos minutos —susurré, deslizando mis manos bajo su ropa y sintiendo el latido de su corazón bajo mis dedos—. Ese es el tiempo que tienes para correrte para mí.

Sus ojos se agrandaron, la pintura azul y blanca en sus mejillas se había manchado por nuestros besos apasionados.

—Dos minutos. —Harper asintió. No perdí tiempo, el aire frío golpeó nuestra piel mientras las prendas se deslizaban hacia abajo en una prisa impulsada por el deseo crudo. Las líneas duras de mi cuerpo se presionaron contra sus suaves curvas, arrancando un suave gemido de Harper.

—Silencio, Harper —le recordé, aunque en realidad no me importaba que todo el mundo oyera cómo la follaba. Porque entonces no habría duda de que Harper me pertenecía. A mí y a nadie más.

Harper me miró, una sonrisa cruzó su rostro, acompañada de un brillo travieso en sus ojos. Esa

fue toda la aprobación que necesité.

La presioné más fuerte contra la pared y entré en ella. Harper se mordió el labio para sofocar su gemido mientras la follaba dura y profundamente.

Era un misterio para mí cómo Harper siempre lograba que perdiera el control de esta manera. Dios mío, estaba follando a Harper detrás de alguna puerta delgada que nos separaba de casi cincuenta mil aficionados al deporte.

Este no era yo, era otra versión de mí y no sabía qué pensar de ella. Las palabras de Alexander resonaban en mi mente y me pregunté cuánto de mi afecto por Harper era actuación y cuánto era real.

—¡Oh Dios, Blake! —jadeó, sacándome de mis pensamientos.

La follaba tan duro que no lograba mantenerse callada. Así que la ayudé poniendo mi mano sobre sus labios, ahogando sus palabras. El aliento de Harper golpeaba caliente e irregular contra mi palma. Sus uñas se clavaron en mi espalda, un dolor tan dulce que solo avivó el fuego que ardía entre nosotros.

Harper temblaba bajo mí, sus músculos internos se contraían anunciando su clímax, por lo que presioné mi mano aún más firme contra sus labios. Sus gritos ahogados vibraron contra mi piel, y esa fue toda la motivación que necesité para seguirla al borde. Mi propia liberación me golpeó con fuerza y definitivamente más fuerte de lo que debería.

Luego me retiré de ella a regañadientes, cerré mis pantalones y la ayudé a arreglar su ropa.

—Eso fue... —jadeó, sus labios hinchados por nuestros besos, sus mejillas sonrojadas.

—Sí —respondí con voz profunda.

Harper se inclinó hacia adelante, se pasó los dedos por el pelo y se enderezó.

—¿Qué? —preguntó sonriendo—. Estás mirando *así* otra vez, Blake.

Una sonrisa tiró de la comisura de mi boca. —Te ves completamente desecha, de la mejor manera posible.

—Encantador. —Se rió y me golpeó lo mucho que esta mujer se había filtrado en las grietas de mi antes impenetrable armadura.

—Vamos —susurré, apartando un mechón rubio perdido de su rostro—. Deberías refrescarte. Pronto conoceremos a un equipo ganador.

La mención del encuentro encendió una nueva luz en sus ojos.

—¿En serio? —jadeó, su emoción palpable—. ¿Puedo conocerlos?

—A cada uno de ellos —confirmé, sintiendo un calor en mi pecho que no tenía nada que ver con el espacio reducido o nuestras actividades recientes.

Harper se lanzó hacia adelante y me abrazó, seguido de besos frenéticos.

—Eres realmente increíble —dijo, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—No, tú eres increíble —respondí, y me asustó lo en serio que lo decía.



Tienes ese brillo.



Capítulo 24 - Harper

APARTAMENTO DE BLAKE, SALA de entrenamiento, Nueva York, la misma noche.

—¡Oye, Harp! ¿Sigues viva? —crepitó la voz de Holly a través del altavoz del portátil, justo cuando estaba retorciendo mi cuerpo en un perro boca abajo, estirando cada músculo como una goma elástica.

—¡Más viva que nunca! —respondí sonriendo, mientras la miraba en la pantalla. Le lancé una mirada traviesa—. Estoy trabajando en mis habilidades de yoga y fingiendo que ya no tengo agujetas de la última sesión de entrenamiento.

—Menos mal que tienes esos huesos flexibles, quienquiera que te los haya heredado, porque la flexibilidad no está precisamente arraigada en los genes Johnson —respondió Holly con una sonrisa juguetona en su rostro—. Sabes, si sigues así, tal vez tenga que llamarte *Yoga-Harper* en lugar de *Hockey-Harper*.

—¡*Yoga-Harper* suena lindo! Pero tengo otro título para ti —repliqué, cambiando a la postura del guerrero con un poco de impulso extra—. Llámame *Harper-la-mayor-fan-de-los-Ice-Intruders-del-mundo-que-hoy-tuvo-un-encuentro-con-ellos-Johnson*.

—Qué nombre tan enrevesadamente largo —respondió Holly con una sonrisa torcida. Solo entonces hizo *clic*.

—Espera un momento —los ojos de Holly se agrandaron—. ¿Realmente viste su juego hoy en vivo? Y quiero decir, ¿en vivo de verdad?

—¡Sí, en vivo de verdad! —dije, mi estómago revoloteando con el recuerdo—. ¡Estuve allí!

¡Blake me llevó!

Holly alzó una ceja, el escepticismo goteaba de su tono. —¿Esperas que me crea eso? Las entradas se agotan con meses de antelación.

—¡Créelo, hermanita! —exclamé, prácticamente saltando sobre la colchoneta—. ¡Incluso pude conocer a los Intruders después del juego! ¡Fue irreal!

—Está bien, espera un momento. —Holly hizo una pausa y se inclinó más cerca de su portátil, sus ojos verdes entrecerrados—. Pruébalo. Muéstrame algo. Un mechón del abundante cabello de Sniper. O la loción para después del afeitado de Frost, que seguramente huele a frescura y masculinidad.

Con una breve risa, interrumpí mi rutina y rápidamente agarré la camiseta firmada que colgaba de la silla cercana. La había colocado allí específicamente para mostrársela a Holly. La sostuve en alto triunfalmente, haciéndola ondear como una bandera de victoria. —¡Ta-da! ¡Firmada por todo el equipo! Incluyendo al entrenador Nash.

—¡Guau! —exclamó Holly, su boca abierta—. ¡Intruders, intrude!

—¡Intruders, intrude! —me uní también al grito de guerra del equipo.

—¿Y el último tercio se veía tan espectacular como en la pantalla? Apenas podía quedarme quieta, Harp. ¡Debes haber explotado literalmente! —Holly soltó todo de golpe.

Sí, había explotado, pero no por el juego. Inmediatamente, el rubor subió a mis mejillas e intenté no parecer sospechosa. Porque la emoción del juego había sido eclipsada por algo más: Blake.

—¿Harp? —La voz de Holly adquirió un tono juguetón—. No me digas que estabas demasiado ocupada con los nachos.

—Tenía churros y chocolate caliente —respondí en voz baja. Simplemente no podía decirle a mi hermana que Blake y yo habíamos tenido sexo debajo de las gradas. Y mucho menos quería decir que yo había sido quien no pudo soportar más el calor. Prácticamente me había abalanzado sobre Blake.

—Esta relación falsa parece estar haciéndote muy bien —bromeó Holly, su tono juguetón, pero con genuina curiosidad.

—Real o no, con Blake ciertamente no hay momentos aburridos —admití, el calor de nuestra aventura secreta aún perceptible en mi piel.

—Te lo mereces más que nadie —dijo Holly, y sus ojos adquirieron ese calor que inmediatamente me hacía sentir nostalgia—. Solo recuerda, hermanita: juega el juego, pero no dejes que el juego te juegue a ti.

—¿Desde cuándo eres la entrenadora? —repliqué sonriendo, lista para continuar mi rutina de

yoga.

—Solo quiero asegurarme de que este juego se juegue con reglas justas —respondió Holly.

—Es justo —dije en voz baja, mi sonrisa vacilando un poco. Un nudo se formó en mi estómago. ¿Quizás para Blake esto era realmente solo un juego? ¿Otro contrato que eventualmente expiraría? Atterradoramente, *eventualmente* ya era tangible. Solo quedaban unas pocas semanas hasta la gala de Navidad.

—¿Harper? —insistió Holly, su expresión cambiando de juguetona a preocupada—. Suenas insegura.

—Blake es genial... pero hay algo. —Tragué saliva con dificultad y sentí el peso de mi inseguridad flotando en el aire—. No sé qué es, pero me está molestando.

—¡Harper, tienes que hablar con él! —instó ella—. Los secretos nunca llevan a nada bueno.

—Tal vez —murmuré, aún atrapada en un torbellino de pensamientos—. Pero ¿qué se supone que diga? "Oye, Blake, ¿qué pasa con Brooke?" Porque déjame decirte, ¡no tengo idea de quién es esta Brooke!

—¿Brooke? —preguntó Holly, frunciendo el ceño.

—Brooke. —Asentí—. Cuando Alexander mencionó su nombre, Blake casi perdió el control. Nunca lo había visto tan enojado. —El tono gélido y las duras facciones me provocaron un escalofrío con solo recordar la cena.

—¿Crees que es una ex? —preguntó Holly.

—No lo sé. Quienquiera que sea Brooke, Blake no quiere hablar de ello. —Me encogí de hombros y volví a sentarme, mientras mi mente corría—. Se pone todo gruñón cada vez que intento llevar la conversación en esa dirección. Es como si se activara un interruptor —murmuré a Holly, mientras pasaba al perro boca abajo, sintiendo el estiramiento profundo en mis muslos.

—Bueno, si se pone gruñón, es obvio que le importa. Significa algo para él —afirmó, y su tono se volvió más alegre—. Habla con él, Harper. Y dile que te mereces que te diga la verdad. Al fin y al cabo, tú tampoco tienes secretos con él.

No respondí nada, solo me mordí el labio inferior. Porque había algo que le ocultaba a Blake.

—Harper Johnson. —El tono de Holly se parecía atterradoramente al de la abuela cuando habíamos hecho alguna travesura—. Suéltalo, ¿cuál es tu secreto?

—¿Yo? ¡No tengo ningún secreto! —reí nerviosamente.

—Suéltalo, es pan comido. Además, soy tu hermana, tengo algo así como un deber de confidencialidad, en el improbable caso de que tu Señor Perfecto aparezca en el rancho

Silverlake y me interrogue sobre vuestro jardinero sexy que corta los setos sudoroso y sin camiseta.

—Fácil decirlo. Además, Blake no tiene jardinero. Ni plantas. —Las palabras salieron entre respiraciones, mis dedos bien separados para mantener el equilibrio—. No tengo *verdaderos* secretos con él, pero...

—¿Pero? —El tono de Holly se volvió más agudo por la curiosidad, y pude oír la sonrisa en su voz sin necesidad de mirar la pantalla.

Me coloqué en la posición de la cobra, estirando mi abdomen y mordiéndome el labio con indecisión—. Bueno, hay una cosita...

—Suéltalo, Harper. ¿Qué le ocultas al Señor Perfecto?

—Vale, vale —cedí, sentándome sobre mis talones y girándome hacia el portátil—. A veces... todavía... salgo a pasear perros.

—Espera, ¿ese es tu gran secreto? —bufó incrédula—. Harp, eso no es precisamente escandaloso. Podrías estar haciendo cosas peores. Como jardineros sudorosos, lo que sería bastante sospechoso en un piso sin plantas.

—Holly, no lo entiendes —intenté explicar.

—¡Le dije que había dejado de trabajar. Incluso está en el contrato! —Mis manos empezaron a sudar y no tenía nada que ver con el ejercicio—. Quiero decir, técnicamente no es trabajo si amas lo que haces, ¿verdad?

Holly se rió, el sonido ligero y airoso—. Ese oscuro secreto de cuidadora de perros definitivamente hará caer el imperio Norton.

—Ja, ja —respondí secamente, aunque una sonrisa se dibujaba en mis labios—. Blake lo dejó muy claro: no quiere que yo *tenga* que trabajar.

—Harper, piénsalo —rebatí Holly, su voz impregnada de una sabiduría que iba más allá de sus años—. Puede que Blake no quiera que *tengas* que trabajar, pero si pasear a esos perros es lo que quieres hacer, no debería haber nada que lo impida.

—En teoría tienes razón, pero en la práctica Blake odia a los perros. Nada de perros cerca de su vida impecable y mucho menos en su oficina. Y antes de que preguntes: Blake dejó esto claro antes de que yo supiera su nombre. ¿Recuerdas la historia con Apollo?

—¿Cómo podría olvidarla? —respondió Holly con una amplia sonrisa—. Pero ¿has pensado que quizás Blake no quiere que trabajes para que puedas estar más cerca de él? —Holly se inclinó más cerca de la cámara—. Al fin y al cabo, tú también quieres estar cerca de él.

—¿Yo qué? —El calor subió a mi rostro.

Holly me miró con complicidad—. Te conozco lo suficiente como para saber que estás perdidamente enamorada.

—Nunca me has visto enamorada —solté—. ¿O estás hablando de otra Harper de Maplewood?

Esquivé la pregunta con la habilidad de un gato que evita las manos de un niño pequeño. Pero mi hermana pequeña era persistente.

—Exacto. Nunca te has enamorado aquí. Pero ahora lo estás, tienes ese *brillo*.

Negué con la cabeza—. Tal vez te esté cegando tu propio brillo. Hablando de eso, ¿cómo van las cosas con Tyler?

—Bien, pero no cambies de tema. —Holly puso los ojos en blanco, pero pude ver cómo la felicidad iluminaba sus facciones—. ¡Mi vida amorosa no es asunto tuyo!

—Vaya, entonces supongo que tendré que contarte sobre mi vida amorosa, en la que te has metido sin que te lo pida —sonreí, devolviéndole la broma.

—Vale, vale, pero en serio, Blake también debe sentir algo real por ti —reflexionó Holly—. Nadie te ha hecho brillar como él. No estamos ante una situación ridícula de emojis de corazón, sino una en la que ya se oyen las campanas de boda a lo lejos.

Mi corazón revoloteó ante la idea—. Ya veremos cómo va después de la gala de Navidad. —Mientras cambiaba mi posición al perro boca abajo, miré mi anillo de compromiso. No era real, pero estaba ahí, y le mostraba al mundo que pertenecía a Blake, y eso se sentía bien.

—Oh, por favor —la voz de Holly resonó a través del altavoz, llena de confianza—. Blake sería un idiota si te dejara ir. Eres como... la versión humana de un disco de hockey Ice Intruders de edición limitada bañado en oro.

Me reí de la comparación, aunque la sensación incómoda en la boca del estómago no desapareció.

Mientras pasaba a la posición del guerrero, con las piernas separadas y los brazos extendidos hacia el techo, reflexioné sobre sus palabras.

—Tal vez tengas razón —dije finalmente, mis músculos se tensaban y relajaban con cada movimiento—. Pero hacer que Blake vea las cosas desde mi punto de vista es como intentar convencer a un gato de que disfrute de un baño de espuma.

Ahora fue Holly quien se rió.

—Por supuesto que tengo razón —coincidió Holly, su voz una mezcla de descaro y dulzura—. Y que conste, si Blake es la mitad de buen tipo de lo que dices, no te dejará ir. Eres una buena captura.

—Solo prométeme que hablarás con él —insistió—. No más secretos. Especialmente sobre ese adorable *asunto de cuidar perros*. Y tal vez entonces él te cuente qué pasa con esa misteriosa Brooke.

—Está bien, señorita sabelotodo —dije, poniendo los ojos en blanco juguetonamente, luego miré el reloj. Como casi siempre, nos habíamos enfrascado en la conversación—. ¿No deberías estar atendiendo a los caballos ya?

—Eh... —Holly evitó mi mirada. Pero al momento siguiente, escuché a mi padre llamando a Holly con tono de reproche desde el fondo, lo que me hizo sonreír.

—Hagamos esto —dijo Holly, poniendo una expresión diplomática—. Yo voy a alimentar a los caballos ahora y tú hablas con Blake. ¿Trato hecho?

Exhalé aliviada cuando mantuve mi última pose el tiempo suficiente, me giré sobre la espalda y me estiré como una gata perezosa.

—Trato hecho.



Normalmente solo te haces notar por tu ausencia.



Capítulo 25 - Harper

GALA DE NAVIDAD, UPPER East Side, Nueva York, unas semanas después, Nochebuena.

El anillo de compromiso en mi dedo se sentía como un cuerpo extraño que de alguna manera había aterrizado en mi mano, tan fuera de lugar como una vaca en un ballet. Lo giraba alrededor de mi dedo, y cada vuelta era un tic en un reloj invisible que contaba regresivamente hasta el final de... todo.

Estaba sentada junto a Blake en la parte trasera de una limusina, envuelta en el vestido más elegante que jamás había visto: una impresionante creación de seda oscura que favorecía mi figura. La tela brillaba con cada uno de mis movimientos y captaba el resplandor de las farolas al pasar. Me sentía como una princesa, como Cenicienta, pero el cuento de hadas terminaría a medianoche, cuando la gala y con ella nuestro falso compromiso llegaran a su fin.

—Harper —la voz de Blake me sacó de mis pensamientos confusos, me miraba con algo parecido a la preocupación. Su mano envolvió la mía, poniendo fin al baile nervioso de mis dedos—. Pareces tensa. ¿Nerviosa?

Asentí y sentí cómo el calor de su toque se filtraba en mi piel como un bálsamo. A pesar de su actitud fría, el calor de Blake siempre estaba justo debajo de la superficie, solo para que yo lo sintiera. Para entonces, lo conocía lo suficiente como para sentir el calor que se encontraba bajo su capa de hielo.

—Escúchame —dijo con voz suave y uniforme—, los vas a encantar a todos con tu encanto, especialmente a mi padre. —Su expresión se oscureció brevemente al mencionar a su padre. Luego Blake se aclaró la garganta—. No te preocupes, no nos quedaremos mucho tiempo.

No pude evitar alisar los pliegues de mi vestido y echar un vistazo a Blake. Lucía muy bien en ese impecable esmoquin negro, que combinaba perfectamente con mi vestido. Las líneas limpias de su traje acentuaban su constitución musculosa, y no podía negar lo increíblemente atractivo que se veía; era como si alguien hubiera sacado al protagonista más guapo de una novela romántica y lo hubiera esculpido en el hombre a mi lado.

—Gracias, Blake —susurré, deseando de repente que este momento pudiera extenderse hasta la eternidad. Porque cuando este contrato terminara, tal vez también terminaría nuestro compromiso en el cuarto de juegos. Blake nunca me había presentado un contrato para esa habitación, aunque yo sabía que normalmente lo hacía. Al principio, me alegré de que Blake no quisiera un contrato para esa habitación, pero ¿ahora? Ahora habría vendido mi alma para poder poner mi firma en un papel.

La limusina se detuvo suavemente, el ronroneo de su motor se apagó hasta convertirse en un suave murmullo. El edificio de la gala se alzaba como una gran mansión, decorado con luces navideñas y cintas carmesí que calentaban el frío invernal. Blake salió primero del coche y luego se dio la vuelta para ofrecerme su mano. La tomé y una parte de mí dijo que nunca debería soltarla.

—Harper —dijo Blake sonriendo mientras me ayudaba a salir y me guiaba al interior del edificio por una alfombra roja típica. Me aferré a su brazo para no caer víctima de mis tacones en los escalones.

El interior del edificio casi me dejó sin aliento, al menos si hubiera llevado calcetines con mis tacones. Olía a pino —los árboles estaban distribuidos a cierta distancia a lo largo de las paredes y decorados con bolas de Navidad y oropel. Una orquesta tocaba clásicos navideños y el suave eco de los invitados charlando calentaba la sala.

—Estas arañas son realmente especiales —murmuré, mi mirada se detuvo en las lámparas de araña sobre nosotros, de las que colgaban innumerables cristales que atrapaban la luz y se reflejaban en el suelo de mármol pulido como estrellas en una noche clara.

—Imponentes —respondió Blake, sus ojos siguieron los míos—. Todo aquí está diseñado para impresionar. Pero no hay nada aquí más hermoso que tú. —Mi corazón se saltó un latido cuando las palabras susurradas de Blake me alcanzaron.

Justo cuando había creído que el vestíbulo era enorme —aquí los Ice Intruders podrían haber jugado fácilmente sus partidos— el salón principal eclipsaba incluso al Allstar Arena.

Sentí a Blake tensarse a mi lado. Sus ojos plateados escanearon la sala, captando miradas de rostros familiares, pero ninguno pareció mantener su interés por mucho tiempo.

—¿Lista? —preguntó mirándome. ¿La pregunta era realmente para mí, o en realidad se trataba de él? Sabía que solo estábamos aquí para engañar a su padre, lo que secretamente me dio una punzada en el corazón. No quería estar aquí para mantener una fachada. Quería estar aquí porque Blake quería que estuviera aquí.

—Lista —respondí y respiré profundamente. Si esta iba a ser mi última noche con Blake, quería disfrutarla.

Mientras navegábamos entre los invitados que se mezclaban, no tardamos en encontrarnos con Alexander, que se dirigía hacia nosotros con una copa de martini. Su esmoquin hecho a medida le quedaba tan perfecto que podría competir con la ropa de cualquier modelo en las revistas de moda de alta gama. Y su breve sonrisa tenía su propio atractivo magnético para el mundo femenino. Al menos noté cómo las miradas de casi todas las invitadas seguían a Alexander hasta nosotros. Y cuando sus miradas se posaron en Blake, los celos pincharon incómodamente en mis entrañas, por lo que me aferré aún más fuerte al brazo de Blake.

Blake me miró y para mi vergüenza, interpretó correctamente mi gesto, porque una sonrisa cruzó sus serias facciones. Apartó mis manos de su brazo, solo para luego poner su mano alrededor de mi cintura y acercarme más a él.

—Gracias —susurré en voz baja, a lo que él asintió.

—Vaya, vaya, mira quién ha decidido aparecer —dijo Alexander, pescando la aceituna de su martini con un palillo de dientes mientras sonreía—. Si no es el mismísimo Blake Norton —la voz suave de Alexander se elevó por encima de la multitud.

—Alexander —dijo Blake cuando se detuvo junto a nosotros, su tono neutral. No pude pasar por alto la ligera tensión en su mandíbula, aunque trataba de mantener la calma.

—No esperaba verte esta noche, Blake —dijo Alexander, inclinándose ligeramente hacia adelante, con un brillo juguetón en sus ojos—. Normalmente solo te haces notar por tu ausencia.

—Sorpresa —dijo Blake secamente, pero una sonrisa tiraba de las comisuras de su boca.

—¿Estás aquí por la caridad o para escapar de tu familia? —bromeó Alexander.

—¿Hay alguna diferencia? —replicó Blake, arqueando una ceja.

—Touché —concedió Alexander y se volvió hacia mí—. Y Harper, supongo que él te arrastró aquí, ¿no?

—No, estoy aquí completamente por voluntad propia —respondí sonriendo—. Eventos como este son imposibles de encontrar en Kentucky. —No era mentira. Mi última gran fiesta había sido el Maplewood Rodeo, donde unos locos habían intentado hacer el sándwich más grande del mundo para entrar en el Libro Guinness de los Récords. Spoiler: Se habían comido casi la mitad del sándwich antes de que pudiera ser medido.

—Menos mal que lo trajiste, Harper. Blake es demasiado guapo para quedarse encerrado en casa.

Me reí. —Hay algo de verdad en eso.

—Pero en serio. Blake odia eventos como este. ¿No es así, Blake?

—No son los eventos lo que odio —intervino Blake con brusquedad, su mirada se desvió hacia su padre al otro lado de la sala, que estaba junto a Bruce—. Es la compañía que asiste a estos eventos.

Alexander se inclinó hacia adelante. —No lo digas muy alto, después de todo eres el invitado de honor.

—Me siento más como un rehén —respondió Blake, sus labios apenas se curvaron en una sonrisa. Su mirada recorrió la sala y sus ojos se entrecerraron ligeramente al ver a su padre. El ambiente cambió, y casi pude escuchar las palabras no dichas entre Blake y su familia.

—Hablando del diablo —murmuró en voz baja y exhaló un gruñido cuando sus miradas se cruzaron.

—¿Deberíamos...? —empecé a decir, pero Blake negó con la cabeza, su expresión indescifrable.

—Terminemos con esto de una vez —dijo en voz baja, y sentí una punzada de empatía por el hombre a mi lado, malhumorado pero innegablemente fascinante. Cuando su padre se acercó, apreté suavemente el brazo de Blake ofreciéndole apoyo silencioso, pero él me apartó.

—Encantadora, Harper, simplemente encantadora —dijo Alistair Norton sonriendo mientras se acercaba a nosotros. Su voz era cálida, pero la calidez no llegaba del todo a sus ojos. Su mirada aguda evaluó mi apariencia, el elegante vestido que se ajustaba a mi cuerpo como si hubiera sido hecho solo para mí, lo que, conociendo la naturaleza meticulosa de Blake, probablemente era cierto.

—Gracias, Sr. Norton —logré decir, mi inseguridad se sentía fuera de lugar en medio de la confianza de la alta sociedad neoyorquina.

—Por favor, llámame Alistair. —Aunque sin duda era sincero, su sonrisa no derretió realmente la escarcha en el aire. A mi lado, el cuerpo de Blake se tensó.

—Disculpadme, creo que voy a por otro martini —intervino Alexander, retirándose hacia el bar antes de quedar atrapado en el fuego cruzado. Alexander tenía suerte, podía simplemente escapar. Pero yo? Yo tenía que quedarme aquí por obligación y fingir que no me daba cuenta de que había una profunda crisis entre Blake y su padre.

—Por supuesto —dijo Alistair, dando una palmada en el hombro a Alexander antes de volver toda su atención hacia nosotros, o más bien, hacia Blake—. Me alegro de que hayas podido venir este año, incluso acompañado. Ha pasado demasiado tiempo.

La mandíbula de Blake se tensó, y casi pude sentir la ira creciendo en su interior.

—Creo que mi tiempo está mejor invertido en otros lugares —respondió Blake fríamente.

—Todavía aferrado a viejos rencores, por lo que veo. —Había un toque de pesar en la voz de Alistair, pero estaba entremezclado con algo más, tal vez un desafío—. Brooke estaría orgullosa

de ti de todos modos.

Los ojos de Blake, normalmente tan estoicos, parpadearon con un dolor que atravesó la fachada estudiada de indiferencia.

—Necesito aire fresco —dijo entre dientes, las palabras apenas un susurro.

—Blake... —empecé, pero ya se estaba retirando, dejándome con su padre.

—Harper, me disculpo por la brusquedad de mi hijo —dijo Alistair en un tono conciliador.

—Está bien —respondí, aunque las arrugas de preocupación en mi frente revelaban mi inquietud.

Sentí cómo la tensión en el aire se apretaba aún más, mientras la salida de Blake dejaba un silencio que era demasiado fuerte, demasiado evidente para ignorarlo.

Alistair miró a Blake alejarse, estoico y compuesto, como si estuviera acostumbrado a que Blake se fuera enfadado.

—Cuando se trata de Brooke —comenzó Alistair, su voz perdiendo algo de autoridad—. Puede ser bastante... temperamental.

Tragué el nudo que se había formado en mi garganta y forcé mis labios a esbozar una sonrisa. —Está bien, Sr... —Me corregí con una pausa vacilante—. Alistair. La cena con Alexander también tuvo sus momentos cuando se mencionó el nombre de Brooke.

¿Quién demonios era Brooke? ¿Y por qué sacaba a Blake de sus casillas como nada más?

—Ah sí, la sensibilidad de Blake respecto a su hermana no es ningún secreto. —Me examinó con ojos penetrantes que no se perdían nada.

—¿Brooke es su hermana? —Las palabras salieron antes de que pudiera contenerlas, y el destello en la expresión de Alistair me reveló que se dio cuenta de que Blake no había mencionado a su hermana ni una sola vez.

—En efecto —respondió, una sombra cruzó sus facciones—. Una vieja historia familiar que no tiene cabida ni en galas navideñas ni en otras ocasiones festivas.

—Lo siento —murmuré, mi curiosidad dolía como un moretón. Necesitaba encontrar a Blake, salvar la brecha que las palabras de su padre habían abierto entre nosotros—. Debería ir a buscarlo.

—Antes de que te vayas... —La mano de Alistair envolvió la mía por un momento, su pulgar rozó el anillo de compromiso antes de quitármelo, una mentira brillante en mi dedo. Mi corazón tropezó de miedo al ser descubierta—. Este anillo no te queda del todo bien, Harper. —Me sostuvo el anillo frente a la cara.

Se me cortó la respiración y un escalofrío me recorrió la espalda. La charada había sido descubierta; me había pillado. Pero en lugar de condenación, las siguientes palabras de Alistair ofrecieron un consuelo inesperado. —A diferencia del anillo, tú encajas perfectamente con Blake.

—¿Ah, sí? —pregunté con voz ronca.

Mis dedos se crisparon a mi costado mientras sentía la intensa mirada de Alistair sobre mí. La luz dorada de la gala se reflejaba en las facetas del anillo antes de que me lo devolviera.

—Blake y yo —comenzó, su voz revelaba un atisbo de algo que no pude identificar del todo, ¿tal vez arrepentimiento?— Ya no somos tan cercanos como antes.

Asentí, un gesto automático, mientras mi mente intentaba procesar su tono de voz, tan diferente a la frialdad que Blake mostraba cada vez que mencionaba a su padre.

—Aun así, no hay que ser un genio para darse cuenta de todo lo bueno que has traído a su vida. —Los ojos de Alistair se suavizaron, y percibí una sinceridad que resonaba en sus palabras—. Está mucho mejor desde que entraste en su vida.

Miles de preguntas burbujearon dentro de mí, cada una ansiosa por ser respondida, pero se quedaron atascadas en mi garganta, sin ser pronunciadas.

—Gracias —logré articular finalmente, mi voz apenas un susurro.

Estas palabras significaban mucho para mí, pero no sabía cuánto valdrían realmente cuando terminara la noche.

—Deberías ir a buscar a Blake ahora —dijo Alistair, asintiendo brevemente—. Espero verte en la próxima gala.

—Yo también lo espero —respondí, y la sensación de inquietud en mi estómago se hacía cada vez más grande.

Me giré en la dirección por la que Blake había desaparecido cuando Alistair se aclaró la garganta una vez más. —Él te hablará de Brooke cuando esté listo.



No pienses demasiado ahora, Blake Norton.



Capítulo 26 - Blake

GALA DE NAVIDAD, UPPER East Side, Nueva York, unos momentos después.

Me escapé al balcón, necesitaba alejarme de la sociedad hipócrita que tanto odiaba. Necesitaba paz. El balcón vacío ofrecía una vista impresionante del Upper East Side, pero apenas la noté, mis pensamientos oscuros se imponían demasiado. Respirando profundamente, me acerqué a la barandilla de columnas de piedra maciza y me apoyé en el frío granito. Entonces noté un paquete de *Black Smokers* en el borde, junto con un encendedor. Mis dedos temblaban cuando alcancé el paquete de cigarrillos negros en la barandilla, sin duda de Bruce. Nadie más de la alta sociedad fumaba esta marca, o fumaba en absoluto. Yo también detestaba fumar, pero en ese momento anhelaba cualquier cosa que pudiera adormecer el dolor.

La primera calada me quemó los pulmones, luego mejoró. Los copos de nieve comenzaron a caer. La primera nevada del año. El aire helado de la noche mordía mi piel, pero di la bienvenida al frío. Encajaba con el entumecimiento glacial que se extendía por mi pecho.

—¿Desde cuándo fumas? —La voz de Harper me sobresaltó. Me giré y la vi de pie en la puerta, con el ceño fruncido de preocupación. Mierda. Lo último que quería era que me viera así: débil, deshecho.

—No lo hago —murmuré y di otra calada.

Cruzó el balcón con pasos rápidos y me quitó el cigarrillo de los labios. —Bien, porque ser tan irresponsable no va contigo en absoluto. —Aplastó el cigarrillo bajo su tacón.

La miré fijamente, mi pecho se apretó. Incluso preocupada estaba impresionante: su cabello dorado caía en ondas sueltas, sus ojos marrones cálidos a pesar del frío en el aire. Su vista

despertó algo en mí y rompió el entumecimiento.

—Blake, ¿qué pasa? —La voz de Harper era suave mientras se acercaba. —Parece que hubieras visto un fantasma.

Agarré la barandilla, los nudillos blancos. Harper no estaba tan equivocada en su suposición. —No es nada.

—Tonterías. Te conozco lo suficiente como para saber que me estás mintiendo. —Harper ladeó la cabeza y me miró casi con lástima. Soltó un fuerte suspiro, su aliento condensado se dispersó por el aire, arremolinando copos de nieve.

Se me escapó una risa sin humor. ¿Realmente me conocía Harper? No. Si conociera la oscuridad que llevaba dentro, ¿me seguiría mirando como lo hacía ahora? Definitivamente no.

—Habla conmigo —instó suavemente. —Por favor.

Negué con la cabeza. —No quieres oírlo, Harper. Confía en mí.

Puso su mano sobre la mía, su toque ardiendo a través de mí. —Sí, eso es exactamente lo que quiero, Blake. Quiero escuchar lo que tanto te preocupa.

Respiré hondo, el aire frío picando en mis pulmones. —¿Mi padre te habló de Brooke, verdad?

Harper asintió lentamente. —Mencionó que era tu hermana, pero no dijo mucho más.

Dejé que mi mirada vagara por el parque que se extendía ante nosotros y más allá, hacia el horizonte del Upper East Side. Era particularmente hermoso en invierno, con las luces enmarcadas por la oscuridad invernal.

—Era —corregí, mi mandíbula se tensó. —Brooke *era* mi hermana.

Ahora las palabras que había llevado conmigo durante tanto tiempo estaban dichas. Ni siquiera en su tumba había logrado decirlo en voz alta. No es que hubiera tenido el corazón para visitar a Brooke a menudo. Y la aceptación aún estaba lejos de llegar.

Los ojos de Harper se ensancharon cuando la comprensión la golpeó. —Oh, Blake. Lo siento mucho.

Me aparté, incapaz de soportar la compasión en su mirada. —No tienes por qué. Fue hace mucho tiempo.

Pero eso no era cierto. No realmente. El dolor era tan fresco como el día que sucedió, una herida que nunca sanó realmente y que aún sangraba.

Harper no dijo nada. Simplemente se quedó de pie junto a mí, su mano aún descansando sobre la mía. El calor de su toque contrastaba fuertemente con el frío en mi interior. La nieve seguía

cayendo a nuestro alrededor, comenzando a cubrir la ciudad de blanco.

Luché conmigo mismo, dividido entre el impulso de alejar a Harper y el de dejarla entrar. Finalmente, hablé.

—Te debo una explicación. —Las palabras fluyeron de mis labios, espesas como la miel.

—No me debes nada —interrumpió Harper, su voz suave pero firme. —Pero parece que te debes algo a ti mismo.

Encontré su mirada, sorprendido por la comprensión que encontré allí. Sin juicio y sin lástima, solo calidez. Y de repente, quise contarle todo.

—Nunca he hablado de Brooke —admití. —No desde...

—¿Desde que murió? —terminó Harper suavemente.

Asentí y tragué con dificultad. —Sí.

Harper apretó mi mano. —Bueno, estoy aquí si quieres hablar. Y si no, también está bien.

Cerré los ojos y dejé escapar un suspiro tembloroso. Cuando los abrí, me giré completamente hacia ella.

—Creo que deberías saber toda la verdad. —Respiré hondo y me preparé. —Pero tienes que prometerme que nunca lo mencionarás de nuevo. No a mí, no a nadie cuando yo esté cerca. ¿Entendido? —Puse una expresión que dejaba claro lo en serio que iba. —Esto no es una petición, es una orden.

Harper dudó por un momento, entrecerró los ojos pensativamente y luego puso su mano sobre su corazón. —Mis labios están sellados. Lo juro por todo lo que me es sagrado.

A pesar de todo, sentí que la comisura de mi boca se curvaba brevemente hacia arriba. —Siempre tan dramática.

—No me querrías de otra manera —respondió, pero su expresión se volvió rápidamente seria. —Lo prometo, Blake. Lo que sea que me cuentes, queda entre nosotros. Y se queda aquí, en este balcón.

Asentí y me volví de nuevo hacia la barandilla. Aferré el frío granito y me anclé.

—Brooke era... era pura luz —comencé, con la voz apenas un susurro—. Siempre riendo, siempre lista para una sonrisa o un abrazo. Amaba la vida, amaba a la gente. Cada fiesta era la mejor fiesta, cada día el mejor día de todos.

Mientras hablaba, sentí cómo se tensaban mis músculos, cómo se crispaba mi mandíbula. A mi lado, Harper escuchaba atentamente, sus ojos nunca abandonaron mi rostro.

—Solo tenía diecinueve años cuando... —Me interrumpí, incapaz de pronunciar las palabras. Mis nudillos ahora estaban blancos sobre la barandilla—. Hubo un accidente. Uno malo. Casi mata a Bruce también.

La brusca inhalación de Harper fue audible, pero no me interrumpió. No pude mirarla mientras continuaba.

—Brooke había ido a una fiesta. Se suponía que no debía estar allí, pero... bueno, nunca podía resistirse a pasarlo bien. Cuando se dio cuenta de que había bebido demasiado, llamó a Bruce para que la recogiera.

Cerré los ojos, y los recuerdos volvieron con dolorosa claridad. —Estaban a solo unas millas de casa cuando sucedió. Todo pasó tan rápido que hasta el día de hoy se siente irreal. Brooke... murió al instante. Y a Bruce le llevó mucho tiempo recuperarse.

Mi voz se quebró en la última palabra, y sentí la mano de Harper en mi brazo, apoyándose. No me había dado cuenta de que estaba temblando.

La voz de Harper era suave cuando habló. —Blake, lo siento mucho. Pero... ¿por qué odias tanto a tu padre por esto?

Me giré para mirarla, y la ira se encendió en mi pecho. —¡Porque nada de esto habría pasado si no le hubiera prohibido ir a esa maldita fiesta en primer lugar!

Las palabras brotaron de mí, crudas y desgarradas. —Siempre tenía estas reglas estrictas, estos estándares imposibles. Si hubiera sido un poco más relajado, quizás ella no habría sentido la necesidad de escabullirse. Al mismo tiempo, obviamente le faltaba la disciplina para hacer cumplir sus malditas reglas. Entonces, ¿por qué establecerlas si no valen nada? Tal vez...

Me callé, y la verdad no dicha quedó suspendida pesadamente entre nosotros. Y luego dije algo que ni siquiera mi familia sabía hasta ahora, ni siquiera mi hermano gemelo. —Brooke quería que yo fuera a la fiesta con ella. Y si lo hubiera hecho, nunca habría llamado a Bruce...

—Blake, no te tortures con esos pensamientos de "qué hubiera pasado", solo te hacen daño. No tienes la culpa de ese accidente. —La presión de Harper en mi brazo se intensificó. Por el rabillo del ojo, vi que pronunciaba estas palabras con total convicción.

Sin embargo, esta pregunta me había atormentado desde la noche del accidente.

Harper esperó hasta que mi respiración se calmó de nuevo.

—¿Sabes qué, Blake? Esa noche perdiste a tu hermana. Pero tu padre también perdió a su hija esa misma noche. Se esfuerza contigo, quiere enmendarlo.

Me estremecí ante sus palabras y no quería escucharlas. No quería considerar que tal vez, solo tal vez, mi padre estaba sufriendo tanto como yo. Era más fácil odiarlo y culparlo. La alternativa significaba enfrentarme a todo el dolor y la culpa de los que había estado huyendo en vano

durante años.

—No lo entiendes —murmuré, apartándome de ella.

Pero Harper no lo permitió. En un movimiento fluido, se puso frente a mí.

—Sí, lo entiendo muy bien. —Me miró con determinación—. No es tu culpa, Blake. Y tampoco de tu padre. Él solo quería lo mejor para vosotros.

—Sí, funcionó de maravilla —respondí cínicamente.

—Está bien, si las palabras no ayudan a distraerte, tendré que usar medidas más drásticas. — Harper puso los ojos en blanco. Luego presionó su cuerpo contra el mío. Antes de que pudiera reaccionar, sus labios estaban sobre los míos, salvajes e insistentes.

El beso me pilló completamente desprevenido. Por un momento me quedé paralizado, abrumado por la suavidad de su boca, el calor de su cuerpo contra el mío en el aire gélido de la noche. Luego, casi contra mi voluntad, devolví su beso; mis manos se deslizaron hacia su cintura y la acercaron más.

Profundicé el beso, un gemido escapó de mi garganta cuando los dedos de Harper se enredaron en mi cabello. Su toque encendió algo en mí, algo que había negado durante demasiado tiempo. Se sentía increíble, embriagador, y terriblemente, horriblemente mal porque se sentía tan *correcto*.

Esto no era parte de nuestro acuerdo. Nuestro compromiso falso debía ser exactamente eso: falso. Pero la forma en que mi pulso se aceleraba, cómo mi cuerpo reaccionaba a ella... no había nada fingido en eso.

Terminé el beso, jadeando ligeramente, mientras apoyaba mi frente contra la suya. —Harper — susurré, mi voz más ronca de lo que pretendía—. No deberíamos...

—Shh —murmuró ella, su acento sureño más pronunciado que de costumbre—. No pienses demasiado ahora, Blake Norton.

Cerré los ojos, dividido entre el deseo y el deber. —Nuestro contrato termina esta noche —le recordé, odiando las palabras incluso mientras las pronunciaba.

La mano de Harper acunó mi mejilla, su toque increíblemente suave. —Al diablo con los contratos —dijo en voz baja—. Esto es real, Blake. Tú también lo sientes, ¿verdad?

Tragué con dificultad, incapaz de negarlo. En lugar de eso, la acerqué más y enterré mi rostro en su cabello. Olía a vainilla y sol, tan diferente del mundo frío y estéril en el que normalmente vivía.

—Deberíamos irnos —dije finalmente, mi voz amortiguada contra su piel—. Lejos de aquí. Lejos de... todo esto.

Sentí que asentía, sus dedos trazando patrones reconfortantes en mi nuca.

—De acuerdo —dijo, y pude escuchar la sonrisa en su voz.

Cuando nos disponíamos a marcharnos, capté un vistazo de mi reflejo en los cristales de las puertas del balcón. Por primera vez en años, no vi a un hombre agobiado por la culpa y la ira. Vi un destello de esperanza. Y vi a un hombre que no estaba solo, lo cual resultaba embriagador y aterrador a partes iguales.



Eres todo lo que nunca supe que necesitaba.



Capítulo 27 - Harper

APARTAMENTO DE BLAKE, NUEVA York, la misma noche.

Entré en el dormitorio de Blake, mi corazón latía dolorosamente contra mis costillas. El brillo y el glamour de la gala navideña parecían ahora a un millón de kilómetros de distancia. Ninguno de los dos había pronunciado una palabra durante el viaje de regreso a casa, el silencio era tan espeso como el jarabe de la abuela.

—Aquí estamos —murmuré, mi voz apenas más alta que un susurro.

—Sí, aquí estamos —respondió Blake, sus ojos plateados indescifrables.

El aire entre nosotros chisporroteaba con una electricidad que no podía comprender del todo. Era familiar y a la vez extraño, como llegar a casa y encontrar todos los muebles reordenados. Jugué nerviosamente con mi anillo de compromiso.

—Blake, yo... —comencé, pero luego me detuve. ¿Qué podía decir? ¿Que tenía miedo? ¿Que me alegraba de que hubiera compartido su secreto más profundo conmigo? ¿Que quería acurrucarme y llorar ante la idea del final del contrato? No quería que terminara. Pero tampoco quería fingir que no había un mañana, porque no podía detener el tiempo.

Blake se volvió hacia mí, su mandíbula tensa. —Harper, no tenemos que...

—No —lo interrumpí, sorprendiéndome a mí misma con mi repentina determinación—. Quiero estar aquí. Contigo.

Los ojos de Blake se suavizaron por un momento, y vi un destello de algo, ¿esperanza? ¿miedo?

Antes de que su habitual máscara volviera a su lugar. Tal vez no había visto nada en absoluto, excepto las cosas que había imaginado porque quería verlas.

—Esta podría ser nuestra última noche juntos —dije, las palabras sabían amargas en mi lengua—. Me alegro de que me hayas contado... lo que pasó. Pero no puedo evitar pensar...

—¿En qué? —preguntó Blake, su voz baja y controlada.

Respiré hondo y me preparé. —En lo mucho que va a doler si mañana decides que tengo que irme.

Las cejas de Blake se fruncieron, y por un momento pensé ver un destello de dolor cruzar su rostro. Pero antes de que pudiera estar segura, salvó la distancia entre nosotros, sus manos enmarcando mi rostro.

—Harper —murmuró, su aliento cálido sobre mi piel.

Esperé con el corazón acelerado a que dijera algo más. En su lugar, presionó sus labios contra los míos en un beso que decía más de lo que las palabras jamás podrían.

Las manos de Blake se deslizaron hasta mis hombros, sus dedos encontraron la cremallera de mi vestido. Mientras la bajaba lentamente, dejó escapar un gruñido profundo que envió escalofríos por mi espalda. El aire fresco golpeó mi piel cuando la tela cayó a mis pies.

—Eres impresionantemente hermosa —susurró, sus labios rozando mi cuello.

Cerré los ojos y disfruté de la sensación de sus besos, que se movían desde mi mandíbula hasta mi clavícula. Cada toque encendía un fuego dentro de mí, mi piel hormigueaba de anticipación. Sus manos exploraban mi cuerpo, dejando la piel de gallina a su paso. Al mismo tiempo, temía que esto hiciera la despedida aún peor. Aunque me había jurado no enamorarme, había sucedido.

—Blake —jadeé, mis dedos aferrándose a su camisa.

Mordisqueó mi lóbulo, su voz ronca mientras ordenaba: —Arrodíllate para mí, Harper.

Sin dudarlo, me hundí de rodillas sobre el frío suelo de mármol. El contraste entre la superficie fría y mi piel acalorada me hizo extremadamente consciente de mi desnudez. Miré hacia arriba a Blake, que todavía estaba vestido con su impecable esmoquin, y el desequilibrio de poder entre nosotros envió un escalofrío por mi cuerpo.

—Buena chica —murmuró, sus ojos brillando de deseo—. Ahora dime a quién perteneces.

Mi corazón se aceleró, las palabras salieron de mis labios antes de que pudiera cuestionarlas. —Te pertenezco a ti, Blake. Completamente a ti.

Una sonrisa satisfecha jugó en las comisuras de su boca. —Exacto —dijo, su mano acunando mi mejilla—. Me perteneces, Harper. Y tengo la intención de asegurarme de que nunca lo olvides.

Observé, conteniendo el aliento, cómo Blake se dirigía a la cómoda y sacaba algo del cajón superior. Cuando se volvió hacia mí, vi el brillo del metal en su mano. Esposas. Mi pulso se aceleró, anticipación y curiosidad se mezclaron en mi pecho. Normalmente, Blake solo hacía estas cosas en el cuarto de juegos. Blake quería demostrar que tenía el control a través del propio cuarto de juegos.

Blake se arrodilló sobre una pierna, sus ojos nunca dejando los míos mientras extendía su mano.

—Dame tu mano izquierda —dijo suavemente, pero con una autoridad inconfundible.

Obedecí, ofreciéndole mi muñeca. El metal frío tocó mi piel, y me estremecí, esperando que el segundo grillete se cerrara alrededor de mi otra muñeca. Pero Blake me sorprendió al asegurar el extremo abierto a su propia muñeca izquierda en su lugar, cerrándolo con un *clic*.

—¿Blake? —susurré, confusión y excitación luchando dentro de mí.

Acunó mi rostro con su mano libre, su toque suave pero posesivo. —Quiero asegurarme de que sepas que me perteneces, Harper. No solo esta noche, sino mañana y todos los días después.

Mi corazón revoloteó en mi pecho como un pájaro en una jaula. Sus palabras despertaron una desesperada esperanza que había intentado suprimir.

—¿Qué quieres decir? —pregunté en voz baja, apenas atreviéndome a mirarlo a los ojos.

—Estoy diciendo que te quiero. Completa y para siempre. —La voz de Blake era profunda, dominante, pero había un tono de vulnerabilidad en ella que nunca había escuchado antes—. No quiero que esto termine cuando nuestro contrato expire. Quiero que seas verdadera y completamente mía. No por un contrato, Harper, no por obligaciones. Sino porque realmente lo *quieres*.

Las lágrimas brotaron en mis ojos. —Blake, yo...

—Dime que tú también lo quieres —insistió, su pulgar acariciando mi labio inferior—. Dime que me pertenecerás para siempre.

Tragué con dificultad, abrumada por la intensidad del momento. —Quiero pertenecerte —susurré, mi voz ronca por la emoción—. Te pertenezco, Blake. Siempre lo he hecho.

Con un gruñido profundo, Blake me levantó hasta la cama, las esposas tintinearono mientras nos movíamos juntos. Sus labios chocaron contra los míos, hambrientos y exigentes. Me arqueé hacia él, desesperada por más contacto, mientras me presionaba contra el colchón y separaba mis piernas.

—Blake —jadeé cuando su boca dejó besos ardientes por mi cuello. Mi piel hormigueaba en todas partes donde me tocaba, como si me estuviera incendiando desde dentro.

Se detuvo, sus ojos plateados clavándose en los míos. —Haré que te olvides de todo excepto mi

nombre —murmuró, su voz ronca de deseo—. Quiero oírte gritarlo.

Me estremecí cuando entró en mí de una sola embestida, llenándome por completo. Un fuerte gemido escapó de mis labios, y la mano libre de Blake agarró firmemente mi cadera.

—Así —me animó, marcando el ritmo—. Déjame oírte.

Me aferré a él, los dedos de nuestras manos unidas entrelazados. Blake estaba sobre mí, indudablemente en control, pero había algo más. Algo que podía ver en sus ojos: estaba permitiéndose sentir algo contra lo que siempre había luchado. Estaba permitiéndose sentir su corazón.

Por la forma en que Blake me miraba en ese momento, algunas mujeres habrían vendido su alma. Así es como toda mujer quiere ser mirada por un hombre. Deseada.

Cada embestida enviaba oleadas de placer a través de mi cuerpo. Era intenso, casi abrumador, pero yo ansiaba más, apretando mis piernas alrededor de él y tirando de él más fuerte contra mis caderas.

—Más fuerte —supliqué, el temblor en mi voz intensificado por la excitación—. Por favor, Blake.

Él cumplió mi petición, penetrándome con renovada fuerza. Podía sentir que me acercaba al clímax, y Blake apenas había empezado.

—Di mi nombre —exigió Blake, su aliento caliente en mi oído—. ¿A quién perteneces?

—A ti —jadeé, mis uñas clavándose en su espalda—. Te pertenezco, Blake. Solo a ti.

Me acurruqué más cerca de Blake, disfrutando del calor de su cuerpo contra el mío. Esto era diferente a lo que normalmente hacíamos en la sala de juegos. Era más íntimo, más real. Mi corazón latía con fuerza, no solo por el esfuerzo, sino también por la comprensión de que realmente quería que este momento nunca terminara.

—¿Estás bien? —murmuró Blake, su pulgar acariciando mi mejilla.

Asentí, una suave sonrisa jugando en mis labios.

Blake gruñó, el sonido vibrando a través de su pecho. —Entonces debería hacer que te olvides de todo lo demás ahora.

Respiré profundamente e incliné mi cabeza para encontrarme con su mirada. Esos ojos plateados, normalmente tan cerrados, estaban suaves, con una emoción que no podía nombrar del todo.

Quería escuchar sus palabras, de verdad. Por mí, habría olvidado todo excepto su nombre con gusto. Desafortunadamente, había algo que pesaba tanto en mi pecho que apenas podía respirar por ello.

—Blake —comencé—. ¿Realmente te pertenezco?

—¿Acaso todavía tienes dudas? —preguntó, su voz inusualmente vacilante—. Porque yo no tengo ninguna. Me perteneces. Hoy. Mañana. Pasado mañana. Cada día, Harper.

Se me cortó la respiración. Aquí estaba: el momento que había temido y esperado a partes iguales.

El brazo de Blake me acercó más a él, sus movimientos se volvieron más lentos. —No quiero que termine. Te quiero a ti. No solo en mi cama o en mi sala de juegos, sino en mi vida.

La alegría burbujeó dentro de mí, amenazando con desbordarse. Me sentí mareada de emoción y el hormigueo en mi centro se intensificó.

—Eres todo lo que nunca supe que necesitaba —dijo Blake, su tono no dejaba lugar a discusión—. Tu optimismo, tu fuerza... maldita sea, incluso tus ridículos dichos sureños. Lo quiero todo.

No pude contener la risita que se me escapó. —Blake Norton, ¿estás diciendo que te gusto?

Gruñó suavemente, pero pude ver la sonrisa tirando de sus labios. —Estoy diciendo que te amo, chica imposible.

Me estiré y tomé su rostro con mi mano libre. —Yo también te amo.

Cuando se inclinó para capturar mis labios en un beso ardiente, otro gruñido escapó de su garganta y vibró a través de todo mi cuerpo.

Luego sus embestidas se volvieron más duras, más exigentes, y cumplió su promesa de follarme hasta que mi cerebro se derritiera y solo pudiera gritar su nombre.

La tensión dentro de mí se liberó, y grité su nombre mientras olas de éxtasis me invadían. Blake me siguió poco después, jadeando mi nombre mientras encontraba su propia liberación.

Mientras yacíamos allí, todavía unidos y jadeando en busca de aire, me maravillé de lo correcto que se sentía. Por primera vez desde que había llegado a Nueva York, realmente me sentía en casa.



Ambos sabemos que estás detrás de algo completamente diferente.



Capítulo 28 - Harper

APARTAMENTO DE BLAKE, NUEVA York, a la mañana siguiente.

El aroma de canela y nuez moscada inundaba el ático de Blake mientras yo movía las caderas al ritmo de "All I Want for Christmas Is You". Afuera, gruesos copos de nieve danzaban frente a los ventanales de piso a techo, envolviendo Nueva York en un festivo manto blanco. Tarareaba mientras metía otra bandeja de snickerdoodles en el horno y colocaba las galletas de mantequilla de cacahuete recién horneadas junto a las dos bandejas de galletas con chispas de chocolate y las gingerbread crinkles para que se enfriaran.

—¿Qué demonios estás haciendo? —resonó de repente la voz profunda de Blake detrás de mí.

Me di la vuelta y lo vi de pie tras de mí. Sus ojos plateados se entrecerraron al contemplar el caos harinoso en sus immaculadas encimeras. Su mirada se detuvo en mis piernas desnudas que asomaban bajo su arrugada camisa.

—Buenos días, solecito —gorjeé—. Estoy horneando galletas. ¿Quieres una? —Le ofrecí una galleta con chispas de chocolate aún caliente y suave en el centro.

Blake frunció el ceño. —¿Por qué estás horneando? Podría haber pedido algunas galletas de esa pastelería francesa del centro.

Puse los ojos en blanco. —Estoy horneando porque las caseras saben mejor, Blake. Es tradición en el rancho Silver Lake. En Navidad se comen galletas caseras.

—Tradición —murmuró, mirando con desaprobación el desorden—. Sabes lo que opino del caos en mi cocina.

—Oh, cállate, viejo Grinch —lo provoqué, sacudiéndome la harina de las manos—. Un poco de desorden no te matará. Además, piensa en todo el dinero que ahorramos al no comprar galletas de diseño carísimas.

Las comisuras de los labios de Blake se crisparon. —Harper, soy multimillonario. No necesito ahorrar dinero en galletas.

—Bueno, algunos de nosotros no nacimos con una cuchara de plata en la boca —repliqué, con las manos en las caderas—. Mi abuela siempre dice que un centavo ahorrado es un centavo ganado. Y tiene razón. —Sonreí, sabiendo que nunca estaríamos de acuerdo en cuestiones de dinero. Pero ese era precisamente el encanto de amar a un hombre tan diferente a mí.

—Y mi padre siempre decía que el tiempo es oro —contraatacó Blake, acercándose. Sus dedos rozaron mi cadera, dejando un rastro de calor—. Y tú, mi amor, estás desperdiciando un valioso tiempo que podríamos estar pasando en la cama.

Se me cortó la respiración cuando acarició mi cuello y sus labios rozaron mi piel sensible. Cielos, este hombre era seductor y era muy consciente de ello. Pero tenía galletas que hornear. La tradición es la tradición, especialmente ahora que vivía tan lejos de Kentucky.

—No tan rápido, vaquero —dije, apartándolo a regañadientes—. Estas snickerdoodles no se van a glasear solas.

Blake gruñó y se pasó la mano por su pelo revuelto. —Me vas a matar, Harper. Pero está bien, hornea tus galletas.

—Gracias —dije, volviendo a mi repostería—. Y ahora, ¿vas a ayudarme o simplemente te quedarás ahí parado luciendo guapo?

—Consideraré la opción tres —murmuró.

—¿Y cuál sería esa? —pregunté, sabiendo que había puesto esa mirada que no auguraba nada bueno.

Dejó la pregunta sin respuesta y se apoyó en la encimera, sonriendo.

Mientras volvía al trabajo, me sentía extrañamente observada. Blake parecía analizar cada uno de mis movimientos. Y entonces sucedió: el error que Blake obviamente había estado esperando.

Atrapé la mano de Blake cuando intentaba agarrar una galleta recién horneada.

—No tan rápido —lo regañé, dándole un juguetón golpecito en los dedos—. Ya te dije que estas bellezas aún necesitan glaseado y cobertura de chocolate.

Los ojos de Blake se entrecerraron, un peligroso destello brilló en sus profundidades. —¿Me golpeas la mano, Harper? Eso es bastante atrevido de tu parte. —Su voz se volvió más profunda, enviando escalofríos por mi espalda—. Sabes que algo así podría merecer una palmada en el

trasero.

Mi corazón se aceleró, pero levanté el mentón desafiante. —Si eso crees, adelante.

En un abrir y cerrar de ojos, Blake me dio la vuelta y me inclinó sobre la encimera de la cocina. Mi mejilla presionada contra el frío mármol mientras él subía la camisa que llevaba puesta —su camisa— exponiendo mi trasero desnudo al aire fresco.

—Qué niña tan traviesa —gruñó Blake, su mano descansando sobre mi trasero—. Es evidente que ha pasado demasiado tiempo desde que te enseñé algo de respeto.

El primer golpe me tomó por sorpresa, un grito escapó de mis labios. Ardía, pero Dios me ampare, también envió una descarga de placer directamente a mi entrepierna.

—Cuenta —ordenó Blake, su voz ronca de deseo—. Si no cuentas o te equivocas, empezaremos de nuevo desde cero.

—Uno —jadeé, dividida entre la vergüenza y la excitación.

Otra palmada aguda. —¡Dos!

En el quinto golpe, me retorció contra la encimera, mi cuerpo traicionaba cuánto disfrutaba este castigo.

—Mírate —murmuró Blake, acariciando mi piel acalorada—. Te encanta esto, ¿verdad? Te encanta cuando puedes ser *mi niña buena*.

Solo pude gemir y asentir ligeramente, incapaz de hablar o moverme. Era innegable cuánto disfrutaba que Blake me llamara *su niña*.

—Podría castigarte así todo el día —añadió Blake, deslizando su mano sobre mi piel sensible—. Tu pequeño trasero se ve tan hermoso cuando está rojo. Así que dime si lo disfrutas tanto como yo.

Me mordí el labio y me negué a admitir cuánta razón tenía. Cuánto anhelaba su dominio, aunque mi orgullo me hiciera resistir.

—Te he hecho una pregunta, Harper —dijo severamente, propinándome otro golpe ardiente.

—¡Sí! —exclamé cuando mi determinación se derrumbó—. Sí, me encanta. Por favor, Blake...

Su sonrisa era oscura y prometedora. —¿Por favor qué? Exprésate con claridad.

Tragué saliva, mi rostro ardía de vergüenza y deseo por igual. —Por favor... no pares.

—No lo haré, porque no has contado. Empezaremos de nuevo desde cero.

Jadeé cuando su mano golpeó nuevamente mi trasero. La mezcla de dolor y placer me hizo

estremecer.

—Uno —conté sin aliento. Mis uñas arañaron la superficie de mármol.

La voz de Blake se volvió más oscura. —Buena chica. Ahora sigue.

Sus dedos acariciaron suavemente mi piel acalorada antes del siguiente golpe. Este cambio entre suavidad y dureza me estaba volviendo loca.

—¡Dos! —gemí.

—Maldición —murmuró, y pude escuchar la sonrisa en su voz—. Tan húmeda y lista para mí.

Me mordí el labio, demasiado excitada para responder.

—Por favor —suspiré.

—¿Por favor qué? —preguntó, retirando su mano.

Gemí frustrada. —Por favor, tócame.

—Eso es lo que estoy haciendo —me provocó, dándome otra palmada en el trasero.

—¡Tres! —jadeé. La mezcla de dolor y placer me hizo temblar.

—Incorrecto, empezamos de nuevo desde cero —me advirtió Blake.

—¿Qué, por qué? —Resoplé. ¡Si esto seguía así, nunca conseguiría mi orgasmo liberador porque siempre estaríamos empezando de nuevo!

—Por favor, señor —me instruyó Blake.

—Oh. —Un suspiro escapó de mis labios—. Perdón, Blake... ¡señor!

Sentí la mano de Blake deslizarse entre mis piernas, sus dedos rozando suavemente mi perla sensible. Inhaló bruscamente, y supe que podía sentir lo húmeda que estaba para él.

Los dedos de Blake acariciaron provocativamente mi clítoris, sin darme el alivio que anhelaba. Gemí frustrada e intenté presionarme contra su mano, pero Blake me sujetó firmemente con su otro brazo.

—No seas tan impaciente —murmuró. Después, sus caricias se volvieron aún más suaves y el ardor en mi piel se intensificó.

—Maldición, Harper —gimió, su voz profunda y ronca—. Estás tan caliente.

Gemí y me empujé contra su mano. —Es tu culpa —logré decir, mi respiración entrecortada.

La mano libre de Blake agarró mi cadera y me mantuvo quieta. —¿Ah, sí? Y yo pensaba que simplemente eras muy apasionada horneando.

A pesar de la intensidad del momento, no pude evitar soltar una risita. —Bueno, ya sabes lo que dicen. El camino al corazón de un hombre pasa por su estómago.

—Harper —ronroneó Blake, sus dedos provocando mi entrada—. Creo que ambos sabemos que en este momento estás detrás de algo completamente diferente.

Jadeé cuando deslizó un dedo dentro de mí, mi cuerpo envolviéndolo. —Blake, por favor... ¡por favor, señor!

Con un movimiento fluido, me giró y me levantó sobre la encimera de la cocina. El frío mármol contrastaba fuertemente con mi piel acalorada y me hizo estremecer.

Los ojos plateados de Blake estaban oscuros de deseo cuando se colocó entre mis muslos. —Dime qué quieres, Harper.

Envolví mis piernas alrededor de su cintura y lo atraje más cerca. —A ti. Te necesito.

Las manos de Blake se deslizaron por mis costados y subieron su camisa, exponiendo mis pechos. Bajó la cabeza para tomar un pezón en su boca. Me arqueé hacia él y pasé mis dedos por su cabello.

—Oh, Dios —gemí, mi pulso acelerándose por la excitación—. No pares.

Estaba perdida en una niebla de lujuria, cada nervio en llamas mientras Blake dedicaba su atención a mis pechos. Su lengua rodeaba mi sensible capullo, sus dientes rozándolo lo justo para hacerme jadear.

—Blake —gimoteé, frotando mis caderas contra él.

Levantó la cabeza, sus ojos ardiendo de intensidad. —Di que te estoy volviendo loca.

—Me estás volviendo loca, Blake —respondí gimiendo.

—Di que eres mía —gruñó. Cuantas más veces me exigía estas palabras, más intensas se sentían. Yo era suya. Y no había nada en el mundo que quisiera más o que pudiera llenarme más.

Antes de que pudiera responder, nuestros labios colisionaron y Blake exigió un beso. El beso fue salvaje, desesperado, lleno de deseo reprimido. Correspondí a su pasión, poniendo cada pizca de anhelo que fluía a través de mí.

De repente, un timbre estridente cortó el aire. Blake gimió contra mi boca y se apartó de mala gana.

—Maldición —murmuró, sacando su teléfono del bolsillo—. Es del trabajo. Bruce. Tengo que

contestar.

Me mordí el labio e intenté recuperar el aliento. —Contesta.

Los ojos de Blake se oscurecieron al contestar la llamada. —¿Qué? —ladró al teléfono, su voz cortante y profesional.

Mientras hablaba, salté del mostrador y me acomodé la camisa sobre el cuerpo, que seguía siendo lo único que llevaba puesto. La mirada de Blake siguió mis movimientos, con un brillo depredador en sus ojos.

Cuando colgó, pregunté: —¿Todo bien?

—Nada que no pueda manejar —respondió, mirándome intensamente—. A diferencia de ti, por lo que parece.

Sentí que mis mejillas se sonrojaban. —Apenas puedo esperar a que continuemos donde lo dejamos.

La sonrisa de Blake se volvió diabólica. —Oh cariño, tal vez no deberías tentarme. Una vez que te tenga en mi cuarto de juegos, puede que nunca te deje ir.



Multimillonario, codiciado ex soltero y encantador de perros.



Capítulo 29 - Blake

NORTON ENTERPRISES, NUEVA YORK, esa misma mañana.

Salí de la cafetería con mi pedido habitual —un café negro y dos sándwiches de pastrami— antes de dirigirme al callejón. Mi aliento se condensaba en el aire.

Al volver a pisar la fría acera neoyorquina, saqué uno de los sándwiches del envoltorio mientras caminaba hacia el callejón junto a la cafetería. Y allí estaba él, más puntual que yo. El pequeño perro callejero de pelo desgreñado asomó la cabeza por la esquina y me miró expectante. No sé exactamente cuándo comenzó todo esto, ni por qué esos cálidos ojos marrones me hacían sonreír, pero se había convertido en una rutina tan habitual como el café de la mañana.

—Aquí tienes, amigo. Que aproveches —dije lanzándole el sándwich. Lo atrapó en el aire y se alejó trotando, moviendo la cola frenéticamente.

—Vaya, vaya. Blake Norton, multimillonario, codiciado *ex soltero*, si hemos de creer los rumores de la gala de Navidad, y encantador de perros —dijo una voz familiar detrás de mí, con un tono burlón.

Me di la vuelta y vi a mi hermano Bruce apoyado contra el edificio, con una sonrisa divertida en el rostro. Como siempre, su traje bajo el abrigo estaba medio abotonado y su corbata no se veía por ninguna parte.

—¿Desde cuándo alimentas a los perros callejeros de Nueva York, hermanito? —preguntó Bruce, apartándose de la pared para caminar a mi lado. Yo iba con retraso.

—El tiempo suficiente como para que haya ganado unos cuantos kilos —respondí secamente.

Desde que alimentaba al pequeñajo, se estaba poniendo realmente más redondo—. Y solo soy dos malditos minutos más joven, no es que importe.

Bruce se rio.

—¿Quién hubiera pensado que el gran Blake Norton tiene debilidad por los perros? ¿Hay alguna otra debilidad de la que quieras hablarme? —No pasé por alto su tono provocador.

Reprimí un gruñido.

—No seas imbécil, Bruce. Es demasiado temprano para tus tonterías.

—Ay —Bruce se llevó la mano al pecho, fingiendo estar herido—. Y yo que pensaba que nos estábamos acercando gracias a tu recién descubierta bondad.

Di un sorbo a mi café, disfrutando del amargo calor.

—Solo es un perro, Bruce. No hay razón para darle más importancia de la que tiene. Es decir, ninguna. —De acuerdo, eso no era del todo cierto, pero no veía motivo para mostrarle mis cartas a mi hermano.

—Si tú lo dices. —Bruce se encogió de hombros.

—¿Hay alguna razón real por la que quieres verme puntualmente en la oficina o simplemente echabas de menos mi encantadora compañía? —pregunté con cinismo.

—No es nada urgente —respondió Bruce con calma.

Miré mi reloj y fruncí el ceño.

—Hermano, tú nunca eres puntual, y mucho menos llegas temprano. —Bruce nunca estaba en su propia oficina antes de las nueve, y ciertamente no llegaba puntual a sus citas, y mucho menos diez minutos antes.

Bruce arqueó una ceja.

—Podría preguntarte lo mismo, hermanito. Tú siempre eres exageradamente puntual. Y sin embargo, aquí estás, perdiendo el tiempo con perros callejeros. Más tarde de lo habitual, diría yo.

Sentí un atisbo de irritación.

—Tenía otros asuntos importantes que atender.

—¿Oh? —el tono de Bruce era ligero, pero sus ojos eran perspicaces—. ¿Más importantes que *Norton Enterprises*?

Llegamos a las imponentes puertas de cristal de mi empresa. Pasé mi tarjeta de acceso y entré en el gélido vestíbulo.

—Algunas cosas son más importantes para mí, sí.

Bruce me siguió hasta el ascensor, su reflejo distorsionado en las puertas metálicas pulidas.

—Ahora tengo curiosidad. ¿Qué hace que el gran Blake Norton descuide sus deberes?

Pulsé el botón del último piso e ignoré la pulla de mi hermano.

—Todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Qué te trae aquí a esta hora intempestiva? —
Aparte de nosotros, no había nadie más en el vestíbulo. Y los próximos días seguiría así de tranquilo; durante las fiestas solo venían los que odiaban la Navidad —entre los que me incluía — y aquellos que querían ganarse unos puntos extra conmigo con su presencia.

El ascensor inició su suave ascenso. La expresión de Bruce se tornó seria.

—Ayer hablé con papá en la gala.

Mi estómago se contrajo. Las conversaciones con nuestro padre rara vez conducían a algo bueno.

—¿Y? —Inspiré bruscamente. Mi padre seguía siendo un tema delicado para mí, eso no había cambiado.

—Está orgulloso de ti, Blake. —La voz de Bruce se suavizó.

—Fantástico —respondí secamente. No me gustaba la importancia que Bruce parecía darle a este tema.

—Quiere cedernos sus acciones de la empresa. A ambos. Antes de Año Nuevo.

Asentí.

—Eso no es inesperado.

Bruce se aclaró la garganta.

—Sí, lo es.

—No —repliqué de nuevo—. He cumplido todas sus exigencias. Sería un fraude si no cumpliera su parte del trato.

Mi hermano me miró con una mezcla de duda y compasión. ¿A qué venía esa mirada?

—Podrías simplemente darme las gracias por haber salvado tus acciones —dije, con un tono inconfundiblemente frío.

—Gracias, hermanito —respondió Bruce con la misma frialdad—. Qué desinteresado de tu parte.

El timbre del ascensor anunció la planta ejecutiva, las puertas se abrieron revelando mi piso. Al salir, no pude sacudirme la sensación de que Bruce aún no había terminado.

—No fue desinteresado —respondí, después de haber pensado largamente si debía siquiera comentar sus palabras.

Los ojos de Bruce se entrecerraron mientras caminábamos por el pasillo. —Si no es por nosotros, ¿entonces por qué? No te interesa el dinero —hizo una pausa, una sonrisa conocedora se extendió por su rostro—. ¿O debería preguntar mejor por *quién*?

Sentí que mi mandíbula se tensaba. —Harper —admití, el nombre escapó de mis labios antes de que pudiera detenerlo.

—Lo sabía —se rio Bruce—. De verdad te gusta, ¿no?

Asentí, los recuerdos de nuestra última noche juntos inundaron mi mente. El peso de las esposas, el calor de su piel contra la mía, la mirada en sus ojos cuando le dije que no quería que se fuera. Era abrumador, aterrador y emocionante al mismo tiempo.

—Ella es... diferente —murmuré, luchando por encontrar palabras para el caos de emociones que giraba dentro de mí.

La expresión de Bruce se suavizó. —Harper es una joya, Blake. No lo arruines.

Me resistí a su advertencia, al mismo tiempo que una parte de mí la tomaba malditamente en serio.

Llegamos a mi oficina, y Bruce se apoyó en el marco de la puerta, sin molestarse en cerrarla detrás de nosotros. Me dirigí a las grandes ventanas y me detuve para regar la pequeña planta en maceta sobre mi escritorio; Harper me la había regalado el primer día y simplemente no había podido deshacerme de ella.

—Sabes —dijo Bruce arrastrando las palabras mientras miraba la planta—, yo diría que te gusta más que un poco. De hecho, apostaré buen dinero a que estás enamorado de Harper.

Me quedé inmóvil, con la mano aún en la botella de agua con la que regaba la planta.

La palabra *amor* resonó en mi cabeza, activando alarmas que ni siquiera sabía que existían. Al menos hasta ayer. Nunca le había dicho a nadie que... solo Harper había escuchado esas palabras de mí. Y se sentía extraño.

Meforcé a relajarme y deliberadamente no reaccioné a la provocación de Bruce. No había razón para discutir mi relación con él, especialmente cuando ni siquiera yo estaba seguro de cómo llamarla. Todo lo que sabía era que no podía dejar ir a Harper.

En su lugar, me volví hacia mi hermano y cambié de tema. —¿Hay algo más que discutir, o quieres seguir especulando sobre mi vida privada?

—Me iría —los ojos de Bruce se entrecerraron mientras me estudiaba.

—Viene un *pero*, ¿verdad? —pregunté con agudeza. En realidad, no necesitaba preguntar, por supuesto que Bruce tenía algo más que decir.

—*Pero*, hay algo que te ronda por la cabeza, ¿no es así? —Esta vez su tono era tranquilo, casi fraternal. La burla había desaparecido de sus ojos.

Dudé, luego asentí. —Sí.

—¿Es sobre Harper? —Bruce me miró con una comprensión inusual.

—Sí —admití, girándome para mirar el horizonte de Nueva York, que aún estaba sumido en la oscuridad. En los meses de invierno, el sol tardaba en asomarse por los tejados de Nueva York.

Me volví hacia mi hermano, sintiéndome más vulnerable que nunca. Los sentimientos poco familiares que fluían a través de mí eran aterradores: deseo mezclado con posesividad, afecto entrelazado con miedo. Harper se había colado más allá de todas mis defensas cuidadosamente construidas, y no sabía cómo manejarlo.

—No sé qué hacer —admití, odiando lo débil que sonaba—. Estos sentimientos... me son ajenos. Abrumadores. Una parte de mí quiere huir tan lejos y rápido como sea posible. Pero la idea de dejarla ir... —Me interrumpí, incapaz de terminar la frase.

La expresión de Bruce era inusualmente seria mientras me veía luchar.

—Parece que te ha dado fuerte, hermanito —dijo en voz baja.

Asentí, sintiéndome perdido y fuera de control por primera vez en mi vida adulta. Harper Johnson había puesto mi mundo patas arriba, y me asustaba lo que eso significaba para ambos.

Respiré hondo y me preparé, porque aún no había expresado lo principal. —Quiero que se deshaga de ese maldito anillo de compromiso.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, cargadas de implicaciones que aún no quería enfrentar. Mis manos se cerraron en puños a mis costados mientras intentaba mantener la compostura.

—Me vuelve loco —continué con voz baja y tensa—. Cada vez que lo veo en su dedo, quiero arrancárselo. Ese anillo es una maldita mentira.

Bruce me miró inquisitivamente. Me faltaban las palabras para explicar lo que sentía, así que dejé que otra cosa hablara por mí. Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón, saqué una pequeña caja de terciopelo, la abrí y la puse sobre la mesa frente a Bruce. Un delicado anillo de oro rosa con una pequeña piedra preciosa marrón brillaba ante él. No había adornos ni ostentación, porque ese no era el estilo de Harper. La piedra era un *ágata de Kentucky*. A Harper no le importaban los diamantes ni la riqueza, pero amaba su tierra natal. Me había llevado una

eternidad encontrar una piedra que coincidiera exactamente con el color de sus ojos, pero lo había logrado.

—Joder, Blake, ¿en serio? —preguntó Bruce. Evidentemente, a él también le faltaban las palabras.

—Absolutamente —Estaba a punto de explicar que estos sentimientos me asustaban, pero que se sentía correcto vincular realmente a Harper conmigo, cuando un ruido sordo afuera me hizo detenerme. Le hice un gesto a Bruce, quien se asomó por la puerta. Luego se encogió de hombros.

—No hay nadie —Estaba a punto de darse la vuelta cuando miró afuera una vez más y señaló la mesa de recepción—. Pero alguien te ha traído galletas. Parece que alguien quiere ganarse un aumento de sueldo.



Se atrapan más moscas con miel que con vinagre.



Capítulo 30 - Harper

NORTON ENTERPRISES, PLANTA EJECUTIVA, Nueva York, en ese mismo momento.

Subí al ascensor de Norton Enterprises que me llevaría a la planta ejecutiva, con una caja de galletas caseras bajo el brazo. Me sacudí algunos copos de nieve de mi abrigo de invierno que habían sobrevivido al paseo por el vestíbulo. Desde anoche, la nieve había aumentado y las primeras noticias incluso hablaban de una inminente ventisca. Pero hoy, ni siquiera la temperatura ártica podía empañar mi estado de ánimo. Era Navidad, pero más importante aún, Blake y yo realmente nos habíamos unido anoche. De verdad. En realidad, nunca había buscado a Blake ni lo que él me daba, pero ahora no podía vivir sin él.

Al llegar a la planta ejecutiva, salí del ascensor y me estremecí. Aunque afuera las temperaturas estaban bajo cero, Blake tenía el aire acondicionado funcionando como si hubiera una ola de calor. Pero ni siquiera el frío podía disipar el espíritu navideño.

Prácticamente saltaba por el pasillo, el sonido de mis botas de invierno resonando en el mármol pulido. El aroma de canela y chocolate se elevaba desde la caja, recordándome las acogedoras mañanas en el rancho Silver Lake. Esperaba que Blake apreciara un pequeño anticipo de la *Navidad de Kentucky*. Tal vez algún día conseguiría que Blake volara conmigo a Kentucky. Probablemente nunca lo vería con una camisa de leñador y botas de vaquero, pero tampoco lo necesitaba. Me encantaban sus trajes a medida. Pero realmente quería que conociera a mi familia.

Mi corazón dio un pequeño salto ante la idea de ver a Blake. Últimamente, el ambiente había estado tenso porque ninguno de los dos sabía qué pasaría después de la gala de Navidad, pero estaba decidida a esparcir algo de espíritu navideño. Después de todo, la abuela siempre decía: —*Se atrapan más moscas con miel que con vinagre*— y tenía razón.

Cuando me acerqué a la oficina de Blake, noté que la puerta estaba entreabierta. Disminuí mis pasos, no queriendo interrumpir si estaba en una reunión. Entonces escuché voces: Blake y Bruce. Al principio solo oí mi nombre, la voz de Blake inusualmente quebrada.

Luego me acerqué más.

—Me está volviendo loco —dijo Blake con voz baja e intensa—. Cada vez que veo el anillo en su dedo, quiero arrancárselo. Ese anillo es una maldita mentira.

Me quedé helada, mi sangre se congeló en mis venas. Las palabras de Blake me golpearon como un puñetazo en el estómago, dejándome sin aliento y conmovida. ¿El anillo, el símbolo de nuestro amor, ahora era calificado de mentira? Sí, había surgido de una intención falsa y odiaba los mil quilates que debía tener el diamante, pero aun así. El anillo mostraba que le pertenecía, o al menos eso había asumido.

Hubo una breve pausa. Por un lado, el silencio era horrible porque significaba que estas palabras eran correctas y ninguno de los dos tenía problema con esta verdad. Por otro lado, también temía las siguientes palabras porque podrían ser aún más dolorosas.

—Maldita sea, Blake, ¿hablas en serio? —respondió la voz áspera de Bruce.

—Absolutamente. —Mi corazón se hundió mientras seguía escuchando su conversación.

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Cómo podía Blake pensar eso? ¿Se arrepentía de nuestro compromiso falso? En mi cabeza, las preguntas y las dudas se agolpaban, mis manos temblaban mientras aferraba con más fuerza la caja de galletas.

Mis ojos ardían con lágrimas contenidas. No tenía idea de que Blake se sintiera así, que rechazara tanto mi anillo y lo que representaba. Todas las veces que lo había sorprendido mirando el anillo... Pensé que era solo por el hecho de que al principio solo lo habíamos fingido. Pero ahora ya no. Ahora la situación era tan terriblemente real como la nieve de afuera.

Casi se me cae la caja de galletas de los dedos entumecidos antes de poder agarrarla en el último momento. Tropecé un paso hacia atrás, mis piernas amenazaban con ceder bajo mi peso.

No, no, no, corría por mi mente. Esto no puede estar pasando. Esto no es real.

Pero era real. Blake había dicho cada palabra en serio. A estas alturas, conocía su tono lo suficientemente bien como para reconocerlo.

Presioné una mano contra mi boca, tratando de reprimir el sollozo que se formaba en mi pecho. El anillo en mi mano izquierda se sentía como si estuviera ardiendo.

Quiere arrancarlo, pensé mientras mi visión se nublaba por las lágrimas. Todo lo que hemos pasado, las noches en el cuarto de juegos, las veladas en su cama... ¿todo fue una mentira?

Quería irrumpir en su oficina y exigir respuestas. Pero el dolor en mi pecho me paralizaba.

¿Cómo pude haber sido tan ciega?

Mis pensamientos volvieron a la noche anterior: los suaves toques de Blake, sus promesas susurradas. —*Te amo* —había dicho, sus ojos plateados intensamente fijos en los míos.

Le había creído cuando pronunció las tres palabras que todo ser humano anhela. Y había sido lo suficientemente tonta como para creer que era más que simple *charla sucia* durante el sexo.

¿Había sido todo una actuación? Mi corazón se sentía como si se estuviera rompiendo en millones de pedazos.

Con manos temblorosas, me quité el anillo del dedo. Se sentía increíblemente pesado mientras lo colocaba sobre la aplastada caja de galletas que había cedido bajo la presión de mis dedos. Busqué en mi bolso un trozo de papel y un bolígrafo.

Adiós. H.

Mi letra normalmente ordenada era un desastre tembloroso, pero si Blake se esforzaba, podría descifrarla.

Dejé todo sobre la pequeña mesa frente a su oficina, cada movimiento se sentía como si me estuviera arrancando otro pedazo de mi corazón. Las lágrimas corrían por mi rostro mientras me daba la vuelta y huía, mis pasos resonando en el pasillo vacío.

Cuando llegué al ascensor, se me escapó un sollozo ahogado. En casa había un dicho: *No hay que contar los pollos antes de que nazcan*, lo había dicho muchas veces, pero por primera vez realmente lo entendía.

Las puertas del ascensor se cerraron, y me apoyé contra la pared mientras todo mi mundo se desmoronaba a mi alrededor.

El ascensor descendía, y dejé que mis lágrimas fluyeran libremente. Mi pecho se sacudía con sollozos que ya no podía contener.

—Contrólate, Harper —murmuré para mí misma, pero mi cuerpo se negaba a obedecer. Así que me permití seguir llorando como una Magdalena hasta que llegué a la planta baja.

Cuando las puertas se abrieron al vestíbulo, me sequé rápidamente la cara y recé para no verme tan destrozada como me sentía. El espacio normalmente bullicioso estaba inquietantemente tranquilo, la mayoría de la gente ya estaba de vacaciones o en casa con sus familias. Incluso las calles habitualmente animadas estaban desiertas.

Tropecé hacia el fresco aire invernal, el repentino frío ardía en mis mejillas manchadas de lágrimas. Gruesos copos de nieve caían suavemente al suelo, cubriendo las aceras con un manto blanco engañosamente pacífico, mientras el viento gélido me pellizcaba la piel.

Me abracé a mí misma, intentando en vano protegerme del frío. A pesar de las luces festivas y

las farolas, todavía estaba muy oscuro, aunque nada comparable con la repentina oscuridad que engullía mi corazón.

Avancé sin fuerzas, mi cabeza llena de confusión y dolor. ¿Cómo pudo Blake decir esas cosas? ¿Después de todo?

Sumida en mis pensamientos, no me di cuenta del parche de hielo frente a mí hasta que fue demasiado tarde. Mis pies resbalaron y caí duramente sobre el pavimento implacable.

—¡Ay! —grité al aterrizar bruscamente sobre mis rodillas y manos, más por frustración que por dolor. Me quedé inmóvil un momento, mirando al cielo gris mientras los copos de nieve se posaban en mis pestañas.

—¿Está bien, señorita? —gritó un transeúnte preocupado desde el otro lado de la calle.

Hice un gesto con la mano y respondí:

—Estoy bien, todo perfecto. Solo mi orgullo está herido. —Y mi corazón. En realidad, era mi corazón el que dolía tanto que apenas podía soportarlo.

Mientras me levantaba lentamente y sacudía la nieve de mi ropa, pensé involuntariamente que este día no podía empeorar. Pero en el fondo sabía que era mejor no tentar al destino de esa manera, así que deseché ese pensamiento.

Con dedos temblorosos, saqué mi teléfono inteligente. La pantalla se volvió borrosa cuando nuevas lágrimas se acumularon en mis ojos, pero las parpadeé para alejarlas. No había tiempo para eso ahora. Tenía que irme de aquí. Lejos de Blake y lejos de Nueva York. Toda la ciudad estaba llena de recuerdos dolorosos.

Abrí la aplicación de la aerolínea y me desplazé por las opciones de vuelo, que se actualizaban dolorosamente lentas.

—Vamos, vamos —murmuré, tocando frenéticamente la pantalla—. Tiene que haber algún vuelo para hoy.

Y ahí estaba: un vuelo a Louisville en tres horas. Sería justo, pero sin equipaje facturado —y definitivamente no quería volver al apartamento de Blake para recoger nada— sería factible.

Tragué saliva, mi corazón se sentía como si estuviera siendo apretado en un torno mientras mi pulgar flotaba sobre el *botón* que finalizaría la compra del billete.

Después de una breve vacilación, reservé el vuelo, aunque el precio me hizo retorcer el estómago dolorosamente. Pero no me importaba. Necesitaba mi hogar. Porque aquí en Nueva York ya no tenía uno.



Trabajo. Control. Soledad.



Capítulo 31 - Blake

NORTON ENTERPRISES, PLANTA EJECUTIVA, Nueva York, en ese mismo momento.

Mi corazón se saltó un latido. —¿Galletas? —repetí la respuesta de Bruce, intentando mantener un tono neutral—. Tráelas.

Mientras Bruce iba a buscar la caja, una sensación incómoda se apoderó de mis entrañas. Algo no andaba bien. Ninguno de mis empleados me traía galletas, pues todos sin excepción sabían que no había manera más rápida de conseguir el despido. Pero Harper había horneado galletas esta mañana, vistiendo mi camisa, mientras tarareaba villancicos.

La comisura de mis labios se crispó brevemente al recordar el brillo travieso en sus ojos castaños.

Bruce colocó la caja sobre mi pulido escritorio de metal, y me quedé mirándola fijamente, con el estómago encogido.

—Ábrela —ordené, mis dedos tamborileando un ritmo nervioso sobre el reposabrazos de mi silla.

Mi hermano gemelo arqueó una ceja, sus ojos azul hielo encontrándose con los míos plateados.

—No hay nada que me guste más que cumplir tus órdenes, hermanito —respondió Bruce con cinismo y se encogió de hombros.

Me molestó el apodo, pero no dije nada mientras Bruce abría la caja con calma, sus movimientos tan relajados como siempre.

—Snickerdoodles y galletas con chispas de chocolate. —Bruce tomó una y le dio un mordisco. Luego entrecerró los ojos—. Hay algo más dentro, Blake.

Me incliné hacia adelante, con la respiración entrecortada al ver lo que yacía entre las galletas. El anillo de compromiso de Harper brillaba bajo la intensa luz de la oficina, junto a una pequeña nota doblada.

Mis manos temblaban mientras alcanzaba la nota, el miedo extendiéndose por mi pecho. La desdoblé, mis ojos recorriendo las dos simples palabras que destrozaron mi mundo.

Adiós, H.

—¿Qué significa esto? —preguntó Bruce, con la frente arrugada de preocupación.

Tragué con dificultad, intentando que las palabras pasaran el nudo en mi garganta. —Significa que Harper ha dejado muy claro que no quiere una relación. —Mi voz sonaba hueca, incluso para mis propios oídos. Me sorprendió lo calmado que me mostraba exteriormente.

El dolor me desgarraba. Los sentimientos en mi interior eran tan fuertes que amenazaban con hacerme pedazos. Apreté los puños, mis uñas clavándose en las palmas mientras luchaba por mantener el control.

—¿Solo una nota? —la voz de Bruce era incrédula—. ¿Sin palabras personales?

Una parte de mí quería creer que esto no era propio de Harper, que no era su estilo. Esta no era la Harper que me recogía cada noche de la oficina y que con su sonrisa traía luz a mi oscuridad. Al menos eso había creído.

La decepción me golpeó como una bofetada. Después de todo, ¿Harper no podía mirarme a la cara al terminar conmigo? Había dejado una maldita caja de galletas y una nota de dos palabras. ¿Tan poco merecía?

Me levanté abruptamente, mi silla raspando el suelo de mármol. Caminé de un lado a otro detrás de mi escritorio, mis zapatos resonando con cada paso.

—Blake —comenzó Bruce, su tono volviéndose más suave—. Lo siento, hombre. Esto no suena para nada—

—Déjalo —lo interrumpí bruscamente—. Simplemente déjalo.

Me giré hacia los ventanales del suelo al techo y me quedé mirando el horizonte de Nueva York sin verlo realmente. Mi reflejo me devolvía la mirada, un extraño en un traje a medida con ojos atormentados.

Pensé que Harper sería diferente, que me entendería. Especialmente después de saber lo de Brooke, de la culpa que me perseguía hasta el día de hoy. Había dejado que Harper entrara en áreas que nadie más había visto. Pero al final, era como todos los demás: se iba cuando las cosas

se ponían difíciles.

El silencio en la oficina era ensordecedor, solo interrumpido por el suave zumbido del aire acondicionado y mi respiración irregular. Cerré los ojos deseando que el dolor disminuyera, pero solo se intensificó.

Oí a Bruce moverse detrás de mí, su voz cautelosa. —Tal vez hubo un malentendido, hermanito. Harper no parece el tipo de persona que-

—No hay ningún malentendido —lo interrumpí, mi voz tan fría como el aire acondicionado que soplaba por la oficina. Me giré para mirar a Bruce, mi expresión cuidadosamente vacía—. Debería haberlo visto venir. Harper nunca fue feliz aquí en Nueva York. Además, somos demasiado diferentes.

La amargura se extendía como veneno dentro de mí, filtrándose en cada célula de mi cuerpo. Nunca sería suficiente para ella, para nadie. Harper merecía a alguien que pudiera amarla más de lo que yo jamás podría, alguien que no estuviera dañado. Alguien que realmente pudiera mostrarle que la amaba.

Bruce se acercó, con la preocupación escrita en su rostro. —Blake, vamos. No te hagas esto. Hablemos de ello.

—No hay nada de qué hablar, las cosas están claras —gruñí, haciendo un gesto de desdén—. Pero si quieres hacerme un favor, simplemente vete.

Bruce me miró con la expresión preocupada que nuestra madre solía dirigirme a menudo. —Oye, solo intento ayudar. No deberías estar solo ahora.

—¡Dije que te vayas! —rugí, golpeando el escritorio con el puño. El sonido resonó por la oficina, haciendo que Bruce se sobresaltara. Ni él ni yo estábamos acostumbrados a que yo permitiera tales arrebatos emocionales.

Levantó las manos en un gesto de rendición y retrocedió hacia la puerta. —De acuerdo. Me voy. Pero si más tarde sientes la necesidad de hablar, o de no hablar, házmelo saber.

—No lo haré. Ni ahora ni nunca. Solo vete. El tema está zanjado.

Bruce vaciló en la puerta, sus ojos escrutando mi rostro.

—Ya sabes dónde encontrarme si cambias de opinión —dijo en voz baja antes de cerrar la puerta tras de sí.

Me quedé allí, temblando de rabia y dolor, el silencio de la oficina casi me sofocaba. Harper se había ido, y se había llevado mi corazón después de pisotearlo y hacerlo pedazos.

El silencio en mi oficina era ensordecedor. Miré fijamente el anillo de compromiso que me miraba burlonamente desde mi escritorio, junto a la planta que Harper me había regalado. Sus

hojas colgaban, reflejando mi propio espíritu abatido.

—Maldita sea —murmuré, pasándome la mano por el pelo. ¿Cómo pude ser tan estúpido? ¿Tan débil? La había dejado entrar en mi corazón, en contra de todos mis instintos, y ahora estaba pagando el precio. Por primera vez en mi vida, algo me parecía demasiado caro.

Ella era la primera mujer a la que le había dicho que la amaba. Y ella me lo había correspondido. ¿Tan poco significaban esas palabras para ella?

El recuerdo de la noche anterior me golpeó como un puñetazo en el estómago. Pensé que había sido un mensaje claro, encadenarnos el uno al otro, un símbolo de nuestra conexión inquebrantable. Pero aparentemente no había sido lo suficientemente claro. ¿O quizás demasiado?

—Mierda —gruñí, sacando la botella de bourbon y prescindiendo del vaso.

Abrí la botella y tomé un trago mientras mis pensamientos corrían. Tal vez debería haber sido más suave, menos exigente. O tal vez Harper necesitaba más: más pasión, más emociones. Había intentado mantener el equilibrio, ser el hombre que ella necesitaba, pero evidentemente había fracasado de manera espectacular. Ni siquiera sabía en qué dirección se había inclinado la balanza que había llevado a Harper a dejarme.

Los *y si hubiera* me estaban carcomiendo por dentro. ¿Y si le hubiera mostrado más a menudo lo hermosa que podía ser Nueva York? ¿Y si me hubiera tomado el trabajo menos en serio para poder pasar más tiempo con ella? ¿Y si nunca le hubiera propuesto matrimonio, fuera real o no?

Lancé la botella a través de la habitación y la vi estrellarse contra la pared. El sonido fue insatisfactorio y no alivió en absoluto el dolor en mi pecho.

—Debería haberlo sabido mejor —murmuré, dejándome caer en mi silla—. Debería haberme protegido. Debería haber protegido a Harper de mí. —Desde el primer momento, ella había provocado ese sentimiento en mi pecho.

Saqué el anillo de compromiso de la caja de galletas caseras de Harper. El aroma a chocolate llegó a mi nariz, acompañado de la risa que había provocado en Harper esta mañana. El recuerdo era tan tangible que podía recordar cada detalle. Su cabello estaba recogido en un moño desordenado y mi camisa, que le quedaba demasiado grande, colgaba sobre su hombro, dejando al descubierto su clavícula de una manera que me hacía querer cubrirla de besos.

Dejé caer el anillo de compromiso sobre mi escritorio. El diamante atrapó la luz y proyectó diminutos arcoíris sobre mis papeles. Era hermoso y raro, justo como Harper. E igualmente inalcanzable.

Con un gruñido, lo agarré de nuevo y me dirigí hacia la papelería. Luego volví a mi escritorio y quise hacer lo mismo con el anillo de compromiso real que Harper nunca llegaría a ver. Mi mano se cernió sobre el cubo, los dedos temblando.

—Nunca más —juré con voz ronca. Harper era la única que obtendría ese privilegio, la única a la que le permitiría alguna vez destrozar mi corazón.

Dejé caer el anillo y lo vi desaparecer en la oscuridad de la basura. Se sentía definitivo, como si estuviera enterrando una parte de mí mismo con él. Harper había logrado lo que nadie más pudo, me di cuenta con amargura. Me había hecho vulnerable.

El silencio de mi oficina se extendió a mi alrededor, casi asfixiándome. Todavía podía oler su perfume, aún veía su sonrisa cuando cerraba los ojos. Pero eso se había acabado ahora. Terminado.

Enderecé los hombros y me obligué a desterrar a Harper de mi mente.

Con movimientos mecánicos, volví a mi escritorio y abrí mi portátil. El familiar resplandor de la pantalla me envolvió, un pobre sustituto del calor que había conocido brevemente.

Mientras me sumergía en hojas de cálculo y contratos, me hice una promesa a mí mismo. Harper Johnson no sería más que una nota al pie en mi historia. Un recordatorio. Actuaría como si ella nunca hubiera tropezado en mi vida y como si nunca hubiera puesto mi mundo patas arriba.



¿Crees que te dejaría por un telesquí?



Capítulo 32 - Harper

MAPLEWOOD, KENTUCKY, CALLE PRINCIPAL, el mismo día.

Cuando el autobús que me traía del aeropuerto a casa entró en Maplewood, se me escapó un suspiro. La pintoresca ciudad sureña, con sus robles espolvoreados de nieve y sus relucientes luces navideñas, parecía sacada de una película de Hallmark. Apoyé la frente contra el frío cristal y absorbí la vista de mi hogar.

Mi hermana Holly me esperaba en la parada, envuelta en una gruesa chaqueta y el gorro tejido a mano que le regalé la Navidad pasada. En cuanto bajé del autobús, se lanzó a mis brazos.

—¡Harper! —chilló, apretándome con fuerza—. ¡Te he echado tanto de menos!

Por un momento, en el abrazo de mi hermana pequeña, olvidé Nueva York. Blake. Los pedazos de mi corazón. Simplemente me sentí feliz de estar en casa.

—Yo también te he echado de menos, Holly —dije, con la voz amortiguada contra su hombro. Cuando nos separamos, no pude evitar sonreír ante su familiar rostro cubierto de pecas—. Dios mío, ¿desde cuándo eres tan alta?

Holly puso los ojos en blanco.

—Vamos, sigo siendo una enana comparada contigo, hermana *mayor*.

Nos cogimos del brazo y nos encaminamos por la Calle Principal, nuestras botas crujendo sobre la fina capa de nieve. Incluso a través de la niebla del jet lag, absorbí las vistas familiares: el antiguo cine, la floristería de la señora Landry, la tienda de comestibles con su letrero de neón

aún parpadeante, decorado para Navidad.

—¿Qué hay de nuevo en el rancho? —pregunté, intentando que mi voz sonara ligera—. ¿Silvie sigue roncando como una campeona?

Holly soltó una risita.

—Esa cerda podría despertar a los muertos. Pero no, no pasa mucho. —Me miró de reojo con una sonrisa pícar—. A diferencia de ti, señorita fiestera de Nueva York. Vamos, cuéntame, ¿ha habido un compromiso real? No has vuelto a casa en medio de las fiestas, durante una ventisca, sin motivo.

Mi estómago se contrajo. Me di cuenta de que Holly buscaba un anillo reluciente en mis manos. Me mordí el labio, intentando contener las lágrimas.

—Yo... es complicado —logré decir.

La frente de Holly se arrugó con preocupación.

—¿Harper? ¿Qué pasa?

Negué con la cabeza, incapaz de tragar el nudo en mi garganta. Todo en lo que podía pensar era en Blake: sus ojos plateados, su rara sonrisa, cómo me miraba como si fuera algo precioso. Dios, lo echaba tanto de menos que dolía.

—No pasa nada —mentí, forzando una sonrisa—. Supongo que solo estoy cansada por el viaje. Mejor cuéntame de ti y Tyler. ¿Cómo va el paraíso?

—Bueno, el paraíso está un poco tranquilo ahora mismo. —Holly se encogió de hombros—. Tyler se fue de vacaciones con su familia y está pasando las fiestas en Colorado esquiendo.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no aquí?

—Porque, a diferencia de Breckenridge, no tenemos el telesquí más grande de Norteamérica. —Holly puso los ojos en blanco, sonriendo—. No ha hablado de otra cosa.

—¿Te preocupa que Tyler te deje por un telesquí? —pregunté, pinchándola.

—Ja, ja, qué graciosa eres, Harper —replicó Holly, negando con la cabeza.

—En serio, sería un tonto si te cambiara por el telesquí más alto de Norteamérica —dije, sonriendo suavemente. Holly apretó mi mano agradecida. Luego, una amplia sonrisa se extendió por mis labios—. Tendría que ser el telesquí más grande de América.

Holly me dio un puñetazo juguetón en el brazo y me miró horrorizada.

—¡Eres imposible!

Empezó a reírse y yo me uní, brevemente distraída del dolor palpitante en mi pecho.

—Cuéntame más de ti y Tyler, pareces feliz —dije, mirándola expectante.

—Vale, ¿qué quieres saber? —preguntó, con el rostro radiante.

—Todo. —Me metí las manos, entumecidas por el frío, en los bolsillos de la chaqueta.

Mientras Holly comenzaba una historia sobre su novio, dejé que su parloteo me envolviera. Por dentro, mis emociones eran un torbellino de dolor, anhelo y una grieta tan profunda que no estaba segura de que alguna vez pudiera sanar.

—¿Harp? —Los ojos de Holly se entrecerraron cuando me quedé callada demasiado tiempo—. Muy bien, suéltalo. ¿Qué pasa realmente?

—Esto queda entre nosotras, ¿de acuerdo? Ni una palabra a mamá o papá. ¡Y sobre todo no a la abuela! —Suspiré, sabiendo que ya no podía guardármelo más—. Blake ha roto conmigo. —La confesión salió de mis labios más fácilmente de lo que esperaba, pero no por eso dolía menos.

—¿Qué? —exclamó Holly, agarrándome del brazo—. ¿Por qué demonios haría eso?

Mi corazón se contrajo dolorosamente mientras forzaba las palabras.

—Le oí hablar con Bruce, su hermano. Dijo que odiaba mi anillo de compromiso y que le gustaría arrancarlo de mi dedo. —Solo repetirlo hizo que mi pecho doliera como si alguien estuviera retorciendo un cuchillo en mi corazón.

—Oh, Harper —susurró Holly, atrayéndome hacia un abrazo.

Parpadeé para contener las lágrimas, decidida a no derrumbarme en medio de la Calle Principal. Todo el mundo se conocía y los rumores se extendían más rápido que un incendio durante la temporada seca australiana.

—Está bien —mentí—. De todos modos, todo era fingido, ¿recuerdas? Solo un acuerdo de negocios. —Al menos eso era lo que me decía a mí misma.

Holly se apartó, sus ojos verdes escrutando mi rostro.

—Pero realmente te enamoraste de él, ¿verdad?

Asentí, incapaz de hablar por el nudo en mi garganta. Tampoco pude decir que había creído que Blake sentía lo mismo por mí.

—Vamos, tranquila —dijo Holly—. Tal vez no conozcas toda la historia. Escuchar a escondidas puede llevar a todo tipo de malentendidos. Pasa todo el tiempo.

—No hay malentendido en esas palabras, Holly —repliqué—. Además, el trato siempre fue temporal. Simplemente se acabó el tiempo, eso es todo. —Blake siempre había sido un hombre de negocios frío, ¿por qué sería diferente con nuestro trato?

—Tonterías. —Holly sacudió la cabeza, luego miró el letrero del restaurante de Charlotte—. ¿Quieres otro trozo de tarta de manzana?

—No, no tengo hambre. —Me encogí de hombros con desánimo. Para ser honesta, no me apetecía nada, solo quería meterme en mi cama y taparme la cabeza con las sábanas.

—Tu jet lag debe ser peor de lo que pensaba si estás rechazando el pastel de Charlotte. —Holly me agarró del brazo y me empujó hacia adelante—. Pero por suerte, sé exactamente cuál es la mejor receta contra el jet lag: la tarta de manzana de Charlotte. También ayuda con el dolor de corazón. Y con las frustraciones moderadas, cuando crees que te han reemplazado por un telesquí.

Mi hermana pequeña no me dejó otra opción que entrar en el restaurante de Charlotte.

Empujé la puerta, agradecida por la ráfaga de aire cálido que nos recibió. El familiar tintineo de la campana sobre la puerta fue extrañamente reconfortante. Nos deslizamos en nuestro habitual reservado de vinilo rojo, el cuero agrietado crujió bajo nosotras.

Miré alrededor y absorbí la vista del clásico restaurante americano. La máquina de discos en la esquina tocaba una vieja melodía country, y el aroma a café y patatas fritas flotaba en el aire. Por un momento, casi me sentí como yo misma otra vez. Casi como si nunca me hubiera ido a Nueva York.

Holly sacudió la cabeza, su cabello castaño se balanceó. —Simplemente no puedo creer que sea así de fácil, Harp. Vosotros dos parecíais tan perfectos el uno para el otro.

Suspiré y pasé los dedos por el borde desgastado de la mesa. —Desafortunadamente, es así de fácil. En un momento estás planeando un futuro, al siguiente... —me detuve, incapaz de terminar la frase.

Antes de que pudiera hundirme más en la autocompasión, una figura familiar se acercó a nuestra mesa. Charlotte, la dueña del restaurante, equilibraba hábilmente una bandeja. Su cabello gris estaba recogido en un moño desordenado, y sus cálidos ojos marrones se arrugaron en las esquinas cuando nos sonrió.

—Vaya, si no son mis *chicas Johnson favoritas* —dijo con su acento arrastrado, colocando dos tazas humeantes de chocolate caliente con malvaviscos y dos generosas porciones de tarta de manzana—. Ni siquiera tuvisteis que pedir, ¿eh?

Parpadeé sorprendida. —Charlotte, nosotras...

Ella descartó mi protesta con una mano polvorienta de harina. —Cariño, cualquiera que vuelva a casa con esa cara necesita algo para animarse. Invita la casa.

Se me formó un nudo en la garganta y sentí que mis ojos se humedecían. —Gracias —logré decir, conmovida por su amabilidad.

Mientras Charlotte se alejaba apresuradamente, tomé un sorbo del chocolate caliente y sentí que un poco de calor se extendía por mis huesos. Me volví hacia Holly, desesperada por cambiar de tema.

—¿Y cómo va todo lo demás? —pregunté.

—Va, supongo. —Holly se encogió de hombros, insegura de qué decir.

Me forcé a sonreír. —Bien.

Normalmente, en el restaurante de Charlotte, siempre caíamos en conversaciones interminables. Pero hoy era diferente. Holly no tenía nada más que decir sobre su novio, del que estaba locamente enamorada. Y yo no tenía nada que decir sobre Blake, porque él pertenecía al pasado.

—¿Lo echas de menos? —preguntó Holly—. Quiero decir, a Blake. ¿Echas de menos a Blake?

—¿Por qué preguntas? —Tomé un bocado de mi tarta. El familiar sabor a canela y manzanas fue reconfortante mientras evadía la pregunta.

—Porque echo muchísimo de menos a Tyler. Y él solo se ha ido por unos días a ese elegante viaje de esquí.

—Bueno, la ausencia hace que el corazón crezca —respondí, agarrando la taza de chocolate y tomando un sorbo. En realidad, el chocolate todavía estaba demasiado caliente, pero quería esconderme detrás de algo.

Holly puso los ojos en blanco. —Dios mío, a veces sueñas exactamente como la abuela.

—Oye —protesté, sintiendo que por primera vez en días surgía una risa genuina dentro de mí—. Debo informarte que eso es un cumplido de primera categoría.

—Sí, tal vez desde la perspectiva de la abuela —respondió Holly con una sonrisa—. Por cierto, la abuela se ha vuelto a pelear con el viejo Miller, esta vez incluso tuvo que venir el sheriff Porter.

—¿Qué? —Dejé el chocolate y me incliné hacia adelante. Había habido tensiones entre mi abuela y John Miller durante mucho tiempo, ambos querían un estúpido trozo de pradera donde no crecía nada y no había fuente de agua, pero era una cuestión de principios, porque ambos creían tener razón.

—Sip. —Holly tomó un profundo respiro para contar el resto de la historia.

Caímos en una charla relajada, intercambiando historias y chismes sobre Maplewood mientras

terminábamos nuestro chocolate y tarta. Por un momento, casi pude olvidar el dolor en mi pecho. Casi.

Justo cuando Holly y yo nos reíamos de chismes tontos del pueblo y mi vida casi se sentía normal, Charlotte regresó a nuestra mesa. Me tocó el hombro, sus cálidos ojos marrones arrugándose en las esquinas. —Bienvenida a casa, cariño —dijo con su fuerte acento sureño.

Asentí y meforcé a sonreír, aunque la sonrisa no llegó del todo a mis ojos. —Gracias, Charlotte. Es bueno estar de vuelta.

Sin embargo, incluso cuando las palabras salieron de mi boca, sentí cómo la mentira se asentaba pesadamente en mi estómago. Mis pensamientos vagaron de vuelta a Nueva York, a los esbeltos rascacielos y los taxis haciendo sonar sus bocinas. A ojos plateados y brazos fuertes. A Blake.

Amaba Maplewood, de verdad lo hacía. El encanto de este pequeño pueblo me había moldeado, me había convertido en quien era. Pero mientras estaba sentada allí en ese familiar reservado del restaurante, rodeada por los reconfortantes aromas de café y pastel, me di cuenta de una dura verdad.

Mi corazón ya no estaba aquí. Nunca había dejado Nueva York y se había quedado con un hombre que probablemente ya no quería tener nada que ver conmigo. Blake se había convertido en mi hogar sin que yo siquiera lo notara, y ahora estaba a la deriva, sin ancla.

Tragué saliva con dificultad y luché contra las lágrimas que amenazaban con brotar. Holly parloteaba sobre algún nuevo chisme, pero sus palabras se desvanecieron en ruido de fondo mientras mis pensamientos corrían.

¿Cómo había podido enamorarme tan rápido, tan intensamente? Y lo que era más importante, ¿cómo iba a recoger los pedazos alguna vez?



¿Cuándo te convertiste en alguien que simplemente se rinde?



Capítulo 33 - Blake

CEMENTERIO CONMEMORATIVO GREENWOOD, LOWER East Side, Nueva York, a la mañana siguiente.

Las puertas del *Cementerio Conmemorativo Greenwood* se alzaban ante mí, un viento gélido me mordía el rostro mientras pasaba bajo el arco de entrada. No había estado aquí desde el funeral de Brooke. El solo pensamiento hacía que mi pecho se estrechara.

Caminé pesadamente por la nieve fresca, mis pasos eran el único sonido que rompía el silencio inquietante. La oscuridad apenas comenzaba a disiparse, proyectando largas sombras sobre las lápidas. Una parte de mí deseaba estar de vuelta en mi cama, pero dormir había sido imposible. Cada vez que cerraba los ojos, veía esa maldita nota adhesiva. Y cuando los abría de nuevo, olía su aroma veraniego en mis sábanas. Eso era todo lo que quedaba de Harper.

Eso era todo lo que había dejado. Sin explicación, sin una despedida adecuada. Solo dos palabras que sacudieron mi mundo y un silencio despiadado.

Encontré la lápida de Brooke y quité la nieve. Mis dedos temblaban mientras colocaba un girasol, sus flores favoritas. En esta época del año, y especialmente a esta hora, era difícil encontrar flores en Nueva York, pero si iba a visitar la tumba de mi hermana, quería hacerlo bien.

—Hola, hermanita —murmuré—. Siento que haya pasado tanto tiempo.

Mientras colocaba la flor, noté algo. Otro ramo de girasoles, parcialmente enterrado bajo la nieve fresca. ¿Quién más podría...?

Sacudí la cabeza. No importaba. Ya nada importaba.

—Maldita sea, Brooke, realmente podría usar tu opinión —dije—. Deje que alguien se acercara. Rompí todas mis propias reglas. Y ahora se ha ido.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, sin respuesta. Por supuesto que quedaron sin respuesta. ¿Qué esperaba?

—No sé qué hacer —admití—. No puedo concentrarme en el trabajo. No puedo dormir. No puedo dejar de pensar en ella. ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Silencio. Solo el viento silbando a través de los árboles desnudos.

—Probablemente me dirías que vaya tras ella, ¿verdad? —Solté una risa sin humor—. Pero no puedo. Ella tomó su decisión. Se fue. Fin de la historia.

Me quedé allí durante mucho tiempo, mirando fijamente el nombre de Brooke grabado en piedra. El nudo en mi garganta creció hasta que apenas podía respirar.

—Te echo de menos —susurré—. Te echo mucho de menos, hermanita.

Me pasé la mano por el pelo con frustración. —Maldita sea, sueño patético. Pero ¿quieres oír algo aún más patético? Le pedí a Alexander que averiguara a dónde se había ido. Kentucky. Por supuesto que volvería allí.

Mi pecho se apretó al pensar en Harper, de vuelta en ese rancho, tan lejos de mí. La soledad me golpeó como un golpe físico.

—¿Sabes qué es lo peor? —continué, hablando con la lápida de Brooke como si pudiera oírme—. Si realmente se hubiera despedido... si hubiera tenido la oportunidad...

Cerré los puños, sintiendo cómo la ira y el dolor hervían dentro de mí.

—Le habría prohibido irse —gruñí—. La habría convencido de quedarse, sin importar lo que costara. No puedo perderla, Brooke. No puedo...

Alguien se aclaró la garganta detrás de mí.

Giré lentamente la cabeza, con el corazón acelerado. ¿Quién demonios estaba aquí fuera tan temprano?

Por un breve momento, esperé que fuera Harper. Que me hubiera seguido hasta aquí, lista para explicarlo todo. Pero cuando mis ojos se ajustaron a la tenue luz, vi una silueta familiar que me heló la sangre en las venas.

Papá.

Mi padre estaba allí, con un ramo de girasoles en la mano. Atado con la misma cinta que el ramo en la tumba.

Papá parecía tan estoico como siempre, pero sus ojos lucían cansados.

—No quería escuchar a escondidas —dijo en voz baja—. Vengo aquí todas las mañanas.

Observé atónito cómo colocaba las flores en la tumba de Brooke y recogía el ramo marchito.

—¿Todas las mañanas? —pregunté con voz ronca.

Asintió, sin encontrar mi mirada. —Todas las mañanas.

No lo sabía. Y estaba bastante seguro de que Bruce tampoco lo sabía.

El silencio entre nosotros se extendió, lleno de palabras no dichas y años de resentimiento. Lo había evitado durante tanto tiempo, le había culpado de tantas cosas. Pero al verlo aquí, con los hombros encorvados bajo el peso de su propio remordimiento, algo cambió dentro de mí.

—Papá —comencé, luego me detuve, inseguro de qué decir.

Levantó la mirada, sus ojos llenos de un dolor que reflejaba el mío. —Blake, yo... lo siento. Lo siento mucho.

Su voz se quebró en la última palabra, y sentí que mi propia compostura comenzaba a desmoronarse.

—Me arrepiento cada día —continuó—. De haberle prohibido ir a esa fiesta. Pensé que la estaba protegiendo, pero solo estaba... tenía miedo. Tú, Bruce y Brooke, lo eran todo para mí. Lo eran todo.

Tragué con dificultad, luchando contra las emociones que subían desde mi pecho.

Papá tomó un respiro tembloroso, sus manos temblaban mientras extendía la mano para tocar la lápida de Brooke. —Nunca quise que nada de esto pasara. Solo quería protegerlos a todos.

Mientras lo observaba, no vi al padre estricto y controlador de mi juventud, sino a un hombre quebrado, aplastado por la misma pérdida que casi me había destruido. Por primera vez en años, sentí una chispa de compasión hacia él.

—Lo sé, papá —dije sin cinismo ni ironía en mi voz—. Ahora sé que eso es lo que querías.

Mientras estaba allí de pie, viendo cómo los hombros de mi padre se hundían aún más, de repente me golpeó una revelación como un puñetazo en el estómago. Si hubiera tenido la oportunidad, le habría hecho la misma maldita cosa a Harper. Habría intentado controlarla, protegerla, le habría prohibido irse. No porque odiara a Harper o quisiera hacerle daño, todo lo contrario, quería protegerla. Y eso era exactamente lo que papá había hecho por mi hermana

pequeña.

—Ahora te entiendo, papá —dije en voz baja.

—Bien. —Papá asintió. No me culpaba ni me daba un sermón, aunque me merecía ambas cosas.

—¿Quieres hablar de Harper? —me ofreció papá—. ¿O de vuestro compromiso fallido? Supongo que esa parte no fue fingida, ¿verdad?

Lo miré sorprendido. —¿Sabías lo del compromiso falso?

Papá asintió, con un atisbo de sonrisa en los labios. —Soy viejo, no ciego. Me di cuenta de inmediato de que Harper no era tu prometida. Pero también vi que era el tipo de chica que a Brooke le habría encantado. Harper parecía ser la primera que te veía a ti, no tu dinero. Así que tenía curiosidad por ver cómo se desarrollaría todo.

Sonreí brevemente. Si acaso, mi dinero había asustado a Harper. Papá también tenía razón en su otra suposición.

—Tienes razón —dije en voz baja—. A Brooke realmente le habría gustado Harper.

Mientras pronunciaba las palabras, un calor se extendió por mi pecho, disipando parte de la gélida desesperación que me había invadido desde que encontré la nota adhesiva de Harper. Por un momento, casi pude ver el rostro de Brooke, sus ojos llenos de picardía, burlándose de mí por haber encontrado finalmente una chica que podía ponerme en mi lugar.

—Brooke te habría hecho la vida imposible por dejar ir a Harper —dijo papá, haciéndose eco de mis pensamientos.

Asentí y me pasé la mano por el pelo, mientras la esperanza brotaba en mi interior.

Pero el calor en mi pecho se extinguió cuando la realidad me golpeó. —Pero Harper se ha ido —dije con voz hueca—. Así sin más. Sin explicación, sin despedida. Solo una maldita nota adhesiva.

Los ojos de papá se entrecerraron. —¿Desde cuándo te lo pones tan fácil, Blake? ¿Cuándo te has convertido en alguien que simplemente se rinde?

Abrí la boca para contradecirlo, pero él me interrumpió.

—Vi cómo te miraba esa chica en la gala de Navidad. Y también cómo la mirabas tú. Eso no era una actuación, hijo. Era real.

¿Podría papá tener razón? ¿Había estado tan enredado en mi habitual pesimismo que no había visto lo que tenía justo delante?

No. Era demasiado doloroso considerar siquiera esa opción. Las posibilidades de que Harper me

hubiera dejado solo por un malentendido y hubiera regresado a Kentucky eran prácticamente nulas.

—¿Qué hay de Bruce? —pregunté, cambiando de tema—. ¿Recibirá sus acciones de todos modos, aunque al final el trato entre nosotros se haya caído?

Papá negó con la cabeza, obviamente molesto. —Olvídate de las acciones. No se trata de eso, y lo sabes.

—Harper ha tomado su decisión —insistí, aunque una parte de mí se resistía a estas palabras.

—Tonterías —escupió papá, su fachada tranquila se desmoronaba. Nunca lo había oído maldecir—. Es evidente que todavía tienes sentimientos por Harper, y puedes recuperarla, maldita sea, si eres lo suficientemente sincero.

Lo miré fijamente, sorprendido por la vehemencia en su voz. Pero bajo la sorpresa, se agitaba algo más. Esperanza. Determinación. La comprensión de que no tenía que dejar escapar lo mejor que me había pasado sin luchar.

Se enderezó y se frotó los ojos con el dorso de la mano. —Una relación no se construye sobre reglas y prohibiciones, hijo mío. Y no se basa en un contrato. Vuestra relación ha sobrevivido a ambas cosas, así que debe ser algo especial.

Respiré hondo, el aire helado quemaba en mis pulmones. Papá tenía razón. Siempre había tenido razón, incluso cuando yo había sido demasiado testarudo para verlo.

—Tienes razón —dije, cediendo—. En lo que respecta a Harper... y en todo lo demás.

El peso de años de culpas y prejuicios mal dirigidos cayó de mis hombros. Miré a mi padre, realmente lo miré, y vi el dolor que se había grabado en las líneas de su rostro. Él había perdido una hija, como yo había perdido una hermana. Y todo lo que siempre había querido era protegernos.

—Lo siento, papá —logré decir, las emociones amenazaban con abrumarme—. Por todo. Por culparte, por alejarte. Estaba equivocado.

Sin dudarlo, di un paso adelante y lo rodeé con mis brazos. Se tensó por un momento, luego se relajó y devolvió el abrazo, dándome palmadas en el hombro.

—Estoy orgulloso de ti, hijo mío —murmuró, su voz espesa por la emoción—. Condenadamente orgulloso.

Asentí, incapaz de hablar.

—Ahora ve y recupera a tu prometida —dijo papá—. De lo contrario, te haré la vida imposible en nombre de Brooke. ¿Entendido?

—Entendido —respondí asintiendo.

Luego me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta del cementerio con una nueva determinación. En cuanto salí, saqué mi teléfono y marqué el número de Alexander.

—Necesito un vuelo a Kentucky —dije sin rodeos—. Tan pronto como sea posible.

—Hola, colega, también es un placer oírte —comenzó Alexander. Su voz apenas se distinguía por el fuerte ruido de fondo—. Como tu siervo, por supuesto que cumpliría este deseo sin dudar... —continuó, pero lo interrumpí.

—No tengo tiempo para bromas —repliqué poniendo los ojos en blanco—. Necesito un vuelo. A Kentucky. Ahora. Y sé que tú tienes mejores contactos en este sector.

—Ya entiendo, Blake —respondió Alexander—. Pero sabes que se avecina una ventisca, ¿verdad? Es un caos ahí fuera. Conseguir un avión podría ser casi imposible.

—Eso no me importa, *casi imposible* no existe en nuestro vocabulario —contesté—. Simplemente inténtalo todo. Voy de camino a la oficina y veré qué puedo hacer para conseguir uno de los aviones de la empresa. Te mantendré informado.

Colgué y ya estaba planeando mi siguiente movimiento. El viento helado azotaba a mi alrededor, pero apenas lo sentía. Todo en lo que podía pensar era en Harper, y en cómo movería cielo y tierra para recuperarla.



Ahora tienes que decidir.



Capítulo 34 - Blake

FRENTE A NORTON ENTERPRISES, Nueva York, un poco más tarde.

La tormenta de nieve me azotaba la cara mientras luchaba contra los ventisqueros que me nublaban la vista. Mis dedos, entumecidos por el frío, se aferraban a la bolsa de papel con dos sándwiches de pastrami; como siempre, desenvolví uno de ellos de inmediato. Mientras tanto, miré hacia el otro lado de la calle, donde se encontraba Norton Enterprises, y me detuve un momento. Mi imperio de cristal y acero se alzaba ante mí, apenas visible a través de la tormenta.

Por primera vez, los pensamientos sobre el trabajo no me dominaban. En su lugar, mi mente divagaba hacia la conversación con mi padre. Después de años de tensión, finalmente habíamos establecido una conexión, realmente hablamos. Un deshielo en nuestra relación congelada.

—Quizás el viejo no sea tan malo después de todo —murmuré, sorprendiéndome a mí mismo con esta admisión.

Pero no solo había cambiado la relación con mi padre, finalmente había logrado dejar atrás parte de mi ira. Visitar a Brooke había sido lo mejor que podía haber hecho. Por otro lado, me recordé a mí mismo que aún quedaban asuntos importantes por resolver. Tenía que ver a Harper lo antes posible.

Pero, ¿y si ella no quería verme? ¿Si ni siquiera me daba la oportunidad de aclarar la situación?

Sacudí ese sentimiento y me dirigí hacia el callejón donde siempre compartía mi segundo sándwich con el perro callejero sin nombre que siempre me esperaba. Pero hoy el estrecho pasaje estaba vacío.

—¿Eh? —Fruncí el ceño y escudriñé el blanco arremolinado. El perro nunca llegaba tarde, era puntual como yo, quizás incluso más. Un atisbo de preocupación me carcomía.

Silbé con fuerza, el sonido fue rápidamente engullido por la tormenta. Nada.

Entonces mi teléfono vibró. Alexander.

—Dime que has encontrado un vuelo —comencé la llamada, luchando por oír algo sobre el aullido del viento, por lo que di un paso hacia el callejón.

—Blake, no hay más vuelos chárter... —La voz de Alexander crepitó y se cortó brevemente.

—¡Maldita sea! —juré, mi frustración desbordándose—. Si tengo que tomar un vuelo comercial a Kentucky, que así sea. Tengo que ver a Harper. Consígueme un boleto, cualquiera, no soy exigente. ¡Incluso en clase turista o en un avión militar, no me importa!

—Blake, me estás pidiendo cosas imposibles. —La voz de Alexander sonaba distorsionada entre todo el ruido.

—¡Sigue intentándolo! —grité al teléfono antes de que la llamada se cortara por completo.

Me quedé mirando la pantalla en blanco, el rostro de Harper destelló en mi mente. El impulso de verla, de arreglar las cosas, tiraba de mi interior con una intensidad que me sorprendió. ¿Cuándo se había metido tanto bajo mi piel? ¿Y cuándo lo había permitido?

Metí el teléfono en mi bolsillo y silbé una vez más al perro. Todavía nada.

—A la mierda —murmuré y me lancé al callejón. Nunca antes me había aventurado aquí, pero algo me empujaba hacia adelante. Un paso, luego otro, luchando contra el viento y mis propias reservas.

¿Qué estaba haciendo aquí? Se suponía que debía organizar un vuelo para recuperar a una mujer. Y sin embargo... no podía sacudirme la sensación de que algo no estaba bien.

La tormenta de nieve aullaba a mi alrededor, helada e incómoda. Pero me adentré más en el callejón, buscando una mirada leal y un ladrido familiar.

Mi corazón latía con fuerza, desgarrado entre dos urgencias competitivas. Harper esperaba en Kentucky, mi última oportunidad de felicidad tal vez se me escapaba con cada minuto que pasaba. Pero aquí, en este callejón olvidado por Dios, quizás otra alma también me necesitaba.

Por primera vez en mi vida, no tenía un plan ni control. Y eso me daba un miedo de mierda.

Mi teléfono volvió a vibrar y me detuve; sin duda era Alexander.

—¿Blake? ¿Me oyes? —preguntó. Desde que me había adentrado más en el callejón, lo oía mejor.

—Sí —respondí.

—Es una locura querer volar por el país con este clima —comenzó Alexander de nuevo. Quería disuadirme del vuelo—. Espera unos días hasta que pase la ventisca, será más fácil.

—Nada será más fácil —respondí con convicción—. Solo será más difícil con cada día que pase convencer a Harper de que significa algo para mí.

—Blake, ella no va a desaparecer de Kentucky. —Alexander seguía intentando apaciguarme, pero sus palabras solo provocaron una risa amarga de mi parte.

—¿No te has dado cuenta de que acaba de huir de mí? —pregunté provocativamente. Todavía no podía creer que hubiera huido de mí. Y cada vez que pensaba en ello, me odiaba un poco más a mí mismo. La necesidad de ver a Harper, de explicarme, ardía como un incendio forestal en mi pecho. Era irracional, incontrolado, todo lo que normalmente detestaba. Y sin embargo, aquí estaba, listo para desafiar una tormenta de nieve e incluso los vuelos comerciales, solo por la oportunidad de volver a verla.

Tropecé, casi perdiendo el equilibrio en el suelo helado.

—Mierda —siseé y me apoyé en un cubo de basura. El frío me mordía a través de mi caro abrigo de lana, recordándome lo mal equipado que estaba para esta pequeña expedición.

—Blake, ¿y si te rechaza de nuevo? —La voz de Alexander crepitaba a través del ruido.

Cerré los ojos y exhalé un largo suspiro que se cristalizó en el aire helado. —Al menos sabré que lo intenté todo —dije, con palabras cargadas de finalidad—. No puedo simplemente rendirme. Necesito verla, Alexander. No puedo explicarlo, pero es así.

—Eres un maldito idiota —el tono cínico de Alexander se transmitió a pesar de la mala conexión.

—Tal vez —admití—. Probablemente. Pero tengo que hacerlo. Solo sigue intentando conseguir un vuelo, ¿de acuerdo?

Me adentré más en el callejón, mis caros zapatos de cuero resbalando en los parches de hielo ocultos bajo la nieve. El viento aullaba y azotaba copos helados contra mi rostro. Entrecerré los ojos y escudriñé en la oscuridad.

—¡Ven, amigo! —llamé suavemente y luego silbé de nuevo. Nada. El silencio era inquietante, solo interrumpido por los sonidos lejanos de la ciudad.

—¿Por qué silbas? —preguntó Alexander. El ruido se volvió tan fuerte que apenas podía entender algo.

—Es solo el viento —mentí, no queriendo hablar sobre el perro. Ahora me parecía ridículo buscar a un callejero en este callejón helado. Pero no podía sacudirme la preocupación que me

carcomía—. Te llamaré de vuelta cuando llegue a la oficina.

Terminé la llamada antes de que pudiera responder y volví a meter el teléfono en mi bolsillo. El frío parecía intensificarse, penetrando hasta mis huesos. O tal vez era simplemente el peso de lo que estaba arriesgando: mi orgullo, mi corazón, todo.

Pero mientras estaba allí, temblando en ese callejón olvidado por Dios, supe con absoluta certeza que arriesgaría todo por Harper. Incluso si significaba enfrentarme al rechazo una última vez. Si después de eso ella todavía me odiaba, estaba dispuesto a irme de Kentucky en silencio. Pero si hubiera la más mínima posibilidad de que quisiera estar conmigo de nuevo, estaba preparado para hacer de eso mi nueva misión en la vida.

—¡Vamos, amigo! —grité al callejón, sosteniendo en alto el sándwich de pastrami.

Cuanto más me adentraba en el callejón, más incómodo me sentía. Este no era yo. Blake Norton no andaba por callejones traseros buscando perros callejeros. Pero tampoco me habían interesado los sentimientos hasta que llegó Harper.

La pregunta cínica de Alexander resonaba en mi cabeza. ¿Y si me rechazaba de nuevo? El pensamiento me provocó un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío. Le había dicho que sabría que lo había intentado todo, pero la verdad era que otro rechazo me destruiría.

—Maldita sea, Harper —murmuré, mi aliento formando una nube frente a mí—. ¿Qué me has hecho?

Mi pie resbaló en una placa de hielo y tropecé, pero me agarré a la áspera pared de ladrillo.

Justo cuando estaba a punto de rendirme y emprender el camino de vuelta a la oficina, lo vi: un mechón de pelo marrón familiar asomando detrás de un contenedor de basura, pero sin moverse. Mi corazón se encogió.

—No —susurré y aceleré mis pasos hacia el contenedor. No había ojos marrones mirándome, ni cola meneándose, ni ladridos alegres. Solo silencio, nieve y basura.

—¡Eh, chico! —grité contra el viento. Sin movimiento. Me detuve antes de llegar al perro. Una sensación opresiva en mi pecho me impedía seguir adelante. Este sentimiento era tan poco familiar que me tomó un momento reconocerlo como miedo.

—Eh, chico —llamé suavemente, mi voz más áspera de lo normal—. Vamos, levántate, es hora del desayuno.

No se movió. Tragué con dificultad y aún no estaba listo para avanzar. Al parecer, no solo Harper se había colado en mi vida.

En resumen, los últimos dos días habían sido terribles. Maldita sea, extrañaba tanto a Harper que creía estar perdiendo la cabeza. La mera perspectiva de una vida sin ella era como el infierno. Tal vez era karma, tal vez no merecía nada mejor después de haber permitido tanta ira y odio en los

últimos años. Tal vez había odiado al mundo durante tanto tiempo que el mundo finalmente me devolvía el odio.

Mis pies se movieron lentamente hacia adelante, le debía al perro saber cómo estaba. Y le debía a Harper seguir luchando mientras aún no todo estuviera perdido. Si me rendía ahora, no habría vuelta atrás. Una vez que caes en ese abismo, nunca sales, sino que sigues cayendo toda tu miserable vida.

Así que me acerqué, porque tenía que saber lo que podría encontrar, aunque lo temiera. Mi teléfono vibró en mi bolsillo. El nombre de Alexander brillaba en la pantalla.

—Blake —dijo cuando me detuve y contesté la llamada—. Lo creas o no, te conseguí un vuelo, pero tienes que ir al aeropuerto JFK inmediatamente. Se supone que es el último vuelo antes de que cierren el aeropuerto. ¿Entendido? Sin equipaje, sin discusiones, ¡mueve el trasero y vete!

Mientras procesaba las palabras de Alexander, mis pies me habían llevado automáticamente alrededor del contenedor de basura. La vista me dejó helado. Maldita sea... esperaba cualquier cosa, pero no lo que vi.

Estaba dividido. Harper esperaba, posiblemente era mi última oportunidad de arreglar las cosas. Pero tampoco podía simplemente...

—¿Blake? —La voz de Alexander crepitaba a través de la tormenta—. ¿Estás ahí? Tienes que decidir ahora.

Hace poco, nunca había tenido problemas para tomar decisiones.

Pero hasta hace poco, el corazón que latía en mi pecho también había sido un trozo congelado.

Le di mi respuesta a Alexander y esperaba no arrepentirme de esta decisión. Porque sin importar cómo decidiera, en cada escenario que había jugado en mi cabeza, alguien tendría que sufrir debido a mi decisión.

Espero que me perdones.



Ese era tu vuelo.



Capítulo 35 - Blake

AEROPUERTO JFK, NUEVA YORK, el mismo día, un poco más tarde.

Irrumpí por las puertas del aeropuerto, con el corazón martilleando en mi pecho. Dentro reinaba el caos. Cuerpos me empujaban por todos lados mientras me abría paso entre la multitud. Maletas y paraguas se convertían en trampas que me hacían perder más tiempo valioso.

—Disculpe —murmuraba mientras me agachaba bajo brazos extendidos y esquivaba maletas. Mi traje, normalmente impecable, estaba arrugado, y mi cabello empapado por la nieve. No me importaba. Lo único que importaba era alcanzar ese vuelo.

Me detuve derrapando frente al gran ventanal con vista a la pista, y mi estómago se hundió al ver el avión alejarse. *Mi avión.*

—Maldición —gruñí, golpeando el cristal con la palma de la mano.

—Ese era tu vuelo —resonó la voz seca de Alexander detrás de mí.

Me giré para mirarlo. —Lo sé. Vine tan rápido como pude, pero... —Me interrumpí y gesticulé impotente hacia el avión que partía.

A nuestro alrededor, el aeropuerto zumbaba de actividad. Familias se apiñaban aferrándose a billetes y pasaportes. Viajeros de negocios tecleaban frenéticamente en sus móviles. Por los altavoces crepitaban anuncios sobre retrasos y cambios de puerta.

Me volví hacia la ventana y presioné mi frente contra el frío cristal. Justo aquí se había sentado Harper ayer, volando fuera de mi vida. Esa realización me golpeó como una bofetada.

—Se ha ido —susurré, con el pecho dolorosamente oprimido.

Lo había estropeado. Había permitido que mi orgullo y mi terquedad dejaran ir a una persona importante. Ahora era demasiado tarde para arreglarlo. La idea de no volver a ver a Harper, de no volver a oír su risa o sentir su tacto, me hacía querer gritar.

Pero ¿qué más podía hacer? Yo era Blake Norton. No suplicaba. Yo...

Tragué con dificultad y luché contra las emociones que amenazaban con abrumarme. —La he perdido —dije sin emoción, más para mí mismo que para Alexander.

La mano de Alexander aterrizó en mi hombro y lo apretó suavemente. —¿Qué pasa por tu cabeza, Blake?

Solté una risa amarga. —¿Tú qué crees? La he cagado completamente con Harper, eso es lo que pasa. —Las palabras me supieron amargas en la boca—. Harper se ha ido, y no sé cómo arreglarlo.

—No puedes simplemente rendirte —dijo Alexander, con un tono sorprendentemente alentador—. Eso no es propio de ti, hombre. ¿Desde cuándo Blake Norton retrocede ante un desafío?

Negué con la cabeza y me aparté de la ventana. —Esto no ha sido un simple trato de negocios, Alexander. Es... es Harper. —Mi voz se quebró al pronunciar su nombre—. La he alejado, y ahora está en Kentucky y probablemente no quiera volver a verme nunca.

—¿Y qué? Ve tras ella —insistió Alexander—. Demuéstrale que está equivocada.

—No es tan simple —respondí, pasándome la mano por el cabello—. No lo entiendes.

—Tienes toda la razón —dijo Alexander con una sonrisa en los labios. Él era tan poco dado a las relaciones como lo había sido yo. Solo desde que conocí a Harper supe lo que realmente significaba el amor.

Una familia de cinco pasó apresuradamente junto a nosotros, los padres parecían desaliñados mientras apuraban a sus hijos fuera de una puerta de embarque. El más pequeño, un niño de unos seis años, lloraba por un peluche perdido. Al menos yo no destacaba entre el descontento y el estrés navideño.

Bajé la voz. —Le he hecho daño, Alexander. He permitido que mi estúpido orgullo y mi necesidad de control arruinaran lo mejor que me ha pasado nunca. Harper merece algo mejor que eso. Mejor que yo.

Los ojos de Alexander se estrecharon. —Tonterías. Eso es el miedo hablando por ti, y lo sabes.

—Es la verdad —argumenté, aunque algo en mi pecho se rebelaba contra esas palabras.

—El Blake que conozco no se rendiría tan fácilmente —insistió Alexander—. El Blake que

conozco movería cielo y tierra para conseguir lo que quiere. Y he visto cómo miras a Harper. Ella es lo que quieres.

Cerré los puños, dividido entre la esperanza y la desesperación. —Incluso si eso es cierto, ¿qué puedo hacer? El avión acaba de despegar. Es demasiado tarde.

Miré por la ventana y observé cómo el avión desaparecía en el horizonte. Las palabras de Alexander resonaban en mis pensamientos, luchando contra mis propias dudas. De repente, me golpeó como un rayo.

—Tienes razón —dije, volviéndome hacia él. No solo yo necesitaba a Harper, sino que Harper me necesitaba a mí también. Al menos esperaba que me necesitara. Antes de mí, nunca había pensado en sí misma y siempre se había puesto en último lugar. Alguien tenía que asegurarse de que Harper también se tomara tiempo para sí misma.

—Una estúpida tormenta y un vuelo perdido no deberían mantenerme alejado de Harper. Y mucho menos mis miedos idiotas. Harper es lo único que no puedo comprar con dinero, pero que necesito absolutamente en mi vida.

Alexander sonrió y me dio una palmada en la espalda. —Ese es el Blake que conozco. ¿Cuál es el plan?

Sin responder, me dirigí al mostrador más cercano del aeropuerto, con Alexander pisándome los talones. Una azafata estaba detrás, su uniforme azul oscuro arrugado y el nudo de su pañuelo rojo casi deshecho. Algunos mechones de pelo se habían escapado de su apretado moño. Evidentemente, *Jessica*, según decía su placa de identificación, había tenido un día tan estresante como el mío.

—Necesito un vuelo a Kentucky —dije, apoyándome en el mostrador—. Ahora mismo. El costo no importa.

Los ojos color avellana de Jessica se abrieron ligeramente, pero mantuvo su actitud profesional. Sus dedos volaron sobre el teclado mientras comprobaba el sistema.

—Lo siento, señor, casi todos los vuelos han sido cancelados, esta tormenta de nieve...—

—No me importa la tormenta —la interrumpí, con el corazón acelerado mientras dejaba un fajo de billetes sobre el mostrador blanco—. Tiene que haber algo.

Se mordió el labio, evidentemente en conflicto. —Bueno, solo quedan dos aviones con permiso para despegar antes de que la torre suspenda todos los vuelos. Uno ya está rodando hacia la pista, completamente lleno. El otro...

—¿El otro qué? —insistí, sintiendo brotar la esperanza en mi pecho. Estaba inusualmente desesperado, así que me aferraba a cualquier posibilidad que se me presentara.

Jessica suspiró. —No es un avión de pasajeros, señor. Me temo que no puedo...

Me incliné más cerca para mirar a Jessica con intensidad. —¿Qué pasa con el otro avión? ¿Es un jet privado?

Jessica negó con la cabeza, su moño se balanceó ligeramente. —No, señor. Es un avión de carga. No se permite a los civiles a bordo. Va contra las normas.

Mi mente trabajaba frenéticamente, estaba tan cerca de Harper, tan condenadamente cerca, que no podía rendirme ahora.

—¿Qué compañía? —pregunté, con la esperanza contra todo pronóstico de que pudiera ser alguien que conociera.

—*ThomsonTech Logistics* —respondió ella, mirándome con desconfianza. Asentí pensativamente. Ya había negociado antes con el CEO de *ThomsonTech*, Richard Thompson, aunque hacía tiempo, pero como ambos habíamos obtenido un trato satisfactorio, me había quedado un buen recuerdo de él.

Un plan comenzó a formarse en mi cabeza, descabellado y desesperado.

—Disculpe un momento —le dije a Jessica y saqué mi teléfono. Busqué en mi bandeja de correo electrónico mensajes antiguos, con la esperanza de encontrar un aviso legal con un número de teléfono, y ahí estaba. Marqué su número y recé para que contestara.

—¿Sí? —sonó la pregunta escueta, después de haberlo intentado por segunda vez.

—Soy Blake Norton —empecé, pero él me interrumpió.

—Blake Norton —respondió su voz áspera—. ¿A qué debo el placer?

Fui directo al grano, pues el tiempo se me acababa. —Richard, quiero comprar tu avión. El que está ahora mismo en el JFK.

Hubo una pausa. —¿Qué?

—Tu avión, el que está saliendo a la pista —repetí. Desde el mostrador no se podía ver la pista de despegue. Además, los aviones de carga no necesitaban acceso al aeropuerto, ya que solo transportaban contenedores, no pasajeros. Aun así, escudriñé las ventanas en busca del avión.

—¿El avión de carga? ¿Te refieres al contenido? —preguntó Richard.

—No —dije con voz firme—. Me refiero al avión en sí. El contenido me da igual. En realidad, el avión también. Solo necesito el permiso para despegar y aterrizar. Y quiero volar en él.

La risa de Richard retumbó a través del teléfono. —¿Has perdido el juicio, Norton? Es lo más loco que he oído nunca.

Apreté el teléfono con más fuerza, consciente de que Alexander y Jessica me observaban

atentamente. —Sé que suena una locura, pero estoy desesperado. Di tu precio. Te transferiré la cantidad que quieras. Inmediatamente.

Con cada segundo que tenía que esperar, mis músculos se tensaban más, hasta que sentí que estaban a punto de romperse. Y con cada segundo que pasaba, el silencio al otro lado de la línea parecía más interminable.

Me aclaré la garganta, porque Richard seguía en silencio.

—Entonces, ¿qué dices?



Esto es historia familiar.



Capítulo 36 - Harper

SILVER LAKE RANCH, MAPLEWOOD, Kentucky, en ese mismo momento.

Me puse de puntillas y me estiré para colgar una bola brillante cerca de la punta del enorme árbol de Navidad. El aroma fresco de pino se mezclaba con canela y nuez moscada, envolviéndome en recuerdos de Navidades pasadas. Fuera, a través de las ventanas heladas, gruesos copos de nieve caían en remolinos, cubriendo de blanco Silver Lake Ranch.

—Harper, cariño, te has olvidado de un sitio —llamó la abuela. Señaló con su bastón un espacio vacío entre las ramas—. No podemos tener huecos en nuestro *árbol familiar de los Johnson*.

—Abuela, ¿es realmente necesario? —pregunté con un suspiro.

—Lo es —respondió firmemente.

—¿En serio? Quiero decir... —comencé, mientras cogía otra bola brillante, pero mi abuela me interrumpió con los ojos muy abiertos y fingido horror.

—¡Dios nos libre de romper una tradición Johnson! Incluso los primeros Johnson que ocuparon esta tierra tenían esta tradición, ¡y no ha cambiado en los últimos doscientos años! Las tradiciones existen por una buena razón, señorita.

—Pero el árbol ya estaba montado. *Todas* vosotras lo montasteis y decorasteis —repliqué, mirando a Holly en busca de ayuda, quien se encogió de hombros disculpándose y volvió a mirar su smartphone. Porque no habían pasado ni diez minutos desde que entré en la casa cuando la abuela y mamá quitaron toda la decoración para poder montarla de nuevo conmigo.

Mamá intervino mientras desenredaba una cadena de luces. —Tu abuela tiene razón, Harp. No sería Navidad sin nuestro caos anual de decoración. Esto es historia familiar.

Meforcé a sonreír e intenté poner algo de alegría en mi voz. —Tenéis razón. Es realmente mágico cuando todo está terminado.

Pero por dentro, mi corazón dolía. Todo se sentía mal sin Blake a mi lado. Echaba de menos su humor seco, la forma en que sus ojos plateados se suavizaban cuando me miraba. Echaba de menos sus fuertes brazos y la voz áspera con la que me susurraba oscuras promesas al oído en el cuarto de juegos.

Estaba en casa, sin duda. Y antes de irme a Nueva York, mi hogar había sido perfecto. Pero ahora, ¿ahora qué? El lugar seguía siendo perfecto y me daba todo lo que necesitaba, pero yo ya no estaba completa. Una parte de mí se había quedado en Nueva York, con Blake.

Basta ya, Harper, me regañé a mí misma.

Holly me dio un codazo. —Tierra llamando a Harper. ¿Vas a colgar la bola o a mirarla todo el día?

Parpadeé, dándome cuenta de que me había perdido en mis pensamientos. —Lo siento, solo estaba pensando. —Colgué rápidamente la bola.

El teléfono de Holly vibró de nuevo y ella lo cogió, sonriendo a la pantalla.

Cuando intenté echar un vistazo curioso a la pantalla, ella la cubrió sospechosamente rápido.

—Ooh, ¿es Tyler Jenkins? —la provoqué, agradecida por la distracción—. ¿Te está escribiendo cosas indecentes?

Las mejillas de Holly se sonrojaron. —Ocúpate de tus asuntos. —Aunque no negó que los mensajes fueran de Tyler, que la habían mantenido distraída los últimos minutos, tampoco lo confirmó.

—Deja en paz a tu hermana —regañó mamá, pero sus ojos brillaban—. Pero si es Tyler, dile que lo esperamos para la cena de Navidad.

—¡Mamá! —protestó Holly—. ¡Sabes que está en ese estúpido resort de esquí!

—Con más razón para que coma un asado decente. ¡Ningún hombre hecho y derecho se llena con esos caros aperitivos diminutos!

Me reí y sentí una chispa de verdadera alegría. Esto era el hogar: las bromas ligeras, el calor de la familia. Por un momento, casi pude olvidar el dolor en mi pecho.

Pero cuando fui a coger otra bola, mis dedos rozaron el espacio vacío en mi dedo anular. La risa murió en mi garganta. Dios, echaba de menos a Blake. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Me echaría

de menos también? ¿Pensaría en mí? Miré el reloj. No, ahora seguramente estaría inmerso en su trabajo.

—¿Harper? —la voz de la abuela era suave—. ¿Estás bien, cariño?

Forcé una sonrisa. —Todo perfecto, abuela. ¿Dónde va este copo de nieve?

La abuela asintió, no muy convencida por mi sonrisa, mientras cogía otra bola. —¿Sabes? Esto me recuerda a la Navidad en que tu abuelo me pidió matrimonio. ¡Dios mío, qué desastre fue aquello!

Levanté una ceja, agradecida por la distracción. —¿Oh? Cuéntame, abuela.

En realidad, conocía todas las historias de los Johnson de pe a pa, pero mi abuela las contaba de una manera que podías escuchar para siempre.

Soltó una risita y colgó un poco de espumillón brillante. —Bueno, él lo había planeado todo. Un paseo romántico en trineo, el anillo escondido en el chocolate caliente (que por cierto, casi me bebo de un trago). Pero imagínate, ¡el caballo se asustó y nos tiró a los dos en un montón de nieve!

Tuve que reírme al imaginarlo. —Eso no fue muy romántico, ¿verdad?

—No —asintió la abuela, con la mirada perdida en la distancia—. Ahí estábamos, cubiertos de nieve, y a tu abuelo le castañeteaban tanto los dientes que apenas podía pronunciar las palabras después de haber cavado en la nieve en polvo buscando el anillo. Pero ¿sabes qué? Fue perfecto y si pudiera, no cambiaría nada.

Tragué saliva con dificultad y luché contra el nudo en mi garganta. —¿Por qué?

La abuela sonrió suavemente. —Porque estábamos *juntos*. Caóticos e imperfectos y reales. —Me dio unas palmaditas en la mano—. A veces el amor es así, cariño. No siempre sale según lo planeado, pero eso no lo hace menos verdadero.

Asentí, sin atreverme a hablar. Una parte de mí quería creerle, esperar que tal vez, solo tal vez...

Pero no. No podía permitirme pensar así. Esos pensamientos solo llevaban a un dolor de corazón innecesario.

—¡Listo! —trinó Holly y dio un paso atrás para admirar el árbol. Era hermoso, resplandeciente con luces y recuerdos.

—Ahora sí está perfecto —dijo mamá, sonriéndonos con orgullo—. Voy a ver cuánto más va a tardar vuestro padre en el granero. —Mamá puso los ojos en blanco teatralmente. Cuando se hizo evidente que yo había vuelto al rancho Silver Lake por un corazón roto y penas de amor, él se había refugiado en el granero para *reparar* sus camionetas perfectamente funcionales. Papá tenía un gran corazón, pero sabía que había cosas que se hablaban mejor entre mujeres. Aunque yo no

tenía ganas de hablar. Solo Holly conocía algunos detalles, el resto lo había mantenido en la oscuridad. Era suficiente con que yo estuviera de mal humor, no necesitaba contagiar a mi familia.

De repente, el teléfono de Holly volvió a sonar. Miró la pantalla y sus ojos se agrandaron. —¡Oh, rayos, lo olvidé! Tengo que ir rápido al pueblo.

Fruncí el ceño. —¿Con este tiempo? Prácticamente hay una tormenta de nieve ahí fuera. —Miré por la ventana.

—Estaré bien —insistió Holly, ya agarrando su abrigo—. Es importante. De máxima urgencia, si quieres llamarlo así.

—Voy contigo —ofrecí, pero Holly negó vehementemente con la cabeza.

—¡No! Quiero decir, eh, está bien. No tardaré mucho.

—Holly, te estás comportando de manera más que sospechosa desde que te pegaste a tu smartphone —dije, poniendo las manos en las caderas.

Antes de que pudiera protestar más, Holly salió precipitadamente por la puerta, dejándome confundida.

—Bueno, eso fue extraño —murmuré.

La abuela dio una palmada. —Ah, olvídalo. Harper, ¿por qué no me ayudas con unas galletas?

Dudé, dividida entre la curiosidad por el extraño comportamiento de Holly y el consuelo de hornear con la abuela. Al final, ganó la promesa de canela y azúcar.

—De acuerdo —acepté—. Pero cuando Holly regrese, me ayudarás a interrogarla, ¿vale?

—¡Trato hecho! —La abuela me guiñó un ojo con picardía.

Mientras la seguía a la cocina, no pude quitarme la sensación de que algo se estaba cociendo. Pero, ¿qué?

Tan pronto como entré en la cocina, me arrepentí de nuevo. A regañadientes, me até un delantal e intenté ignorar la ola de nostalgia que me invadió. Esta cocina albergaba tantos recuerdos, incluida la razón por la que había vuelto al rancho Silver Lake en primer lugar. Si no hubiera llevado las galletas a la oficina de Blake, nunca habría escuchado... *Para, no lo hagas, Harper.*

—Veamos —meditó la abuela, sacando los cuencos para mezclar—. ¿Qué te parece si hacemos galletas de canela, galletas de azúcar, pan de jengibre... ¿algo más?

—Suena perfecto —respondí. Sabía que la abuela había horneado snickerdoodles para medio Maplewood y otras tantas galletas con chispas de chocolate. ¿Por qué no darle un poco de

variedad a la tradición?

Antes de darme cuenta, teníamos suficiente masa como para abastecer toda una pastelería. La harina cubría todas las superficies, incluido mi pelo. Las encimeras eran un caos de cuencos, tazas medidoras y bandejas para hornear.

—Abuela —me reí—, ¿cómo es posible que nos hayamos vuelto a pasar así? No hay forma de que podamos comernos todo esto.

Me guiñó un ojo. —Habla por ti misma, jovencita.

Mientras metía otra bandeja de galletas de canela en el horno, el aroma de canela y mantequilla llenó el aire. Casi era suficiente para hacerme olvidar... casi.

Veinte minutos después, saqué las galletas doradas.

De repente, estaba de vuelta en Nueva York, en el ático de Blake, compartiendo galletas con él.

La bandeja tintineó sobre la encimera mientras las lágrimas se agolpaban en mis ojos.

—Oh, cariño —murmuró la abuela y me envolvió en sus brazos—. ¿Qué pasa?

Enterré mi cara en su hombro e inhalé el reconfortante aroma a vainilla y hogar. —Lo eché a perder, abuela. Pensé... pensé que Blake y yo teníamos algo real. Pero todo era fingido.

Me acarició el pelo. —¿Por qué no me cuentas?

Tomé aire temblorosamente. —Es complicado... —Me sequé los ojos, el aroma a canela aún flotaba pesadamente en el aire—. Escuché a Blake hablar con su hermano en su oficina. Dijo... dijo que odiaba mi anillo de compromiso. —Mi voz se quebró en la última palabra.

La abuela frunció el ceño. —¿El anillo de compromiso?

Asentí, entrelazando mis manos. —Lo compró el primer día para presentarme como su falsa prometida. Pero abuela, al final, para mí ya no se sentía falso. Y pensé que para él también se había convertido en algo más serio y real.

Mi pecho dolía al pensar en Blake: sus ojos que podían traspasarme, la rara sonrisa que iluminaba todo su rostro. La forma en que me abrazaba fuertemente por la noche, sus fuertes brazos haciéndome sentir más segura que nunca.

—Sé que empezó como un acuerdo de negocios, pero... —Tragué con dificultad—. Me enamoré de él. Profundamente. Y ahora ya no sé qué es real y qué no.

La abuela inclinó la cabeza, pensativa. —¿Blake realmente terminó contigo, cariño?

—Bueno, no, pero...

—¿Y a ti te gustaba ese anillo? —Arqueó una ceja inquisitivamente.

Parpadeé, sorprendida por la pregunta. —No realmente. Era ostentoso y exagerado, como cinco millones de quilates de más. Para nada lo que yo elegiría para mí misma.

Una sonrisa sabia cruzó el rostro de la abuela. —Déjame ver si lo entiendo bien. ¿Blake odia un anillo que a ti tampoco te gusta, y por eso huiste?

Mi boca se abrió cuando la comprensión me golpeó. —No creerás... ¿podría ser realmente solo por el anillo? ¿No por toda nuestra relación?

Los ojos de la abuela brillaron mientras asentía. —Para mí, suena como si ustedes dos tuvieran más en común de lo que pensabas.

Mi corazón comenzó a acelerarse. ¿Podría haber malinterpretado todo? Y si era así, ¿cuán estúpida había sido al irme de Nueva York sin hablar con Blake? La respuesta era obvia: amaba tanto a Blake que había tenido demasiado miedo a su rechazo. Pero ahora, ¿ahora qué? Ahora sabía cómo se sentía realmente un mundo sin Blake, y simplemente no estaba preparada para ese mundo.

Mi pulso se aceleró cuando la esperanza se encendió en mi pecho. —Oh, Dios mío. Si existe la más mínima posibilidad de que haya malinterpretado todo... Tengo que volver. Tengo que hablar con Blake de inmediato.

Salté de mi silla, casi volcando la bandeja con las galletas de canela que se estaban enfriando, mientras caminaba excitada por la cocina. Mis pensamientos se agolpaban.

La abuela se rió y me observó divertida. —Despacio, cariño. Vas a desgastar el suelo.

—No puedo ir despacio —dije, pasándome la mano por mi despeinada trenza—. Ya he perdido demasiado tiempo. ¿Y si piensa que lo he abandonado? ¿Y si...

—Harper Johnson —me interrumpió, con voz firme pero cariñosa—. Si ese hombre es aunque sea la mitad de maravilloso de lo que nos has contado, te recibirá con los brazos abiertos. Y probablemente con un beso que te hará curvar los dedos de los pies.

Un escalofrío me recorrió la espalda al pensar en los labios de Blake sobre los míos. Dios mío, ese hombre sí que sabía besar.

—Tienes razón —dije, respirando profundamente—. Tengo que irme. Ahora mismo.

Saqué mi teléfono del bolsillo, mis dedos volaron sobre la pantalla mientras abría la aplicación de vuelos. Pero cuando desplacé las opciones, mi corazón se hundió.

—No, no, no —murmuré—. Esto no puede estar pasando.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó la abuela, asomándose por encima de mi hombro.

Gemí frustrada. —No hay vuelos. Toda la costa este está paralizada por esta tormenta de nieve. —Señalé la ventana y miré hacia afuera, donde gruesos copos de nieve seguían cayendo constantemente. Por un momento, la desesperación amenazó con abrumarme. Luego enderecé los hombros, la determinación me invadió.

—Bueno, si no puedo volar, entonces tendré que llegar allí de otra manera —declaré—. Aunque tenga que cabalgar todo el camino hasta la ciudad de Nueva York.



Yo estaba súper tranquila con todo – al menos tan tranquila como un villano de James Bond.



Capítulo 37 - Blake

MAPLEWOOD, KENTUCKY, UN POCO más tarde.

Salí del taxi y mis zapatos de diseñador se hundieron en la nieve fangosa. Maplewood, Kentucky estaba a años luz de la jungla de acero y cristal de Manhattan que yo llamaba hogar. Fachadas de madera adorables bordeaban la tranquila calle principal, sus ventanas decoradas con brillantes luces navideñas. El aire olía fresco y limpio, sin el regusto acre de los gases de escape al que estaba acostumbrado.

—¡Blake! ¡Por aquí! —gritó una voz alegre.

Me di la vuelta y vi a una joven saludando con entusiasmo desde la acera. Holly. La hermana de Harper. Mi cuerpo se tensó instintivamente ante esta cálida bienvenida; no estaba acostumbrado a tal amabilidad abierta de extraños. Pero los Johnson ya no eran realmente extraños, ¿verdad?

Especialmente desde que le había abierto mi corazón a Holly durante toda la tarde, ella se había convertido en una de mis aliadas más importantes. A pesar de todo lo que había pasado, había accedido a ayudarme, lo cual no era algo que se pudiera dar por sentado.

—Holly —asentí a modo de saludo mientras me acercaba, reprimiendo un bostezo que amenazaba con romperme la mandíbula. El vuelo en el avión de carga había sido un infierno, solo turbulencias e incomodidad. Me dolía la espalda después de horas apretujado en un diminuto asiento plegable. Pero estaba aquí, y por Harper habría pasado una eternidad más en ese avión si hubiera sido necesario.

—¡Bienvenido a Maplewood! —sonrió Holly, abriendo los brazos—. ¿Qué te parece? Hermoso, ¿verdad? Y ahora que la nevada está disminuyendo, el frío ya no es tan mordaz.

Miré alrededor y noté el encanto rústico que parecía emanar de cada porche y cada escaparate. — Es... idílico —dije diplomáticamente.

Holly se rio. —Eres un chico de ciudad de pies a cabeza, ¿eh? No te preocupes, tarde o temprano todos descubren la belleza de este lugar.

Lo dudaba mucho, pero me guardé el pensamiento para mí. En su lugar, hice la pregunta que me quemaba la lengua desde que aterricé: —¿Harper sospecha que estoy aquí?

—Oh, yo estaba súper tranquila con todo, no te preocupes —respondió Holly con un guiño y una risa nerviosa que no me tranquilizó en absoluto.

Fruncí el ceño. —Define "*tranquila*".

—*Tan tranquila como un villano de James Bond*. ¡Al menos! Nadie notó nada y me comporté tan normal como siempre. —Holly pateó un montón de nieve en la acera—. Bueno, Harper podría sospechar un poquitín que algo se está tramando. Pero créeme, nunca adivinaría que en realidad estás apareciendo en Maplewood. Estás tan fuera de lugar aquí como un jerbo del desierto en el Ártico.

Me sacudí unos copos de nieve perdidos del cuello mientras la irritación crecía en mí. — Tampoco soy tan malo.

Los ojos de Holly brillaron con picardía. —¿Ah, sí? ¿Entonces estarías dispuesto a cambiar esos zapatos elegantes y el traje por botas y una camisa de franela?

—Sobre mi cadáver —respondí, lo que hizo que Holly volviera a reír.

—Sí, eso pensé —dijo sonriendo—. Vamos, chico de ciudad. Vamos a instalarte en el restaurante antes de que te congeles en esos zapatos de cuero italiano.

Mientras caminábamos, no pude evitar preguntarme en qué demonios me había metido. Pero entonces pensé en Harper: su sonrisa, su risa, cómo se le arrugaban los ojos cuando estaba realmente feliz, y lo supe. Por ella soportaría este pueblo de provincias y todo su encanto rústico.

Por ella haría cualquier cosa.

La expresión de Holly se volvió repentinamente seria mientras caminábamos. —Entonces, Blake, ¿qué pasó realmente entre ustedes dos? ¿Cómo comenzó todo este malentendido?

Dudé, mi mano instintivamente buscó la pequeña caja de terciopelo en mi bolsillo. —Si te lo digo, tienes que jurar que no dirás ni una palabra a nadie. Especialmente a Harper.

—Lo juro por mi vida —dijo Holly solemnemente, dibujando una X sobre su pecho—. Mis labios están sellados como un frasco de los pepinillos en conserva de la abuela. Créeme, nadie los puede abrir.

Respiré hondo y luego saqué la caja del anillo. —Tenía la intención de proponerle matrimonio.

Los ojos de Holly se agrandaron cuando abrí la caja y revelé el anillo de ágata de Kentucky que yacía en su interior. El rico color marrón de la piedra combinaba perfectamente con los ojos de Harper.

—¡Santa vaca! —exclamó Holly, su voz subiendo una octava—. Eso es... Blake, ¡es hermoso! ¿Y es ágata de Kentucky? ¡Harper va a volverse loca cuando lo vea!

El alivio me invadió. —¿De verdad crees que le gustará?

—¿Gustarle? ¡Lo amará! —sonrió Holly—. Supongo que por eso estabas tan ansioso por deshacerte del antiguo anillo de compromiso, ¿eh?

Asentí. Y para ser honesto, todavía no podía creer que Harper probablemente me había dejado por una conversación a medias que había escuchado.

Holly sonrió. —Menos mal que solo fue un tonto malentendido que podemos aclarar rápidamente. Me alegro tanto de que en realidad no le estés rompiendo el corazón.

Cerré la caja y la guardé de nuevo en mi bolsillo. —Eso es lo último que quiero. Solo tengo que explicarle todo.

Holly asintió con entusiasmo. —Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Cómo piensas impresionarla?

Saqué mi teléfono y repasé la lista de verificación que había creado durante el vuelo. —Tengo una idea, pero necesitaré tu ayuda...

—De acuerdo, puedes contar conmigo. ¿Qué debo hacer?

Había pensado mucho sobre si debía presentarme sin más en el Silver Lake Ranch o no. Decidí no hacerlo, porque quería demostrarle a Harper lo malditamente en serio que iba.

Me aclaré la garganta y sentí una oleada de energía nerviosa correr por mis venas. —Necesito que traigas a Harper puntualmente a las 7 de la tarde al restaurante de Charlotte. Quiero sorprenderla con la cita perfecta.

Los ojos de Holly brillaron de emoción. —¡Oh, el de Charlotte! Buena elección. ¿Qué tienes planeado?

—Harper tendrá un filete —término medio—, justo como le gusta. Y ese pastel de manzana casero del que siempre habla, de postre. No solo una porción, compraré todos y cada uno de los pasteles. —Mi corazón latía con fuerza mientras compartía los detalles, imaginando la cara de Harper cuando me viera allí.

—¡Cáspita! De verdad has escuchado lo que le gusta a Harper, ¿eh? —Holly sonrió y me dio un golpecito juguetón en el brazo—. Harper no para de hablar del pastel de manzana de Charlotte.

Eso es difícil de malinterpretar. —No pude evitar sonreír, sintiendo una calidez que se extendía por mi pecho.

—Entonces, ¿ese es el plan? —insistió Holly—. ¿Una cena en el restaurante de Charlotte?

—Sí —asentí—. Quiero demostrarle que me importa lo que es importante para ella.

—Yo esperaba que hicieras alguna cosa de millonario, pero lamentablemente a mi hermanita no le impresiona nada tu dinero —Holly se rio entre dientes.

—A ella le importan otras cosas. Cosas que son mucho más importantes que el dinero —respondí, sorprendido por mis propias palabras. En el pasado, el dinero había sido mi solución para todo. Cualquier agujero, por grande que fuera, lo había tapado simplemente con billetes.

—Blake Norton, eres un gran sentimental —se burló Holly—. ¿Quién hubiera pensado que el gran hombre de negocios de la ciudad tendría una vena tan romántica?

Sentí que una sonrisa tiraba de las comisuras de mis labios. —No se lo digas a nadie. Tengo una reputación que mantener.

Holly hizo un gesto como si se cerrara la boca con cremallera. —Tu secreto está a salvo conmigo. Pero en serio, Harper se volverá loca de alegría.

—¿De verdad lo crees? —pregunté, sin poder ocultar un atisbo de nerviosismo en mi voz.

—Lo sé —me aseguró Holly—. Y me aseguraré de que lleguemos con absoluta puntualidad.

Levanté una ceja, mis habituales preocupaciones sobre la puntualidad surgieron. —¿Podrás lograrlo?

Holly me interrumpió con un juguetón giro de ojos. —Oh, no te preocupes por eso. Puedo llevar a Harper a lo de Charlotte, sin problema. Y sí, sé todo sobre tu obsesión con la puntualidad. Harper lo ha mencionado una o dos veces... o cien.

No pude evitar reírme. —Vale, vale. Confío en ti.

Eché un vistazo a mi reloj. —Es más tarde de lo que pensaba.

Holly desestimó mi preocupación con un gesto. —Relájate, chico de ciudad. Todavía tenemos un montón de tiempo. Y mira —señaló hacia el cielo—, la nevada ha cesado por completo. Eso hará las cosas aún más fáciles. Sin nieve nueva, no se tarda ni veinte minutos en llegar al Silver Lake Ranch.

Entrecerré los ojos mirando al cielo que se despejaba, mientras la esperanza se mezclaba con mi nerviosismo. —Esperemos que siga así.

—Así será —dijo Holly con inquebrantable confianza. Me dio una palmadita tranquilizadora en

el hombro antes de dirigirse a su camioneta, estacionada frente al restaurante de Charlotte—. Todo saldrá bien, Blake. Ya lo verás.

Mientras la veía alejarse por la calle principal en dirección al Silver Lake Ranch, respiré hondo e intenté calmar mi corazón acelerado. Esto tenía que funcionar. No podía perder a Harper otra vez.

Pero no podía dejar que mis miedos me controlaran. Así que continué con la siguiente fase de mi plan.

La campana sobre la puerta tintineó cuando entré en el restaurante de Charlotte. El calor contrastaba fuertemente con el fresco aire de Kentucky del exterior. El lugar era exactamente como Harper lo había descrito: asientos de vinilo desgastados, manteles a cuadros y el seductor aroma a pastel.

—Vaya, vaya —exclamó una mujer detrás del mostrador, con el pelo recogido en un moño desordenado—. Tú debes ser Blake. El amorcito de Harper.

Fruncí el ceño, sin tener idea de cómo me conocía.

—El traje —respondió, señalando su vestido amarillo con delantal rojo, típico de los restaurantes americanos. Era la misma Charlotte, al menos eso decía su placa de identificación.

Asentí, sintiéndome algo fuera de lugar en mi traje a medida. —Ese soy yo. ¿Usted debe ser Charlotte?

Ella sonrió radiante y ya estaba sirviendo una taza de café. —La única e inimitable. Ven, cariño, parece que necesitas un café bien cargado. O diez.

La seguí hasta un acogedor reservado y me hundí en el asiento de cuero gastado. Charlotte puso la taza humeante frente a mí y me guiñó un ojo. —Invita la casa. Si me preguntas, creo que ustedes dos, niños, lo resolverán.

De nuevo la miré interrogante. ¿Ya se había corrido la voz en el pueblo sobre el final de nuestra relación?

—Harper tenía exactamente la misma expresión cuando entró aquí como un torbellino —explicó Charlotte.

—Ya veo —respondí—. ¿Puedo pedir algo?

—Claro. —Charlotte sacó una libreta desgastada de su delantal, donde quería anotar mi pedido. Pero en lugar de decir lo que quería, le quité la libreta.

Le pasé mis notas, que ella examinó con atención. —¿Seguro?

—Seguro —respondí—. ¿Puede hacerlo?

—Será justo, pero sí —Charlotte asintió y luego puso una expresión seria—. Aquí las cosas funcionan de manera diferente. Nadie que no tenga más de cien años recibe un trato formal. ¿Acaso te parezco de cien años?

—No —comencé, tragándome el "señora" para no meter la pata de nuevo.

—Muy bien —me sonrió y me dio una palmada alentadora en el hombro.

Mientras se alejaba apresuradamente, saqué la cajita del anillo y la giré entre mis manos. El ágata de Kentucky brillaba y me recordaba a los ojos de Harper. Dios, esperaba no llegar demasiado tarde. Esperaba poder hacerla entender.

Di un sorbo al fuerte café negro, con la mirada fija en la puerta. En poco tiempo, Harper entraría. Y esta vez, me juré, lo haría bien.



Lo sabemos. Pero ella no lo sabe.



Capítulo 38 - Blake

RESTAURANTE DE CHARLOTTE, MAPLEWOOD, Kentucky, esa misma noche.

Por centésima vez, miré mi reloj. Era mucho después de las 19:00. Para ser exactos, las 19:45. ¿Dónde diablos estaba Harper?

El aroma a canela y manzanas inundaba mis fosas nasales. Docenas de pasteles se amontonaban en la mesa, cada uno cuidadosamente horneado en un intento desesperado por recuperarla. Pero mientras los minutos pasaban, la duda me carcomía por dentro.

—¿Otro café, Blake? —gritó Charlotte desde detrás de la barra, su voz teñida de compasión.

Negué con la cabeza, apretando la mandíbula. —No, gracias.

El restaurante zumbaba a mi alrededor, el tintineo de los cubiertos y el suave murmullo de las conversaciones apenas distraían del vacío en mi pecho. Afuera, gruesos copos de nieve flotaban perezosamente frente a la ventana; la anterior tormenta de nieve se había convertido en una suave nevada.

La puerta se abrió de golpe con una ráfaga de aire helado. Mi cabeza se alzó, una breve chispa de esperanza se encendió antes de apagarse. Solo otro cliente buscando refugio del frío.

—Maldita sea —murmuré, ajustándome la corbata por costumbre. La seda perfectamente anudada se sentía como si me estrangulara. Pero, ¿qué más podía hacer? ¿Torturarme con los pensamientos que seguían luchando por salir a la superficie?

¿Y si había malinterpretado las señales? ¿Y si Harper no me quería de vuelta? Mi estómago se

revolvió ante la idea.

—¿Estás seguro de que no puedo traerte nada? —preguntó Charlotte de nuevo, con el ceño fruncido de preocupación.

Meforcé a esbozar una sonrisa tensa. —Estoy bien. Ya vendrá.

Pero incluso mientras las palabras salían de mi boca, no estaba seguro de creerlas. Harper podía ser impulsiva, pero nunca me había dejado plantado. ¿Había pedido demasiado? ¿Esperado demasiado? En realidad, ella no sabía que yo estaba aquí esperando. Probablemente. Harper y Holly eran hermanas muy unidas, era muy probable que Holly le hubiera contado mi plan después de todo.

La puerta se abrió de nuevo. Levanté la vista, la esperanza y el miedo luchaban dentro de mí. No era ella. Otra vez no.

Miré mi reloj. 19:55.

—Vamos, Harper —susurré, mis dedos tamborileando un ritmo impaciente sobre la mesa—. ¿Dónde estás?

Permanecí rígido en mi asiento, exteriormente calmado pero hirviendo por dentro. Ningún negocio fallido me había dejado jamás tan... desconcertado. Tan expuesto.

Mi mente vagó hacia Nueva York, hacia mi ático con vistas a Central Park. Hacia Harper, su cabello dorado extendido sobre mi almohada, su piel besada por el sol brillando en la luz de la mañana. Harper de rodillas frente a mí, esos grandes ojos marrones mirándome hacia arriba...

Me moví incómodo, tratando de alejar las imágenes. Este pequeño restaurante de pueblo estaba muy lejos del mundo elegante y controlado que había construido para mí, para nosotros.

La puerta se abrió de golpe otra vez, y esta vez ni siquiera me molesté en levantar la vista. Pero entonces... —¡Blake! ¡Oh, gracias a Dios, sigues aquí! —Pasos rápidos resonaron en el suelo de baldosas.

Mi cabeza se levantó de golpe al escuchar la voz familiar. No era Harper, pero...

—¿Holly? —pregunté sorprendido.

La hermana de Harper irrumpió por la puerta, jadeando mientras escudriñaba frenéticamente el restaurante. Su cabello estaba despeinado por el viento, con mechones sueltos de una cola de caballo desordenada. Me vio y se apresuró, casi tropezando en su prisa.

—Blake, lo siento mucho, vine tan rápido como pude.

—Holly, ¿qué pasa? —la interrumpí, poniéndome de pie bruscamente—. ¿Dónde está Harper?

Los ojos verdes de Holly estaban muy abiertos por la preocupación. —Ese es el problema, ¿no lo sé! Se ha ido, Blake. Harper se ha ido. Ella y sus cosas.

Más y más fragmentos de palabras salían de su boca, pero nada de ello tenía sentido.

—Lo siento, lo siento tanto —balbuceaba Holly, sus palabras brotando en un torrente frenético.

Agarré a Holly por los hombros y la sostuve firme mientras trataba de recuperar el aliento. —Despacio. ¿Qué quieres decir con que se ha ido?

—Volví al rancho, pero no había nadie. Ni Harper, ni la abuela, ninguna nota. Y no sé qué hacer, y...

—Holly —dije con firmeza, mi voz baja y controlada a pesar del pánico que crecía en mi pecho—. Respira hondo. Empieza desde el principio.

Observé cómo los hombros de Holly subían y bajaban con una inhalación temblorosa. Sus dedos pellizcaban el dobladillo de su suéter arrugado, un hábito nervioso que también había notado en Harper. La similitud hizo que mi pecho doliera.

—Lo siento —susurró Holly de nuevo, su voz pequeña.

—Está bien —le aseguré, aunque no tenía idea de por qué se estaba disculpando—. Solo cuéntame qué pasó.

Holly asintió y tomó otra respiración profunda. —Cuando volví al Rancho Silver Lake, Harper ya se había ido. La abuela también, lo que es algo sospechoso y reconfortante al mismo tiempo. De todos modos, busqué por todas partes, pero no había ningún mensaje, nada. Y Harper no contesta el teléfono. Creo que es por los problemas de red debido a la nieve.

Mi mente corría, juntando las implicaciones. Harper se había ido. Otra vez. Sin una palabra, sin esperarme. Después de todo, simplemente... había desaparecido.

La fachada controlada que había mantenido toda la noche se desmoronaba. —¿Dónde podría haber ido? —pregunté exigente, mi voz más dura de lo que pretendía.

Holly me miró con tristeza, y al instante lamenté mi tono. —No lo sé —dijo, sus ojos verdes llenándose de lágrimas—. Pensé... esperaba que estuviera aquí contigo. Yo también quiero que sea feliz.

Cerré los ojos y me obligué a respirar profundamente. A pensar racionalmente, como siempre lo hacía en una crisis.

Me sentía como si hubiera recibido un golpe en el estómago. El aire fue expulsado de mis pulmones, y tuve que agarrarme al borde de la mesa para mantener el equilibrio. La comprensión de que Harper podría estar escapándose de mí para siempre me golpeó como una bola de demolición, dura y dolorosa.

—¿Blake? —La voz de Holly sonaba distante—. ¿Estás bien?

No me sentía bien. Ni siquiera cerca. Pero no podía demostrarlo.

—Estoy bien —mentí con voz tensa.

Pero mis pensamientos iban a toda velocidad. ¿Por qué se marcharía Harper? La conexión entre nosotros, la pasión, la... Interrumpí ese pensamiento. Dolía demasiado.

Entonces, como un rayo caído del cielo, me golpeó una nueva posibilidad.

—Espera —dije, mientras mi pulso se aceleraba—. ¿Y si ha vuelto a Nueva York?

Holly frunció el ceño. —¿Nueva York? Pero ¿por qué? Tú estás aquí.

—Nosotros dos lo sabemos —la interrumpí—. Pero Harper no. ¿Cómo iba a saberlo?

Era un pensamiento peligroso, posiblemente muy doloroso. Pero mientras existiera la posibilidad de que fuera cierto, me obligué a aferrarme a él.

—Pensándolo bien —comenzó Holly, con los ojos muy abiertos—. Eso tiene sentido. De lo contrario, no habría estado tan frustrada y triste. Eso lo explica, pero *¿cómo* podría estar ahora en Nueva York? ¿Sería siquiera posible?

Desbloqueé mi smartphone y eché un vistazo a los vuelos. Luego asentí.

—Ha habido varios vuelos desde Kentucky desde esta tarde. Desde que amainó la tormenta. Teóricamente, Harper podría haber llegado ya a Nueva York.

Holly se mordió el labio. —Pero Nueva York es enorme. ¿Por dónde empezaríamos a buscar?

Miré mi reloj. Exactamente las 20:00. Mi corazón se aceleró cuando me di cuenta de dónde podría estar Harper.

—Sé exactamente dónde está —dije con voz decidida.

Los ojos de Holly se abrieron de par en par. —¿Dónde?

No respondí. En su lugar, saqué mi teléfono y marqué un número familiar antes de llevármelo al oído.

Un tono. Dos tonos. Cada segundo se sentía como una eternidad. Cinco tonos.

—Vamos, Harper —murmuré entre dientes—. Contesta.



Harper, contesta el teléfono.



Capítulo 39 - Harper

NORTON ENTERPRISES, NUEVA YORK, en ese mismo momento.

Miré hacia arriba, al monolito de cristal y acero que se alzaba de Norton Enterprises, mientras los copos de nieve giraban a mi alrededor en el viento cortante. La tormenta de nieve había golpeado Nueva York mucho más fuerte que Maplewood. Mientras permanecía allí temblando, agradecí mentalmente a mi abuela por haberme llevado al aeropuerto. Por suerte, había perdido la discusión sobre si los vuelos volverían a estar disponibles hasta que llegamos al aeropuerto. Y sí, lo estaban. Ese vuelo de tres horas era definitivamente mejor que un viaje de dieciocho horas en autobús por toda la costa este.

Mi corazón latía con fuerza mientras pensaba en entrar. Durante todo el vuelo había estado pensando en qué le diría a Blake, pero ahora mi mente estaba en blanco. El miedo se arrastraba por mi interior, tan frío como el aire que me rodeaba. ¿Y si esto no era un gran malentendido? ¿Y si Blake realmente no me quería de vuelta?

—Contrólate, Harper —murmuré, frotando mis manos enguantadas—. No has venido hasta aquí para acobardarte ahora.

Pero mis pies se sentían como si estuvieran enraizados en el suelo. Cerré los ojos e intenté invocar algo del *coraje de la familia Johnson* del que la abuela siempre hablaba.

—Por el amor de Dios —casi podía oírla decir—. Has superado cosas peores. Esto no es nada.

Respiré hondo y enderecé los hombros.

—Muy bien, Blake Norton, vamos a bailar —me oí decir mientras marchaba hacia la entrada.

Apenas había pronunciado las palabras cuando me parecieron tontas—. No, no bailar. Mala elección de palabras. Vamos a... hablar. Sí, eso está mejor. —Tal vez era tonto aferrarme a los monólogos internos, pero realmente me ayudaba a calmarme un poco.

El vestíbulo estaba inquietantemente silencioso cuando entré, mis botas chirriando contra el suelo de mármol pulido. Sin el habitual bullicio de empleados, el aire frío y la decoración austera se sentían aún más amenazantes. Dudé antes de continuar mi camino hacia el control de seguridad.

El guardia apenas levantó la vista de su crucigrama cuando me acerqué al detector de metales.

—Buenas noches —dije, tratando de mantener mi voz serena—. Una noche tranquila, ¿eh?

Gruñó en respuesta, sin mirarme. Rebusqué en mi bolso mi tarjeta de acceso, rezando para que aún funcionara. Si no... bueno, cruzaría ese puente cuando llegara a él. O no. Porque si Blake había desactivado la tarjeta, esa sería una declaración más que clara.

Contuve la respiración mientras deslizaba la tarjeta. Por un momento, no pasó nada. Luego, con un suave pitido, la luz se puso verde.

—Oh, gracias a Dios —susurré, y el alivio me inundó como una fresca lluvia de Kentucky después de una ola de calor.

El guardia levantó la vista, frunciendo el ceño. —¿Pasa algo?

—No, no —respondí, ya caminando hacia los ascensores—. Todo está bien.

Apresuré el paso hacia los ascensores mientras las dudas volvían a roerme.

¿Y si Blake ya me había olvidado? ¿Y si ya hubiera seguido adelante? Las dudas giraban en mi cabeza como la nieve afuera. Pero debajo de todo, una pequeña chispa de esperanza se negaba a morir. Tenía que intentarlo. Porque una vida sin Blake no era vida.

Sacudí la cabeza, desterrando el pensamiento.

El ascensor sonó y entré, con el estómago revoloteando mientras cruzaba las puertas.

Las puertas se cerraron y presioné el botón del piso ejecutivo.

El ascensor subió lentamente, piso tras piso. Y cuanto más lento parecía el ascensor, más rápido parecían correr mis pensamientos.

Pero no importaba cuántos miedos se acumularan en mi interior y cuán aterradores fueran esos escenarios, todos se reducían a lo mismo: amaba a Blake y estaba dispuesta a correr esos riesgos. Si simplemente le contaba a Blake mis verdaderos sentimientos por él —sin mencionar nada sobre bailar— seguramente todo saldría bien.

El ascensor sonó, las puertas se abrieron revelando el piso ejecutivo. Salí y recorrí con la mirada el piso vacío. Algo no estaba bien.

—Vaya —murmuré, abriendo mi chaqueta. Hacía un calor inusual en el piso. Casi veraniego. Definitivamente no eran las temperaturas de congelador que Blake solía preferir aquí.

Caminé por el pasillo. La puerta de la oficina de Blake se alzaba frente a mí, cerrada. Sin voces, sin movimiento. Solo silencio.

Mi mano temblaba cuando alcancé el pomo de la puerta.

—Allá vamos —susurré y giré el pomo.

En el mismo momento en que abrí la puerta, un agudo timbre cortó el aire. Di un salto como un gato asustado, mi corazón latiendo con fuerza.

Con la respiración entrecortada, miré fijamente el teléfono de Blake en su escritorio. Seguía sonando, exigiendo una respuesta. Pero Blake no estaba en su silla. Ni siquiera en la oficina.

Empujé la puerta para abrirla más, atraída por el persistente timbre. Mis ojos se fijaron en la pantalla del teléfono, y parpadeé sorprendida. El número de móvil de Blake brillaba en la pantalla, claro como el día.

—¿Qué demonios...? —murmuré, completamente confundida. ¿Por qué Blake querría llamarse a sí mismo?

El contestador se activó y, de repente, la voz profunda de Blake llenó la habitación. —Harper, contesta el teléfono.

Mi mandíbula se desencajó. ¿Cómo sabía que yo estaba aquí? Vacilé, mi mano flotando sobre el auricular. Se sentía como si estuviera caminando hacia una telaraña, pero no pude evitarlo.

Con la respiración temblorosa, levanté el auricular.

—¿Blake? —pregunté, mi voz pequeña e insegura.

—Harper —respondió, su tono imposible de descifrar. Realmente estaba al otro lado de la línea.

Tragué saliva. —¿Cómo sabías que estaba aquí?

Hubo una pausa, y casi pude escuchar la sonrisa en su voz cuando respondió. —Siempre llegas puntual para recogerme. Supongo que hay hábitos difíciles de romper.

No pude evitar sonreír a pesar de las mariposas en mi estómago. —Supongo que tienes razón.

Pero tan rápido como había aparecido, mi sonrisa se desvaneció. Mi corazón se hundió más rápido que un globo de plomo. Si Blake me conocía tan bien, probablemente también sabía

exactamente por qué había huido de Nueva York.

—Escucha, Blake —comencé, y mi voz se quebró—. Tengo que explicarte...

—Harper —me interrumpió, su tono suave pero firme—. Tenemos mucho de qué hablar. Pero primero déjame aclarar algo.

Sin embargo, antes de que Blake pudiera decir lo que tenía en mente, escuché un suave arañazo debajo del escritorio.

—Un momento, Blake —lo interrumpí y miré debajo del escritorio metálico. Parpadeé varias veces porque pensé que estaba alucinando.

—¿Blake? —Solté el aire sorprendida—. ¿Sabes que hay perros debajo de tu escritorio, verdad?

Un perro callejero desaliñado con una mirada conmovedora me observaba, rodeado de cuatro diminutos cachorros que se retorcían. A su lado había un enorme cuenco con comida, suficiente para alimentar a todo un ejército de perros —del tamaño de Apollo— durante días.

—Lo sé —respondió—. Larga historia.

—Estoy ansiosa por escucharla. Por ahora, me conformo con la versión corta —contesté.

—Básicamente, este perro apareció de la nada, igual que tú —comenzó Blake. Pude escuchar una sonrisa en su voz—. Cada mañana esperaba su sándwich de pastrami. Cada mañana, desde el día en que nos conocimos.

—¿Y tú lo alimentaste? —pregunté sorprendida. Blake nunca había sido muy aficionado a los perros, o al menos eso había pensado.

—Sí —respondió Blake.

—Vaya —suspiré, y mi corazón se hinchó—. ¡Te has convertido en todo un Dr. Dolittle!

—No del todo. —Su risa me calentó por dentro—. De lo contrario, probablemente me habría dado cuenta antes de que mi amigo no era necesariamente un "él" —lo descubrí esta mañana.

Extendí la mano y acaricié suavemente la cabeza de la madre perruna. Se inclinó hacia mi toque, su cola golpeando suavemente el suelo.

—Has cambiado, Blake. En nuestro primer día, echaste a los perros de la oficina más rápido que a un zorro del gallinero. ¿Ahora rescatas a perros callejeros del frío?

—Las cosas cambian —dijo en voz baja—. Las personas cambian.

Tragué saliva con dificultad y luché contra las lágrimas. —Sí, supongo que lo hacen.

Blake se aclaró la garganta. —Hice venir a un veterinario para que los revisara, están bien. Por

eso llegué tarde al aeropuerto y, en consecuencia, también tarde a Maplewood.

Me quedé paralizada, con la mano aún enterrada en el pelaje de la madre perruna. —Lo siento, ¿qué acabas de decir? ¿He oído bien?

—Has oído bien, Harper —confirmó Blake—. Estoy en Maplewood.

Mi cabeza giraba más rápido que un carrusel. —Pero... ¿cómo? Quiero decir, acabo de volar de vuelta a Nueva York porque...

De repente, escuché una voz familiar en el fondo. —¡Dile que no tenía que hacer de Houdini y desaparecer en medio de una *operación relámpago* por la tarde!

Se me cayó la mandíbula. —¿Holly?

—En efecto —respondió Blake, la diversión en su voz era evidente—. Tu *fuga relámpago*, como lo ha expresado tu hermana, fue realmente innecesaria, cariño.

Me senté sobre mis talones, completamente atónita.

—Tú estás en Maplewood y yo en Nueva York. Esto es el colmo. —No podía creerlo. Pero sin importar si estábamos separados por mil millas o no, había cosas que ya no podía contener.

Tomé una respiración profunda, mi corazón latía como un martillo neumático. —Blake, tengo que disculparme. Te escuché a ti y a Bruce hablando sobre el anillo, y simplemente entré en pánico.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea. —Harper, yo también tengo que disculparme. Debería haber sido más abierto contigo. Quería sorprenderte, pero ahora veo que ese no era el camino correcto.

—Somos toda una pareja, ¿eh? —reí suavemente y pasé los dedos por el pelaje desaliñado de la madre perruna, que estaba limpiando a sus cachorros—. Parece que ambos sacamos conclusiones apresuradas.

—Ciertamente —coincidió Blake, su voz cálida y plena—. Te amo —dijo, justo en el momento en que yo soltaba: —Te amo, Blake.

Ambos hicimos una pausa, y entonces lo escuché reír —una risa genuina y sincera que hizo que mi corazón saltara—. Bueno, cariño, parece que después de todo estamos en la misma sintonía.

—Eso parece —respondí, sonriendo tan ampliamente que me dolían las mejillas—. Te amo, Blake Norton. Más que a nada en el mundo.

—Y yo te amo, Harper Johnson. Eres lo mejor que me ha pasado.

Me limpié una lágrima que se me había escapado. —¿Incluso mejor que tus trajes elegantes y tus

acuerdos multimillonarios?

—Incluso mejor —confirmó—. Has cambiado mi vida, Harper. De una manera que nunca creí posible.

—Lo mismo digo. Tú me has completado —respondí, mi voz quebrada por la emoción.

Blake se aclaró la garganta. —Escucha, Harper. Quiero que te quedes en Nueva York por ahora. Iré tan pronto como pueda, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —acepté, sintiéndome más ligera que en días—. Te esperaré.

—Bien —dijo—. Alexander debería llegar en cualquier momento para ver a los perros. Espéralo, él te llevará a casa.

—Lo haré —respondí, rascando detrás de las orejas de la madre perruna. Ella se inclinó hacia mi toque, sus ojos marrones cerrándose con satisfacción.

—Puedes llevar a los perros al apartamento. Ahora que hay alguien allí que puede cuidarlos —continuó Blake—. Pero nada de subirlos a la cama, ¿entendido?

—¡Entendido! —respondí, cruzando dos dedos detrás de mi espalda. Blake no podía simplemente darme un montón de bolas peludas y luego prohibirme abrazarlas.

—Harper —dijo Blake, su voz intencionadamente severa—. Hablo en serio. Nada de perros en la cama.

—Vale, vale —cedí finalmente.

—Entonces tendrás que convencerlo, ¿de acuerdo? —le susurré a la adorable perrita. Y estaba segura de que lo lograría. Después de todo, Blake solía tener una *regla de no perros en la oficina* que obviamente había tirado por la borda.

—Nos vemos pronto —dijo Blake y yo asentí.

—No puedo esperar. —Y realmente no podía. El anhelo por Blake casi me desgarraba.

Cuando colgué, sentí cómo se extendía un calor dentro de mí que nada tenía que ver con la temperatura inusualmente acogedora en la oficina de Blake. Por primera vez en lo que parecía una eternidad, me sentía realmente feliz y en paz.

—Bueno, mamá —le dije a la perra—, parece que al final todo va a salir bien.

Ella dio un suave ladrido, como si estuviera de acuerdo conmigo.



Con tantas galletas, ni siquiera los Ice Intruders pasarían hambre durante semanas.



Capítulo 40 - Harper

AEROPUERTO JFK, NUEVA YORK, la misma noche.

No podía dejar de cambiar nerviosamente el peso de una pierna a otra mientras permanecía de pie en la concurrida terminal del aeropuerto. Mis ojos iban y venían entre el tablero de llegadas y la puerta donde el vuelo de Blake debía aterrizar en cualquier momento. Afuera, gruesos copos de nieve giraban en el cielo que se oscurecía, cubriendo todo con una capa blanca. Dentro, viajeros vacacionales y gente de negocios pasaban apresuradamente, arrastrando maletas y gritando por sus teléfonos.

—Gracias de nuevo por tu ayuda, Alexander —dije, volviéndome hacia el hombre a mi lado—. Y por esperar aquí conmigo. Realmente lo aprecio.

Alexander hizo un gesto despreocupado. —No es nada, Harper. Me alegra ayudar. Además, Blake me mataría si te dejara sola en el aeropuerto tan tarde en la noche.

—Sí es algo importante —insistí, balanceándome sobre las puntas de mis pies—. Me habría vuelto loca en casa. Siento que podría explotar si no veo a Blake pronto.

Mi corazón latía aceleradamente y no podía quedarme quieta. Por centésima vez, me pasé la mano por el pelo, tiré de mi suéter y volví a revisar mi teléfono. Cada célula de mi cuerpo se sentía viva de anticipación.

—Mi abuela siempre dice que la paciencia es una virtud —murmuré—. Pero ella nunca tuvo que esperar al amor de su vida bajando de un maldito avión.

Alexander sonrió. —Estoy seguro de que Blake está igual de ansioso por verte.

—¿Tú crees? —pregunté, mordiéndome el labio. A pesar de todo lo que habíamos pasado, una parte de mí seguía preocupada. ¿Y si había cambiado de opinión?

Pero entonces imaginé los ojos plateados de Blake, recordé la sensación de sus fuertes brazos a mi alrededor, y mis dudas se derritieron. Esto era real. Estaba sucediendo de verdad.

—Oh, Dios mío —susurré cuando apareció un nuevo número de vuelo en el tablero—. Es su avión. Está aquí.

Mis piernas me llevaron por sí solas hacia la puerta. Me puse de puntillas y estiré el cuello para ver por encima de la multitud. En cualquier momento, Blake atravesaría esas puertas. En cualquier momento, y mi mundo roto volvería a estar completo.

La voz de Alexander atravesó mi niebla de excitación. —Sabes, Blake debe amarte realmente.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por ningún trato en el mundo, y mucho menos por ninguna persona, habría volado en un avión de carga a Kentucky.

Me quedé paralizada y fruncí el ceño. —Espera, ¿qué? ¿Un avión de carga?

—Sí, ¿no lo sabías? —Las cejas de Alexander se dispararon hacia arriba—. Perdió el último vuelo de pasajeros antes de que cerraran el aeropuerto. Demonios, estaba realmente de mal humor. Hasta que convenció a una azafata para que le diera otra opción: el avión de carga. Movié cielo y tierra y cobró muchos favores hasta que finalmente consiguió un lugar para ir a Kentucky.

—Oh, Dios mío —susurré, mi corazón se hinchó. Blake, mi Blake perfecto y siempre controlado, ¿se había subido a un avión de carga solo para llegar a mí?

Una risita burbujeó en mi pecho, pero detrás de ella había un sentimiento profundo y abrumador de amor. Este hombre había atravesado el infierno para recuperarme, y aquí estaba yo, a punto de caer en sus brazos.

Las puertas de embarque se abrieron y contuve la respiración. Allí estaba él, su traje arrugado y con aspecto cansado, pero Blake seguía siendo impresionantemente guapo. Nuestras miradas se encontraron y el mundo a nuestro alrededor desapareció.

Ni siquiera me di cuenta de que me estaba moviendo hasta que choqué contra él, casi derribándonos a ambos. Los brazos de Blake me rodearon y nos estabilizaron a los dos, como siempre lo hacía.

—Despacio, Harper —murmuró, su voz ronca por el cansancio, pero cálida de afecto—. ¿Me extrañaste?

Enterré mi rostro en su pecho e inhalé su aroma familiar. —No tienes idea.

Los brazos de Blake me apretaron con más fuerza y de repente sus labios estaban sobre los míos. El beso fue urgente, desesperado, como el de un hombre hambriento. Me derretí en él, mis dedos se aferraron a su camisa, tratando de acercarlo aún más.

Se sentía como si hubiéramos estado separados durante años, no solo unos días. Su lengua se deslizó en mi boca y gemí, el calor inundó mi cuerpo. No me importaba que estuviéramos en medio de un aeropuerto lleno de gente. Todo en lo que podía concentrarme era Blake, su sabor, su olor, la firme calidez de su cuerpo contra el mío.

Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeando, miré sus ojos plateados. Estaban tormentosos de emoción, una vista tan rara que mi corazón se saltó un latido. Blake, mi normalmente estoico y controlado Blake, parecía completamente deshecho.

—Harper —susurró, tomando mi rostro entre sus manos—. Pensé que te había perdido.

Negué con la cabeza, las lágrimas asomaron a mis ojos. —Nunca. Estás atrapado conmigo, Blake.

Una sonrisa tiró de sus labios y, cielos, era como el sol saliendo después de una tormenta. —¿Es así? —preguntó.

—Puedes apostar toda tu fortuna a eso —declaré, mi voz temblando de emoción—. Te amo, Blake. Y nunca te dejaré ir de nuevo. ¿Me oyes? Nunca más.

Los ojos de Blake se suavizaron y presionó su frente contra la mía. —Bien, porque nunca te dejaré ir de nuevo —murmuró—. Tú eres mi hogar, Harper Johnson. Mi caótico y hermoso hogar.

Me bañé en la calidez de las palabras de Blake y sentí que podía despegarme del suelo. Pero entonces su expresión cambió, un toque de preocupación se deslizó en ella.

—Ya no hay problemas entre nosotros, ¿verdad? —preguntó en voz baja—. ¿No más secretos?

Me mordí el labio, la culpa royendo mi interior. —Bueno, en realidad... tal vez haya una cosa pequeña.

Blake arqueó una ceja y me apresuré a explicar.

—Yo, eh, puede que haya hecho un poco de cuidado de perros por mi cuenta. Ya sabes, no sabía qué hacer conmigo misma y tú sabes cuánto amo a esos perros.

Para mi sorpresa, una sonrisa se extendió por el rostro de Blake.

—Harper, cariño, eso no era precisamente un secreto de estado. No cuando vuelves a casa cubierta de pelos de perro después de cada paseo.

Mis mejillas ardían más que un verano en Kentucky.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto que lo sabía —respondió, apartándome un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja—. Solo pensé que me lo dirías cuando estuvieras lista.

Solté un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

—¿Y no estás enfadado?

—¿Enfadado? ¿Por qué iba a estar enfadado? —los ojos de Blake bailaban divertidos.

—Porque me lo prohibiste, Blake. Me prohibiste trabajar —respondí.

—Me has malinterpretado —replicó Blake besándome la frente—. No quiero que hagas algo porque *tengas* que hacerlo. Pero quiero que hagas cosas que *quieras* hacer.

—Oh —respondí aliviada.

Blake se aclaró la garganta.

—Aunque, supongo que ya no necesitarás ese trabajo extra.

—¿Oh? —ladeé la cabeza, curiosa—. ¿Y eso por qué?

La sonrisa de Blake se ensanchó.

—Porque ahora tenemos cinco perros propios.

Se me cayó la mandíbula.

—¿Cinco? ¿Quieres decir... todos? ¿Quieres quedarte con los cinco?

—Con cada uno de ellos —asintió, pareciendo satisfecho consigo mismo.

No pude evitarlo: le eché los brazos al cuello y le cubrí la cara de besos.

—¡Blake Norton, grandísimo blandengue! ¡Sabía que te enamorarías de esos bribones peludos!

—¿*Blandengue*? Ya hablaremos de eso —murmuró Blake y yo sabía exactamente dónde íbamos a hablar de ello y lo estaba deseando.

Cuando me separé del abrazo de Blake, mi nombre resonó por la ajetreada terminal del aeropuerto.

—¡Harper!

Me di la vuelta y mi corazón dio un vuelco cuando vi rostros familiares entre la multitud.

—¡Oh, cielos! —jadeé con los ojos como platos—. ¿Es...?

El brazo de Blake se deslizó alrededor de mi cintura.

—Sorpresa —murmuró en mi oído.

Las lágrimas nublaron mi vista cuando mi familia —toda mi familia— vino corriendo hacia nosotros. Holly me alcanzó primero, sus ojos verdes brillaban mientras se lanzaba a mis brazos.

—¡Harp! ¡Te hemos echado terriblemente de menos! —chilló.

—Nos vimos esta tarde, Holly —dije sonriendo. Pero sabía a qué se refería. Yo también había echado terriblemente de menos a mi familia.

La abracé con fuerza e inhalé el aroma del hogar —una mezcla de heno y el jabón de lavanda de mamá.

—¿Cómo demonios habéis llegado todos aquí?

La profunda risa de papá retumbó mientras se unía a nuestro abrazo.

—Tu marido aquí presente lo ha organizado todo. Dijo que la Navidad no sería lo mismo sin los Johnson. Y tiene toda la maldita razón.

—Además, afirmó que habías horneado tanto que mantendría a los Ice Intruders alimentados durante semanas —dijo la abuela guiñándome un ojo—. Alguien tiene que encargarse de eso.

Miré a Blake y mi corazón se hinchó. Estaba un poco apartado, con las manos en los bolsillos y una sonrisa satisfecha en el rostro. Había traído a toda mi familia. Por mí.

Cuando nos separamos, mamá tomó mi cara entre sus manos.

—Te ves más feliz desde que estás aquí, cariño. Nueva York te sienta bien.

Sentí que mis mejillas se sonrojaban.

—Realmente lo es, mamá. ¡No puedo creer que estéis todos aquí!

La terminal parecía zumbear con una nueva energía. Las luces brillantes y las decoraciones de oropel de repente parecían más festivas, los villancicos que sonaban suavemente de fondo más alegres. Mi corazón estaba tan lleno que podría haber estallado.

Mientras mi familia recogía su equipaje e intercambiaba historias y risas, noté que Blake se mantenía al margen. Parecía... ¿nervioso? Eso no era nada propio de él.

—¿Todo bien? —pregunté acercándome a él.

—Hay una cosa más que tenemos que resolver, Harper. —Respiró hondo y luego me sorprendió

arrodillándose en medio del aeropuerto. Nuestro pequeño grupo enmudeció.

—Harper Johnson —comenzó, su voz firme a pesar de la vulnerabilidad en sus ojos—. Irrumpiste en mi vida de forma inesperada y lo pusiste todo patas arriba, de la mejor manera posible. Me has enseñado lo que significa abrir mi corazón. No puedo imaginar un solo día sin ti a mi lado.

Se me cortó la respiración cuando sacó una pequeña caja de terciopelo. Dentro estaba el anillo más hermoso que había visto jamás: un delicado anillo de oro rosa engastado con un impresionante ágata marrón de Kentucky.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó Blake, con sus ojos fijos en los míos.

Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras asentía vigorosamente.

—¡Sí! ¡Mil veces sí!

Cuando Blake me deslizó el anillo en el dedo, un anillo de compromiso de verdad, estalló el júbilo a nuestro alrededor. Se puso de pie, me atrajo hacia él y me derretí en su abrazo.

—Te amo —susurré contra sus labios.

—Yo también te amo —murmuró él, sellando nuestra promesa con un beso.

Un beso que decía que lo peor había pasado.

Un beso que decía que realmente pertenecíamos el uno al otro.

Un beso que decía que estaríamos juntos para siempre.



Sí. Harper estaba hambrienta cuando repartió los nombres.



Capítulo 41 - Blake

CAPILLA GRACEFUL PINES, MAPLEWOOD, Kentucky, unos meses después.

Ahí estaba. El momento que había temido y anhelado a partes iguales.

Solo esperaba ser realmente merecedor de Harper.

Por décima vez, me ajusté la corbata y apreté los dientes, solo para aflojarla de nuevo. La maldita cosa me estaba ahogando. No estaba acostumbrado a este tipo de nerviosismo. La iglesia era una mezcla de frío mármol y cálidos arreglos florales, la luz del sol se filtraba a través de las vidrieras de colores y proyectaba patrones coloridos en el suelo. Parecía una escena de una postal, demasiado perfecta para ser real. Pero eso era exactamente lo que me había convencido de casarme con Harper aquí, en su tierra natal, Kentucky.

Sandy, la perra mestiza que había rescatado el invierno pasado, estaba sentada frente a mí, con una pajarita alrededor del cuello, mirándome con ojos brillantes. Los anillos de boda colgaban de una cinta atada a la pajarita y parecía condenadamente orgullosa, lo que me hizo sonreír. Sandy —que, por cierto, recibió su nombre por su afición a los sándwiches de pastrami— se había convertido en una parte integral de nuestra familia. Al igual que sus cachorros —Mustard, Pickles, Cheddar y Cheese, y sí, Harper estaba hambrienta cuando repartió los nombres—, que estaban sentados con nuestras familias en la primera fila.

Eché un vistazo a la primera fila. A la izquierda, la enorme familia de Harper ocupaba cada asiento, todos sonriendo como si les hubiera tocado la lotería. Solo faltaban la hermana de Harper, Holly, y su padre, probablemente estaban con Harper en la sala de la novia. Después de todo, Holly era su dama de honor, y su padre quería llevarla al altar.

En el lado derecho estaba mi familia, y aunque los Johnson y los Norton parecían estar separados por mundos, ya no había tantas diferencias como antes. Bruce y Cathleen me sonreían. Mis padres estaban sentados junto a ellos, erguidos y formales como siempre, pero felices. Asentí a mi padre, y él me devolvió el gesto, con una rara sonrisa en sus labios. Finalmente habíamos aclarado todo, y su apoyo significaba más de lo que quería admitir.

El asiento vacío a su lado era un recordatorio silencioso de Brooke. Ella habría amado este día, y el pensamiento de ella hizo que mi pecho se apretara por un momento. Pero desde que visitaba su tumba con más frecuencia, sentía que se hacía más fácil. Muy lentamente, pero se hacía más fácil.

Miré de nuevo hacia la puerta cerrada detrás de la cual se escondía Harper.

—Relájate, o te va a dar un infarto —murmuró Alexander. Como mi padrino, se suponía que debía ser la voz de la razón, pero sabía que estaba disfrutando esto. La satisfacción de haber tenido razón desde el principio.

—Cállate —dije, pero faltaba la mordacidad habitual.

—Tu *relación falsa* se está volviendo seria, ¿eh? —Alexander se inclinó hacia adelante, su susurro interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Quién lo hubiera imaginado? —murmuré en respuesta—. Yo menos que nadie.

Sonrió, disfrutando todo esto demasiado. —Tal vez yo también debería meterme en una *relación falsa*. Una que se mantenga falsa. Tus acciones se han disparado desde el anuncio. Has subido en la lista de Forbes.

—Ten cuidado —dije, con los ojos aún fijos en el pasillo vacío—. Las relaciones falsas pueden tener efectos secundarios locos.

Alexander sonrió, pero pude ver que lo estaba considerando. Tal vez realmente lo intentaría. Era lo suficientemente ambicioso, y si alguien podía llevar a cabo tal engaño hasta el final, era él.

La marcha nupcial comenzó, y me enderecé. Ya no había vuelta atrás.

La música se hizo más fuerte y todos los ojos se dirigieron hacia la parte trasera de la sala. Observé cómo Holly hacía su entrada. Se veía elegante en su vestido verde, el color resaltaba sus ojos. Sostenía un pequeño ramo de flores y caminaba con la confianza de alguien que lo había hecho cien veces. Cuando llegó al frente, me lanzó una mirada rápida y escrutadora antes de tomar su lugar al lado.

Entonces apareció Harper.

Se me cortó la respiración. Si había tenido alguna duda, sobre mí, sobre nosotros, se desvanecieron en un instante. Era una visión en blanco, su vestido acentuaba su figura atlética en todos los lugares correctos y aun así fluía con una gracia casi etérea. Su cabello estaba trenzado

en una trenza suelta, como solía llevarlo cuando tenía prisa, pero quedaba bien. Era ella. Era real.

Mi corazón martilleaba en mi pecho mientras su padre la llevaba por el pasillo. Cada paso era dolorosamente lento, una agonía que me hacía esperar más de lo que podía soportar. Quería correr hacia ella y tomarla del brazo de él, abrazarla y decirle que la amaba. Que podíamos lograrlo.

Me sonrió, esa sonrisa optimista e inquebrantable que había conquistado a medio Nueva York en los últimos seis meses. Sentí una oleada de algo que no podía nombrar del todo, algo muy real. La realización de que esta chica sería mía para siempre.

Cuando finalmente llegaron al altar, besó a su padre en la mejilla. Él parecía reacio a dejarla ir, pero dio un paso atrás, me hizo un gesto con la cabeza y Harper tomó mi mano. Estaba cálida, suave, y pude sentir el ligero temblor en su agarre mientras dábamos los últimos pasos juntos.

—Te ves hermosa —susurré. Sus ojos se encontraron con los míos, y por un momento pensé ver algo más que solo gratitud en ellos.

—Gracias —dijo, su voz firme, pero su mano aún temblaba.

—Harper —la interrumpí en voz baja—. No tienes que tener miedo. Este es el día más hermoso de tu vida, disfrútalo.

Asintió, una pequeña y valiente sonrisa se formó en sus labios. —Lo sé. Es solo que hay mucho que procesar.

Apreté su mano, esperando transmitirle algo de mi propia fortaleza. —Lo lograremos —dije, más para convencerme a mí mismo que a ella—. Lograremos todo.

El predicador se aclaró la garganta, y la sala quedó en silencio.

Cuando comenzó la ceremonia, mis pensamientos volaron: al día en que sus perros me atacaron y cómo me sonrió disculpándose; a su mirada la primera vez que entró en el cuarto de juegos; al momento en que me di cuenta en la gala que amaba a Harper. Pensé en todos los momentos que nos habían llevado hasta aquí.

El predicador me indicó con un gesto que era hora de mis votos.

—Harper, en el frío de nuestro mundo, has traído calidez a mi vida. Tu naturaleza tormentosa me ha mostrado que la belleza puede estar tanto en la calma como en el caos, y tu amor ha derretido muros en mí que casi me habían congelado. Te juro amarte, respetarte y protegerte cada día, hasta mi último aliento.

Harper se mordió los labios emocionada y parpadeó para contener una lágrima de alegría. Entonces el predicador le hizo un gesto a ella.

—Blake, eres la primera persona que realmente sabe lo que pasa dentro de mí. Me has mostrado

lo que significa cuando el corazón realmente quiere algo y que está bien seguir a tu corazón. Mi corazón quiere seguirte. Cuando miro en tus ojos, veo mi hogar y en tus brazos encuentro mi paz. Te prometo amarte y apoyarte hoy, mañana y cada día después. —Harper me sonrió radiante y mi corazón latió un poco más rápido.

Después de decir nuestros votos, el predicador le quitó los anillos a Sandy y nos los dio.

—¿Quieres tú, Blake, tomar a Harper como tu legítima esposa?

Miré en sus ojos marrones y todo lo que vi fue determinación.

—Sí, quiero —dije seriamente y dejé que me pusiera el anillo.

—¿Y quieres tú, Harper, tomar a Blake como tu legítimo esposo?

Mi agarre en su mano se intensificó.

—Sí, quiero —dijo ella con claridad y sin vacilar, mirando con orgullo su anillo de bodas.

—Por el poder que se me ha otorgado, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Miré profundamente a los ojos de Harper. Este beso sellaría todo. Convertiría en algo real lo que había comenzado con una mentira.

Me incliné y sus labios se encontraron con los míos, suaves y significativos. Harper devolvió mi beso y sentí que a ella le costaba tanto como a mí mantener la compostura.

La sala estalló en aplausos para sellar nuestra felicidad.

—Déjame ayudarte, señora Norton —dije y tomé su mano cuando nos giramos y paseamos nuestra mirada por la multitud.

—Muchas gracias, señor Norton —respondió ella riendo y tomó mi mano.

—Después de ti —le susurré, y caminamos por el pasillo, mano en mano, como marido y mujer.

Con el reconfortante conocimiento de que Harper siempre me seguiría adonde fuera. Y esperaba que Harper supiera que nunca volvería a soltar su mano.

Por siempre jamás.



Paciencia, Harper.



Capítulo 42 - Harper

SALA DE JUEGOS, APARTAMENTO de Blake y Harper, Nueva York, unas semanas después.

—Fóllame de una vez —supliqué retorciéndome contra las ataduras. Mis manos y pies estaban amarrados a los postes de la cama con cuerdas, mi cuerpo desnudo. Cada respiración estaba cargada de expectación. Blake estaba de pie junto a mí, con una media sonrisa en los labios, su camisa desabrochada lo justo para ver su torso musculoso, sus pantalones de traje aún abotonados.

—Paciencia, Harper —murmuró, sus ojos plateados oscureciéndose con intención. El brillo de docenas de velas proyectaba sombras parpadeantes en la sala de juegos. No eran para el romanticismo; eran herramientas, cada una diseñada para volverme loca.

Tomó una vela y la sostuvo sobre mi cuerpo. Mi piel hormigueaba de anticipación, un escalofrío placentero me recorrió al imaginar la cera caliente goteando. Me mordí el labio, cada terminación nerviosa en máxima alerta.

—No puedo esperar más —dije, mi voz un susurro desesperado—. Por favor, Blake.

Él solo me observaba, su mirada ardía más que la cera. La primera gota cayó, y contuve la respiración bruscamente cuando se enfrió en mi vientre, no dolorosa, más bien como el primer toque de la mano de un amante. Mi espalda se arqueó y tiré de las ataduras, queriendo más, necesitando más.

Mi cuerpo gritaba por Blake, cada músculo tenso de deseo. La anticipación era su propia forma de tortura, y me preguntaba cuánto más podría soportar. Blake tenía el control total, y yo estaba a merced de su voluntad.

—Blake —supliqué una última vez, mi voz quebrándose de deseo.

Se inclinó cerca, tanto que pude sentir el calor de su aliento en mi oído. —Todo a su tiempo, Harper.

La cera goteaba lentamente de la vela, cada gota me hacía inhalar de nuevo. Mi piel hormigueaba y ardía de una manera deliciosa. Primero solo en mi vientre, donde caían las gotas, luego subiendo. Los ojos de Blake nunca dejaron los míos, y pude ver el fuego en ellos, un reflejo del calor que se extendía por mi cuerpo.

—¿Cómo se siente? —preguntó, su voz profunda y controlada.

—Como si me estuvieras matando —respiré—. De la mejor manera posible.

Sonrió, obviamente satisfecho con mi respuesta, e inclinó la vela de nuevo. La cera caliente besó mi seno izquierdo, y jadeé, mi espalda arqueándose de la cama. Las cuerdas me mantenían en su lugar, pero mi cuerpo se tensaba contra ellas, cada músculo contraído.

—¡Cielos! —susurré, mordiéndome el labio con fuerza—. Blake, no puedo aguantar mucho más, te necesito.

—Sí que puedes —dijo, casi con indiferencia—. Y lo harás.

Sentí el calor acumulándose entre mis piernas, mi interior dolía con un deseo más allá de la desesperación. Blake se tomaba su tiempo, cada nueva gota de cera una prueba más de que Blake tenía el control. Mis pezones estaban duros como diamantes, el calor los hacía palpar con cada toque. Tiraba de las cuerdas, mis manos cerradas en puños.

—Por favor —supliqué—. Te necesito.

Su mirada recorrió lentamente mi cuerpo, cada curva, cada línea. La vela en su mano parpadeaba y proyectaba sombras que bailaban sobre sus rasgos cincelados. Blake parecía un dios, y yo lo adoraba.

—Me encanta oírte suplicar —dijo, su voz un gruñido profundo—. Pero aún no he terminado contigo. Ni de lejos.

Se inclinó más cerca, y pude sentir el calor de su cuerpo, su aroma era embriagador. Sopló suavemente sobre la cera, y el aire fresco envió una descarga a través de mí, haciendo que mi piel se erizara y mis caderas se sacudieran.

—Blake —dije, mi voz quebrándose—. Por favor, simplemente fóllame.

Se echó hacia atrás y me estudió, sus ojos penetrantes. —¿Es eso realmente lo que quieres?

—Sí —dije, asintiendo enfáticamente—. Dios, sí.

—Todo a su tiempo —repitió sus palabras de antes, y quise gritar.

La vela se inclinó de nuevo, y esta vez la cera se derramó sobre mi seno derecho, corriendo hacia abajo hasta mi pezón. Grité, no de dolor, sino de pura lujuria desenfrenada. Mi cuerpo era un cable tensado, cada terminación nerviosa vibrando, cada músculo temblando.

—Eres tan hermosa cuando gritas para mí —dijo, casi para sí mismo—. Tan condenadamente hermosa.

Estaba más allá de las palabras, más allá de los pensamientos. Mi respiración era entrecortada, mi pecho subía y bajaba. Podía sentir la humedad entre mis muslos. Él se tomaba todo el tiempo del mundo, y me estaba matando de la manera más exquisita.

—Blake —intenté una última vez, mi voz un gemido quebrado.

Dejó la vela y pasó un dedo sobre la cera enfriada en mi vientre, luego subió hacia mis senos. El toque era ligero, casi tierno, y envió una onda de choque a través de mí. Estaba tan cerca del clímax que incluso esta suave caricia era casi demasiado para soportar.

—Estás lista —dijo, y no era una pregunta.

—Sí —dije, asintiendo de nuevo.

Desabrochó sus pantalones, y mis ojos se fijaron en sus manos, observando cada movimiento con un hambre que rayaba en la locura. Era tan lento, tan deliberado, y pensé que podría explotar solo de anticipación. ¿Cómo lograba este hombre mantenerse tan controlado?

Cuando por fin se liberó, inspiré bruscamente. Estaba duro y apenas podía esperar para sentirlo. Me lamí los labios imaginando su sabor, la sensación de tenerlo en mi boca.

—Harper —dijo, y miré sus ojos. Estaban llenos de un deseo que igualaba al mío—. Valdrá la pena esperar.

Sabía lo que Blake estaba haciendo. Me estaba mostrando lo que quería, tan cerca y a la vez inalcanzable.

Los dedos de Blake recorrieron la línea de mi clavícula y luego bajaron hacia mi pecho, donde rodearon lentamente el pezón. La cera se había enfriado lo suficiente para formar una capa dura, y la sensación de su toque a través de ella envió escalofríos por mi espalda.

Tomó la vela y la inclinó, dejando caer una pequeña gota sobre mi vientre. Me estremecí.

—Quédate quieta —dijo, su voz era una orden—. Solo las chicas buenas son folladas.

Me mordí el labio y asentí, tratando de prepararme para la siguiente gota. Cayó justo encima de mi ombligo, una diminuta explosión de calor que hizo que mis músculos se contrajeran. El dolor se intensificó, pero fue fugaz, transformándose rápidamente en un deseo sordo y palpitante.

Cuanto más me hacía esperar Blake, más sensible me volvía.

Creó un rastro de cera desde mi vientre hasta mis muslos, cada gota como una chispa que desencadenaba una reacción en cadena en mis nervios. Mis muslos eran los más sensibles, y tuve que apretar los puños para no retroceder.

—Blake —dije, aunque ni siquiera estaba segura de qué estaba suplicando ya. ¿Alivio? ¿Más dolor? ¿La liberación de toda la tensión que se había acumulado dentro de mí?

—Lo estás haciendo muy bien —dijo, casi como si estuviera orgulloso de mí—. Solo un poco más. Grita para mí.

Las últimas gotas formaron una línea en la parte interior de mi muslo, peligrosamente cerca de donde más lo deseaba. Respiraba pesadamente, cada inhalación hacía que la cera crujiera sobre mi piel.

Se inclinó hacia atrás y admiró su obra, la vela ahora solo un trozo en su mano. —Hermosa —dijo.

Miré hacia abajo a mi cuerpo. La cera brillaba en la tenue luz, un mosaico de blanco sobre mi piel. Me sentía como una obra de arte.

—Buena chica —murmuró Blake mientras su mano se deslizaba entre mis piernas. Sonrió al sentir lo lista que estaba para él y se arrodilló entre mis piernas. Con los brazos se apoyó a ambos lados de mis hombros. Su cuerpo bloqueaba la débil luz que emanaba de la araña en el centro de la habitación. Se posicionó en mi entrada, y pude sentir su dureza presionando contra mí. Sentí el calor de su piel, que no tenía nada que envidiar al mío.

Mis caderas se elevaron para encontrarse con Blake, mientras su punta presionaba cada vez más firme contra mi entrada.

Lo miré suplicante, exigente y desesperada, y con un solo y poderoso empujón, estaba dentro de mí.

La dureza de Blake llenó completamente mi centro, enviando oleadas de calor y electricidad por todo mi cuerpo. Se retiró lentamente, casi burlándose, antes de embestirme de nuevo con una fuerza que me dejó sin aliento y arqueó mi espalda.

Cada embestida era precisa, controlada y dominante. La cera en mi piel se derretía por el calor de nuestros cuerpos y se mezclaba con el sudor que se formaba mientras nos movíamos juntos. Mis manos, aún atadas a la cama, tiraban de las ataduras mientras mis dedos se curvaban con cada ola de placer.

Los labios de Blake encontraron mi oído, su aliento caliente y entrecortado. —Eres mía —susurró, y un escalofrío recorrió mi espalda. Me encantaba cuando decía eso. Me encantaba cómo me hacía sentir: reclamada, valorada, suya.

—Quiero ser tuya —jadeé—. Quiero que todo el mundo lo sepa.

Sus embestidas se volvieron más fuertes, más profundas, cada una llevándome más cerca del borde. Mi cuerpo respondía a él con una necesidad urgente, mis caderas se elevaban, mis piernas querían envolverse alrededor de su cintura para atraerlo aún más profundamente dentro de mí. Solo las ataduras me impedían tomar a Blake más profundamente en mí y eso me estaba volviendo loca.

—Por favor —supliqué, mi voz un gemido desesperado—. Por favor, Blake, déjame correrme.

Disminuyó la velocidad por un momento, provocándome, haciéndome esperar. —Todavía no —dijo, su voz profunda y autoritaria—. Quiero oírte suplicar.

—Blake —imploré, mi cuerpo temblaba por la necesidad de liberación—. No puedo soportarlo más. Por favor.

Aumentó su ritmo, cada embestida más intensa que la anterior. La presión se acumulaba dentro de mí, una marea de placer que amenazaba con romperse. Estaba tan cerca, cada nervio de mi cuerpo ardía, cada músculo estaba tenso y listo para explotar.

Me había escuchado suplicar toda la noche, ¿cuánto más quería de mí? Dios, a veces odiaba a Blake por ser capaz de volverme tan loca, y por eso mismo lo amaba aún más.

—Ahora —dijo, y fue como un detonante—. Córrete para mí, Harper. —Mi cuerpo se tensó a su alrededor, una descarga violenta e incontrolable que me envió a la inconsciencia. Blake no disminuyó la velocidad, sus movimientos me llevaron cada vez más alto hasta que pensé que me rompería. Me sostuvo con fuerza, su aliento caliente en mi cuello, y sentí cómo su cuerpo se tensaba justo antes de que gimiera, un sonido profundo y gutural que envió un último escalofrío por mi espalda. Grité, mi voz resonando en la habitación, mis manos se cerraron en puños mientras las olas de éxtasis me atravesaban.

Blake me siguió sobre el precipicio, su cuerpo se tensó, sus embestidas se ralentizaron mientras se derramaba dentro de mí. Se desplomó sobre mí, su peso agradable, su respiración pesada y satisfecha.

Nos quedamos tumbados un momento para recuperar el aliento. Desató mis manos y pies, y me acurruqué contra Blake, dibujando pequeños círculos con mis dedos sobre su piel.

—Eres hermosa —dijo, levantando la cabeza para mirarme. Sus ojos plateados estaban suaves.

Sonreí y sentí un calor en mi pecho que no tenía nada que ver con el sexo. —Tú también.

Se giró hacia un lado y me llevó con él, de modo que mi espalda tocaba su vientre.

Mi corazón aún latía con fuerza contra mis costillas, mi respiración era irregular. La mano de Blake encontró la mía y la llevó a sus labios, besando mis dedos con una sorprendente suavidad.

—Buena chica —susurró, su voz llena de una ternura que me hizo doler el corazón.

Cerré los ojos y disfruté del momento. Esto era más de lo que jamás había esperado, más de lo que me había permitido esperar.

Blake me estrechó aún más contra su pecho. Podía sentir el latido constante de su corazón, el subir y bajar de su respiración. Acariciaba mi cabello, cada toque enviando un cálido resplandor a través de mí.

—Te amo —dijo, tan bajito que casi pensé que lo había imaginado. Pero era real. Y Blake me lo recordaba cada día que esto era realmente real.

Miré mi anillo de compromiso - el *verdadero*. Ese también me recordaba cada día que Blake realmente me conocía y que me unía a Blake para siempre. Al igual que su anillo mostraba que Blake tampoco se libraría de mí.

—Yo también te amo —susurré, acurrucándome más cerca de él—. Por siempre y para siempre.



Agradecimientos



MIL GRACIAS A MIS diligentes lectores de prueba, a mis queridas colegas y a mi esposo, sin el cual no existirían mis novelas. Y mil gracias a ti por haber leído este libro. Estoy abierta a tus críticas y elogios, porque soy una persona real con sentimientos reales. Puedes escribirme en cualquier momento a lane@lane-stone.de.

En este libro no hay anticonceptivos, ¿por qué? No se desarrolla en el mundo real, sino en el Lanaverso, donde no solo todos los millonarios tienen abdominales marcados y son buenos en la cama, sino que también no existen las enfermedades de transmisión sexual ni los embarazos no deseados. Es un mundo de ensueño donde uno puede simplemente dejarse llevar y olvidar la realidad.